TERRITORIO ENEMIGO

Saga Blackbird · Libro 5



EMILY LOCKWOOD

Territorio enemigo

(Saga Blackbird 5)

Emily Lockwood

Copyright © 2026 Emily Lockwood
Todos los derechos reservados

Únete a mi lista de correo para recibir las últimas novedades sobre mis libros:

Lista de Correo

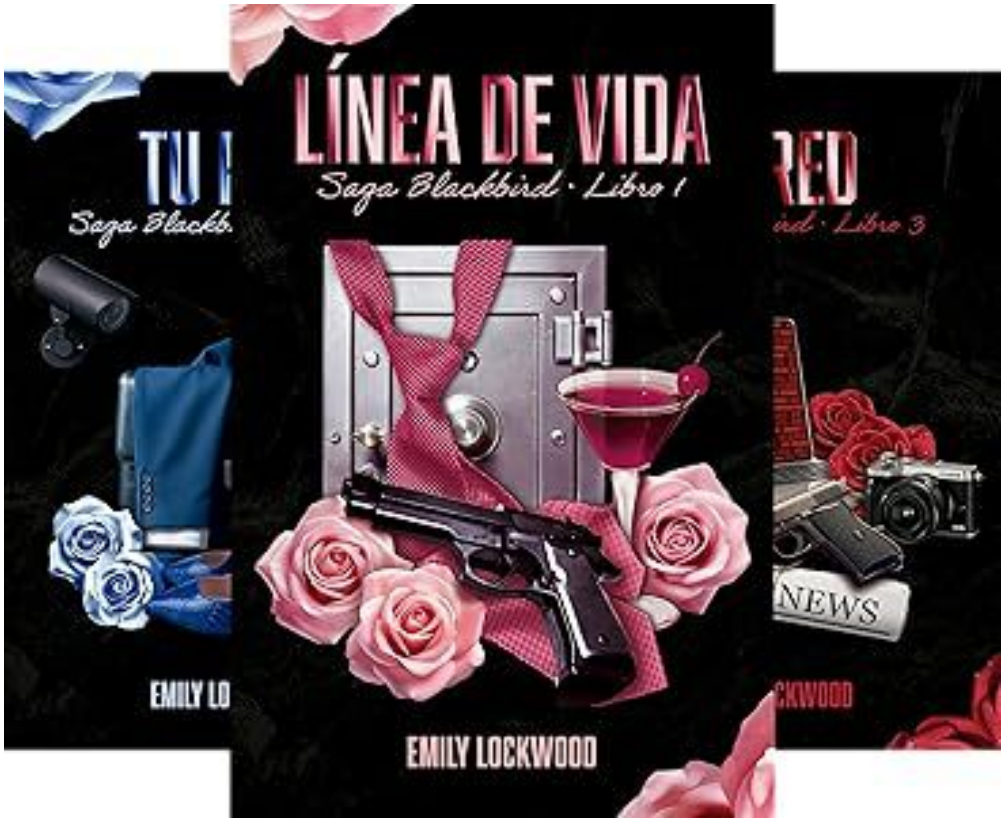
Puedes encontrarme en:

Amazon
Twitter
Facebook
Instagram
Email: e.lockwoodspain@gmail.com.

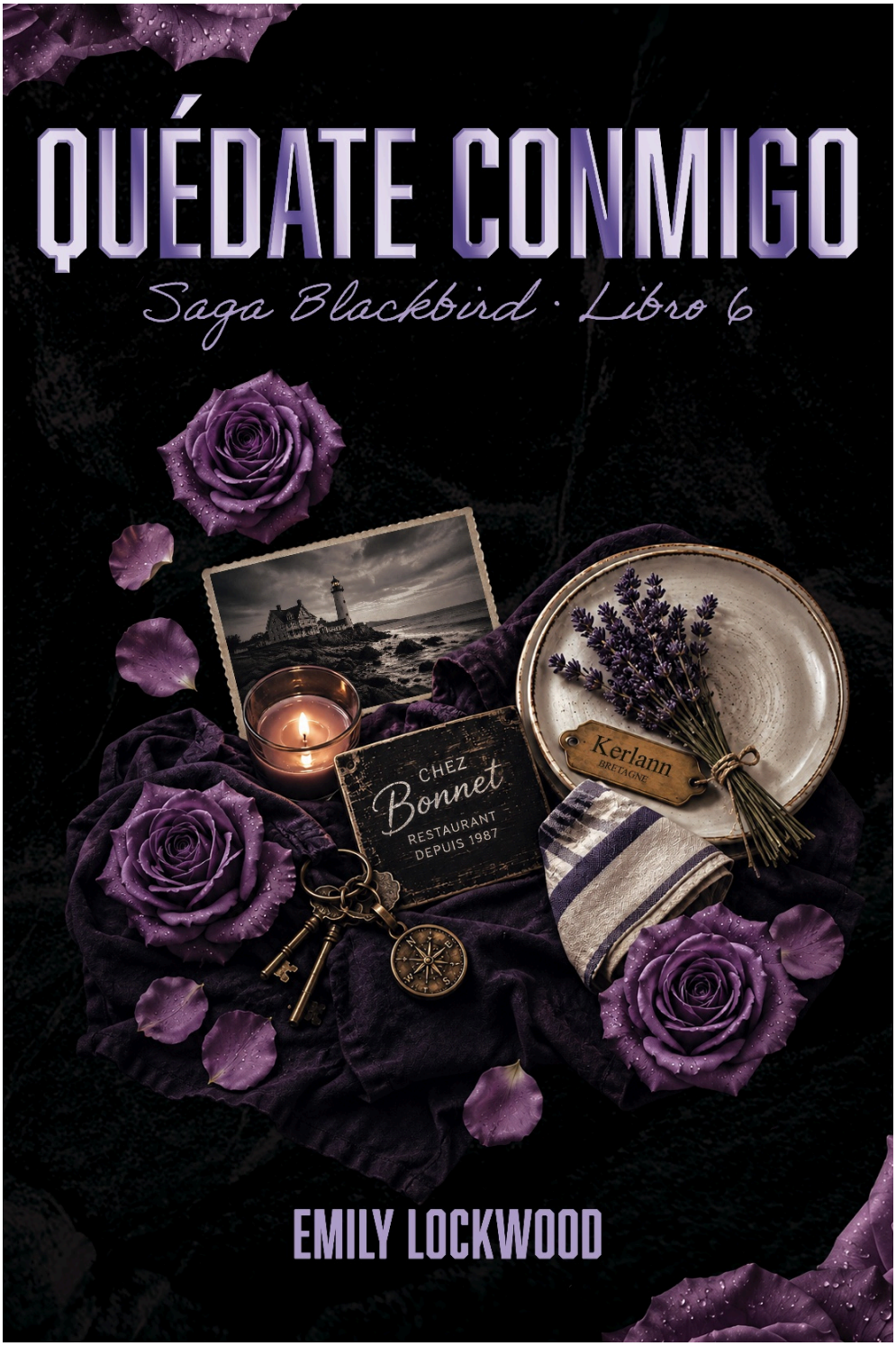
Otros libros de Emily Lockwood

Saga Blackbird:

(Haz clic en la imagen o título)



Siguiente en la saga



Contenido

Otros libros de Emily Lockwood
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27

28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
Si esta historia te ha emocionado…

Espera a descubrir el siguiente libro de la saga:

Tu opinión importa:

Disfruta de otros libros de Emily Lockwood:

1

Nora

El hospital de campaña nunca está realmente en silencio. Incluso en los momentos más tranquilos, cuando el viento del desierto se cuela entre las lonas y el sol empieza a caer sobre la arena rojiza del Sahel, siempre hay algo que suena dentro de estas paredes improvisadas: el murmullo de una radio, el chirrido de una camilla o la respiración irregular de alguien que lucha por seguir viviendo.

Hoy, además, huele a sangre.

Me quito los guantes con un gesto rápido y los dejo caer en el contenedor metálico. El sudor me corre por la nuca y se me pega el cuello del uniforme a la piel. El calor aquí dentro es una presencia constante, pesada, como si el aire tuviera peso y pudiera aplastarte.

—Siguiente —digo.

El soldado que se acerca cojea ligeramente. Alguien le ha puesto una venda improvisada alrededor del antebrazo, y veo por su gesto que le duele y que lleva mucho tiempo despierto. El joven y yo somos viejos conocidos, no es la primera vez que lo traen al hospital desde que me destinaron aquí, hace ya dos largos meses.

—Capitaine Vaillant —murmura el soldado con una media sonrisa cansada—. Prometo que esta vez no es nada grave.

Levanto una ceja mientras retiro el vendaje y le examino la herida.

—Eso lo decidiré yo —respondo, pero acto seguido lo miro y le dedico una sonrisa. Es lo menos que puedo hacer, esta gente se está jugando la vida ahí fuera.

Vuelvo a sonreír cuando compruebo que no me ha mucho hombresmentido. El corte es limpio, superficial. Supongo que le habrá alcanzado una esquirla perdida en una de las escaramuzas de esta mañana. Otra más en la lista, tantas que ya he dejado de contar.

Al otro lado de la tienda, Salima organiza el instrumental quirúrgico mientras Ahmed, nuestro intérprete, habla en voz baja con una mujer de la aldea cercana que sostiene a un niño febril entre los brazos.

Fuera, el sol empieza a hundirse lentamente en el horizonte.

Durante unos segundos todo parece casi normal.

Demasiado normal.

Termino el vendaje y le doy una palmada al soldado en el hombro.

—Puedes volver a tu unidad. Mantén la herida seca, no cojas peso en un par de días y vuelve si te duele o si tienes fiebre, ¿de acuerdo? Y no quiero verte más por aquí —añado con gesto enfadado, aunque él sabe que estoy bromeando y me regala una sonrisa radiante.

—Sí, mi capitana.

—Ve directo a tu tienda y duerme, es una orden —añado.

Él se cuadra y se marcha arrastrando los pies. Me levanto de la incómoda banqueta en la que hago las curas y me permito un instante para estirar la espalda.

Llevo quince horas trabajando, tal vez más, pero no puedo estar segura.

La guerra tiene esa forma de borrar las horas.

—Capitana —oigo de nuevo, pero la voz no es la del soldado que acabo de atender.

Levanto la vista y veo a Ferrer, uno de los oficiales de seguridad del destacamento. Tiene la camisa empapada de sudor y el gesto tenso. Supongo que yo tendré un aspecto muy parecido al suyo, pero, por suerte, no hay espejos en el consultorio. Salgo cada

mañana de mi tienda con el uniforme limpio y el pelo recogido en una coleta, y cuando regreso, la ropa es del color del polvo del desierto, igual que mi piel e incluso mi pelo.

—El convoy con los suministros llegará con retraso —anuncia—. No han sabido decirnos cuándo podremos contar con él —añade cabizbajo. Él, como todos en el centro médico del destacamento, sabemos lo que eso significa.

Respiro despacio.

—Qué sorpresa —suspiro.

—El mando quiere que prioricemos los recursos —continúa Ferrer muy serio.

Priorizar.

Una forma elegante de decir que tenemos que elegir quién vive y a quién dejamos a su suerte.

Cierro la carpeta médica con un golpe seco.

—Ya lo estamos haciendo —digo—. Los suministros deberían haber llegado la semana pasada, llevamos días tirando de las reservas y racaneando cada gota de anestesia, de analgésicos y de antibióticos, pero no son eternas. Traslade al mando que nos queda material para un par de días, tres a lo sumo, y que después, volveremos al siglo XVIII y tendremos que operar dándoles whisky y poniéndoles un palo entre los dientes.

Ferrer asiente, se cuadra y sale de la tienda.

Durante un momento, el hospital vuelve a sumergirse en su habitual rutina nerviosa: pasos apresurados, el roce de las telas, el tintineo del instrumental, conversaciones en voz baja y algún que otro gemido de dolor. Estamos de suerte, estos días no tenemos demasiados pacientes.

En ese momento, oigo los primeros disparos.

Levanto la cabeza y todo mi cuerpo se tensa. El sonido llega desde el extremo del campamento, ráfagas de disparos secos, rápidos. Fusiles de asalto.

Todo el mundo dentro de la tienda lo ha oído. Varios de los soldados heridos se han incorporado en la cama e incluso alguno está intentando levantarse. El personal sanitario no se lo impide. Todos somos militares.

Hay un momento de silencio durante el que nadie se mueve todavía.

—Quizá haya sido un disparo accidental —sugiere alguien desde una de las camas—. A veces ocurre, la gente está nerviosa…

Pero entonces llega la segunda ráfaga, y muchas más a continuación.

Suena muy cerca.

—¿Capitana? —dice Salima.

No tengo tiempo de responder.

Afuera estalla el caos. Gritos, más disparos, órdenes. Los soldados heridos ya están en pie y avanzan como pueden hacia las taquillas en las que guardamos su ropa. Solo un par permanecen tumbados porque no pueden moverse, no porque no lo intenten. Los veo apretar los dientes y dejarse caer después sobre la almohada, rendidos a la evidencia.

El tableteo brutal de armas automáticas rompe el aire.

—¡Contacto enemigo! —grita alguien desde fuera—. ¡A cubierto!

Mi cuerpo reacciona antes que mi cabeza.

—Apaguen las luces —ordeno.

Salima corre hacia el generador auxiliar, pero es demasiado tarde.

Una explosión seca sacude el campamento y el generador principal muere con un rugido metálico. Al instante, la tienda hospital queda sumida en una penumbra rojiza.

Los disparos se multiplican y suenan cada vez más cerca. No son disparos desordenados, están lanzando ráfagas cortas, precisas.

—Son profesionales —digo para mí misma—. Mierda… ¡Al suelo! —grito al instante

La mujer de la aldea se agacha y cubre al niño con su cuerpo. Lo oigo llorar, pero no puedo hacer nada. Ahmed se deja caer detrás de una mesa mientras yo corro hacia el armario metálico del fondo. Cuando llego, lo abro de un tirón.

El fusil está donde siempre.

Soy médica, pero también soy capitana del ejército francés.

Cargo el arma mientras el corazón empieza a golpearme las costillas con fuerza. Saco también el chaleco antibalas, me quito la bata lo más rápido que puedo y me lo pongo. Estoy lista.

El ruido afuera es ensordecedor.

Distingo el sonido de las granadas aturdidoras entre las ráfagas de fusil. El campamento entero parece sacudirse bajo los impactos.

Me acerco a la entrada de la tienda y aparto ligeramente la lona.

La escena exterior es un infierno.

Los focos del perímetro están apagados y veo sombras que se mueven entre los vehículos.

Nuestros soldados intentan reorganizar la defensa mientras las balas levantan nubes de polvo a su alrededor, pero los atacantes los mantienen a raya. Veo a unos cuantos avanzar en formación, como si supieran exactamente dónde están todas las posiciones y se dirigieran directamente hacia su objetivo.

Un soldado a pocos metros de mí cae hacia atrás con el pecho abierto por una ráfaga.

El miedo se me instala en el estómago como una piedra helada.

—Capitana —susurra Salima detrás de mí.

No respondo.

Levanto el fusil y disparo. El retroceso me sacude el hombro. No sé le he dado a alguien y tampoco tengo tiempo para pensar.

Otro atacante aparece entre los vehículos y disparo otra vez.

Los gritos se mezclan con el estruendo del combate.

A mi izquierda, Ferrer sale de detrás de un blindado ligero disparando hacia el perímetro.

Una ráfaga lo alcanza y lo veo caer.

El tiempo parece detenerse. Durante un segundo, todo lo que puedo hacer es mirarlo. Luego, vuelvo a disparar. Apunto y aprieto el gatillo una vez, y otra. Escucho maldiciones aisladas y órdenes en varios idiomas.

La arena del desierto se arremolina en las callejuelas del campamento y complica aún más la visibilidad, pero yo sigo disparando mientras rezo para no darle a uno de los nuestros.

El combate dura poco. Unos minutos, tal vez segundos, no lo sé. O quizá haya sido una hora. Mi cabeza es un torbellino de ideas, pensamientos cruzados y sensaciones.

El silencio que sigue es peor que el tiroteo.

El campamento humea bajo la luz moribunda del atardecer.

Bajo el fusil lentamente. Me tiemblan las manos, pero me alegro de estar viva.

Sin embargo, el alivio es solo momentáneo, dura hasta que la realidad me sacude como un puñetazo en la cara. Cuando miro a mi alrededor, veo cuerpos en el suelo, vehículos inutilizados, incluso una de las torres de vigilancia está inclinada por culpa de los explosivos con los que han dinamitado su base.

Me giro hacia el interior del hospital y compruebo que allí todos están más o menos bien.

—Vamos —digo—, nos necesitan ahí fuera.

Salgo de la tienda con el corazón golpeándome en el pecho.

—¡Necesito camillas! —grito.

No sé si alguien me oye, pero yo corro hacia el primer herido.

El soldado está bocabajo. Le pongo los dedos en el cuello, pero no encuentro el pulso. Está muerto. Estoy a punto de marcharme cuando me fijo en su brazo, inmóvil sobre el polvo rojizo, y descubro el vendaje de su antebrazo.

—Dios mío… —acierto a musitar.

Pero no puedo detenerme ahora, así que aprieto los dientes y sigo avanzando.

Entonces, alguien me agarra por detrás con mucha fuerza. Un brazo de hierro rodea mi cuello y me arranca el fusil de las manos.

Intento girarme, pero no puedo.

Siento la presión de una pistola contra mis costillas.

—No se mueva —me ordenan en mi idioma, con un ligero acento que no logro identificar.

La voz es tranquila, y eso me pone la piel de gallina.

Un segundo después, dos hombres armados aparecen frente a mí. Llevan la cara cubierta y visten ropa táctica.

Mercenarios.

Se colocan uno a cada lado y me cogen de los brazos sin miramientos. Al menos, dejo de sentir la pistola en mi espalda.

Me empujan con prisas hacia el centro del campamento. Intento resistirme, clavo las botas en el polvo ensangrentado y me retuerzo, pero me agarran con tanta fuerza que apenas notan mis sacudidas.

El miedo vuelve a subir por mi garganta.

—¡Soltadme! —grito.

Ni siquiera se molestan en responder. Cuatro hombres más se unen a los tres que me custodian y avanzan decididos mientras tiran de mí. Caminan en posición de combate, apuntando hacia todo lo que nos rodea, atentos a cualquier intento de detenerlos. Veo movimiento entre las tiendas y supervivientes que se quejan en el suelo.

—Deprisa —ordenado el que me ha apuntado.

Los mercenarios que me sostienen me agarran con más fuerza y me levantan del suelo. Pataleo en el aire, pero no sirve de nada. Soy un muñeco en sus manos.

Van directos hacia los vehículos que ahora distingo entre la penumbra.

Y entonces, lo veo.

Está de pie junto a uno de los vehículos, observándolo todo como si el caos que lo rodea no tuviera nada que ver con él. Es mucho más alto que los demás y no lleva la cara cubierta.

El viento mueve ligeramente el polvo alrededor de sus botas.

Levanta los ojos cuando nos acercamos.

Son grises, fríos. Me observan como si estuviera evaluando la mercancía.

Uno de los hombres que me sujeta habla en francés.

—La encontramos —le dice.

El hombre asiente lentamente y se acerca.

Cuando se detiene frente a mí, la diferencia de altura me obliga a levantar la cabeza para poder mirarlo a la cara.

—Capitaine Nora Vaillant —dice simplemente.

No es una pregunta.

Se me contrae el estómago. ¿Soy el objetivo?

—¿Quién es usted? —consigo preguntar

Una sonrisa cruza su boca.

—Adrien Kader —se presenta.

El nombre no significa nada para mí.

Todavía.

Sus ojos siguen clavados en los míos, como si intentara leer algo detrás de mi miedo.

—La necesito con vida —dice finalmente, mirando hacia sus hombres—. Nos vamos —ordena a continuación.

Me revuelvo una vez más, intento zafarme y empujo hacia atrás con todas mis fuerzas. Siento cómo me aprietan los brazos.

—No voy a ninguna parte con usted —mascullo.

Durante un instante, el silencio se vuelve espeso.

Adrien Kader inclina ligeramente la cabeza y sonríe.

Pero no es una sonrisa amable. Es la mueca de alguien que ya sabe cómo va a terminar esta conversación.

—Eso —dice en voz baja— no depende de usted.

Uno de sus hombres me sujeta con más fuerza y me cubre la cabeza con una tela negra. El desierto se oscurece a mi alrededor.

Y por primera vez desde que empezó el ataque, entiendo algo con absoluta claridad.

No he sobrevivido.

Me han capturado, y dudo que consiga salir con vida de esta.

2

Adrien

El combate ha terminado hace diez minutos. El campamento francés todavía huele a pólvora cuando doy la orden de retirada. Mis hombres se mueven con la rapidez silenciosa de quienes llevan media vida haciendo este tipo de trabajo. Cada movimiento tiene un objetivo, todo está medido y calculado, no estamos como para perder energía en nada que no sea útil.

—Dos minutos —dice Malik mientras revisa el perímetro por última vez.

Asiento.

El objetivo está asegurado. Miro hacia el vehículo donde la han metido.

Nora Vaillant, la médica.

Está sentada en la parte trasera de uno de los todoterrenos, amordazada, con las manos atadas a la espalda y una caperuza oscura sobre la cabeza. La lona trasera se mueve con el viento cálido del desierto y levanta pequeñas nubes de polvo que se pegan a su uniforme.

No está llorando y no ha suplicado en ningún momento.

—Quitadle la capucha —ordeno un minuto después—. No hace falta.

Uno de mis hombres cumple mis instrucciones al instante y me encuentro con la mirada de la doctora Vaillant.

Es evidente que me odia.

Apoyo el antebrazo sobre la puerta del vehículo y la observo durante unos segundos.

Tiene los ojos claros. Verde oscuro, tal vez. Difícil distinguir el color exacto bajo la luz moribunda del atardecer.

Hay muchas formas de reaccionar cuando alguien pierde el control de su vida en cuestión de minutos. Las he visto todas.

Está el pánico, la súplica, incluso la rabia histérica.

Ella no muestra ninguna, solo esa mirada dura que no se aparta de mí.

Interesante.

—¿Está limpia? —pregunto sin apartar la vista.

—Sí —responde Wolf desde detrás—. Nada de armas ni dispositivos de comunicación.

Asiento y la puerta se cierra de golpe.

—Nos vamos.

Los todoterreno arrancan uno a uno y

El convoy abandona el campamento en silencio, levantando una nube larga de polvo rojizo que el viento empieza a borrar casi de inmediato.

El Sahel es así.

Todo lo que ocurre aquí, desaparece con rapidez.

La noche cae mientras avanzamos. El desierto se vuelve negro y vasto alrededor de los faros de los vehículos. La carretera no es más que una pista irregular entre dunas bajas y arbustos secos. Ibrahim conduce el primer todoterreno con la seguridad de quien conoce cada curva invisible del terreno.

Yo voy detrás. Veo a Nora Vaillant a través del retrovisor. Sigue mirándome, y ni siquiera intenta esconder el desprecio que siente por mí, por todos nosotros.

Al cabo de unos minutos inclina ligeramente la cabeza e intenta librarse de la mordaza, sin conseguirlo.

Malik se da la vuelta desde el asiento delantero.

—Tranquila, doctora.

Ella no responde, se limita a seguir mirándome.

Durante un instante, sostengo esa mirada en el espejo.

Hay sangre seca en su uniforme.

Sé que no es suya, mis hombres me han asegurado que no está herida.

Eso también es interesante.

La mayoría de los médicos se derrumban después de un ataque así, pero ella no. Me pregunto cuántas veces ha estado bajo el fuego, cuántas veces ha disparado y le han disparado.

La admiración dura apenas un segundo. Luego, desaparece. No sirve de nada admirar a la gente que secuestras.

Seguimos avanzando durante más de una hora.

La luna aparece sobre el horizonte, enorme y pálida, iluminando el desierto con una luz lechosa que convierte la arena en un océano inmóvil.

Finalmente, Ibrahim gira hacia una pista casi invisible entre dos elevaciones del terreno. Nuestro campamento aparece unos minutos después.

No es un campamento en el sentido tradicional, en realidad son varias construcciones de barro y adobe dispersas alrededor de un pequeño patio central, restos de un antiguo asentamiento que nadie reclamó cuando la guerra empezó a desplazarse hacia el norte.

Las casas son bajas, de paredes gruesas, con techos planos y pequeñas ventanas cuadradas. Construcciones típicas del Sahel, diseñadas para soportar el calor y el viento.

Nosotros las hemos reforzado lo suficiente como para mantener a un grupo armado fuera del radar de la mayoría de los drones y poder defendernos en caso de que nos ataquen, algo sumamente improbable, ya que allí somos prácticamente invisibles. Nadie sería capaz de encontrarnos en los más de seis mil kilómetros cuadrados que ocupa el Sahel. Ocho países, decenas de tribus y lenguas, y una de las zonas más conflictivas del mundo. Aquí, somos invisibles, uno más de los cientos de grupos armados que operan en la zona.

Los vehículos se detienen uno a uno y mis hombres saltan al suelo.

—Dentro —ordeno.

La puerta trasera del todoterreno se abre, dos hombres agarran a la doctora y la obligan a bajar.

Ella no opone resistencia, pero su postura sigue siendo rígida, desafiante. Camina entre mis hombres con las manos atadas detrás de la espalda, la espalda erguida y la cabeza levantada.

El polvo se levanta bajo sus botas mientras cruzamos el patio.

Los hombres que no han salido en la operación nos observan desde la sombra de una de las casas. Uno de ellos suelta una risa corta.

—La médica —dice después.

No respondo, es evidente que lo es. Ella era el objetivo y siempre logramos lo que nos proponemos.

La llevamos hasta una de las construcciones laterales. Dentro hace fresco, las paredes de adobe mantienen el calor fuera y el aire huele a polvo y madera vieja.

Malik arrastra una silla de madera hasta el centro de la habitación y los dos hombres que la sujetan, la obligan ahora a sentarse.

Wolf le quita la mordaza y ella respira hondo durante un segundo. Luego levanta la cabeza y me mira directamente.

—¿Quiénes son ustedes? —pregunta con voz firme, sin rastro de temblor.

Le acerco una cantimplora a la boca.

—Beba.

—No.

Malik se ríe.

—Es agua, doctora. No veneno.

Nora me observa unos segundos más.

Luego inclina la cabeza y bebe.

—Bien —digo cuando termina, y guardo la cantimplora. Luego, me giro hacia la puerta—. Traedlos —ordeno.

Un par de minutos después, cuatro hombres entran cargando dos camillas ocupadas por dos de los nuestros.

El primero está consciente. El segundo, no.

Pasan por delante de la doctora y los depositan sobre dos camas que hemos colocado en la habitación contigua.

El olor a sangre llena el espacio de inmediato.

Nora gira la cabeza y veo cómo sus ojos analizan la situación con rapidez automática.

Reconozco esa mirada. Es la de alguien que ya está evaluando los daños antes incluso de decidir si quiere ayudar.

—¿Qué les ha pasado? —pregunta.

—Lo mismo que a su gente —respondo.

Me acerco un paso más.

Ella levanta la barbilla.

Todavía tiene las manos atadas.

—Escúcheme bien, capitana Vaillant. —El silencio en la habitación se vuelve pesado—. Su misión ha terminado esta noche.

Nora frunce ligeramente el ceño.

—¿Qué quiere decir? ¿No piensa devolverme…?

Señalo a los hombres heridos.

—Ahora trabaja para mí.

Durante un segundo, no dice nada. Luego suelta una risa breve, incrédula.

—No.

Me quedo mirándola.

—Sí.

—Soy oficial del ejército francés.

—Era —remarco.

Sus ojos se endurecen y aprieta la mandíbula.

—No voy a ayudarles —afirma entre dientes.

La observo un momento y luego hago un gesto hacia el primer herido.

El hombre respira con dificultad y la sangre empapa el vendaje improvisado de su abdomen.

—Si no lo opera ahora —digo con calma— morirá pronto.

Nora mira al hombre y luego me mira a mí.

—No trabajo para criminales —escupe.

—No tiene que hacerlo. —Señalo de nuevo al herido—. Solo tiene que salvarle la vida. Hizo un juramento, ¿no?

El silencio vuelve a llenar la habitación. Los segundos pasan, nadie se mueve y apenas respiramos hasta que, finalmente, Nora cierra los ojos un instante.

Cuando vuelve a abrirlos, la decisión ya está tomada.

—Necesito que me suelten las manos.

Malik me mira.

Espero un segundo y luego asiento. Malik se inclina sobre ella y la libera.

La doctora Vaillant se levanta inmediatamente y durante un segundo se frota las muñecas con fuerza. Después se gira hacia el primero de los heridos.

El cambio en ella es instantáneo. La prisionera desaparece y la doctora se hace cargo de la situación.

—Necesito luz —pide. La determinación en su voz hace que mis hombres corran a acatar su orden.

Las lámparas se encienden y ella se inclina sobre el herido, aparta el vendaje y examina la herida con movimientos rápidos.

Sus dedos se cubren de sangre en cuestión de segundos. Me hipnotizan sus movimientos, no puedo moverme mientras la observo trabajar.

No duda ni un instante, todo en ella es fortaleza y decisión.

Lástima que…

Sacudo la cabeza para huir de los pensamientos intrusivos y la vigilo mientras trabaja. No puedo olvidar que, además de médica, es una militar francesa.

—Necesito hilo quirúrgico, alcohol y algo que pueda usar como anestesia —pide por fin.

Malik le acerca el material y ella lo estudia un largo momento. Luego, me mira con los ojos encendidos de furia.

—Este material nos pertenece —afirma—, hace semanas que debería haber llegado al campamento.

—Y ha llegado —respondo con media sonrisa—, a nuestro campamento.

Veo la tensión de sus hombros y yo me apoyo contra la pared.

Coge lo que le ofrece Malik y se inclina de nuevo sobre el herido.

La noche avanza sobre el desierto mientras ella cose la herida de uno de mis hombres.

Sé que Nora Vaillant se va a convertir pronto en un problema que va a exigir una solución drástica, pero mientras llega ese momento, me ocuparé de que mantenga a mis hombres en perfecto estado.

Después… Bien, después, ya veremos.

3

Nora

No esperaba esto, no esperaba que me trajeran aquí para… esto. Miro a los dos hombres que han colocado en esa especie de camillas y los evalúo rápidamente.

El primer herido está consciente, y veo que tiene la pierna atravesada por una bala. El segundo está inconsciente. Tiene el abdomen empapado en sangre y respira con dificultad.

Durante un segundo me quedo inmóvil. Luego, miro a Kader y me encuentro con sus ojos de acero, que me miran como si pudiera atravesar mi cabeza y leer lo que estoy pensando.

—¿Qué significa esto? —le pregunto.

—Significa que ahora trabaja para mí.

La frase tarda un segundo en calar en mi mente.

Luego me echo a reír. No puedo evitarlo.

—No —replico sin más.

El mercenario no se mueve.

—Sí —afirma. Su voz es tan grave que reverbera en mi estómago.

—Soy oficial del ejército francés.

—Era.

Siento cómo la rabia sube por mi pecho.

—No voy a ayudarles.

Él señala al primer herido.

—Morirá en menos de una hora.

Miro al hombre una vez más. La herida es grave, muy grave, y me da la sensación de que su respiración se ha ralentizado desde que llegó.

Vuelvo a mirar a Kader.

—No me importa —miento.

Él sonríe porque sabe que miento. Inclina levemente la cabeza y da un paso hacia mí. Su corpulencia es imponente, sé que puede aplastarme con un solo golpe y que lo haría de no necesitarme. Aún así, me esfuerzo para que no se note el miedo que se está apoderando de mi cuerpo.

—Usted es médica —dice, lacónico—. Hizo un juramento.

No dice nada más. Simplemente, se queda ahí de pie, mirándome fijamente y esperando una respuesta. No. Esperando «la» respuesta, porque sé que solo va a aceptar una.

Durante un instante, odio ese juramento con toda mi alma.

Odio lo que significa, y odio que lo utilice contra mí como acaba de hacer.

Aprieto los puños y cierro los ojos un segundo. Cuando los abro, sigo odiándolo, a él y al juramento, pero el hombre de la camilla continúa sangrando y su respiración se ha complicado aún más.

—Necesito que me suelten las manos —digo por fin.

Kader mira a uno de sus hombres, el que está más cerca de mí, y le hace un simple gesto. Al instante, el tipo se inclina sobre mí y me libera.

Necesito un momento para reactivar la circulación de mis manos, así que las muevo y las froto con fuerza mientras me acerco al herido.

La médico que hay en mí toma el control y comienzo a trabajar. Kader tenía razón en una cosa: si no actúo rápido, este hombre morirá en menos de una hora.

—Luz —pido.

Las lámparas se encienden y alguien arranca las telas que cubren las pequeñas ventanas.

Examino la herida con rapidez. Agujero de bala en el costado. Veo el orificio de entrada, pero no el de salida. El proyectil sigue dentro. Probable hemorragia interna.

Maldita sea.

—Necesito anestesia, pinzas, tijeras, un bisturí, hilo quirúrgico…

Los hombres de Kader se afanan en reunir todo lo que les he pedido. Intento no mirar el embalaje del que lo sacan, robado de nuestros suministros.

—Hay que esterilizar todo eso —digo, y señalo lo que traen en las manos, unas manos con mugre de varios días—. Si lo opero con eso, lo matará una infección.

—No tenemos… —empieza uno de ellos.

—¿Tienen un microondas? —Miro cómo Kader asiente—. Busque un recipiente limpio y rocíenlo de alcohol. Luego, metan el instrumental, cúbranlo de agua y dejen que hierva unos minutos. Después, no lo toquen, tráiganlo aquí y yo me ocupo.

Mientras espero el material, cojo unas gasas, las empapo en yodo y comienzo a limpiar la herida, que sigue sangrando. Luego saco una jeringuilla del envase estéril y la lleno de anestésico. El hombre sigue inconsciente, pero es mejor asegurarse.

Levanto la vista un momento y veo que Adrien Kader sigue apoyado contra la pared, observándome. Nuestros ojos se encuentran, y le dedico la mirada más fría que soy capaz de reunir. El tipo de mirada que reservaría para un asesino.

Porque eso es exactamente lo que es.

—No piense que esto cambia nada —le digo en voz baja—. Sigo siendo su prisionera, no trabajo para usted.

Su expresión no cambia.

—Lo sé —dice.

Aprieto el hilo quirúrgico entre los dedos.

—Y yo sé que cuando deje de ser útil, me matarán.

El silencio dura un segundo.

Dos.

Tres.

Kader no aparta la mirada.

—Eso —dice finalmente— aún no lo hemos decidido.

Desde luego, la respuesta no me tranquiliza. En todo caso, hace que sienta aún más rabia.

Dos hombres llegan con el recipiente en el que han hervido el instrumental y lo dejan sobre una precaria mesita que hay entre la dos camillas ocupadas. Me cambio los guantes y meto la mano en el agua caliente. Siento la piel arder a través del vinilo, pero no hay tiempo para quejas. Lanzo un generoso chorro de antiséptico sobre el bisturí que he sacado y me coloco sobre la herida.

—Haced lo mismo con el resto de los instrumentos —ordena Kader.

—Con las manos limpias y guantes, si no, prefiero que no se acerquen —replico.

Estoy sobre el herido, con el bisturí en la mano, esperando una respuesta. Si alguien mete la mano en ese recipiente y lo contamina, lo echará todo a perder. Kader mira a sus hombres y luego vuelve a mí.

—No os acerquéis —decide por fin—. Lo siento, doctora.

No respondo, no tengo nada que decir. Bajo la vista y me concentro en la herida. Busco la bala, la extraigo y la examino. Está entera, así que no tengo que hurgar en busca de fragmentos. Limpio, cauterizo, uno y coso, siempre con un ojo puesto en el pecho del paciente para controlar su respiración y el otro en los hombres que me rodean.

Tardo dos horas en terminar, y en todo ese tiempo, Kader no se mueve de donde está, junto a la pared. Siento su mirada sobre mí, juraría que ni siquiera pestañea.

Cuando por fin termino, me quito los guantes y los dejo caer al suelo. Luego, levanto la vista y clavo la mirada en él.

—¿Va a matarme ya? —le pregunto.

Él sonríe de medio lado. Vaya, parece que todo esto le resulta divertido.

—Todavía no —responde—. Me temo que tiene más trabajo.

4

Adrien

Mis hombres trasladan a Fabien, el herido de bala, al fondo de la cabaña que estamos utilizando como hospital. Soy consciente de que las condiciones son bastante malas, pero es lo mejor que hemos podido encontrar y habilitar en tan poco tiempo. La han limpiado y encalado mientras estábamos fuera y aún huele a yeso y a pintura, y han extendido un linóleo que imita las láminas de madera en la zona que la doctora está utilizando como quirófano. Es más fácil de limpiar. Unas sábanas colgadas del techo delimitan las «habitaciones» de los heridos y el área de trabajo, y hemos instalado un generador y dos focos capaces de convertir la noche en día.

Tendrá que servir.

En cuanto Fabien está instalado, y mientras la doctora le inspecciona la pierna a Moha, les hago una seña a mis hombres para que traigan a los demás.

Diez minutos después, la parte delantera de la cabaña se llena de enfermos y heridos. Vaillant deja de hacer lo que estaba haciendo y mira hacia todas esas personas con los ojos y la boca muy abiertos. Hay heridos en combate, sí, pero también lugareños y algunos trabajadores que han tenido un accidente, están enfermos o han sufrido la picadura de un reptil o un insecto, como Farad, que tiene la piel cubierta de granos y no deja de arrascarse todo el cuerpo.

—Por el amor de Dios —exclama—, ¿qué pretende que haga con toda esa gente? —me pregunta.

—Que cumpla su juramento —respondo.

—No puede amenazarme con Hipócrates —bufa ella.

Sin decir una palabra, me llevo la mano a la cartuchera, saco la pistola y la sostengo pegada a la pierna. No apunto hacia ella, no hace falta.

—De acuerdo —digo después—, pasaremos de Hipócrates. Quizá mi amigo Fedor Tokarev resulte más convincente.

La veo bajar la vista hasta mi pistola rusa y volver a subirla hasta mi cara. Su expresión es indescifrable.

—Tarde o temprano lo va a hacer —dice muy tranquila—. Va a matarme —añade—, así que hágalo ya y busque alguien que le tenga miedo.

No me lo puedo creer… ¿De qué pasta está hecha esta mujer?

Guardo la pistola en su funda y me acerco un paso a ella.

—De acuerdo, sin amenazas —le digo. Me giro hacia la sala exterior y señalo a todos los que esperan allí de pie, cansados y doloridos—. Ellos son inocentes —le explico—, ni siquiera son militares.

—Usted tampoco es un militar —me corta—, no es más que un mercenario.

Ufff… Está empezando a sacarme de mis casillas.

Respiro hondo y continúo.

—La mayoría no han cogido un arma en toda su vida, son pastores, albañiles, gente sencilla que se ha refugiado aquí mientras dura la guerra. Pero están enfermos, heridos, y necesitan ayuda. Y usted está aquí —añado.

—¡Porque me ha secuestrado! —grita—. ¿Qué pretende? ¿Qué los cure a cambio de mi vida? ¿Y qué hará cuando no queden enfermos, eh? Dígame, ¿qué hará?

—Podrá irse —respondo.

Ella está a punto de replicar, pero se calla cuando escucha mi respuesta.

—No le creo —dice, mirándome furiosa.

—Se lo prometo —insisto.

Ella se ríe un segundo.

—¿Cuánto vale la palabra de un mercenario? —me lanza a continuación.

Levanto la barbilla y la miro directamente a los ojos. Son tan verdes que parecen refulgir como las esmeraldas.

—No sé cuánto vale la palabra de otros —le digo—, pero yo jamás he faltado a una promesa. Si le digo que cuando no haya enfermos podrá irse, así será.

Por una vez, la capitana Vaillant no contesta. En vez de eso, me da la espalda y se dirige a la zona en la que los enfermos esperan.

Yo me quedo donde estoy, al fondo de la cabaña. Desde aquí puedo verla. Habla con la gente, los toca, los ausculta, les mueve los brazos y las piernas, incluso sonríe un par de veces.

Nora Vaillant trabaja como si hubiera olvidado completamente dónde está.

O quizá no lo ha olvidado. Quizá, simplemente no le importa.

Va de una persona a otra con movimientos rápidos, seguros, y organiza una fila de personas que se colocan donde ella les ordena sin dudar ni un instante.

Cuando los ha examinado a todos, vuelve a entrar y se dirige a Malik, que la ha seguido todo el tiempo para hacerle de intérprete.

—Quiero dos camillas aquí mismo, y una mesa con gasas estériles e instrumental perfectamente limpio. Necesito analgésicos, antibióticos, corticoides y suero, hay un hombre deshidratado. Agujas, sondas y catéteres, ¿entendido?

Malik me mira, yo asiento y él echa a correr. Por el camino recluta a otros dos de mis hombres y en menos de diez minutos, la doctora Vaillant tiene montada su consulta.

—Que pase el primero —ordena. Malik corre hasta la fila y vuelve con un hombre con una fuerte cojera. Es Abdul, y hace dos días que se cayó de un andamio mientras intentaba reparar el tejado de una de las cabañas.

Los atiende a todos poco a poco, con paciencia, esperando a que Malik le traduzca lo que le cuentan. Cuando necesita algo, no lo pide dos veces.

—Luz aquí.

—Alcohol.

—Sujétenlo.

No levanta la voz, pero todos obedecen. Es interesante observar cómo mis hombres reaccionan a ella. Soldados que hace cuatro horas estaban disparando contra un campamento militar, ahora esperan en silencio a que una prisionera les diga qué tienen que hacer.

Rafael le acerca una bandeja con instrumental. Ella ni siquiera lo mira, sigue concentrada en el abdomen de un joven que se retuerce de dolor.

—No habrán robado por casualidad una máquina de Rayos X, ¿verdad? —me pregunta.

—Se le olvidó apuntarla en el pedido —respondo en el mismo tono.

—Creo que es apendicitis —dice después, de nuevo concentrada en el joven—, pero no quisiera abrirle sin estar segura.

—Va a tener que fiarse de su intuición, doctora.

Se levanta y le pide a Malik que la acompañe hasta donde esperan los que todavía no han sido atendidos. Señala a unos cuantos, que se colocan juntos a un lado, y el resto se queda donde está.

—Los de este lado pueden aguantar con analgésicos —le dice a Malik—. Dos tienen dolor de muelas y esos otros, claros síntomas de una lesión muscular. Que les den tres pastillas a cada uno y que vuelvan mañana. Los de ahí —dice después, señalando al resto—, tendrán que aguantar como están. Que beban agua y que traten de descansar, ¿de acuerdo?

Malik traduce y todos asienten agradecidos mientras Rafael reparte los analgésicos prescritos. Ella vuelve junto a su paciente y

se coloca a su lado.

—De acuerdo, muchacho —le dice con una sonrisa que apenas dura medio segundo—. Vamos a extirpar ese apéndice. Es mucho más fácil que sacar una bala del abdomen, así que no te preocupes.

El chico la mira sin entender ni una palabra, pero sonríe agradecido.

—*Anti malākun* —oigo que le dice.

Malik no está cerca, así que ella no tiene forma de saber qué ha dicho.

—Dice que es usted un ángel —le traduzco.

La veo sonreír sin mirarme.

—Eso es porque no me conoce —dice en voz baja.

—Sin duda —coincido.

No sé si no me ha oído o me está ignorando, pero la doctora se aparta del paciente y se prepara para la intervención mientras le indica a Malik lo que tiene que hacer.

En pocos minutos, el chico está dormido y ella está lista para abrir el segundo abdomen del día.

Trabaja rápido, no duda ni un segundo y sus manos vuelan sobre el muchacho antes de colarse en su interior. Poco después, un colgajo sanguinolento descansa en la bandeja que Rafael sostiene con gesto de estar conteniendo una arcada.

Cuando termina la sutura, se limpia las manos y me mira, pero no hay tiempo para decir nada.

—¡Le han dado a Wolf! —grita Boris desde la puerta.

Dos de mis hombres corren hacia allí mientras sostienen a Wolf, que sangra profusamente del muslo. La sangre se acumula a sus pies cuando se detienen.

—¿Nadie os ha enseñado a hacer un torniquete? —grita la doctora mientras corre hacia él. Mete un puñado de gasas en la herida y le ordena a Rafael que presione. Él obedece, aunque está cada vez más pálido.

—¡Traedlo aquí! —pide después.

Cuando Wolf está tumbado, ella se mueve como un rayo a su alrededor. Corta el pantalón, quita las gasas y blasfema cuando comprueba que la herida sigue sangrando.

—Si le han dado en la arteria no podré hacer nada —murmura.

La observo con atención.

Se inclina sobre Wolf, que respira con dificultad.

—Esto va a doler —dice.

Wolf sacude la cabeza arriba y abajo.

—He tenido días peores —responde.

Introduce las pinzas en la herida y Wolf aprieta los dientes.

Vaillant extrae una bala y la deja caer en una bandeja metálica. Luego, mete los dedos en el boquete del muslo y comienza a suturar. Tarda una eternidad en cerrar la herida. Cuando termina, la veo coger las pinzas, que siguen bloqueando la hemorragia, y respirar hondo antes de retirarlas.

—¡Bien! —exclama cuando comprueba que la sutura funciona y la hemorragia se ha detenido—. Bien, bien —repite en voz más baja.

En ese momento, levanta la vista y nuestros ojos se encuentran.

La mirada que me dedica es puro odio.

La sostengo unos segundos, y luego vuelvo a observar la habitación.

Es entonces cuando ocurre.

Uno de mis hombres se acerca a ella con una botella de yodo y se inclina ligeramente sobre la camilla en la que está Wolf. Está muy cerca de ella, demasiado. Y se está confiando…

Vaillant se mueve con rapidez y todo sucede en un segundo.

Su mano vuela hacia la cintura del soldado. Cuando vuelve a levantarse, tiene la pistola en la mano y el cañón apunta directamente a mi cabeza.

La calma estalla en mil pedazos. Las armas salen de sus fundas y se escuchan los clics metálicos de las pistolas de mis hombres, que apuntan a la doctora desde todos los ángulos.

Algunos gritan órdenes.

—¡Suéltala!

—¡Al suelo!

—¡Capitana, no lo haga!

Ella no escucha.

No aparta los ojos de mí.

La pistola está perfectamente alineada con mi frente, la sostiene con pulso firme. No tiembla.

Interesante.

Muy interesante.

Me enderezo lentamente, echo los hombros hacia atrás y levanto la cabeza.

—Bajad las armas —ordeno con calma.

Nadie me obedece. Es comprensible, hay una rehén apuntando a su comandante.

Empiezo a caminar hacia ella.

—¡Deténgase! —grita al instante.

Por supuesto, no lo hago.

—Voy a disparar.

Doy otro paso.

El cañón sigue mi movimiento con precisión.

—No —digo simplemente, con voz tranquila—. No lo hará.

Sus ojos se estrechan.

—¿Quiere probar?

Doy otro paso.

Ahora estamos a menos de tres metros. Puedo oír su respiración.

—Primero —sigo—, porque morirá antes de que su dedo termine de apretar el gatillo.

Se oyen los seguros de varias armas desactivándose en todo el recinto.

Ella lo sabe, lo ve, pero no baja la pistola.

—Y segundo —añado— porque es capaz de hacerlo.

Una sombra de rabia cruza su cara.

—He disparado esta tarde —me recuerda entre dientes.

—Sí —reconozco, e inclino ligeramente la cabeza—, pero nunca ha disparado a alguien indefenso, ¿me equivoco? —Ella no responde. Sus dedos siguen firmes alrededor del arma—. Usted salva vidas —continúo—. No las quita.

—Estoy salvando la mía.

La miro fijamente y frunzo el ceño.

—Su vida no corre peligro.

Eso la desconcierta un segundo, solo uno, pero aprovecho ese momento para dar el último paso.

Ahora estamos frente a frente.

Puedo ver el polvo en su uniforme, la sangre seca en sus mangas, la tensión en su mandíbula.

Extiendo la mano despacio, pero sin dudar ni dejar de mirarla.

—Deme la pistola.

El silencio en la habitación es absoluto. Todos esperan, y durante un segundo, pienso que va a hacerlo, que va a disparar.

Pero entonces, su expresión cambia.

Algo se enfría detrás de sus ojos.

Baja poco a poco el arma y, cuando llega a la altura de la mano, abro la palma y la cojo.

Pero en el mismo instante en que la agarro, la doctora se mueve.

Es rápida, más de lo que esperaba.

Da un paso hacia mí y su puño se estrella contra mi cara.

El golpe es brutal.

Mi cabeza se gira con la fuerza del impacto y la boca se me llena de sabor a sangre.

A nuestro alrededor estalla el caos. Mis hombres gritan y vuelven a apuntarle con sus armas. Alguien intenta agarrarla, pero yo levanto una mano al instante.

—¡Que nadie la toque! —ordeno.

Lentamente, vuelvo a girar la cabeza hacia ella.

Nora Vaillant está frente a mí, respirando con fuerza. Sus ojos siguen llenos de un odio que no se molesta en disimular.

Me paso la lengua por el interior del labio. La sangre tiene un sabor metálico.

Durante un segundo, no digo nada.

Luego, muy despacio… sonrío.

5

Nora

Ahora atiendo a los pacientes con varias armas apuntándome, aunque la verdad es que no me sorprende. Después del puñetazo, habría sido ingenuo esperar otra cosa.

Dos hombres se han colocado a cada lado de la habitación. Parecen estatuas, inmóviles y atentos a cada uno de mis movimientos. Bueno, esto no es del todo cierto, sí que se mueven. Mantienen los fusiles apoyados contra el pecho, el dedo en el gatillo, y el cañón sigue cada uno de mis movimientos como una sombra. Me miran con el ceño fruncido y se tensan en cuanto cojo unas tijeras o me acerco a los bisturís.

Me esfuerzo por no prestarles atención. Acaban de traer otro herido, y si dejo que las armas me distraigan, puedo cometer un error que no me perdonaría jamás.

Me limpio las manos y me concentro en mi paciente. Es el más joven de todos, no tendrá más de veinte años. De nuevo, una herida de bala.

La bala ha entrado por debajo de la clavícula y ha salido por la espalda, dejando un canal irregular que todavía sangra a través del vendaje improvisado que le han colocado donde sea que estaba combatiendo. Es un joven moreno de pelo negro, seguramente perteneciente a alguna de las decenas de etnias que viven en el Sahel. Está pálido, cubierto de sudor, y sus ojos oscuros se mueven con una mezcla de miedo y dolor que me resulta demasiado familiar.

Cuando me ve acercarme, intenta incorporarse.

—Tranquilo —le digo, empujándolo suavemente contra la camilla —. Si te mueves, esto va a doler mucho más.

Respira rápido, demasiado, de hecho. Sus manos buscan algo a lo que agarrarse y terminan cerrándose sobre mi muñeca.

—Voy a morir —murmura en francés. Veo las lágrimas asomándose a sus ojos.

Sacudo la cabeza.

—No todavía —le aseguro.

Pero mientras examino la herida, sé que la situación es peor de lo que parece. Ha perdido demasiada sangre, necesita una transfusión cuanto antes.

Levanto la vista hacia los hombres que me rodean, pero no me detengo en ninguno en particular, ni siquiera en el jefe, que ha vuelto a su sitio junto a la pared. Mi puño le ha provocado un morado en la cara que me encanta ver.

—Necesito sangre —pido en voz alta.

Los mercenarios se miran entre ellos.

—¿Qué? —responde uno de ellos con el ceño fruncido.

—Donantes —repito con impaciencia. Cojo la placa que el herido lleva al cuello y leo su grupo sanguíneo—. ¿Esto es tuyo? —le pregunto, mostrándole la placa. El muchacho afirma con los dientes apretados—. O positivo, ¿quién tiene O positivo? —repito en voz alta.

El silencio se instala en la habitación. Nadie parece saber qué hacer o qué decir y yo aprieto los dientes.

—Si no recibe sangre en los próximos diez minutos, morirá —les digo.

El joven gime en la camilla y cierra los ojos con fuerza.

Durante un segundo, pienso que nadie va a ofrecerse voluntario. Es el grupo más común, no puede ser que nadie coincida…

Entonces, oigo una voz detrás de mí.

—¿Qué grupo has dicho?

Es Adrien Kader. No lo he oído acercarse. Levanto la vista y lo veo a mi lado, tan cerca que casi puedo sentir el calor que desprende su

cuerpo. Sus ojos recorren la herida del muchacho con una calma que me irrita.

—O positivo sería lo ideal —respondo—. También me vale el negativo, es universal —añado deprisa.

Él no aparta la mirada del herido. Luego, se gira hacia mí y asiente.

—Yo soy cero —dice simplemente.

Me quedo mirándolo. No me lo esperaba. ¿De verdad se va a poner en mis manos después de lo que acaba de pasar?

Miro al muchacho de la camilla y decido que no tengo nada que objetar.

—Siéntese —le digo, señalando una silla.

Ni siquiera duda. Al instante, se arremanga la camisa y extiende el brazo.

Uno tras otro, sus hombres empiezan a acercarse y me apuntan con sus armas. Oigo los clics de los seguros al liberarse.

—Eso no es necesario —dice Kader mientras aprieta el puño y observa cómo le clavo la aguja—, ¿verdad, doctora?

—No —respondo—, no lo es.

Algunas armas bajan, pero no todas. Lo entiendo, tengo a su comandante completamente indefenso ante mí. Aunque no creo que ese hombre esté nunca realmente indefenso.

La bolsa se llena con rapidez.

—Necesitaré más —le digo sin mirarlo—, pero no puedo extraerle a usted, no sería seguro.

Kader se aprieta la gasa que le he colocado en la sangradura del codo y se pone de pie.

—Grupo cero —dice en voz alta—. Positivo primero, negativo después.

Esto es casi surrealista.

Hace pocas horas, esos hombres asaltaron mi campamento y me secuestraron. Ahora, veo cómo algunos bajan las armas y se colocan

en fila ante mí.

El generador zumba en algún lugar fuera de la cabaña. Mientras ellos esperan, coloco la bolsa de sangre en el soporte y le inyecto la sonda del gotero al joven herido, que sigue respirando con dificultad.

Mientras recibe la sangre, comienzo con los «voluntarios». Disciplinados y en silencio, van ocupando las dos sillas que he dispuesto a un lado de la camilla, tantas como equipos de extracción tengo a mano. Las bolsas se llenan poco a poco y puedo trasfundir una más al joven herido antes de intervenir.

—Necesito una nevera —digo sin levantar la cabeza del brazo que tengo delante, listo para que le clave la aguja. El dueño de ese brazo ha girado la cabeza y espera con los ojos cerrados y un gesto de miedo en la cara. Hombres…

Los mercenarios me miran como si hubiera pedido un helicóptero.

—Para conservar la sangre —explico con impaciencia—. Si no está refrigerada, en unas horas se echará a perder y no servirá ni para él, ni para nadie.

Kader se limita a hacerle un gesto a uno de sus hombres.

—Diez minutos —le dice.

El hombre sale corriendo y yo sigo trabajando.

La herida del muchacho es peor de lo que pensaba, está demasiado cerca de la arteria subclavia. Si hubiera atravesado un centímetro más…

Sacudo la cabeza, no sirve de nada pensar en eso.

Me inclino sobre él mientras lo preparo para la anestesia.

—Mírame —le pido. Sus ojos se abren con esfuerzo—. No te duermas.

—No puedo… —susurra

—No —repito mientras aprieto el vendaje con fuerza—. Quédate conmigo, ¿de acuerdo? Solo un poco más, enseguida podrás dormir, pero no te desmayes…

Durante un segundo, dudo. La hemorragia es difícil de controlar. Lo miro con las manos en alto, quieta.

Entonces, siento una presencia a mi lado. Kader se ha inclinado ligeramente hacia mí y su voz me llega baja, poco más que un susurro.

—Ni se le ocurra rendirse —me dice. Levanto la cabeza y nuestros ojos se encuentran—. Tiene que vivir —añade.

—Eso intento.

—No lo intente. —Su mirada es dura—. Hágalo —exige.

Aprieto los dientes y le doy la espalda. No necesito que me den órdenes. No él, desde luego. Pero tampoco voy a discutir mientras alguien se desangra delante de mí.

—Necesito más luz —pido.

Rafael mueve una lámpara y la herida queda iluminada. Le trasfundo la tercera bolsa y lo preparo para la anestesia. Cuando se duerme, comienzo a trabajar con la máxima concentración. No sé cuánto tiempo paso sobre la herido, puede que quince minutos, quizá veinte. El tiempo se vuelve borroso.

Por fin, consigo estabilizar la hemorragia. El muchacho sigue vivo… Por ahora.

Termino la intervención, cierro y compruebo sus constantes. Débil, pero estable.

Me dejo caer en una silla y, cuando levanto la vista, veo tres hombres instalando un enorme arcón refrigerador contra la pared de la izquierda. Cuando la conectan al generador exterior, el aparato empieza a zumbar.

Me levanto y me dirijo hacia allí. Abro la tapa y el aire frío me golpea la cara. Parece limpio.

—Bien.

Empiezo a colocar las bolsas de sangre dentro.

—Si falla el generador lo perderemos todo —digo sin levantar la vista.

Malik se encoge de hombros.

—Entonces, tendremos que volveremos a donar.

Levanto la cabeza y lo miro unos segundos. No parece estar bromeando.

Cierro la nevera y vuelvo junto a la camilla. A través de la ventana compruebo que es noche cerrada. Ni siquiera sé qué hora es.

Uno a uno, los hombres van saliendo de la cabaña, hasta que solo quedan dos vigilándome.

Y Adrien Kader, por supuesto. Los ignoro y me centro en el joven herido, que sigue respirando con dificultad. Estoy agotada. Esta mañana me he levantado temprano y he trabajado varias horas antes de que comenzara el tiroteo. Luego me han secuestrado y obligado a atender a no sé cuántas personas en esta cabaña maltrecha e inadecuada. He realizado cuatro intervenciones delicadas, he sacado sangre a tantos hombres que he perdido la cuenta, le he pegado al jefe de los mercenarios y siento sus armas apuntándome en todo momento. Me fallan las piernas, noto la cabeza embotada y me pesan los brazos. Y, aún así, decido quedarme.

Vuelvo a sentarme en la silla, apoyo la espalda contra la pared y cierro los ojos un momento. El cansancio me cae encima como una losa.

No sé cuánto tiempo pasa, pero cuando vuelvo a abrir los ojos, veo que a través de la ventana entra una la luz grisácea. Está amaneciendo.

Me levanto de un salto y me acerco a la camilla.

El joven sigue vivo. Compruebo su respiración, más tranquila, y el pulso, débil pero estable.

Estoy comprobando la herida cuando un escalofrío me recorre el cuerpo. Siento una mirada sobre mí.

Levanto la cabeza y veo a Adrien Kader, que sigue en el mismo rincón de la habitación, de pie y despierto. Es como si no se hubiera

movido en toda la noche.

—¿No duerme? —le pregunto. Tengo la boca pastosa.

—A veces.

Me dirijo hacia el fregadero del fondo para lavarme las manos y me las seco con una toalla que ha pasado por infinidad de lavabos pero que, al menos, parece limpia.

—¿Teme que escape? —continúo.

Su boca se curva apenas.

—No.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —le lanzo, retadora—. Al fin y al cabo, la obligación de cualquier rehén es intentar escapar.

Él inclina ligeramente la cabeza hacia la ventana antes de volver a mirarme con una sonrisa más amplia.

—No hay ningún sitio al que ir.

La luz es ahora más clara, y a través de la ventana veo el desierto extendiéndose hasta el horizonte.

Kilómetros y kilómetros de arena, roca y silencio. Sin carreteras, sin pueblos. Sin nada.

Sé que no miente.

Lo entiendo con una claridad brutal.

Estoy atrapada.

6

Adrien

El amanecer en el desierto llega sin transición. La noche desaparece de golpe y la luz invade el campamento con una claridad brutal. Casi al mismo tiempo, el viento levanta el polvo en el patio y las paredes de adobe empiezan a calentarse bajo el sol. De las cabañas salen los más madrugadores, los que tienen que ocuparse de las cabras o de las cocinas. Mis hombres hace horas que han hecho el relevo de la guardia, y ahora empiezan a organizar la faena diaria.

No he dormido, pero eso no es nuevo. Ha sido interesante vigilar el sueño inquieto de la doctora Vaillant y la tranquila evolución de Samba. Él no debería combatir, es demasiado joven, pero en su pueblo todos los hombres están en el frente y los chicos como él sueñan con coger un arma. Sin entrenamiento ni un buen líder, el resultado solo puede ser ese: todos sus compañeros están muertos, y a él apenas lo sostiene un hilo de vida. Pero aguanta.

Conozco a su familia, su hermano mayor formó parte de uno de mis escuadrones y sus padres, pastores de cabras al norte del Sahel, sueñan con que los dos regresen algún día y formen una familia que los llene de nietos y de alegría. Sin embargo, el mayor está preso en Argelia y el joven Samba se debate entre la vida y la muerte en una cabaña en mitad del desierto.

A veces, la vida es una mierda.

Salgo del precario hospital, por llamarlo de alguna manera, en el que he pasado la noche y cruzo el patio mientras los hombres empiezan a moverse por el campamento. Unos revisan los vehículos y los preparan para la siguiente misión mientras otros se ocupan de

las armas. El generador sigue zumbando detrás de una de las construcciones.

Todos levantan la cabeza cuando paso y me saludan con un gesto, pero nadie dice nada. No es necesario.

El respeto en este tipo de lugares no se exige. Se gana. Y a veces se gana simplemente permaneciendo de pie cuando los demás se derrumban.

Malik me espera bajo la sombra de un techo de chapa improvisado. Tiene una taza de café negro en la mano y el aspecto de alguien que ha dormido exactamente lo mismo que yo. Coge otra taza igual de descascarillada que la suya, sirve el resto del café y me la ofrece.

La bebida es fuerte y amarga, a duras penas se puede llamar café, pero lo cierto es que reanimaría a un muerto, y eso es justo lo que necesito.

—¿Cómo está el chico? —pregunta Malik mientras bebo.

—Vivo —respondo sin más.

Asiente lentamente.

—La médica sabe lo que hace.

—Sí.

Durante un minuto, ninguno de los dos dice nada. El campamento despierta a nuestro alrededor con la calma tensa de siempre.

Luego, Malik deja la taza sobre una mesa.

—Tenemos que movernos hoy —me recuerda.

—Lo sé.

Me inclino sobre el mapa arrugado que Malik ya ha extendido sobre la mesa. Es viejo y está lleno de anotaciones hechas con rotulador negro. Rutas, puestos militares, aldeas abandonadas…

Señalo un punto al sur.

—Un convoy de combustible pasa por aquí esta tarde.

Malik observa el mapa.

—¿Militares?

—No.

—¿Quién?

—Una compañía minera.

Eso le arranca una enorme sonrisa.

—Contratistas privados —ratifica.

—Exacto.

Las compañías que explotan las minas de la zona pagan bien por protección, pero no siempre contratan a los hombres adecuados. A veces, deciden ahorrar dinero en las partidas equivocadas, y eso los convierte en un objetivo. El responsable del operativo se puso en contacto conmigo hace unos días para ofrecerme información a cambio de dinero. Acepté, por supuesto. Fue un buen intercambio.

—Cuatro vehículos —continúo—. Seguridad mínima.

Malik asiente.

—Podemos interceptarlos en el desfiladero —propone.

—Sí, esa es la idea.

Se queda mirando el mapa unos segundos más.

—¿Vienes?

Niego con la cabeza.

—Esta vez no.

Levanta una ceja.

—¿Por la médica? —pregunta.

—Por muchas cosas —zanjo mientras doblo el mapa—. Tú dirigirás la operación —le digo a continuación.

Malik no discute, nunca lo hace cuando ya he tomado una decisión.

—¿Cuántos hombres? —pregunta.

—Seis.

—Wolf está fuera de combate.

—Llévate a Rafael en su lugar, y a Sami, Amine y Patrick.

Le explico todo lo que tiene que saber y Malik lo memoriza todo en silencio.

—Saldremos en una hora —dice por fin.

—Antes de irte, ocúpate de la doctora —le ordeno—. Dale una habitación privada y cómoda, que le lleven comida y agua, y un balde para que pueda lavarse. Guardia constante en la puerta, siempre alerta. La creo capaz de salir corriendo hacia el desierto, y ya visto la que se organizó cuando consiguió quitarle el arma a Amir.

—Descuida.

Asiento y la reunión termina ahí.

Los hombres empiezan a prepararse mientras yo atravieso el patio hacia la construcción más alejada del campamento.

Mi alojamiento.

Es una de las casas originales del asentamiento. Las paredes son gruesas y mantienen el interior sorprendentemente fresco incluso cuando el sol aprieta.

Cierro la puerta detrás de mí y, por primera vez desde el ataque al hospital, el silencio es absoluto.

Me quito la camisa. La tela está rígida por el sudor y la sangre seca.

Tengo una herida en el costado que duele como un demonio cuando levanto el brazo. Una bala me rozó durante el asalto al campamento francés. Entró superficialmente y salió sin causar demasiado daño, pero la piel está abierta y la sangre ha empapado el vendaje improvisado que me puse cuando volvimos.

La examino en el espejo pequeño colgado de la pared. No es grave, he tenido heridas peores. Limpio la zona con un antiséptico y la toalla que hay colgada junto al lavabo. Escuece, pero me aguanto. Vuelvo al dormitorio, saco un pequeño kit médico de una caja metálica y empiezo a cerrar la herida con movimientos precisos. Nueva limpieza, puntos de papel y una venda limpia. He tenido que hacerlo demasiadas veces para necesitar ayuda.

Cuando termino, el vendaje queda firme alrededor de mi costado.

Me quito las botas y dejo el cinturón con la pistola sobre la mesa.

La habitación es sencilla. Una cama, una mesa, una silla, un baño sin puerta y nada más.

Me dejo caer sobre el colchón y siento que el cansancio me golpea como un mazo. Cierro los ojos, y durante un momento lo único que oigo es el viento contra las paredes de adobe. Pero justo antes de quedarme dormido, una imagen vuelve a mi cabeza.

Nora Vaillant, de pie frente a mí.

La pistola apuntando directamente a mi cabeza.

Y esos ojos llenos de odio, deseándome la muerte.

Una pequeña sonrisa se dibuja en mi boca mientras el sueño empieza a arrastrarme.

No voy a darle ese gusto.

7

Nora

Me despierta el zumbido del generador. No es un sonido constante. Vibra, carraspea, amenaza con apagarse a cada rato y luego vuelve a arrancar con esa obstinación torpe de las máquinas viejas que se niegan a morir. Lo escucho incluso antes de abrir los ojos. Después llega el calor, el aire espeso de la habitación, la textura áspera de la sábana contra mi piel, el olor a adobe, a sudor seco y un leve rastro metálico que me he llevado adherido a las manos y a la ropa desde el hospital improvisado en el que he pasado buena parte de la noche.

Tardo unos segundos en recordar dónde estoy. No es que lo haya olvidado, eso es imposible. Lo que ocurre es que, durante un instante, apenas uno, mi cuerpo intenta regalarme la mentira de que esta es una mañana más en el campamento francés y que me espera otra jornada de trabajo agotadora en el hospital de campaña. Luego la verdad cae sobre mí con el peso de una piedra.

Recuerdo el campamento y a los mercenarios, vuelvo a vivir el ataque, veo los muertos y heridos, el desierto, el hospital improvisado en una cabaña destartalada.

Y recuerdo a Adrien Kader.

Abro los ojos despacio y me incorporo en la cama baja en la que me tumbé después de pasar horas sentada en una silla. El joven al que operé durante la noche sigue respirando en la camilla colocada junto a la pared opuesta. Suena débil, pero regular. Ha perdido

demasiada sangre, aunque de momento sigue aferrado a la vida con la terquedad de los que todavía no saben cuánto cuesta sobrevivir.

Me paso una mano por la cara y noto la piel tirante, reseca por el polvo.

Afuera se oyen voces en francés, árabe y otra lengua que no identifico. El sonido de uno pasos que se acercan me ponen en estado de alerta de manera inmediata. No he terminado de levantarme cuando oigo la puerta abrirse.

Me levanto lo más rápido que puedo, aunque mis piernas protestan después de pasar la noche en vela, de pie, sentada en una silla incómoda y tumbada en un catre duro como una piedra. Cojo la cantimplora de la mesa y bebo lo poco que queda. El agua está tibia, casi caliente, y aun así baja por la garganta como una bendición.

La puerta se abre antes de que pueda dejarla otra vez sobre la mesa.

No es Kader, sino Malik, el segundo al mando, según deduje anoche por la forma en la que el resto lo miraba y le obedecía. Lleva un arma colgada al hombro y luce unas ojeras marcadas. Se planta frente a mí con el arma lista y la expresión de quien no se fía de nada ni de nadie. Especialmente de mí, me atrevería a decir sin temor a equivocarme.

—Buenos días, doctora —me saluda.

—Soy la capitana Vaillant —lo corrijo.

—Como quiera, doctora —dice con media sonrisa burlona en la cara—. Enseguida le traerán comida y agua. Si quiere algo más, es el momento de pedirlo.

—Necesito lavarme las manos con agua limpia y ayuda para revisar al resto de heridos. Me refiero a un traductor —añade.

Malik me observa unos segundos antes de apartarse ligeramente y señalar la puerta con una mano.

—La acompañaré, y después le mostraré el que va a ser su alojamiento.

—Prefiero dormir aquí —protesto.

Ni siquiera se molesta en responder. Sigue con el brazo extendido señalando la salida, así que suspiro y paso junto a él con la cabeza alta.

El patio me recibe con una luz blanca y brutal. El sol aún no está demasiado alto, pero ya golpea las paredes de barro con una ferocidad que anuncia lo que vendrá después. Las construcciones del campamento, bajas y cuadradas, se agrupan alrededor de un espacio central cubierto de polvo. Hay bidones de agua y combustible, cajas de munición, una antena improvisada en un extremo y ropa tendida entre dos muros, como si esto fuera una aldea y no un nido de hombres armados.

Durante un segundo, la contradicción me descoloca.

En efecto, esto es un asentamiento del Sahel. Veo casas de adobe con techos planos y puertas de madera mal ajustadas. Es la arquitectura de la necesidad, de la gente que levanta refugios contra el calor y el viento con lo que tiene a mano. Y dentro de esa normalidad primitiva, veo fusiles, chalecos tácticos, munición, radios… Es la guerra injertada en la vida diaria.

Creo que soy la única que siente el contraste, porque los hombres de Kader se mueven por el patio con una naturalidad que me repugna.

Malik me conduce hasta una pila de agua instalada junto a una pared. Me lavo las manos, la cara y los antebrazos. El agua sale tibia y turbia, pero es suficiente para quitarme el sudor seco y la sangre de debajo de las uñas. Cuando termino, me seco con un paño que ha conocido tiempos mejores y me dispongo a volver a la construcción donde he pasado la noche.

Dos hombres armados me observan desde la sombra de una pared. No ocultan que me están vigilando, no lo necesitan y supongo que prefieren que lo sepa para que no intente nada.

Veo movimiento en la entrada del hospital.

—¿Más heridos? —le pregunto a Malik.

—Tres —responde él detrás de mí—, pero ninguno de bala. Solo están enfermos —añade.

Me giro.

—¿Pretende que los atienda con lo que tengo y en ese cuchitril? —Malik se limita a encogerse de hombros y yo lo miro sin pestañear —. Necesito un inventario de material para saber con qué cuento, un espacio solo para enfermería y alguien que entienda lo que le digo a los pacientes.

Algo parecido a una sonrisa roza su boca.

—No está en condiciones de exigir nada —replica—. Recuerde que hace solo unas horas tenía las manos atadas, puedo volver a hacerlo, y amordazarla, de paso.

La voz de Kader llega desde mi espalda antes de que pueda responderle a Malik.

—Haz lo que te ha dicho.

No lo había oído acercarse. Me vuelvo lentamente y ahí está, a unos pasos de distancia, con una camisa de manga remangada hasta los codos, las botas cubiertas de polvo y el mismo rostro impasible que anoche parecía tallado en piedra. No parece haber dormido. Cuando me fijo, adivino un vendaje en el costado que ayer no tenía.

Sus ojos recorren mi cara.

—¿Qué necesita? —pregunta.

La forma en que lo dice me revuelve algo por dentro.

—Un lugar para tratar a los heridos y otro para pasar consulta, no puedo ver a los enfermos junto a los heridos convalecientes. También necesito agua y sábanas limpias o lo más parecido que tengan. Una mesa de trabajo, luz estable, papel y un lápiz, un traductor siempre disponible y… ropa limpia —añado.

Durante un segundo, el patio entero parece quedarse quieto y en silencio. Luego, Kader inclina apenas la cabeza.

—¿Algo más?

Creo que está sonriendo, quizá piensa que esto es divertido. Pues a mí no me hace ni un poco de gracia.

—Sí —lanzo, y doy un paso hacia él—. A partir de ahora, nadie entrará armado en la enfermería salvo en caso de emergencia real. Nadie puede tocar el material ni mover a mis pacientes sin consultármelo. Y si uno de sus hombres cree que puede darme órdenes, lo echaré a patadas.

Un silencio denso se extiende a nuestro alrededor. Luego, uno de los hombres que se han colocado junto al muro suelta una risa breve que se apaga en cuanto Kader gira la cabeza hacia él.

—¿Has terminado? —me pregunta.

—De momento.

Sus ojos se clavan en mí con esa calma insoportable que me saca de quicio.

—Bien. Tendrá su espacio. Y sus normas —accede—, pero solo ahí dentro.

Malik se gira hacia él, sorprendido.

—Adrien…

—He dicho que las tendrá —replica sin levantar la voz. No le hace falta.

Malik baja la barbilla en un gesto breve de asentimiento y se aparta.

Yo no. Me quedo donde estoy, mirándolo a la cara.

—No lo hago por usted ni por ninguno de sus hombres —le digo con toda la rabia que soy capaz de imprimir en mi voz—, sino por la gente de esta aldea que tiene que vivir rodeada de asesinos.

Una comisura de su boca se mueve apenas un centímetro.

—No me importa por quién lo haga, capitana, mientras siga haciéndolo.

La forma en que pronuncia el rango, sin burla y sin reverencia, me produce una sensación incómoda, porque acabo de darme cuenta de que he accedido a ayudarlos. Sé que no me queda más

remedio, que estoy obligada a ayudar a los enfermos y heridos incluso si nadie me apunta con un arma. Es mi profesión, mi vocación, mi vida, pero ellos son el enemigo, y es posible que esté salvando la vida de quienes luego matarán a mis compañeros.

Aparto primero la mirada.

—Enséñame el lugar —exijo.

La enfermería, si es que se le puede llamar así, termina instalada en una de las casas del lateral este, muy cerca de la cabaña que ayer se convirtió en hospital. Es bastante amplia, con dos habitaciones conectadas por un vano sin puerta, dos ventanas estrechas abiertas en lo alto y un suelo de tierra apisonada cubierto a medias por alfombras viejas, pero limpias. Hay una mesa baja, tres catres, un aparador de madera combado y una lámpara colgada de una viga.

Es insuficiente, por supuesto, pero es mejor de lo que esperaba.

—Esto no sirve así —digo en cuanto entro.

Malik, apoyado en el marco de la puerta, suspira de forma ostensible.

—Usted dirá…

No sé si pretende provocarme o si simplemente ya se arrepiente de seguir respirando el mismo aire que yo.

Me vuelvo hacia el interior y empiezo a señalar.

—Quiero esa mesa en la habitación del fondo. Los catres aquí, separados entre sí. Sillas, las que se pueda. Esa alfombra, fuera. Y hay que barrer el suelo antes de colocar nada. Necesito cubos con agua hervida y ropa limpia, aunque sea de cama. Una nevera pequeña. Y alguien que me traiga todo el material que haya en el campamento relacionado con medicina y que no sea necesario en el hospital. Todo.

Uno de los hombres me mira con el mismo desconcierto de quien aún no entiende por qué una rehén acaba de empezar a

reorganizarles la vida y a lanzarles órdenes.

Ni me inmuto, sigo a lo mío y señalo la esquina junto a la pared.

—Ahí irá el almacén. Solo material limpio. Nada de armas, nada de comida ni de basura. Si veo una caja de munición donde vaya una venda, hago que os la traguéis.

—Eso me gustaría verlo —murmura alguien a mi espalda.

Me giro y encuentro a Rafael, el español, apoyado con el hombro en el marco de la puerta. Lleva una sonrisa cansada y una venda reciente en la mano.

—Puedes probar.

La sonrisa se le ensancha.

—Sí, me gustas más despierta —dice en voz baja mientras da un paso hacia mí.

—Rafael —dice Malik sin mirarlo.

—Ya me callo.

Sigo organizando el espacio sin detenerme. No puedo.

Es curioso cómo funciona el cerebro cuando no le das tiempo a sentir. Si lo alimentas de órdenes, de decisiones pequeñas y de tareas sucesivas, sin descanso, el miedo se queda a un lado. No desaparece, pero tampoco se apodera de mí.

En menos de veinte minutos la habitación empieza a parecer otra cosa. No es una enfermería real, desde luego, pero puede pasar por un lugar donde se puede trabajar sin que el caos te coma vivo.

Un grupo de hombres llegar cargados con varias cajas que depositan con cuidado donde yo les indico. Cuando se retiran, las abro una a una.

Gasas, pocas; alcohol, menos del que necesito; vendas, algunas reutilizadas; antibióticos de amplio espectro sin clasificar; paracetamol; ibuprofeno; jeringas de distintos tamaños; agujas sueltas en una bolsa, pero aparentemente con el envase estéril intacto; tres bolsas de suero, insuficiente; un tensiómetro manual,

de los antiguos, pero que funciona; y un fonendoscopio que reconozco como militar francés.

Lo sostengo en la mano unos segundos. No sé si procede de un envío o lo han robado después de un asalto. Del de ayer en mi base, por ejemplo…

Lo dejo sin decir nada.

—¿Y la nevera? —pregunto sin levantar la vista.

—En camino —responde Kader desde la puerta.

Otra vez no lo he oído llegar.

Levanto la cabeza y lo descubro mirándome con esa concentración dura, casi fría, que está empezando a ser desgraciadamente familiar. No dice nada, no hace preguntas ni lanza órdenes. Tampoco intenta ayudar. Simplemente está ahí, registrándolo todo.

Siento el odio hervir en mis venas, y lo odio aún más porque me alivia que esté cumpliendo lo que ha dicho.

—Me falta el registro —digo cuando dejo de mirarlo.

—¿Un qué? —pregunta Rafael.

—Un cuaderno en el que pueda anotar el registro. Paciente, herida, tratamiento, evolución… Si alguien empeora, lo sabré antes de que empiece a echar sangre por la boca. Y si se llevan a uno de aquí sin avisarme, también lo sabré. Es imprescindible —insisto.

—Te estás poniendo cómoda —murmura Malik con desdén.

Le sostengo la mirada.

—No. Me estoy poniendo útil. La diferencia os puede ahorrar varios cadáveres.

Kader da un paso al interior de la estancia.

—Tendrá el cuaderno —afirma.

Malik aparta la vista primero.

Vaya. Anoto mentalmente ese detalle. No soy estúpida, sé que no es una cuestión de poder. Sigo estando rodeada de hombres armados en mitad del desierto y ninguno de estos muros va a

abrirse solo porque yo ordene dónde poner una mesa y ellos me hagan caso, pero hay algo en la forma en que Kader ha decidido respaldarme que altera la jerarquía. Aunque sea solo dentro de esta habitación. Ellos lo saben, y yo también.

El resto de la mañana se convierte en una sucesión de tareas, evaluaciones y órdenes. Voy y vengo de la enfermería al hospital para controlar a los heridos que siguen allí, sobre todo al joven al que tuve que transfundir sangre antes y después de operarlo. Cambio los vendajes y dreno un absceso que antes de que se infecte. Uno de los hombres que me escolta casi se desmaya cuando ve salir la sangre y el pus. Malik no se separa de mi lado y traduce todo lo que hablo con los pacientes. Gira la cara cuando inserto la punta del bisturí en la pústula infectada.

—No me digas que tú también vas a marearte —murmuro sin levantar la vista.

—No todos somos como el jefe —responde Malik, divertido, desde el otro lado de la camilla.

Levanto la cabeza y lo miro un instante.

—¿Cómo es el jefe? —le pregunto.

Malik abre la boca para responder, pero la voz de Kader lo corta desde la puerta.

—¿Todo en orden? —ladra.

La media sonrisa del mercenario desaparece en el acto. Interesante, otra vez.

Sigo ocupada hasta que el sol cae vertical sobre el patio y el calor convierte el aire en una pared casi sólida. Para entonces, la enfermería está a pleno rendimiento. Mal, precaria y al límite, pero funciona. Hay pacientes clasificados, material ordenado, agua hervida enfriándose en recipientes tapados y un sistema improvisado para que las vendas limpias no toquen el suelo. Hay incluso una pequeña nevera en la esquina del fondo, conectada a un generador auxiliar que zumba como un insecto enfermo.

Y todo, bajo vigilancia constante.

Cuando salgo un momento al patio para estirar la espalda, uno de los hombres me sigue con la mirada desde la sombra. No hace falta que me apunten. El mensaje está claro sin necesidad de ver la bocacha del fusil. A cada instante me recuerdan sin palabras que no soy libre, que no debo confundir el escaso poder que me han concedido con otra cosa que no sea el hecho de que, por ahora, me necesitan. Y, sobre todo, verlos ahí impide que olvide dónde estoy.

No deben preocuparse por eso, porque no lo olvido ni un segundo.

Por eso cuando vuelvo a entrar, dejo la puerta abierta a propósito.

No para escapar, eso sería absurdo. El desierto me mataría antes de que ellos tuvieran que molestarse en perseguirme. Lo sé ahora con una claridad desagradable. Esta mañana he inspeccionado discretamente el lugar y los alrededores que alcanzo a ver desde las ventanas. No hay vehículos a la vista que no estén bajo su control. No hay señales, ni ruta, ni un refugio. Solo kilómetros de arena, tierra abrasada y silencio.

No hay salida.

Así que hago lo único que puedo hacer, unas conquistas mínimas que al menos me mantengan con la moral en alto: una mesa, tres catres, un aparador, una nevera, un cuaderno, un espacio.

Mi espacio.

Esto no es libertad, lo sé, no soy estúpida ni padezco el síndrome de Estocolmo, pero se le parece lo suficiente como para permitirme respirar.

Estoy anotando las constantes del joven herido cuando percibo a Kader junto a la puerta. No hace ni veinticuatro horas que estoy allí y ya ni siquiera necesito levantar la cabeza para saber que es él. Su presencia tiene algo concreto, físico y particular, único. Es como si tensara una cuerda invisible cada vez que entra en una habitación.

Sigo escribiendo unos segundos más antes de mirarlo.

—¿Qué?

Él observa la estancia en silencio. La mesa ordenada, las vendas clasificadas, los hombres que entran más despacio de lo que lo hacían esta mañana, tranquilos y en silencio, con respeto. Mira el registro abierto, la lámpara, el agua protegida.

—Ha hecho suyo el lugar —me dice.

No sé por qué esa frase me irrita tanto.

Dejo el bolígrafo sobre la mesa y lo miro furiosa.

—Lo único que he hecho es que sea posible trabajar aquí, ya que no tengo otra opción

—Eso es cierto —reconoce.

Se acerca un paso.

Yo no retrocedo.

—No confunda esto con obediencia. Mis hombres no le obedecen. Si necesita algo, lo que sea, hable conmigo, ¿de acuerdo?

—Quiero irme —le digo.

Sus ojos grises se clavan en los míos con una fijeza casi incómoda y durante un segundo el mundo parece reducirse a ese pequeño espacio entre ambos. Veo el polvo suspendido en el aire y escucho con nitidez el zumbido de la nevera y al hombre que tose al fondo.

Kader baja la vista al cuaderno abierto.

—¿Va a dormir aquí otra vez? —pregunta.

—Sí.

—No es necesario, le hemos preparado una estancia privada.

Suelto una risa breve, sin humor.

—Me quedo aquí, no estoy acostumbrada a los lujos. —Él aguanta mi mirada—. Además —añado—, si empeora durante la noche, quiero verlo a tiempo.

—Mis hombres pueden hacer guardia y avisarle si pasa algo —me ofrece.

—¿En serio puedo fiarme de que sus hombres sepan distinguir la fiebre de una hemorragia interna?

Rafael, desde el otro extremo de la sala, levanta una mano.

—Yo sí lo sé.

—Tú no sabes callarte —replico sin mirarlo.

Se ríe por lo bajo.

Kader sigue observándome unos segundos más y luego asiente.

—Como quiera.

Va a marcharse. Ya casi se ha girado del todo cuando hablo de nuevo.

—Adrien.

Se detiene.

Es la primera vez que pronuncio su nombre. Lo sé porque él también lo sabe. Se nota en la forma mínima en que se le tensa la mandíbula antes de volver la cabeza. No sé si le ha hecho muchas gracia que me tome esas libertades delante de sus hombres, pero retarlo es la única diversión que me puedo permitir ahora mismo.

—¿Sí?

—Necesito tijeras mejores.

La sombra de algo que casi podría ser una sonrisa se dibuja en su boca.

—Las tendrá.

Se marcha sin decir nada más.

Yo me quedo inmóvil un segundo, mirándolo cruzar el patio hasta desaparecer detrás de una de las construcciones.

No sé exactamente qué acaba de ocurrir.

Solo sé dos cosas.

La primera: en esta enfermería, desde hoy, mando yo.

La segunda: sigue siendo una isla minúscula en mitad de una prisión sin muros.

Poco a poco, esa verdad me cala hasta los huesos. No solo estoy atrapada, sino que comprendo que si todos están tan tranquilos es porque es muy improbable, por no decir imposible, que la gente que me busca, me encuentre. Soy, literalmente, un grano de arena en el desierto.

8

Adrien

El campamento ha cambiado. No de forma evidente, por supuesto, ni tampoco como cambian las cosas cuando algo se rompe o estalla. Se trata más bien de una transformación más sutil y peligrosa que se infiltra sin hacer ruido hasta que, de pronto, todo funciona de otra manera. Los hombres se mueven con menos brusquedad, las órdenes no necesitan repetirse y el caos que suele seguir a cualquier operación ha dejado paso a una especie de ritmo contenido, casi disciplinado.

Y lo peor es que no es mérito mío.

Apoyo el hombro contra una de las paredes de adobe, en la franja estrecha de sombra que todavía resiste al avance del sol, y observo el interior de la enfermería a través de la puerta abierta.

Nora Vaillant se ha apropiado del espacio, no hay otra forma de describirlo. Se desplaza entre las camillas con una seguridad que no proviene de la costumbre —porque este lugar no es suyo, no lo será nunca—, sino de la certeza de que, mientras haya un cuerpo herido delante de ella, ese cuerpo le pertenece. Lo evalúa, lo recompone, lo cose, lo salva si puede. Y en ese proceso, todo lo demás —las armas, los hombres, el hecho mismo de que esté retenida en mitad del desierto— queda reducido a un segundo plano.

Es una ilusión, por supuesto, pero es una ilusión eficaz.

La veo cruzar al hospital, seguida siempre por dos de mis hombres a una distancia prudencial, y detenerse junto al muchacho al que operó durante la noche. Inclina ligeramente la cabeza y revisa la sutura con dedos firmes. Luego presiona un punto concreto y asiente. Después se incorpora, anota algo en el cuaderno que pidió

con tanta insistencia esta mañana y pasa al siguiente herido sin perder un segundo.

Nadie la interrumpe ni cuestiona lo que está haciendo, y eso no debería ocurrir. Pero ocurre.

Uno de los chicos deja una bandeja con material sanitario sobre la mesa con torpeza. El metal resuena con estrépito. Nora no alza la voz ni se gira de inmediato. Simplemente, extiende la mano, empuja la bandeja unos centímetros hacia el centro y, cuando por fin lo mira, lo hace con una calma que no admite réplica.

El chico corrige la posición de la bandeja sin decir una palabra. Y lo más interesante es que no lo hace por miedo, no es eso lo que lo mueve. Es respeto.

Lo reconozco porque lo he visto antes. No en este contexto ni con esta intensidad, pero lo suficiente como para identificarlo cuando aparece. A mí, mis hombres me respetan y me temen por igual, pero ella no necesita imponerse para ganárselo.

Cruzo los brazos y dejo que la escena continúe desarrollándose sin intervenir.

En un momento dado, Vaillant levanta la cabeza y nuestros ojos se encuentran. Su expresión no cambia, no se sobresalta ni aparta la mirada, pero tampoco intenta sostenerla más de lo necesario.

Simplemente, registra mi presencia como registraría cualquier otro elemento relevante en su entorno y vuelve a lo que estaba haciendo.

Es evidente que no se ha acostumbrado a la situación, pero está aprendiendo a moverse dentro de los límites, y esa diferencia es importante.

Salgo al patio sin decir nada.

El calor ha ganado terreno mientras estaba dentro. El aire vibra sobre la tierra apisonada y las paredes reflejan una luz casi blanca que obliga a entrecerrar los ojos. Malik está inclinado sobre uno de los vehículos, con las manos negras de grasa, mientras Rafael

discute con otro hombre sobre el estado de una radio que claramente no va a funcionar mejor por mucho que la golpeen.

Todo sigue en marcha, como siempre.

—Necesito hablar contigo —dice Malik cuando me acerco sin levantar la vista.

—Luego.

Respondo sin detenerme.

Cruzo el patio y entro en la construcción que uso como despacho. Al cerrar la puerta, el ruido exterior se convierte en un murmullo lejano. El interior conserva algo de frescor retenido entre las paredes gruesas, suficiente para que la cabeza funcione con claridad.

La mesa está cubierta de mapas, papeles y un portátil antiguo que hace tiempo dejó de ser fiable pero que sigue siendo útil, aunque no siempre consigo conectarlo al satélite para utilizar Internet. Me siento, lo abro y accedo al archivo que nos enviaron hace más de un mes.

Nora Vaillant.

El nombre aparece junto a una fotografía oficial en la que la doctora luce un uniforme impecable, postura recta y mirada directa. No hay nada en esa imagen que sugiera debilidad, como he podido comprobar en la vida real.

Empiezo a leer.

Capitaine médecin del ejército francés. Ha participado en misiones en el Sahel, en Afganistán y en Costa de Marfil, también en operaciones en entorno hostil. Leo el listado de méritos y reconocimientos y paso a la siguiente sección, donde se detallan sus misiones.

Cuando llego a Afganistán, el informe cambia de tono. Hay menos detalles, se omite información y apenas se mencionan las operaciones bajo fuego enemigo. Hubo muchas bajas en esas operaciones en ambos bandos, y hubo que tomar decisiones críticas.

La evaluación final no puede ser más escueta: correcta.

Correcta es una palabra útil porque no dice nada.

Vuelvo al expediente y comienzo de nuevo desde el principio. No necesito que el informe sea más explícito, sé leer lo que no está escrito. Distingo claramente las lagunas, los cortes, las conclusiones demasiado limpias. Yo también he escrito informes como ese en otra vida, ahí es donde se esconden las decisiones reales.

La doctora Vaillant tuvo que elegir a quién salvar y a quién no. Más de una vez, supongo.

Eso explica la rapidez, la ausencia de titubeos, la forma en la que se aparta el dolor ajeno para poder trabajar sin perder eficacia. No es frialdad, sino una mera cuestión de supervivencia.

Sigo leyendo.

No hay familia cercana ni hay vínculos registrados. Nada que la ate de forma clara a un lugar o a una persona. Eso también encaja con lo que he visto.

Cierro el portátil con suavidad.

No es una mujer frágil. Lo supe en el momento en que me apuntó con un arma sin que le temblara la mano. Pero ahora entiendo de dónde viene esa firmeza, y eso cambia la ecuación.

Hasta este momento, Nora Vaillant era un activo. Valioso, sí, pero sustituible.

Ahora no. Ahora es una pieza que merece ser conservada, y no por lo que vale en el mercado, sino por lo que aporta aquí.

La decisión se instala en mi cabeza sin encontrar resistencia.

No la entregaré. Al menos, todavía no.

Me levanto y salgo de nuevo al patio.

El calor golpea ahora con más fuerza. El sol ya está alto y las sombras se han reducido a unas líneas finas pegadas a los muros.

—Monsieur Kader —oigo que me llaman.

Es Hassan, el jefe de la tribu. Está de pie junto a una de las construcciones más alejadas, envuelto en una túnica clara que parece absorber la luz en lugar de reflejarla. A su lado, dos hombres permanecen en silencio, atentos a todo y a todos.

—Hassan —lo saludo cuando estoy frente a él.

El anciano asiente con un gesto breve.

—Tenemos un problema —me dice a continuación.

—¿Qué ocurre?

—Una de las mujeres está enferma. —Su mirada no se aparta de la mía. Tiene la piel oscura, arrugada y curtida por el sol. Los pliegues de sus párpados no cubren por poco sus pupilas marrones, que lo observan todo con atención—. Tiene fiebre y tos, y esta mañana no se ha levantado aunque tiene un bebé que amamantar.

Asiento lentamente.

—¿Desde cuándo está así?

—Dos días.

Demasiado tiempo.

—¿Y me lo dices ahora? —le reprocho.

Su mandíbula se tensa y las arrugas de su cara se hacen más profundas.

—No quería que entrara nadie —responde.

Miro más allá de él.

Las tiendas se levantan en un grupo separado del campamento principal. Es un asentamiento bastante precario, apenas unas telas gruesas tensadas sobre estructuras simples, un espacio donde la vida se reduce a lo esencial.

Ahí están las mujeres y los niños, la parte del mundo que nunca aparece en los informes.

—Necesita atención médica —digo.

—No quiero a tus hombres allí.

—No irán.

Se mantiene en silencio.

—No confío en ellos —insisto.

—No tienes que hacerlo. —Señalo hacia la enfermería—. Confía en ella.

Sigue mi gesto con la mirada.

—¿La francesa? —pregunta con disgusto.

—Es médica.

—Es extranjera.

—Es la única que puede ayudar.

El viento levanta el polvo entre nosotros. Veo que Hassan duda un segundo y luego, por fin, asiente.

—De acuerdo, que venga —acepta.

Acto seguido, se gira y se aleja hacia las tiendas. Lo observo unos segundos antes de volver sobre mis pasos.

Cuando entro de nuevo en la enfermería, Nora está revisando el material que hay sobre la mesa. No levanta la vista de inmediato, pero sé que ha notado mi presencia.

—Necesito que venga conmigo.

Ahora sí, levanta la cabeza y me mira directamente a los ojos.

—Estoy trabajando —replica.

—También allí.

Sus ojos se afinan ligeramente.

—¿Dónde?

—Con los civiles.

La palabra queda suspendida entre nosotros.

—¿Qué civiles?

—Los que viven aquí.

Durante un segundo, no se mueve. Luego, deja lo que tiene entre manos, se limpia las manos con una toalla y asiente.

—Necesitaré una mochila con lo básico —pide.

—Alguien se la llevará enseguida —le aseguro.

Frunce el ceño, valorando seguramente cuánto puede confiar en mis hombres, hasta que al final se encoge de hombros y se dirige a la puerta.

—Vamos —dice sin más.

Salimos juntos al patio, cruzamos el espacio abierto, dejamos atrás las construcciones de adobe y avanzamos hacia las tiendas.

El aire es distinto allí. Más denso, más cargado y caliente.

Las telas que han utilizado para levantar las tiendas filtran la luz y proyectan sombras irregulares sobre el suelo. Hay utensilios de cocina, recipientes de agua, telas extendidas y pequeños objetos que hablan de una vida comprimida en un espacio mínimo.

Entonces aparecen los niños. Son muchos, demasiados. Algunos juegan con piedras y palos, corren de un lado a otro en medio de una algarabía estridente. Otros, simplemente miran.

Una mujer aprieta a un bebé contra su pecho en cuanto nos ve acercarnos.

Hassan espera junto a la entrada de una de las tiendas.

—Es aquí —dice.

Nora se detiene apenas un segundo, pero sé que es suficiente para que sus ojos recorran la escena con una rapidez distinta a la de la enfermería. Allí evaluaba heridas, y aquí está procesando algo más amplio, más complejo y, por lo que deduzco, completamente inesperado.

No dice nada, no necesita hacerlo, pero su expresión cambia. Por fin, pasa junto a Hassan y entra en la tienda mientras yo me quedo fuera.

Sé exactamente lo que acaba de ocurrir. Hasta ahora, Nora Vaillant solo había visto a los hombres, a los que disparan, a los que matan, a los que la secuestraron.

Ahora está viendo el resto.

Y cuando alguien entiende el conjunto, las decisiones dejan de ser simples.

9

Nora

El aire cambia antes de que cruce la entrada de la tienda. No es solo el olor —aunque el olor es lo primero que me golpea—, sino una mezcla densa de humedad, sudor, polvo y enfermedad que se queda pegada en la garganta. Reconozco el olor, es inconfundible. La temperatura es más baja que fuera, pero también más cargada, como si el aire no circulara y se hubiera quedado atrapado junto a los cuerpos que lo respiran.

Me agacho ligeramente para entrar y tengo que esperar a que mis ojos, cegados por el sol, se adapten a la luz escasa. Una abertura lateral deja pasar un hilo blanco que apenas alcanza el centro del espacio. El resto queda en penumbra.

Hay tres mujeres dentro. Una de ellas está tendida sobre una manta en el suelo, cubierta hasta el pecho con una tela ligera. Su respiración es irregular, demasiado rápida, y la piel tiene ese brillo húmedo de la fiebre alta.

Las otras dos se levantan en cuanto entro, pero no se acercan. Bueno, me basta con que no retrocedan. Se quedan ahí, tensas, observándome.

Detrás de mí, siento la presencia de Kader, inmóvil en la entrada. No entra, no puede invadir un espacio femenino. Tampoco lo hace el hombre que nos ha recibido.

—Hola —saludo en voz baja.

Una de las mujeres responde en un susurro.

—Hola…

Su acento es muy marcado, pero tendrá que bastar para entendernos.

—¿Hablas mi idioma? —le pregunto con una sonrisa

Asiente y me devuelve la sonrisa.

—Un poco.

Me acerco a la mujer enferma y me arrodillo a su lado.

—¿Cómo se llama?

—Amina.

La mujer se ha arrodillado a mi lado y mira a la enferma con una tierna sonrisa en los labios.

Extiendo la mano y apoyo los dedos en el cuello de la mujer. La piel arde y siento el pulso acelerado.

—¿Hace cuánto que está así?

La mujer se lo pregunta en su idioma y se esfuerza por captar la débil respuesta que balbucea la enferma. Luego duda, buscando las palabras.

—Dos días, puede que tres. Ha ido empeorando.

Tres días, eso es mucho tiempo para una infección de este calibre.

Amina abre los ojos con dificultad. Son oscuros, apagados, perdidos entre el dolor y el agotamiento.

—*Ana tabiba… ma tkhafish* —Le digo en árabe que soy médica, que no debe tener miedo. Mi pronunciación es imperfecta, pero creo que me ha entendido.

Toco su frente, el cuello, y escucho su respiración. Hay una fuerte congestión, el sonido es húmedo, profundo.

—Respira despacio —le digo.

Me vuelvo hacia la mujer que está traduciendo.

—¿Tose?

Ella asiente.

—Sí, mucho.

—¿Sangra cuando tose?

Niega.

Bien.

No es tuberculosis avanzada, al menos de momento.

Levanto la tela que cubre el torso de Amina con cuidado. Las costillas se marcan bajo la piel, demasiado visibles. Desnutrición y deshidratación. El cuerpo lleva días luchando sin recursos.

—Necesita antibióticos —murmuro más para mí que para ellas—. Y agua. Mucha agua.

—¿Va a morir? —me pregunta, angustiada.

—No si puedo evitarlo.

No se lo prometo, no puedo hacerlo y nunca lo hago. Es algo que aprendí pronto.

Me inclino sobre Amina y la ayudo a incorporarse un poco. Su cuerpo apenas responde. La mujer que traduce se acerca más, con cuidado, y la sujeta por los hombros.

—Despacio —le susurra.

Amina tose con fuerza. El sonido es seco, profundo, y no puedo evitar apretar los dientes.

Necesito medicación, suero… y unas condiciones que aquí no existen.

Me incorporo lentamente.

—Voy a traer lo necesario —les digo, y la mujer traduce.

Las otras dos se miran entre sí.

—No se vaya —pide—. Tiene un bebé…

—Volveré pronto, lo prometo. Solo unos minutos.

Asienten, pero me miran con desconfianza. No me extraña. Al fin y al cabo, soy una extranjera a la que no conocen.

Salgo de la tienda y la luz del exterior me golpea con violencia después de permanecer en la penumbra. Parpadeo, adapto la vista y respiro el aire seco.

Lo que veo me paraliza al instante. Hay al menos diez personas apostadas cerca de la tienda, esperando. No estaban allí cuando he entrado. Hay mujeres, niños y algún hombre. Veo a un anciano que se mantiene ligeramente apartado. Todos tienen algo en común: mantienen la mirada clavada en mí. No en Adrien, a quien tanto parecían temer cuando hemos llegado. En mí.

No hay hostilidad, pero tampoco confianza. Lo que veo es necesidad y miedo.

Siempre miedo.

—¿Quiénes son? —pregunto.

La mujer que ha salido detrás de mí responde.

—Enfermos.

Me acerco a ellos y los examino uno a uno rápidamente. El primer niño tiene los ojos enrojecidos y la piel cubierta de pequeñas erupciones. Le levanto la barbilla con suavidad. Deshidratación y posible infección cutánea.

El segundo está muy delgado, demasiado, y tiene el abdomen ligeramente hinchado. Es posible que tenga parásitos, además de una malnutrición clara.

Las mujeres presentan signos distintos. Una tiene una herida mal curada en el antebrazo, otra tose, y las demás están embarazadas y solo quieren que les asegure que todo está bien.

El anciano no se acerca, pero desde donde estoy puedo ver que tiene la mirada fija en el suelo y respira con dificultad. Todo apunta a un problema pulmonar.

Me paso una mano por la frente.

—Tienen que venir conmigo a la enfermería —digo.

La mujer traduce y las respuestas llegan antes incluso de que termine de hablar.

—No —dicen casi al unísono.

¿No? Niego con la cabeza.

—Allí puedo tratarles mejor —insisto, y la mujer traduce de nuevo.

Ellos niegan otra vez.

—No quieren —me dice la traductora, aunque esta vez he comprendido el mensaje desde el principio.

Miro a Kader, que sigue de pie, a unos pasos, observando en silencio.

—Diles que no les pasará nada —le pido.

—No les pasará nada .

La mujer traduce, pero ellos siguen moviendo la cabeza de un lado a otro, tozudos y atemorizados. Una de las mujeres aprieta al niño contra su pecho.

—No irán —dice la traductora.

Lo entiendo, por supuesto que lo entiendo. No es una decisión irracional, sino una consecuencia lógica de las circunstancias. Ese espacio —las casas, los hombres, las armas— es territorio hostil para ellos, más aún para las mujeres, que no ven la enfermería como un refugio, sino como la boca del lobo.

Asiento lentamente.

—De acuerdo —digo, y espero a que la mujer traduzca—. Vendré yo.

Veo algunas sonrisas cuando comprenden lo que acabo de decir. El hombre mayor levanta la vista por primera vez y nuestros ojos se cruzan. Hay algo en esa mirada que reconozco. Es resignación, una sencilla aceptación de lo que venga.

Me giro hacia Kader y me acerco a él deprisa.

—Necesito material, y alguien que me ayude a traerlo.

—De acuerdo, vamos y te ayudaremos a preparar lo que necesites y a volver.

Vuelvo a mirar al grupo y me despido con un gesto de la mano.

Algunos se sientan en el suelo ahí mismo, dispuestos a esperar mientras yo regreso a las construcciones.

El sol cae con más fuerza ahora, me cuesta respirar y siento la piel completamente empapada de sudor, pero no me detengo.

—¿Por qué están aquí? —le pregunto a Kader mientras avanzamos.

—Tuvimos que traerlos, las guerrillas avanzaban directas hacia su poblado, habrían matado a los hombres sin miramientos, esclavizado a las mujeres y convertido en niños soldado a los pequeños. No podíamos dejarlos allí sabiendo lo que sabíamos.

Lo que siento en ese momento no tiene nada que ver con lo que he visto. Lo que me sacude por dentro es lo que acabo de entender.

No son solo hombres armados dispuestos a cualquier cosa por dinero. Hay algo más. Protegen a los indefensos, defienden su territorio, dependen los unos de los otros. Es una red imperfecta, sucia, brutal… pero real.

Y eso lo complica todo para mí, porque es más fácil odiar a los monstruos que a los hombres con algo de ética, aunque ese algo esté construido sobre sangre.

Aprieto el paso. Necesito volver a la enfermería, trabajar… Porque si dejo que ese pensamiento crezca, no sé muy bien qué haré con él.

10

Adrien

El campamento nunca está en silencio, pero hay momentos en los que el ruido adquiere un orden reconocible, casi doméstico, como si incluso en mitad del desierto la vida encontrara la manera de organizarse en torno a rutinas mínimas. Este es uno de esos momentos.

Desde la puerta de la enfermería observo cómo Nora se mueve entre las mesas con una precisión que ya no sorprende a nadie, aunque ninguno de mis hombres lo admitiría en voz alta. Ha transformado ese espacio en algo funcional en cuestión de horas, y lo ha hecho sin imponerse más allá de lo estrictamente necesario.

Clasifica el material con una rapidez metódica, separando lo útil de lo inservible, agrupando vendas, revisando jeringas, descartando lo que no le sirve con un gesto seco de la mano. No hay vacilación en sus movimientos. Todo responde a una lógica interna que los demás han empezado a aceptar sin discutir. Tres de mis hombres esperan instrucciones, listos para acompañarla hasta el campamento civil con el material que necesite, aunque les he ordenado que no pongan un pie más allá de la primera tienda.

—Necesito más antibiótico —dice sin mirarme—. Y suero. Todo lo que tengáis. He visto varias infecciones cutáneas bastante graves, cubiertas de polvo y porquería. Y el crío con los ojos cerrados por las legañas necesitará una pomada antibiótica además del suero.

Habla como si lo hiciera consigo misma, recitando una lista de materiales imprescindibles, con la tranquilidad de quien sabe que sus deseos van a ser cumplidos.

Malik, apoyado contra el marco de la puerta, deja escapar una exhalación cargada de escepticismo.

—Esto no es un hospital militar, doctora.

Nora no se gira y le dedica una mirada furiosa.

—Entonces, conviértelo en uno. Ya sabes lo que quiero, así que dámelo.

Hay una pausa breve, casi imperceptible, en la que ninguno de los presentes sabe muy bien si responder o callar. Rafael, al fondo, sonríe divertido.

—Esta tía me pone un montón —murmura.

—Toda tuya —replica Malik—, yo no la tocaría ni con un palo.

Los miro sin decir nada y los dos comprenden en el acto que no deben seguir por ese camino.

Nora sigue trabajando como si ninguno de ellos estuviera allí. De hecho, creo que incluyo ignora que yo estoy ahí.

—También voy a necesitar analgésicos para los niños —continúa como si nada—. Y material limpio. No reutilizado. Limpio. No me fío del instrumental que no sé de dónde procede.

Malik la observa unos segundos más, como si estuviera calibrando hasta qué punto debe tolerar ese tono. Por fin, se aparta y responde con un bufido.

—Traeré lo que haya.

Nora asiente apenas, pero en ningún momento da las gracias.

Levanta la vista entonces y me mira directamente.

—No van a venir aquí, lo sabe, ¿no?

Sé a qué se refiere antes de que termine la frase.

—Lo sé —respondo.

—No confían en vosotros.

—No les faltan motivos —reconozco.

Esa respuesta la descoloca un instante.

—Tengo que ir yo —dice—, espero que no ponga pegas, dadas las circunstancias.

—Ninguna —le aseguro—, aunque no puede desatender a mis hombres.

—No lo haré.

Durante un segundo más me mantiene la mirada, como si esperara una réplica que no termina de llegar, así que vuelve al trabajo.

El sol se filtra por la ventana alta, proyectando una luz dura sobre la mesa. El polvo en suspensión dibuja pequeñas corrientes invisibles en el aire. Afuera, el campamento sigue su curso con la normalidad precaria de siempre.

Hasta que deja de hacerlo.

De la nada surge una ráfaga de disparos de fusil a la que siguen muchas más. Al instante, el campamento estalla en gritos.

Le siguen disparos aislados y nuevas ráfagas cortas que resuenan contra las paredes de adobe y se pierden hacia el interior del campamento.

Mi cuerpo reacciona antes de que la mente formule la orden.

—Entra —le ordeno a la doctora.

Desde el exterior llega el grito de uno de los vigías.

—¡Contacto!

Nora se ha quedado inmóvil junto a la mesa en la que estaba colocando el material.

La miro un instante y sé lo que está haciendo. Su mente analítica busca la forma de aprovechar la situación, está calculando sus posibilidades, porque piensa que, quizá, el ataque tenga como objetivo liberarla. Sus ojos recorren la estancia, evalúan salidas, distancias, posiciones.

—¿Quiénes son? —pregunta.

—Milicianos —respondo, ya en movimiento.

No hay más que decir. Veo la decepción en su cara, pero sigo sin distinguir ni un ápice de miedo.

Salgo al centro de la plaza y comienzo a lanzar las órdenes que todos esperan. Los hombres se mueven de inmediato y corren hacia sus posiciones con las armas en mano mientras localizan al enemigo y buscan referencias conocidas en medio del cambio abrupto de escenario.

La luz me golpea con fuerza, pero ya no la percibo como antes. El sonido de los disparos ha transformado el espacio, lo ha tensado y lo ha reducido a líneas de fuego y zonas de cobertura.

Mis hombres ya están desplegados. Malik grita órdenes desde el flanco izquierdo mientras otro grupo cubre la entrada principal. Hay soldados detrás de uno de los vehículos, utilizando la carrocería como escudo improvisado.

Corro hasta la edificación central y salto al tejado plano desde uno de los bidones colocados junto al muro. Una decena de hombres me siguen de inmediato y se despliegan con las armas apuntando en todas las direcciones.

Localizo movimiento entre las rocas, al otro lado del perímetro. A través de la mira del fusil veo una figura baja, mal cubierta y demasiado expuesta.

Apunto, disparo y lo veo caer.

Al instante, otro surge por la derecha, avanzando más rápido e intentando aprovechar un ángulo muerto. Ajusto la dirección y disparo de nuevo. El impacto lo frena en seco. El precario uniforme caqui que lleva se cubre al instante de sangre.

Como siempre que entro en combate, siento que el tiempo se contrae y las sensaciones se simplifican. Ya no me molesta el calor ni el ruido. No pienso en nada más que en mi arma y en la situación de los objetivos. Y en ejecutarlos.

—¿Cuántos vehículos? —grito hacia el vigía, que en este momento es el más expuesto.

—¡Cinco! —responde. Lo veo lanzarse al suelo para esquivar una ráfaga larga—. Veinte o veinticinco tíos —añade con la cabeza pegada al polvo—. ¡Los tenéis a tiro, joder! Que me van a freír.

Dos hombres suman sus armas a la mía y comenzamos a disparar en dirección al muro sobre el que se oculta el vigía. Los milicianos que no caen se refugian detrás de los vehículos y mi soldado puede ponerse a salvo. Lo veo correr hacia la trinchera levantada frente a la entrada principal y comenzar a disparar en cuanto se sitúa detrás del parapeto.

Tres atacantes aparecen bordeando las construcciones. Han conseguido entrar y acercarse más de lo que deberían.

Levanto el arma, apunto y disparo dos veces.

El cuerpo de uno de ellos se desploma hacia adelante, pero no cae del todo. Se sostiene un instante, de rodillas, como si no terminara de aceptar lo que acaba de ocurrir.

Bajo del tejado de un salto y me acerco a él. Sus manos intentan contener la sangre que brota entre sus dedos. Sus ojos buscan algo en mi cara. Piedad, quizá…

No la va a encontrar.

Levanto el arma, apunto a la cabeza y disparo.

El tipo cae al suelo como un saco, con la boca abierta y un ojo mirando al cielo. El otro ha desaparecido por efecto de la bala.

El tiroteo es ahora algo más esporádico, hasta que, de pronto, el rugido de los motores en el exterior me indica que los milicianos se rinden y prefieren la retirada a la derrota. Chicos listos. Algunos de mis hombres los insultan o lanzan vítores y alaridos excitados mientras los todoterrenos enemigos se alejan.

El silencio vuelve poco a poco, solo roto por algún disparo disperso y las nuevas órdenes que lanza Malik.

—¿Balance? —pregunto cuando mi lugarteniente llega a mi lado.

—He contado cinco milicianos caídos, puede que haya alguno más fuera. Creo que nosotros no tenemos bajas —responde Malik—, aunque hay que hacer recuento.

Asiento y suelto el aire que no sé cuánto tiempo llevo reteniendo en mi interior.

A mi alrededor, el polvo se deposita de nuevo sobre la tierra. El sol sigue en el mismo lugar, imperturbable, como si nada de lo ocurrido tuviera la menor importancia.

Respiro una vez más y me giro hacia la enfermería.

La doctora Vaillant está en la puerta, no ha salido, pero tampoco se ha refugiado en el interior, como le había ordenado. Se ha quedado ahí, mirando.

Sus manos descansan sobre el marco de madera. Su cuerpo permanece inmóvil, pero su expresión ha cambiado.

Nuestros ojos se encuentran y durante un instante, el mundo se reduce a ese intercambio silencioso.

Lo ha visto. Y no me refiero solo el combate, eso no es nuevo para ella. Me ha visto a mí.

Camino hacia ella con calma. El sonido de mis pasos resuena sobre la tierra seca, más presente ahora que el ruido ha cesado. Vaillant se aparta lo justo para dejarme entrar.

No retrocede, pero tampoco se acerca. Se limita a mantener la distancia.

—Ha terminado —digo—. Aquí no parece que haya nadie que precise su atención.

Ella responde; sigue mirándome, aunque no como antes.

Antes veía en mí a un enemigo. Ahora…

—Quiero volver con los civiles —dice al fin, con voz es firme.

—Enseguida, alguien la escoltará.

—Será mejor que no —responde, con los ojos clavados en mí. El verde de sus pupilas se ha oscurecido—. Se asustan de los asesinos.

Luego, se gira hacia la mesa, mete en una de las bolsas lo que todavía no ha guardado, se la carga a la espalda y sale de la enfermería.

La observo mientras se dirige a la zona de los civiles. Camina con pasos rápidos y decididos. Les hago un gesto silencioso a dos de mis hombres para que la escolten desde la distancia. Ellos lo entienden y le permiten alejarse unos metros antes de echar a andar.

Hay momentos que no tienen vuelta atrás, caminos sin retorno, y yo hace mucho que transito por uno de esos. Ahora, ella ya no tiene que imaginar lo que soy.

Lo sabe.

11

Nora

Inspiro, expiro; inspiro, expiro, y así una y otra vez, con la mente concentrada únicamente en mi respiración para intentar olvidar lo que acaba de suceder. Aunque no sé por qué me sorprendo. Kader es un mercenario, un asesino, así que el hecho de ver cómo dispara a sangre fría a un hombre herido no debería impresionarme.

Pero lo ha hecho. No sé qué ha pasado, pero no me lo esperaba. Controlo mi respiración mientras camino bajo el sol, pero no es fácil. Mi mente vuelve una y otra vez a Kader actuando como un robot sin alma.

Quizá he bajado la guardia porque me está tratando relativamente bien, si dejamos a un lado el hecho de que soy su prisionera, porque sus hombres lo respetan y porque ha acogido bajo su protección a un buen número de civiles, por los que al parecer se preocupa. En un descuido me he ablandado, pero lo que acabo de presenciar ha vuelto a colocar las cosas en su sitio.

Respiro una vez más y entro en la tienda en la que descansa Amina. El calor es distinto aquí dentro. No tiene la agresividad directa del sol del desierto, pero es mucho más pegajoso, más persistente, como si se hubiera quedado atrapado entre las telas y los cuerpos durante días. Huele a enfermedad y a leche agria.

La mujer que me hace de intérprete me da la bienvenida con una enorme sonrisa. Es posible que pensara que no iba a volver, pero aquí estoy, cargada con dos bolsas de material y lista para cumplir con mi palabra.

Me arrodillo junto a Amina y la examino en silencio. La ausculto y compruebo el pulso. Sigue acelerada y respira con dificultad. Percibo

con claridad los ruidos en sus bronquios y el esfuerzo que hace por llenar los pulmones de aire. Al menos, no ha empeorado.

—Agua —pido, señalando el recipiente que hay junto a la pared.

La intérprete asiente enseguida y se acerca con cuidado. Sostiene la cabeza de Amina mientras le acerco el agua a los labios.

—Despacio —murmuro—. Poco a poco.

Amina bebe lo justo antes de apartarse, agotada. Su cuerpo apenas tiene energía ni para sostener la cabeza.

—Bien —digo después en voz baja, más para mí que para ellas.

Abro una de las bolsas, saco lo que necesito y preparo la medicación con movimientos automáticos. Tengo que ajustar la dosis de antibiótico a lo poco que tengo. No hay margen para el error en un lugar así.

Cuando termino, me limpio las manos en una toalla y me levanto. Preparo en una bolsa de plástico los medicamentos necesarios para los próximos días y se lo entrego a la traductora. He incluido antibióticos y un inhalador de cortisona, le vendrá bien para abrir las vías respiratorias.

—Debe tomar una pastilla de estas cada doce horas, ¿de acuerdo? —La mujer asiente y mira el reloj que lleva en la muñeca.

—Doce horas —repite.

—Eso es. Y si siente que le falta el aire, métele esto en la boca y aprieta aquí con fuerza, es sencillo.

—Sencillo, sí —afirma y sonríe.

Le devuelvo la sonrisa y la miro un instante.

—Necesito que me acompañes fuera para atender al resto de los enfermos, ¿puedes hacerlo?

La veo dudar un momento, pero por fin sonríe y sacude la cabeza arriba y abajo.

—Salma cuidará de mis hijos hoy, yo iré contigo.

El grupo que vi por la mañana no estaba cuando he vuelto. Es evidente que se habrán refugiado durante el tiroteo, pero ahora han

regresado y nos esperan de pie en las escasas sombras que proporcionan las tiendas y los toldos extendidos.

Me acerco sin prisa, dejando que me vean venir, sin gestos bruscos. El hombre mayor levanta la cabeza al acercarme. Ya no está separado del resto, sino que se ha unido al grupo y espera paciente su turno. Sus ojos apagados me observan con una mezcla de cansancio y resignación.

Empiezo por el niño más pequeño. Le cojo la barbilla con suavidad y examino la piel irritada. Es una infección cutánea, probablemente agravada por la falta de higiene y el calor constante. Nada grave… si se trata a tiempo.

Le limpio la cara y el cuello con una gasa empapada en suero y luego saco el antiséptico.

—Esto va a picar —le digo, aunque sé que no entiende.

La mujer traduce en voz baja, pero el niño no aparta la mirada de mí. Me observa con unos ojos oscuros magnéticos y confiados. Sonrío y le acaricio un momento la mejilla antes de comenzar a aplicar el tratamiento con cuidado.

El chiquillo cierra los ojos con fuerza y aprieta los dientes, pero no llora. Cuando he desinfectado bien toda la zona, le aplico una generosa capa de pomada que lo calma al instante.

—¿Quién es su madre? —pregunto. Una mujer se coloca ante el niño cuando la intérprete traduce—. Tiene que ponerle esta crema tres veces al día, por la misma zona que yo se la he puesto, ¿de acuerdo? No menos de una semana, hasta que esté bien del todo. Y si le salen heridas o le duele, tienen que venir a verme, ¿entendido?

La mujer asiente con energía y se lleva al pecho la mano en la que guarda el tubo de pomada como si fuera un tesoro. Luego dice algo y la intérprete me mira.

—Quiere pagarte —me dice.

Yo niego con la cabeza.

—Ellos me pagarán —respondo, señalando con la cabeza hacia el campamento de los mercenarios.

Me río de mi propia ocurrencia. Supongo que el hecho de que mantengan con vida es suficiente pago para ellos, visto lo visto.

Paso al siguiente, también un niño. Tiene el abdomen hinchado, la piel macilenta y el gesto triste de los niños que se han rendido. La desnutrición es evidente, necesita más de lo que puedo darle aquí. No tengo raciones de supervivencia en la mochila, así que anoto mentalmente que tengo que hablar de esto con Kader. El solo recuerdo de su nombre hace que me recorra un escalofrío, pero este niño, y otros como él, necesitan algo más que arroz y maíz para sobrevivir, y seguro que ellos tienen o, al menos, pueden conseguirlo.

Atiendo a una mujer con una herida infectada e inflamada en el brazo. Dice que se la hizo hace tres días, el riesgo de sepsis es grande. Limpio la herida con alcohol a chorro, pero ella apenas reacciona. Está acostumbrada al dolor. Preparo una inyección de penicilina y se la aplico con cuidado. Tampoco ahora se queja. Le explico que debe mantener la herida limpia y que volveré al día siguiente para ponerle otra inyección. Ella asiente, da media vuelta y se pierde entre las tiendas.

Sigo trabajando en silencio. No necesito hablar y ellos tampoco, apenas unas pocas preguntas que mi acompañante traduce y ellos responden con rapidez y en voz baja. La mayor parte del tiempo, el único sonido es el roce de las telas sacudidas por el viento, la respiración de los niños y el polvo que corre entre las tiendas.

Estoy con ellos más de tres horas. Cuando termino, estoy agotada y sedienta. Bebo con ansia el agua caliente de mi cantimplora antes de recoger y disponerme a regresar. La idea de quedarme con ellos es tentadora, me bastaría con un rincón en una de las tiendas, pero sé que Kader vendría a buscarme y me llevaría de vuelta a rastras.

Recordarlo hace que la imagen vuelva a mi cabeza.

El disparo no era necesario, ese hombre ya no suponía un peligro. Disparar no tenía que ver con defenderse. Disparó… porque quería hacerlo, simplemente.

Sacudo ligeramente la cabeza y respiro hondo antes de girarme hacia la traductora.

—Gracias —me dice.

—Volveré mañana —le aseguro—, pero diles que pueden venir a la enfermería cuando lo necesiten.

Ella repite mis palabras en árabe y ellos asientes y sonríen cansados.

Me giro para marcharme y entonces lo veo. Kader está en el límite invisible entre las tiendas y el resto del campamento. No se ha acercado, en ningún momento ha invadido ese espacio, pero ahí está. ¿Me vigila?

Adrien Kader me espera apoyado contra una de las estructuras de madera, medio en sombra, medio bajo la luz implacable del sol. Tiene los brazos cruzados y el cuerpo en una postura relajada, como si el ataque de hace apenas un rato no hubiera sido más que un contratiempo menor.

Camino hacia él con calma, y sigo adelante sin detenerme cuando llego a su altura. Él me mira con atención cuando paso delante y camina a mi lado.

—Ha tardado —dice sin más. Cuando no está ladrando órdenes, secuestrando gente ni matando milicianos a sangre fría, su voz suena suave.

—Había trabajo —replico.

Él asiente y me coge del brazo para que me detenga. Me paro, pero sacudo el brazo para liberarme de su contacto.

—Ven —me ordena, tuteándome sin permiso.

—No.

Sus ojos se estrechan hasta convertirse en una línea fina.

—No es una invitación.

—Lo sé, pero tampoco es una orden que tenga intención de obedecer.

Durante un segundo, el silencio se vuelve más denso. Luego, con una calma que empieza a resultarme insoportable, echa a andar de nuevo.

—No has comido —dice.

—No tengo hambre.

—No es relevante.

Eso me arranca una risa breve, seca.

—Claro que no.

Da un paso hacia mí y vuelve a cogerme del brazo. Me detengo y me libero con más fuerza que antes, pero no retrocedo.

—Vas a comer —afirma, esta vez con el tono duro que le conozco.

—¿Y si no?

Su mirada no cambia.

—Entonces, te obligaré. Sabes que puedo.

Lo miro fijamente y levanto la barbilla lentamente.

—Inténtalo.

El aire entre nosotros se tensa. No hay nadie más cerca. Sus hombres están lejos, ocupados, y los civiles se han refugiado en el interior de su campamento.

—Ya has visto lo que hay ahí dentro —dice finalmente, señalando con la cabeza hacia las tiendas que dejamos atrás—. Si desfalleces, no hay nadie más que pueda hacer tu trabajo.

—No me importa —le aseguro.

—A mí sí.

—¿A ti? Vamos, hombre —me burlo—. No eres más que un asesino. Si todos esos se mueren solos, te ahorras las balas.

—Eres un asesino.

Él no se inmuta, no se defiende ni lo niega, al contrario.

—Sí, lo soy.

La respuesta me desconcierta más que cualquier excusa.

—¿Eso es todo lo que vas a decir?

—Es suficiente. Y además, nada de lo que diga te convencerá de lo contrario.

Doy un paso hacia él.

—He visto lo que haces —escupo a un palmo de su cara. Él no se inmuta, ni pestañea—. No era necesario —añado.

—No lo era para ti —responde. Noto cómo está controlado su voz.

—Para nadie, no era necesario para nadie. Estaba herido y desarmado.

Su mirada se endurece.

—Si lo dejo con vida, tarde o temprano volverá con los suyos y regresará con más armas y más hombres. Podría describir el campamento, nuestros puntos fuertes y nuestras debilidades, y no cometería el error de entrar, nos masacrarían desde fuera.

—Estaba herido —insisto.

—Estaba vivo.

Niega con la cabeza.

—No ha sido un acto de guerra, ha sido una ejecución.

—Pura supervivencia —lanza mientras se encoge de hombros.

Habla sin ninguna emoción, solo una lógica fría, perfectamente ensamblada y que él se cree a pie juntillas, al parecer.

—¿Y ellos? —señalo hacia las tiendas—. ¿También son «los tuyos», o los sacrificarás cuando te estorben?

Sigue mi gesto con la mirada.

—Ellos están a salvo aquí, me he comprometido a ello y yo siempre cumplo lo que prometo.

—¿Aunque para eso tengas que ejecutar a personas a sangre fría?

—Así es.

Como si fuera tan simple…

—No tienes derecho… —empiezo.

—Nadie lo tiene.

—Entonces, no lo hagas.

Por primera vez, una sombra de algo —no sabría decir si es cansancio o impaciencia— cruza su cara.

—Son ellos o nosotros, no hay opción —me dice.

—Siempre la hay.

—No aquí.

No hay mucho más que decir. Caminamos de nuevo hacia la enfermería y el hospital en medio de un silencio incómodo. Cuando llegamos, lo miro de nuevo. Lo que veo no me gusta, porque no hay duda en él, y tampoco un conflicto interno que le lleve a preguntarse si lo que ha hecho está bien o mal. Volvería a hacerlo si fuera necesario.

—No quiero seguir aquí, dime qué tengo que hacer para que me devolváis a mi base antes de que el ejército francés ataque esta posición y haga bajas civiles, además de las vuestras.

—Todo en su momento, pero por ahora, te quedas.

—¿Vas a matarme? —le pregunto.

—No. Puedes confiar en mí.

—Es una broma, ¿no? No confío en ti en absoluto.

—De acuerdo, no lo hagas.

—Eres peligroso… añado.

—Eso es lo único en lo que estamos completamente de acuerdo —responde con una sonrisa burlona.

Respiro hondo y miro a mi alrededor. Los hombres están llenando los depósitos de los coches con combustible mientras otro preparan las armas o hacen ejercicio. Huele a comida, carne asada, quizá.

—Los civiles necesitan alimentos —le digo entonces—, y hay un niño desnutrido, le vendrían bien unas dosis extra de hidratos y proteínas.

—Me ocuparé de todo —promete en el acto.

Doy dos pasos antes de detenerme de nuevo.

—No sé cómo puedes acostumbrarte a esto —digo al final.

—¿Quién ha dicho que me haya acostumbrado? —replica, y se marcha. Cuando se ha alejado unos metros, se detiene y se vuelve para mirarme—. Rafael te acompañará a tu habitación. Está cerca del hospital, tienes una cama, un retrete y comida. Ve y descansa.

—¿Es una orden? —le grito a su espalda.

Él no contesta, sigue alejándose sin mirar atrás.

Si pudiera, apuñalaría en ese mismo instante esa espalda enorme, trabaría sus piernas como columnas, lo tiraría al suelo y le patearía hasta caer agotada.

Cierro los ojos un instante y veo sus ojos grises clavados en mí. No le temo, y si cree que me voy a quedar ahí de brazos cruzados, es que todavía no conoce a Nora Vaillant.

12

Adrien

El humo del cigarro se eleva despacio, dibujando una línea irregular que se disuelve antes de alcanzar el techo, y durante unos segundos me descubro siguiéndola con la mirada más de lo que sería razonable, como si en ese gesto inútil hubiera algo que ordenar antes de volver a lo que realmente importa. La veo a través de la ventana abierta. Frente a la construcción que me sirve de despacho, dormitorio y refugio está el hospital de campaña. Y allí, está ella.

Necesito concentrarme en el mapa que he desplegado sobre la mesa hace un buen rato, en el convoy que esperamos, incluso en el grupo de milicianos que nos ha atacado esta mañana.

Y en lugar de eso, aquí estoy, como un idiota, pensando en una mujer que lo único que ha hecho ha sido lanzarme cuatro preguntas como si fueran dardos. He respondido con sinceridad. No me arrepiento de haber disparado al soldado caído, volvería a hacerlo, pero no me siento orgulloso de ello, no me gusta y quisiera no tener que hacerlo más, aunque sé que este tipo de deseo no suele cumplirse.

Apago el cigarro contra el borde metálico del cenicero y cierro el portátil sin llegar a mirar la pantalla. No necesito comprobar nada. La imagen de Nora moviéndose por la enfermería con precisión absoluta se ha quedado fijada en mi cabeza con una nitidez que empieza a ser molesta.

No debería, pero lo es.

—Si has terminado de mirar el humo, podemos seguir —dice Malik desde el otro lado de la mesa. Ha apoyado las dos manos sobre el mapa desplegado y me mira con una ceja levantada.

Pestañeo y me concentro en lo que me rodea.

La habitación está llena de gente. Malik frente a mí, Rafael recostado contra la pared con su despreocupación habitual, dos de los hombres del grupo en segundo plano, atentos, y Rasha sentada junto a la ventana con una pierna cruzada y la espalda apoyada en la pared, observando sin intervenir.

—Sigue —le ordeno.

Malik señala con el dedo un punto concreto del mapa.

—El convoy saldrá al anochecer. Transportan combustible, en total, dos vehículos de carga y uno de escolta. Nada especialmente sofisticado, pero no vendrán solos.

—No lo harán —confirmo—, saben a cuánto se paga el combustible últimamente.

—La milicia que nos ha atacado esta mañana no ha sido casualidad —añade—. Han probado nuestras defensas y han medido el tiempo de respuesta. No volverán a cometer el mismo error.

Asiento lentamente.

—Por eso no vamos a esperarles aquí.

Rafael deja escapar una exhalación que podría confundirse con una risa.

—Eso suena a que vamos a complicarnos la vida una vez más —protesta.

—En absoluto —le rebato—. Lo que vamos a hacer es controlarlo todo desde el principio.

Me inclino sobre el mapa y trazo con el dedo una línea que bordea la ruta principal.

—Los interceptaremos aquí —digo—. Antes del desfiladero. Les obligamos a frenar, los separamos y nos quedamos con lo que nos interesa. Rápido y limpio.

—¿Cuántos hombres? —pregunta uno de los otros.

—Seis —respondo—. Solo utilizaremos un vehículo. Eso nos permitirá ir siempre agrupados y desaparecer mucho más deprisa.

Malik levanta la vista.

—¿Y cómo nos llevamos el combustible? —pregunta.

—En el suyo, por supuesto —sonrío.

—Es arriesgado…

—Lo justo, no más.

Durante unos minutos, todos calculamos en silencio las posibilidades de éxito de la operación tal como la he planteado. Sé que cada uno está ajustando la operación en su cabeza, evaluando las distancias y los tiempos y adelantándose a los posibles errores. Por eso jamás fracasamos.

—¿Y si la milicia aparece otra vez? —pregunta Rafael.

—No han tenido tiempo de rehacerse —le recuerdo—. Han sufrido varias bajas y han dejado atrás un vehículo. ¿Cuántos crees que les quedan? No —repito—, no creo que vayan a ser un problema.

No hay más que decir.

Después, la conversación gira en torno a los aspectos técnicos de la operación, afinando detalles que no necesitan ser discutidos, como las rutas de entrada, las posiciones de cobertura y los puntos de retirada.

—¿Y la médica? —pregunta de pronto uno de los hombres. Su tono pretende ser neutro, pero no lo consigue.

—¿Qué pasa con ella? —pregunta Rafael, incorporándose ligeramente.

Me enderezo despacio.

—¿Qué pasa con ella? —repito yo—. Se queda —añado.

La respuesta es clara, pero parece que no lo suficiente.

—Eso ya lo sabemos —dice el mismo hombre—. Lo que queremos saber es hasta cuándo.

—Hasta que deje de ser necesaria.

—O hasta que deje de interesarte —añade Rasha sin moverse de su sitio.

Su voz ha sonado tranquila, pero la conozco lo suficiente como para saber que la presencia de la doctora la altera muchísimo. Pero eso, por supuesto, tampoco es mi problema.

—No confundas las cosas —digo sin más.

—No las confundo —responde, cruzando la otra pierna con un movimiento lento—. Pero sé lo que veo.

Malik interviene antes de que la conversación derive en algo menos útil.

—Los hombres están hablando —dice.

Ahora sí levanto la vista hacia él.

—¿De qué?

No responde de inmediato. Rafael lo hace por él.

—De ella. No es un problema —añade, encogiéndose ligeramente de hombros—. Es lo que pasa cuando metes a una mujer como esa en un sitio como este.

El silencio que sigue es incómodo, denso.

—¿Qué mujer es esa? —pregunto.

Rafael sonríe, esta vez sin ironía.

—La has visto igual que nosotros, tienes ojos en la cara.

Lo observo unos segundos antes de responder.

—Controla a tu gente.

—Lo hago, pero no es fácil…

—Hazlo mejor.

La sonrisa desaparece.

—Nadie ha hecho nada, tranquilo.

—Ni lo hará, ¿entendido?

Malik asiente despacio.

—Está claro.

Uno de los hombres, el más joven, duda antes de hablar.

—Solo decimos que… bueno, que está ahí —suelta por fin—. Y que…

No termina la frase. No necesita hacerlo.

Me levanto de la silla, me separo de la mesa y doy un paso hacia ellos.

—Escuchadme bien —digo con calma—. Nadie la va a tocar. No forma parte de un botín y nadie tiene derecho a hacer lo que quiera con ella. —Espero un momento a que mis palabras se asienten—. Si alguien tiene un problema con eso, que lo diga ahora.

Nadie habla ni se mueve. Eso es suficiente.

—Bien.

Vuelvo a la mesa

La conversación debería terminar ahí, pero no lo hace.

—¿Y tú? —pregunta Rasha.

Ahora sí la miro. Ella sostiene mi mirada sin el menor rastro de duda.

—¿Qué pasa conmigo?

—¿Qué piensas hacer tú con ella?

—Eso no es asunto tuyo.

—Claro que lo es. —Se incorpora despacio, apoyando una mano en el respaldo de la silla—. Porque cuando algo deja de ser operativo y pasa a ser personal, deja de ser solo tu problema.

Nadie dice nada.

Rafael evita mirarnos directamente y Malik se mantiene inmóvil. Chicos listos.

—Aquí no hay nada personal —respondo.

Rasha sonríe, pero sus ojos siguen serios.

—No te lo crees ni tú.

El silencio se instala otra vez, más pesado que antes.

—La necesito —añado—. Todos la necesitamos, es útil. Ayer salvó la vida de tres hombres.

—Muchas cosas son útiles —replica—, pero no todas cambian la forma en la que miras un mapa.

Eso sí es un golpe bajo.

La observo unos segundos antes de apartar la mirada.

—La reunión ha terminado —decido.

Malik es el primero en moverse, y los demás lo siguen en menos de un segundo. Rafael sale sin decir nada, igual que los dos hombres del fondo. Rasha, sin embargo, se queda donde está.

—Ten cuidado —dice cuando la puerta se cierra.

—Siempre lo tengo.

—No me está dando la sensación de que esta vez estés siendo prudente, querido Adrien.

La miro de nuevo. Su expresión ha perdido cualquier rastro de provocación.

—No estás tomando esta decisión como tomas las demás —añade—. A cualquier otra, la habrías…

—Sal —la corto antes de que pueda terminar de hablar.

Rasha no insiste y se dirige despacio a la salida.

Cuando la puerta se cierra por segunda vez, cojo un nuevo cigarro, lo enciendo y lanzo el humo al techo mientras vuelvo a mirar por la ventana. Ya no veo a la doctora en la enfermería.

Me acerco al portátil. Dudo un instante, pero luego lo abro.

La imagen aparece con un leve parpadeo.

Nora está en el hospital, de espaldas, inclinada sobre la mesa mientras revisa el material que ha preparado. Se detiene un segundo, como si pensara en algo, y luego continúa, ajena a todo lo demás.

No creo que haya descubierto la cámara que mis hombres instalaron mientras ella operaba a mis hombres, y si la ha visto, la ignora por completo.

Cierro el portátil. No necesito seguir mirando, porque el problema no es lo que haga ella, la verdadera cuestión son todas las cosas que

han cambiado desde que está aquí.

Y eso, a diferencia de un convoy o de una milicia mal organizada, no lo puedo controlar.

13

Nora

El cansancio no llega como un golpe, ni como una caída clara que me obligue a detenerme, sino como algo más sutil y persistente, una especie de desgaste continuo que se instala en el cuerpo sin hacer ruido hasta que cada gesto empieza a costar un poco más de lo que debería, hasta que mantener la espalda recta, sostener la mirada o simplemente pensar con claridad requiere un esfuerzo que no soy capaz de hacer.

Apoyo las manos sobre la mesa de la enfermería y dejo caer el peso de mi cuerpo hacia delante apenas unos centímetros, lo justo para que los hombros descansen sin que nadie pueda interpretar ese gesto como debilidad, mientras el aire caliente, cargado de polvo y de ese olor constante a desinfectante barato, entra y sale de mis pulmones sin llegar a aliviar la sensación de opresión que llevo arrastrando desde hace horas, o quizá desde hace días, porque en este lugar el tiempo ha dejado de tener una forma clara y todo se mezcla en una sucesión continua de tareas, decisiones y cuerpos que dependen de mí.

Cierro los ojos solo un instante, con la intención de ordenar la respiración, de recuperar ese control automático que siempre ha estado ahí cuando lo he necesitado, pero en cuanto el exterior desaparece, aunque sea durante un segundo, todo vuelve.

El hospital de la base.

El ruido seco de los disparos.

El polvo levantándose entre las tiendas.

Y los cuerpos. Siempre los cuerpos. Mis compañeros caídos, muertos…

No debería pensar en eso ahora, no sirve de nada, lo sé perfectamente, pero aun así, la imagen se abre paso con una claridad dolorosa, porque no es confusa ni fragmentada, sino nítida, demasiado nítida, como si mi cabeza hubiera decidido conservar cada detalle con una precisión cruel.

Ferrer cayendo.

El soldado al que acababa de vendar.

Mis manos manchadas de sangre.

Abro los ojos despacio y me obligo a volver, a anclarme en lo que tengo delante, porque lo otro no tiene solución y esto sí.

—Capitana…

La voz es débil, pero me llega clara.

Me giro hacia la camilla y veo que el chico está despierto y me mira como si necesitara comprobar que sigo aquí, como si mi presencia fuera lo único que todavía encaja dentro de algo que para él ha dejado de tener sentido.

Me acerco sin prisa, manteniendo ese ritmo controlado que ya es casi una segunda piel.

—No intentes moverte —le digo mientras reviso el vendaje con cuidado—. No es buena idea, te dolerá.

Asiente ligeramente, sin apartar los ojos de mí.

—Duele —murmura en un francés torpe, arrastrando las palabras como si aún no terminara de dominarlas.

Consulto el cuaderno de reojo. Aún es pronto, bastante hace con permanecer consciente y orientado.

—Lo sé —respondo—. Aguanta un poco más. Voy a ponerte algo que te aliviará, ¿de acuerdo?

Él vuelve a asentir y cierra los ojos un momento. Cuando vuelve a abrirlos, le brillan como si estuviera a punto de echarse a llorar.

—Tú… —empieza, dudando—. Tú… salvaste.

Niego con la cabeza antes de que termine.

—Tú has hecho la parte dura, has luchado por seguir vivo —le digo—. Yo solo hice mi trabajo.

No es falsa modestia, sino una forma de mantener las cosas en su sitio, incluido mi ego, porque si empiezo a atribuirme méritos sin parar, no habrá quien me aguante.

Él esboza una sonrisa leve, cansada.

—En mi pueblo… —continúa—, dicen que cuando alguien vuelve… ya no es el mismo.

Levanto la vista y lo observo un segundo más de lo necesario.

—Cuando vuelve, ¿de dónde?

—De la muerte —me dice en un susurro.

Técnicamente, él no estuvo muerto en ningún momento, pero no se lo voy a explicar, no merece la pena. Además, es cierto que estuvo muy cerca de morir, así que le vale como excusa.

—¿Y tú? —pregunto—. ¿Sigues siendo el mismo?

Tarda en responder.

—No lo sé —confiesa por fin.

Asiento despacio, termino de ajustar el vendaje y me apoyo ligeramente en la barandilla de la camilla, sintiendo el peso en las piernas de una forma más clara ahora que me he detenido.

—¿Tienes familia? —le sigo preguntando, sin pensar demasiado en por qué lo hago.

—Mi madre —dice—. Tiene cabras… y casa pequeña. —Hace una pausa y cierra los ojos un momento—. Yo quería… ser fuerte.

Lo miro.

—Lo has sido.

Niega despacio.

—No como él.

No necesito que lo nombre.

—¿Te refieres a Kader?

Asiente.

—Él no tiene miedo.

Dejo escapar el aire por la nariz, casi sin darme cuenta.

—Todo el mundo tiene miedo —respondo—. Otra cosa es lo que haga con él.

El chico me observa como si intentara encajar esa idea con lo que ha visto.

—No… —insiste—. Él decide y actúa. No miedo.

Sus palabras se quedan flotando entre nosotros, cargadas de más cosas de las que ninguno menciona.

Me dejo caer en la silla junto a la camilla. No aguanto ni un minuto más de pie. Apoyo la espalda con cuidado para intentar que no se note lo agotada que estoy.

—¿Por qué estás aquí? —pregunto—. Con ellos.

Se queda en silencio unos segundos.

—Mi hermano estaba con él.

Estaba. Es decir, que ya no está, con todo lo que eso implica en esta región.

—¿Y tú? —insisto—. ¿Estás donde quieres estar?

No responde de inmediato, y ese silencio es más claro que cualquier respuesta.

—Tú te irás —dice al final.

Lo dice como un hecho, no como una pregunta. Y durante un segundo no sé qué contestar. Porque sé cómo funcionan estas cosas, sé cuánto tiempo me buscarán, y en qué momento dejarán de buscarme y me darán por muerta. Y sé lo fácil que es que alguien desaparezca en un lugar como este.

—Eso espero —digo finalmente, aunque noto que la frase no tiene el peso que debería.

El chico me observa con más atención ahora.

—Te buscarán.

Sonrío apenas, sin ganas.

—Seguro que sí.

Pero no añado nada más, porque no estoy segura de poder sostener esa afirmación si la desarrollo. Porque, en cuanto lo pienso con frialdad, sin adornos, la conclusión es evidente: durante un tiempo, sí, me buscarán, pero ese tiempo no es infinito, y cuando se agote, lo que quede será un informe, una hipótesis y una ausencia.

Y nada más.

El chico alarga la mano con cuidado y apoya los dedos sobre mi muñeca.

—Tú no estás muerta.

La frase es tan simple que asusta.

Trago saliva.

—No —respondo—. No lo estoy.

Pero por primera vez desde que estoy aquí, la idea de desaparecer deja de ser abstracta y pasa a convertirse en una posibilidad real.

—¿Y él? —pregunto entonces, antes de pensar si quiero hacerlo —. ¿Quién es Kader?

El muchacho sonríe y está a punto de sonreír cuando alguien lo interrumpe.

—Si quieres saber algo de mí…

La voz llega desde la puerta, tranquila, sin tensión, como si llevara ahí el tiempo suficiente para haber escuchado lo necesario.

No me giro de inmediato y lo descubro apoyado en el marco, observándonos con esa calma suya que ya no sé si es real o simplemente una forma de controlar todo lo que ocurre a su alrededor.

—…puedes preguntármelo directamente.

Lo miro sin levantarme.

—No estaba hablando contigo.

No cambia la expresión.

—Ya.

Y, sin embargo, no se va.

Vuelvo la atención al chico.

—Descansa —le digo, más seca de lo que pretendía.

Me levanto demasiado rápido, y el mareo llega sin aviso, obligándome a apoyar la mano sobre la mesa durante una fracción de segundo que, aunque breve, es suficiente para que yo misma lo note con claridad.

Aprieto los dientes y me incorporo del todo. Kader está a mi lado, listo para sujetarme si es necesario, pero sin tocarme de momento.

—Estoy bien —digo, sin que nadie lo haya cuestionado.

Me mira con atención, pero no dice nada. Tampoco se va.

Se queda ahí, entre el joven herido y yo, con el pelo oscuro revuelto, la sombra de la barba oscureciéndole el semblante, respirando despacio, con los brazos a los lados del cuerpo y las manos abiertas, relajadas. Y sus ojos, oscuros, brillantes y vivos, clavados en los míos.

Mientras lo miro, tengo que obligarme a recordar que Adrien Kader es un mercenario.

Un asesino.

14

Adrien

La espera en el desfiladero siempre es lo más parecido a la tranquilidad que existe en este tipo de trabajo, aunque en realidad no lo sea en absoluto, porque todo está en tensión, contenido, literalmente a punto de saltar por los aires en cualquier momento, como si el propio desierto supiera que en cuestión de segundos va a llenarse de ruido, de polvo y de sangre.

Me mantengo agachado tras una formación de rocas bajas, con el fusil apoyado y la vista fija en la carretera estrecha que se abre paso entre las paredes del desfiladero, un punto de paso obligado que reduce cualquier convoy a una fila ordenada y vulnerable, exactamente como necesitamos. A mi izquierda, Malik controla el flanco con la misma calma concentrada de siempre; al otro lado, Rafael murmura algo por la radio, probablemente una broma que no le hace gracia a nadie, pero que le sirve para soltar la tensión sin romper la disciplina. Los otros tres hombres están al otro lado del camino, en posiciones similares a las nuestras y listos para detonar la artillería pesada en cuanto sea necesario.

El sonido llega antes de que los veamos, un rumor lejano de motores que crece poco a poco hasta volverse reconocible y la vibración se filtra a través del suelo hasta que podemos sentirla en el estómago, que mantenemos pegado al suelo.

Levanto dos dedos y todos se preparan.

El primer vehículo aparece en la curva con la velocidad contenida de quien sabe que este terreno no permite errores. Detrás va el camión cisterna. Y cerrando la marcha, el segundo vehículo de escolta.

Exactamente como nos dijeron.

Espero a que el convoy se interne lo suficiente, para que el margen de maniobra desaparezca y la distancia entre los vehículos se reduzca lo justo para que no puedan reaccionar sin estorbarse entre ellos.

Entonces, bajo la mano y los dos coches escoltas saltan por los aires.

Las primeras ráfagas golpean el vehículo delantero antes de que puedan entender qué está pasando. El conductor intenta reaccionar, pero ya es tarde; el coche se cruza en la carretera, bloqueando el paso, y en ese mismo instante el segundo vehículo acelera, gira bruscamente y retrocede a toda velocidad, levantando una nube de polvo que lo cubre en cuestión de segundos.

No lo perseguimos, no es el objetivo.

El camión queda atrapado en medio, sin espacio para maniobrar, con el motor rugiendo en vacío y las ruedas levantando grava sin avanzar más que unos centímetros.

Salgo de la cobertura sin prisa, con el arma levantada, mientras mis hombres rodean el vehículo con movimientos rápidos y coordinados.

—¡Fuera! —grito.

El conductor tarda un segundo en reaccionar, quizá dos, pero no tarda en entender que no tiene ninguna opción. Levanta las manos, abre la puerta despacio y baja con movimientos torpes, los ojos desorbitados y la respiración entrecortada.

—No dispares —dice en francés—. No dispares.

—Al suelo —ordeno.

Obedece sin discutir.

Malik ya está en la cabina, comprobando el estado del vehículo, mientras Rafael asegura la zona y los demás comprueban que la escolta del primer vehículo ha sido neutralizada y el segundo se ha perdido en el desierto. Los dos escoltas no dudan en tumbarse en el suelo cuando se lo ordenan y no oponen resistencia mientras mis

hombres los atan de pies y manos y los arrastran hasta la pared del desfiladero.

Todo ha salido como esperábamos, rápido y limpio. Exactamente como lo había planteado.

—Nos lo llevamos —dice Malik, asomando la cabeza por la ventanilla del camión.

Asiento, subo al camión y me pongo al volante mientras los demás se distribuyen en las posiciones de cobertura. Rafael mueve el vehículo enemigo lo justo para abrir paso y, en cuestión de segundos, estamos en movimiento.

El desfiladero queda atrás. No ha habido complicaciones ni sorpresas, y eso, en este lugar, es lo más cercano a un éxito absoluto.

El campamento aparece en el horizonte envuelto en la luz dura del atardecer, con el polvo suspendido sobre las construcciones y ese ritmo extraño que se ha instalado desde que ella está aquí, más contenido, más ordenado de lo habitual.

Detengo el camión en el centro del patio y salto al suelo mientras los hombres se acercan, algunos con enormes sonrisas en la cara y otros, simplemente asintiendo con esa satisfacción silenciosa que no necesita palabras.

—Buen trabajo —dice Malik.

—Lo mismo digo —respondo.

—Vamos a celebrarlo, ¿vienes?

—Paso, prefiero descansar un rato.

Echo un vistazo a mi alrededor. Las ventanas del hospital y de la enfermería están iluminadas, lo que significa que la capitana Vaillant está donde siempre. No creo que haya puesto un pie en la cabaña que le han habilitado como dormitorio.

Entro en la cocina del campamento y lleno un cuenco con lo que ha preparado el cocinero, una especie de guiso de carne de cabra

cubierto por una salsa espesa. Cojo un pedazo de pan y una cantimplora de agua, lo acomodo todo en una bandeja metálica y me dirijo al hospital.

La enorme sala está en silencio cuando entro, pero lo que veo me detiene en seco.

Uno de los hombres está muy cerca de ella. Demasiado.

Su mano está a medio camino entre la mesa y el cuerpo de Nora, probando el límite, como hacen siempre antes de cruzarlo del todo. Ella tiene la espalda pegada a la pared y los brazos extendidos hacia él para impedirle el avance. Ha cerrado los puños y está lista para atacar. Oigo la carcajada de placer que se le escapa a él y veo cómo, con un movimiento rápido, intenta apartar sus brazos para alcanzar el cuerpo de la doctora.

Ella le lanza un puñetazo a la cara, pero él se mueve con rapidez y la coge por los hombros.

Tiro la bandeja al suelo y llego hasta él en dos zancadas. Lo cojo por el cuello de la camisa desde atrás y tiro de él con fuerza. Cuando se da la vuelta para ver qué pasa, mi mano se cierra alrededor de su cuello y lo estampo contra la pared.

El golpe resuena en la habitación.

—Nadie —digo, muy despacio, con los dientes apretados— la toca.

No levanto la voz, no hace falta.

El hombre intenta hablar, pero no le dejo. Me giro con él todavía agarrado por el cuello y coloco mi cuerpo entre Nora y él. Luego, lanzo mi puño contra su cara. Él retrocede y yo camino detrás de él, sin soltarlo para evitar que caiga o que eche a correr, y vuelvo a golpearlo una y otra vez hasta que llegamos a la entrada del hospital.

Cuando estamos fuera, lo lanzo al suelo y le pateo es estómago y la espalda. Luego, silbo con fuerza y espero hasta que mis hombres llegan a la carrera.

El tipo respira con fuerza en el suelo y se retuerce de dolor. Tiene la cara cubierta de sangre y gime en voz baja.

Malik me mira con una pregunta en la cara cuando llega.

—Échalo —le digo sin más—, no lo quiero aquí.

—¿Destierro? —me pregunta simplemente.

—Sí, fuera.

Malik espera hasta que dos hombres levantan al herido y lo arrastran entre súplicas y llantos.

—Morirá —susurra entonces.

—Dale agua y una bolsa de provisiones, pero que no vuelva a entrar.

Malik me mira solo un segundo, lo que tarda en comprender que no voy a cambiar de opinión.

—De acuerdo —dice, y se marcha corriendo.

Cuando me giro, Nora me está mirando. Para mi sorpresa, lo que hay en sus ojos no es alivio. Está enfadada, furiosa.

—No necesitabas hacer eso —dice.

—Sí era necesario —respondo.

—Podías haberlo apartado sin…

No termina la frase.

No hace falta.

—No lo entiendes—la corto—. No podía. Si lo hago de otra manera —continúo tras un silencio breve—, mañana habrá otro. Y pasado, otro. Y al final, alguien cruzará la línea del todo y te harán daño. —La observo. Su mirada se ablanda un poco, solo un poco—. Esto no es negociable.

Aprieta la mandíbula.

—Lo sé —admite por fin—, y también sé que lo haces por mí —añade.

—No.

No miento, no del todo. No tiene sentido hacerlo, ella es militar, igual que yo, y entiende el contexto y la situación.

—Lo hago por todos —confirmo.

—¿Por mantener el orden? —pregunta, con un deje de ironía que no llega a ocultar del todo el cansancio.

—Por mantenerlos vivos —corrijo. La frase queda suspendida entre nosotros—. La civilización está muy lejos de aquí —digo después, con menos dureza—. Si no entienden los límites… se los tengo que hacer entender por la seguridad de todos.

Me observa unos segundos y, por primera vez, no replica.

—Sí —admite al final, en voz baja—. Supongo que aquí las cosas funcionan así.

No lo acepta, pero lo comprende, y eso, en este lugar, es lo máximo que se puede esperar.

—Te traía algo de comida, pero se me ha caído.

—No tengo hambre —dice. La misma respuesta de siempre.

—Que tengas hambre o no, no es relevante. Tienes que comer para seguir viva, así que come. Acompáñame a la cocina, allí podrás cenar tranquila.

Sus labios se curvan apenas, como si ya hubiera oído eso antes.

—No me gusta que me den órdenes.

—Acostúmbrate —respondo sin tensión.

Hay un instante de silencio. Luego, relaja los hombros y me mira sin demasiado odio.

—De acuerdo, comeré.

Alargar el brazo para señalarle el camino y en ese gento, noto cómo la piel del costado se abre.

El calor húmedo aparece primero. Después, la presión, y finalmente, la sangre.

Deduzco por su mirada que se ha dado cuenta.

—Estás herido —dice.

—No es nada, en serio.

—Eso lo decidiré yo. Vamos.

Y de pronto, acabo de convertirme en su paciente.

15

Nora

No digo nada al principio, no hace falta.

La mancha de sangre se ha abierto paso a través de la tela con una claridad demasiado evidente como para ignorarla, y aunque él no parece darle la menor importancia —ni siquiera mira hacia abajo —, yo sé exactamente lo que significa, lo he visto demasiadas veces como para confundirme: la herida no está cerrada, o al menos no lo suficiente, y el esfuerzo de hoy ha terminado por romper lo que sea que haya hecho para contenerla.

—Si no te importa —digo al fin, señalando el costado—, eso hay que verlo.

Adrien no responde de inmediato. Se limita a sostenerme la mirada durante un segundo más largo de lo normal, como si estuviera evaluando si esto es una orden, una sugerencia o algo que puede simplemente ignorar.

—No es nada —responde al final.

Niego con la cabeza y me armo de paciencia. No tengo ninguna intención de discutir con él.

—Claro que lo es. Si sangra, algo pasa. Pero si quieres morir de una infección, allá tú. Por mí no te cortes.

Sigue un silencio breve.

Luego, sin decir ni una sola palabra, se quita la camisa.

Lo hace con un gesto limpio, sencillo, sin ninguna intención de convertirlo en otra cosa que no sea lo que es, pero aun así el efecto es inevitable, porque el cuerpo que queda al descubierto no es el de un hombre cualquiera, ni siquiera el de un soldado al uso, sino el de

alguien que ha pasado demasiado tiempo en lugares donde la violencia no es un hecho aislado, sino una constante.

No es la herida lo que me detiene. Es todo lo demás.

Las cicatrices. No una o dos, unas marcas aisladas que puedan explicarse como incidentes puntuales, sino una acumulación de líneas, cortes antiguos, zonas mal cicatrizadas, rastros de impactos, como si su cuerpo fuera un mapa incompleto de todas las decisiones que ha tomado y de todas las veces que ha salido con vida de situaciones en las que la suerte ha jugado un papel fundamental.

Me acerco sin decir nada y cojo una gasa limpia.

—Siéntate.

Esta vez no discute.

Se deja caer en la silla con un movimiento controlado, como si estuviera acostumbrado a medir cada gesto para no perder energía en lo innecesario, y me deja espacio sin invadir el mío, lo justo para que pueda trabajar sin obstáculos.

Me inclino hacia su costado y estudio lo que tengo delante. La herida es superficial, pero larga, una rozadura de bala que ha abierto la piel sin penetrar en profundidad, lo suficiente para sangrar y seguramente para doler como un demonio, pero no para incapacitarlo, lo que explica que la haya ignorado hasta ahora.

—Un roce —murmuro, más para mí que para él.

—Sí.

Limpio la zona con cuidado, apartando la sangre seca, y noto cómo el músculo se tensa bajo mis dedos.

—Deberías haberla curado mejor —añado.

—No era prioritario.

Levanto la vista un segundo.

—Claro.

No hay reproche en mi tono, pero tampoco aprobación.

Sigo trabajando en silencio durante unos segundos, básicamente porque no sé qué decir y él parece haber elegido el silencio como

escudo.

Mi mirada se desliza inevitablemente hacia una cicatriz que cruza su abdomen en diagonal. Parece antigua y profunda, y curó mal cerrada en uno de los extremos.

—¿Qué pasó ahí? —pregunto, sin pensar demasiado si debería hacerlo.

Kader baja la vista un instante.

—Afganistán —responde sin más, como si la sola mención de ese país lo explicara todo. Y en parte, lo hace. Yo también he estado allí —. Una explosión —añade—. No tenía un médico cerca y mis hombres hicieron lo que pudieron. No quedó bonito, pero estoy vivo.

Asiento. Eso explica la forma y la profundidad que se intuye, además de la forma rugosa e irregular, propia de una cura precaria.

—Y esta —continúo, señalando otra, más limpia y que parece más reciente—. ¿También Afganistán?

Niega.

—Mali.

No dice nada más, pero tampoco hace falta. Mali y sus guerrillas, sus políticos corruptos, sus mercenarios… Mali es un polvorín del que nadie sale ileso.

Sigo limpiando la herida del costado, aplicando antiséptico con movimientos precisos, pero cada vez soy más consciente de la proximidad, de la distancia inexistente entre ambos, del calor que desprende su piel bajo mis manos, de la respiración contenida que no es incómoda, pero tampoco indiferente.

—Te han disparado muchas veces —digo por fin.

—No las suficientes. Sigo vivo.

La respuesta me arranca una exhalación breve que, en otras circunstancias, habría terminado en una carcajada.

—Eres un imbécil —constato.

—Eso dicen.

Levanto la vista y me encuentro con sus ojos. Me está mirando de forma… diferente. Sigue siendo una mirada atenta, pero también más consciente. Me está viendo.

Me muerdo el carrillo por dentro y vuelvo a la herida. No estoy para pensar en tonterías.

—Esto hay que cerrarlo mejor —digo, obligándome a mantener la concentración—. Si sigues moviéndote así, se te va a abrir otra vez, y una herida no se puede coser una y otra vez.

—No tengo intención de parar —responde.

—Lo suponía, así que intentaré fijarlos lo más fuerte que pueda.

Termino de limpiar la zona y preparo el material para cerrar la herida con puntos de aproximación, sin necesidad de sutura profunda, lo justo para asegurar que la piel no vuelva a separarse.

Cuando lo toco de nuevo, esta vez con más presión, noto cómo su respiración cambia apenas, algo que probablemente nadie más detectaría, pero que a mí no se me escapa.

—Esto va a doler —le aviso.

—Te aseguro que he tenido días peores.

—No me cabe duda.

Trabajo con precisión, concentrándome en cada movimiento, en cada milímetro de piel que tengo que recolocar, en cada gesto que me permite no pensar en nada más.

Pero no es suficiente, porque soy demasiado consciente de todo lo demás.

De la cercanía, del silencio, de que no se aparta, cuando antes sí lo hacía.

Ni yo tampoco.

Cuando termino, dejo caer la gasa en la bandeja y me enderezo despacio.

—Ya está —digo.

Kader no se mueve.

—Gracias —responde sin más.

Vaya, es la primera vez que lo dice. Desde luego, no lo dice con énfasis, pero tampoco ha sido una respuesta automática.

Asiento, sin saber muy bien qué hacer con eso.

—Intenta que no vuelva a abrirse —añado.

—Lo intentaré.

No lo hará, los dos lo sabemos.

Hay un segundo de más, un segundo en el que ninguno se mueve, en el que la distancia sigue siendo mínima. En el que bastaría un gesto para cruzar una línea que no debería cruzarse.

Y es precisamente por eso por lo que me aparto primero.

Recojo el material y ordeno la mesa con movimientos innecesarios, demasiado precisos, como si necesitara recuperar el control a través de algo tangible.

—Puedes vestirte —digo, sin mirarlo.

Él lo hace. Cuando vuelve a hablar, su voz ha recuperado ese tono neutro que lo mantiene todo en su sitio.

—Vamos a la cocina —dice—. Tienes que comer. No creas que se me ha olvidado.

Casi sonrío.

—Eres insistente.

—¿Funciona?

Lo miro un segundo.

—Eso está por ver.

Pero aun así, lo sigo al exterior y voy con él a la cocina.

Aunque no se lo voy a decir, acabo de darme cuenta de que tiene razón en algo.

Aquí, las normas no son las mismas, y sobrevivir depende, en gran parte, de aceptar eso antes de que sea demasiado tarde.

16

Adrien

La cocina no es más que una construcción abierta en uno de los laterales del campamento, un espacio improvisado con paredes a medio levantar, un techo de chapa que apenas protege del calor y una mesa larga de madera que ha visto mejores días, si es que alguna vez los tuvo, pero aun así es uno de los pocos lugares donde la actividad no gira en torno a las armas, y eso, en este sitio, ya es bastante.

No le doy opción. No después de haberla visto tambalearse, aunque haya sido solo un instante. De hecho, estaba dispuesto a alimentarla a la fuerza si se hubiera empeñado en seguir sin comer. Por suerte, parece que ha entrado en razón. A ver cuánto dura la tregua…

Camino hacia allí con ella a mi lado. El cocinero levanta la vista cuando entramos, se limpia las manos en un trapo que probablemente debería haber dejado de usarse hace tiempo y saluda con el gesto breve que aquí sustituye a cualquier palabra porque no todos hablamos el mismo idioma.

—¿Qué hay? —pregunto.

—Cabra —responde—. Como siempre.

Asiento. No necesitamos más. El cocinero nos señala un rincón apartado, donde han colocado una mesa pequeña y dos taburetes desiguales.

Nos sentamos en el reducido espacio e intento ignorar que sus rodillas rozan las mías bajo la mesa.

—No sirvo —dice el cocinero desde los fogones.

Lo que me faltaba… Sé que no es un restaurante, pero soy el comandante del campamento…

Suspiro y me levanto. Vuelvo con dos cuencos llenos de un guiso espeso que huele a grasa y a especias, y dos trozos del pan que las mujeres de las tiendas nos traen por la mañana. Lo coloco sobre la mesa y busco un par de cucharas.

—Ahí —dice el cocinero cuando me descubre buscando con la mirada. Cojo los cubiertos y, ahora sí, me siento en el precario taburete.

—Come —digo sin más.

No es una orden, o no del todo.

Ella me mira un segundo, como si estuviera valorando si merece la pena discutir, y luego coge la cuchara.

Bien.

Durante unos segundos, solo se oye el sonido metálico del cubierto contra el cuenco y el murmullo lejano del campamento, una calma relativa y pasajera que sé que todos están disfrutando.

La observo con disimulo. No come con apetito, se limita a meterse el trozo de carne en la boca y masticarlo despacio, dándole vueltas hasta que lo traga.

—Está bueno —dice cuando me descubre mirándola.

—No está mal —reconozco—, pero cuando llevas un mes comiendo prácticamente lo mismo todos los días, te aseguro que terminar por aborrecerlo.

Ella sonríe y se mete otro trozo de carne en la boca. Eso le impide hablar. De hecho, creo que come para no tener que hablar conmigo.

Tal vez debería hacer yo lo mismo, pero no puedo.

—Has vivido en Estados Unidos —digo al cabo de un momento.

No es una pregunta.

Ella levanta la vista.

—Sí.

No añade nada más.

—¿Mucho tiempo? —sigo yo.

Duda apenas un segundo.

—Bastante, sí.

Hay algo en la forma en que responde que deja claro que no va a regalar información sin más, así que no insisto por ese lado.

—No es habitual en un perfil como el tuyo —añado.

Ella apoya la cuchara en el borde del cuenco, pensativa, hasta que por fin la veo relajar los hombros.

—Mis padres eran militares —explica—. Estuvieron muchos años destinados allí. Estaban en la Fuerza aérea —continúa—, pero en Estados Unidos trabajaban en la embajada.

—¿Y tú?

—Yo no quería seguir ese camino —confiesa para mi sorpresa.

Levanto una ceja.

—Y sin embargo, lo hiciste —digo—, aquí estás, capitana Vaillant.

Una leve sombra de algo que podría ser una sonrisa aparece en su boca, pero desaparece antes de consolidarse.

—No exactamente. —Se inclina ligeramente hacia atrás en el taburete, lo justo para no perder el equilibrio—. Quería estudiar medicina —explica—. Eso era lo único que tenía claro, y el ejército… —continúa— era la forma más directa de hacerlo. O la más lógica, según cómo se mire teniendo en cuenta que vivía entre militares y que podía tener que cambiar de ciudad en cualquier momento.

—¿Lógica para quién?

—Para ellos —responde, con un deje de ironía—. Para mí… —se encoge de hombros—. Supongo que también.

Bebe un sorbo de agua antes de seguir.

—¿Y luego? —pregunto.

—Luego, lo de siempre —responde—. Terminé los estudios a la vez que la formación y me metí en la misma rueda que mis padres.

Destinos, misiones…

No entra en detalles, no hace falta.

—¿Y cómo has acabado en el Sahel?

Se encoge de hombros.

—Deberías saber que no puedes rechazar una misión. Yo estaba muy bien en la base en la que trabajaba, pero de la noche a la mañana, literalmente, tuve que hacer la maleta y volar hasta este infierno con el resto de mis compañeros.

Mastico la respuesta durante un buen rato. El guiso se ha quedado frío en el cuenco y las cucharas descansan sobre la mesa.

—¿Y ahora? —pregunto por fin

Ella me mira y tarda unos segundos en responder.

—Ahora no importa —dice finalmente—. Estoy aquí, atrapada, prisionera. No soy dueña de mi destino.

No puedo añadir nada, porque tiene razón. Está aquí en contra de su voluntad, porque la necesitamos y porque… Bueno, por todo lo demás.

Luego se levanta y me mira un momento desde su posición dominante.

—Necesito descansar un poco antes de volver al hospital. Ya que me habéis preparado una habitación, creo que voy a utilizarla.

—Bien hecho —le digo—. Descansa un buen rato.

—Bastará con unos minutos, tengo trabajo.

—Lo sé.

Da media vuelta y se marcha sin despedirse ni mirar atrás. La observo unos segundos más de lo necesario.

Luego, vuelvo a quedarme solo.

El ruido del campamento regresa poco a poco, llenando el espacio con esa actividad constante que nunca se detiene del todo,

aunque ahora me resulta distante, como si hubiera quedado al margen de algo que no termino de comprender.

Me apoyo contra la pared de mi cabaña, saco un cigarro y lo enciendo sin prisa, dejando que el humo se eleve despacio antes de disiparse en el aire caliente.

No pienso en el convoy, ni en la milicia, ni en la siguiente operación.

Pienso en ella.

En la forma en que se mueve, en cómo controla cada gesto, incluso cuando está al límite. En cómo no pide nada, pero lo cambia todo a su alrededor.

Y en lo evidente.

La deseo.

No hay otra forma de decirlo.

No es una cuestión superficial, ni una reacción inmediata a la proximidad o a la novedad, ni siquiera una respuesta lógica al tiempo que llevo sin estar con una mujer. Es algo más incómodo que eso, más persistente, como una idea que no debería estar ahí, pero que se repite hasta que es imposible ignorarla.

Doy una calada lenta y exhalo mientras dejo que el pensamiento se desarrolle.

No puedo actuar en consecuencia, sería un error. Y no por ella; sobre todo, por mí. Porque en el momento en que algo deja de ser operativo y pasa a ser personal, se vuelve imprevisible. Y lo imprevisible, en este entorno, no dura.

Apago el cigarro contra la pared y lo dejo caer al suelo.

No voy a cruzar esa línea.

No ahora, no aquí.

Aunque, por primera vez en mucho tiempo, no estoy completamente seguro de poder sostener esta decisión si las condiciones cambian.

17

Nora

Hay un momento —no sé exactamente cuándo ocurre, ni podría señalar el día preciso en que empezó— en el que el cuerpo deja de reaccionar como si todo fuera provisional y empieza a comportarse como si aquello, esa suma de adobe, polvo, calor, armas apoyadas contra las paredes y voces mezcladas en tres idiomas, fuera simplemente el mundo en el que me ha tocado vivir, y lo más perturbador no es el cambio en sí, sino descubrirlo cuando ya ha sucedido, cuando una mañana me despierto unos segundos antes de que el generador arranque con su traqueteo habitual y comprendo, con una claridad que me incomoda profundamente, que me he adelantado al sonido porque mi organismo ya conoce el ritmo de este lugar.

Ese descubrimiento me produce una punzada física de angustia. No porque adaptarse sea extraño —el ser humano está hecho precisamente para eso, para sobrevivir acomodándose a lo intolerable hasta volverlo costumbre—, sino porque hay algo obsceno en la facilidad con la que el cuerpo aprende a habitar incluso aquello que la mente rechaza, y porque esa adaptación lleva implícita una pregunta que no quiero formular: cuánto tiempo hace falta para que un cautiverio deje de sentirse como tal y empiece a parecer simplemente otra forma de rutina.

No me permito pensar demasiado en ello. Además, no tengo tiempo.

A estas alturas, después de tres semanas, las mañanas tienen una estructura casi fija, y eso también me inquieta.

Primero reviso a los heridos del hospital improvisado, que ya no parece improvisado del todo desde que logré imponer un orden mínimo: registros completos, horarios de medicación, separación real entre convalecientes e infecciosos, normas básicas de esterilidad que al principio parecían absurdas para todos y que ahora nadie discute. Después paso a la enfermería, donde el flujo de pacientes nunca cesa del todo, y más tarde, cuando el calor empieza a hacerse casi sólido y el aire parece quedarse detenido entre los muros, cruzo hasta el campamento civil.

La primera vez que una de las mujeres vino voluntariamente a la enfermería sin esperar a que yo fuera a buscarla, me costó más de lo razonable disimular mi sorpresa.

Era Salma, la intérprete de Amina, con una niña pequeña en brazos y una expresión de incomodidad que intentaba ocultar bajo una dignidad silenciosa. La niña tenía fiebre y tos, nada grave, pero el hecho de que hubiera cruzado sola desde las tiendas hasta las construcciones de adobe significaba algo mucho más importante que el diagnóstico.

Después, vino otra. Luego, un anciano. Y al cabo de unos días, ya no eran casos aislados. Todavía son pocos y miran a su alrededor al entrar con esa prudencia instintiva de quien pisa territorio ajeno, pero vienen.

Y eso significa que algo ha cambiado, que la frontera entre ambos mundos —el suyo y el de los hombres armados— ha dejado de ser completamente infranqueable.

Malik, por supuesto, sigue pegado a mí como una sombra. No siempre a la misma distancia, ni con el mismo gesto vigilante que los primeros días, pero siempre está.

Al principio me irritaba hasta el agotamiento; ahora, lo que me desconcierta es otra cosa: me he acostumbrado a su presencia lo bastante como para notar cuándo no está.

Esa mañana lo descubro sentado sobre una caja de munición vacía, bajo la sombra estrecha de un toldo, observando cómo vendo el brazo de uno de los obreros heridos, con esa expresión suya entre

resignada y divertida que parece decir que nada de lo que ocurre en el mundo consigue sorprenderlo del todo.

—Si sigues mirando así —le digo sin levantar la vista del vendaje —, voy a cobrarte consulta.

—No puedo pagar tus tarifas, doctora —responde con absoluta solemnidad.

—Capitana.

—Peor aún —dice él—. Los oficiales cobran más.

Levanto la cabeza y lo miro.

Está sonriendo.

Y, para mi propia irritación, descubro que yo también.

Es un gesto pequeño, involuntario, casi reflejo, pero no deja de ser una grieta.

Malik la ve y no dice nada. Por suerte.

Terminamos la cura y el hombre se marcha, agradecido, mientras Malik se levanta y me sigue hacia el exterior con la naturalidad de quien ha aceptado que ese papel le corresponde y no piensa discutirlo.

—¿Sabes? —dice mientras cruzamos el patio—. Al principio pensé que durarías tres días.

—¿Solo tres?

—Cinco, siendo optimista.

—Y ahora, ¿qué piensas?

Me mira de reojo.

—Ahora pienso que eres un problema porque eres indestructible.

—Eso ya lo sabía.

Se ríe, una risa breve y baja que desaparece enseguida.

No puedo evitar pensar que, en otras circunstancias, quizá incluso me habría caído bien.

La idea es absurda.

Y, sin embargo, ahí está.

Veo a Kader menos de lo que esperaba. O, mejor dicho, interactúo con él menos.

Sigue moviéndose por el campamento con esa presencia imposible de ignorar, esa forma de entrar en un espacio y alterar inmediatamente su equilibrio sin necesidad de hablar, pero desde hace días, nuestras conversaciones son escasas, reducidas a intercambios breves, casi funcionales, como si ambos hubiéramos aceptado una tregua tácita que ninguno está dispuesto a romper primero.

Y, sin embargo, lo noto.

Siempre.

A veces es solo una intuición antes de comprobarlo: levanto la cabeza mientras reviso una caja de medicamentos, o mientras salgo de la zona civil, o mientras me lavo las manos en la pila exterior, y lo encuentro a distancia, hablando con Malik o supervisando una carga de combustible, o simplemente quieto, observando el movimiento del campamento con esa atención suya que nunca parece distraída.

Y a veces, me está mirando.

No de forma insistente ni con descaro. Tampoco me vigila como un carcelero asegurándose de que su rehén no escape.

Es otra cosa. Se trata de una atención distinta, difícil de definir precisamente porque no es invasiva. Y aunque me disgusta reconocerlo —porque reconocerlo implica aceptar algo que preferiría negar—, hay una parte de mí que encuentra un extraño consuelo en eso.

Por supuesto, no confío en él ni olvido quién es. Lo que ocurre es que sé distinguir entre control y cuidado, y lo que hay en esa mirada no se parece al primero.

La comida se ha convertido también en una rutina. Kader se presenta cada día con una bandeja de comida, la deja sobre la mesa de la enfermería o el hospital, donde me encuentre, inclina la cabeza y se marcha, aunque no se aleja demasiado hasta que no comprueba que estoy comiendo. Me he acostumbrado también al

sabor de la carne de cabra y de las fuertes especias que el cocinero utiliza sin ningún control.

Hoy, sin embargo, cuando entra en la enfermería al final de la tarde, viene cargado con dos bandejas. O, mejor dicho, una bandeja grande con dos cuencos humeantes, pan recién hecho —recién hecho, algo insólito—, una jarra metálica de agua fresca y dos vasos.

Levanto la vista del registro que estoy completando.

—¿Ha ocurrido algo? —pregunto.

Él deja la bandeja sobre la mesa y, por primera vez en varios días, se permite esa sombra de sonrisa casi imperceptible.

—Sí —dice—. He decidido cenar.

Miro los dos cuencos y luego lo miro a él.

—¿Y necesitas permiso para eso?

—Aquí dentro, sí.

Tardo unos segundos en contestar, sobre todo porque no he detectado la habitual ironía en sus palabras. Porque no la hay, y tampoco intenta provocarme.

Lo que veo es una cortesía básica, inesperadamente genuina.

Me aparto de la mesa y señalo la silla frente a mí.

—Entonces, siéntate.

Kader asiente y toma asiento al otro lado.

Me pasa uno de los cuencos y sirve agua en los vasos.

—Hoy, la cabra está especialmente tierna —dice.

—¡Qué suerte! —bromeo—. Y ya que me traes la cena, hoy yo aportaré el postre. Salma me ha traído un platillo de unos dulces hechos con dátiles y miel que son hipercalóricos y pegajosos, pero deliciosos.

—Los conozco, y me encantan. —Sonríe un poco y luego se pone serio de nuevo—. Ayer te vi cerca de los muros —me dice.

—Estoy buscando la forma de escapar —respondo.

Me mira fijamente, pero no tiene forma de saber si estoy hablando en broma o en serio, y no tengo intención de aclarárselo, por supuesto. Es más divertido así.

—No aguantarías mucho ahí fuera —me dice.

—Eso no lo sabes —le rebato—, creo que me estás subestimando. —Le aguanto la mirada un momento más y sigo comiendo como si nada—. Además —digo después—, estoy segura de que la obligación de todo rehén que se precie es intentar escapar.

Me mira, sonríe ampliamente y sigue comiendo.

Durante un instante, mientras el vapor del guiso asciende entre ambos y la luz del atardecer entra sesgada por la ventana alta, tengo la sensación absurda de que algo acaba de comenzar, aunque todavía no sé darle nombre.

Y precisamente por eso me da miedo.

18

Adrien

Todavía no sé cómo ha pasado, pero lo que empezó siendo un hecho puntual, llevar en persona la bandeja con la cena a la doctora para asegurarme de que se alimentaba correctamente y no se dejaba morir, acabó convirtiéndose en pocos días en parte de mi rutina. De hecho, era la parte de mi rutina que con más ganas esperaba.

No es algo que decidiera ni planificara, más allá de esa primera decisión de aquella tarde, sino una deriva lenta, casi imperceptible, que empezó como una excepción —un gesto puntual, una concesión sin importancia— y termina repitiéndose con la naturalidad de lo inevitable, hasta el punto de que, cuando intento recordar en qué momento exacto dejó de serlo, no encuentro un punto claro, solo una sucesión de días que han ido encajando unos dentro de otros con una naturalidad pasmosa.

Cenar con ella es parte de esa deriva.

A la misma hora aproximada, cuando el calor cede lo justo para que el aire vuelva a ser respirable y el campamento entra en esa fase intermedia entre la actividad y el descanso, recojo la comida en la cocina, ignoro las miradas que muchos hombres ya no se molestan en disimular y cruzo el patio hasta la enfermería con la bandeja en la mano.

Sé que podría mandar a cualquiera. De hecho, debería hacerlo, pero no lo hago.

Cuando entro, ella suele estar trabajando todavía, inclinada sobre el cuaderno, revisando vendajes o reorganizando el material, como

si ese orden mínimo fuera la única forma de mantener el control en un lugar donde todo tiende al caos.

No sé si me oye llegar, ve mi sombra recortada contra la puerta o huele el guiso de cabra, pero siempre levanta la vista despacio y me mira sin sonreír. Luego, deja lo que esté haciendo y se acerca a mí en silencio. Durante los primeros días, me limitaba a dejar la bandeja y marcharme, hasta la tarde en la que, no sé por qué, decidí poner dos cuencos en la bandeja.

Ahora, cuando llego, nos sentamos y comemos mientras hablamos lo justo. A veces, ni una palabra. Y, sin embargo, hay algo en esos silencios que no los hacen tensos ni incómodos. Es cierto que ambos medimos cada palabra, cada pausa, incluso el momento en el que nos llevamos la cuchara a la boca, pero no lo siento forzado, y creo que ella tampoco.

Esta noche no es diferente, o al menos, no lo parece.

El guiso está más espeso de lo habitual, la carne está dura y el pan se ha quedado reseco, pero ninguno nos quejamos. Nora come con la misma concentración que aplica a todo lo demás, sin prisas, sin distracciones, como si incluso ese gesto estuviera integrado en una cadena de decisiones que no puede permitirse romper.

—Has tenido más pacientes hoy —digo en un momento dado.

—Sí —responde sin más.

—Han venido solos —insisto, porque me parece relevante.

Ella se limita a asentir.

—Algunos. —Se limpia las manos con una tela limpia antes de continuar—. No todos están preparados para cruzar el campamento hasta aquí.

—Pronto lo harán —le aseguro.

—No pensarás traerlos a rastras, ¿verdad?

Me mira muy seria, no sé si lo dice en broma o en serio hasta que un asomo de sonrisa la delata.

—Puedo hacerlo —respondo en el mismo tono.

—No me cabe duda.

Luego, seguimos comiendo en silencio.

Cuando terminamos, recoge los cuencos con un gesto automático y los deja a un lado, alineados.

—Necesito más antibióticos —dice sin mirarme—. Y suero.

—Me ocuparé —le aseguro mientras me levanto y me dirijo a la puerta.

Asiente, pero no me da las gracias. Nunca lo hace y, por supuesto, no lo espero. No puedo olvidar que ella está aquí en contra de su voluntad, y hace lo que hace por culpa de Hipócrates, o gracias a él. Sé que ella tampoco lo olvida ni un solo segundo.

Lo que es más curiosos de todo es que cada noche, cuando salgo de la enfermería, tengo la sensación de que estoy dejando algo atrás.

El aire de la noche es más fresco, pero no lo suficiente como para disipar del todo el calor acumulado en las paredes. Cruzo el patio sin detenerme, con las bandejas aún en la mano, hasta que la silueta apoyada junto a mi cabaña se recorta con claridad bajo la luz tenue de una bombilla colgada de un cable.

Malik.

Dejo las bandejas sobre la mesa exterior antes de hablar.

—¿Qué pasa? —le pregunto por fin.

Malik se endereza despacio, sin prisas, como si estuviera buscando el momento exacto para empezar a hablar.

—Ha llegado un mensaje. —Me muestra un papel impreso con el correo recibido.

Lo observo.

—¿De quién?

—Sabes de quién.

Sí, lo sé.

—¿Y?

Malik mantiene la mirada fija en mí.

—La quieren —me dice sin más. No necesito más detalles—. La quieren ahora —añade—. Entrega inmediata.

—Lo esperaba —reconozco por fin.

—Hace mucho que pasó el plazo que habíamos pactado. —Malik cruza los brazos—. La secuestramos por un motivo.

—Lo sé, lo sé.

—Y ese motivo no ha cambiado —me recuerda.

—Las circunstancias, sí.

Malik niega despacio.

—Ellos no lo ven así —me dice.

El campamento sigue vivo a nuestro alrededor, con ese murmullo constante que ni siquiera cesa durante la noche, pero en ese momento me da la sensación de que todo ha quedado suspendido.

—Es útil aquí —digo.

—Claro —responde Malik—. Precisamente por eso. —Me aguanta la mirada—. Hicimos una promesa. Y nosotros, siempre cumplimos nuestras promesas.

Asiento lentamente.

—Siempre.

—Entonces, ya sabes lo que toca.

La conversación podría terminar aquí. De hecho, debería, pero no lo hace.

—Podemos conseguirles otro médico —digo entonces—. Estoy seguro de que les servirá cualquiera.

—No creo que se trate de tener un médico, no es tan fácil —me rebate. Sé que tiene razón, pero me mantengo firme.

—Nada aquí lo es.

—Su sitio no es este —continúa—. Lo sabes.

—Ya te he dicho que lo sé.

—Tiene un destino —añade a pesar de mi evidente cabreo—. Y nosotros tenemos un acuerdo.

La palabra «acuerdo» se queda flotando entre nosotros.

—Lo sé —repito.

Malik me observa unos segundos más, como si esperara que añadiera algo, pero no lo hago.

—Entonces —dice—, ¿cuándo?

Es una pregunta directa a la que no puedo contestar con evasivas. Miro hacia la enfermería, aunque no puedo verla a ella desde aquí.

—La entregaré —digo finalmente. Malik no se mueve, pero está pendiente de cada palabra—. Pero no todavía.

Malik achina los ojos y frunce el ceño.

—¿Por qué? —pregunta.

Podría darle una explicación. Hablar de su utilidad, de la enfermería, de los civiles que empiezan a acudir, de lo que perderíamos si dejamos de contar con ella de un día para otro. Sería fácil y lógico. Y también, sería mentira.

Inclino ligeramente la cabeza y respondo mirándole a los ojos.

—Aún no he terminado con ella.

—No lo retrases demasiado —me dice muy serio mientras me entrega el mensaje impreso, que me guardo en el bolsillo del pantalón—, ya sabes con quién nos la estamos jugando.

—La entregaré cuando yo lo decida, no cuando ellos quieran.

Malik asiente, se aparta de la pared y se aleja sin decir nada más, dejando atrás una conversación que, en realidad, los dos sabemos que no ha terminado.

Me quedo solo, y el ruido del campamento vuelve a ocupar su lugar.

Me paso la mano por la nuca y cierro los ojos un segundo.

Sé exactamente lo que significa esa decisión. Y sé que, cuando llegue el momento, no habrá margen para los errores. Ni para las

dudas. Ni para nada que no sea hacer lo que toca.

Sé que debería mantener la distancia, con ella, que tendrá que dejar de verla como una persona y pensar en ella como lo que es, una mercancía muy, muy cara.

Debería dejar de ir a cenar a la enfermería, y de preocuparme por ella.

Debería, sí.

Aprieto la mandíbula. Y no me muevo.

19

Nora

Sé dónde estoy, soy consciente de que hay una guerra que se libra a mi alrededor, que existen multitud de facciones diferentes matándose los unos a los otros por los motivos más variados y peregrinos y, aún así, el primer disparo me sorprende, como si hubiera sonado fuera de lugar.

Estoy inclinada sobre una camilla, terminando de vendar el brazo de un niño que no deja de mirarme con unos ojos demasiado grandes para su cara, cuando ese sonido atraviesa la estancia y se queda flotando un segundo, suspendido, irreal, antes de que todo lo demás ocurra a mi alrededor como a cámara lenta.

Gritos.

Carreras.

Otro disparo, esta vez sí, seco y reconocible, seguido de una ráfaga que ya no deja lugar a dudas.

El niño se sobresalta. Yo también. Y durante una fracción de segundo, solo una, mi cuerpo se queda inmóvil, atrapado entre lo que sé y lo que no quiero aceptar.

Otra vez.

No.

No otra vez.

Sé dónde estoy, pero me cuesta aceptarlo.

—Escóndete —le digo—. Métete debajo de la mesa y no salgas pase lo que pase, ¿entendido?

No espero a ver si me obedece.

La enfermería es un caos en cuestión de segundos, gente entrando, otros intentando salir; un anciano que ha tropezado y está tumbado en el suelo, sangrando por la cabeza; una mujer que grita un nombre una y otra vez mientras busca desesperada y corre de un lado a otro. La veo coger en brazos a una niña que mira a su alrededor paralizada y salir corriendo de allí.

Fuera, el aire se llena de humo y del inconfundible olor a pólvora y a fuego. Lo reconozco. Mi cuerpo lo reconoce.

En ese momento, mi mente entrenada toma el mando y dejo de pensar como la doctora Vaillant para ser solo una soldado.

Agarro lo primero que encuentro que pueda servir como arma —un bisturí y unas tijeras— y avanzo hacia la puerta mientras alguien me grita que vuelva atrás.

No lo hago, porque si vuelvo atrás, sé exactamente lo que va a pasar.

Lo he visto antes, lo he vivido.

Y no pienso volver a ser esa persona.

Si me quedo, seré una rehén.

Cuando llego junto a la puerta, veo un grupo de milicianos correr hacia la enfermería. Consigo cerrarla antes de que lleguen, pero es un gesto inútil. Unos segundos después, la madera se astilla hacia dentro con un crujido seco, violento, y el primer hombre entra en tromba, con un arma en la mano y los ojos encendidos.

No tengo tiempo de sentir miedo, solo pienso en la distancia, el ángulo y la velocidad.

Cuando se gira hacia mí, supongo que no espera resistencia. Lo sé por la forma en que tarda medio segundo de más en reaccionar, en cómo su arma no está todavía apuntándome, en cómo su cuerpo invade el espacio como si ya fuera suyo. Al fin y al cabo, solo soy una mujer…

Ese medio segundo es todo lo que tengo.

Y lo uso.

Me lanzo contra él antes de que pueda levantar el brazo, eliminando la distancia y chocando con su pecho con más fuerza de la que creía tener. Le clavo el bisturí a ciegas una vez, dos, sin saber exactamente dónde, pero consciente de que el dolor que le estoy provocando debería bastar para detenerlo.

Él gruñe, sorprendido, y me golpea con el antebrazo, un impacto brutal que me hace perder el aire y casi el equilibrio, pero no suelto.

No puedo hacerlo. Si lo suelto, estoy muerta.

Nos tambaleamos los dos, tropezando con la mesa, y rodamos por el suelo, que está cubierto de material sanitario, hasta que el bisturí encuentra de nuevo su objetivo y su cuerpo se tensa de golpe.

Sus ojos cambian. Abre la boca e intenta ponerse de pie. Casi lo consigue, pero cae de rodillas.

Durante un segundo absurdo estamos los dos en el suelo, demasiado cerca, su sangre caliente en mis manos, en mi ropa, en mi piel, mientras yo sigo sujetando el bisturí con fuerza, lista para atacar de nuevo.

Lo suelto cuando deja de moverse. No hay tiempo para más.

A mí alrededor, algunos de los enfermos han abandonado sus camas y se enfrentan al resto de los milicianos como pueden y con lo que tienen a mano. Es una pelea desigual, pero el miedo es un poderoso proveedor de adrenalina.

Retrocedo buscando algo, una salida, una pared, cualquier cosa que me dé una mínima ventaja, pero el espacio se reduce, se llena y se convierte en una trampa en cuestión de segundos.

Uno de los que acaban de entrar me ve y levanta el arma. Y sé, con una claridad fría, casi tranquila, que no voy a poder hacer lo mismo otra vez. Que no voy a llegar.

Que esta vez…

El disparo retumba entre las paredes de adobe, pero no ha salido de su arma.

El impacto lo atraviesa antes de que pueda apretar el gatillo y lo lanza hacia adelante como si alguien hubiera tirado de él con violencia. Durante un instante, todo se ralentiza, el tiempo se mueve lo justo para que mi cerebro entienda lo que mis ojos ya están viendo.

Kader.

No lo veo llegar, pero lo siento. De alguna manera, sé que es él y que está aquí. Es como una presencia que desplaza todo lo demás.

Dispara otra vez, y otra, girando sobre sí mismo.

Luego, quizá consciente de la presencia de civiles en un espacio tan reducido, guarda el arma y comienza a moverse.

Y eso es peor. Nunca lo había visto así, ni siquiera la primera vez, cuando atacó mi base.

Se mueve con una precisión letal, dejando que su furia actúe sin freno. Golpea, apuñala y estrangula como si fuera un robot, cada golpe va dirigido no solo a neutralizar, sino a destruir, a borrar, a asegurarse de que nadie vuelva a levantarse.

Uno de los hombres intenta rodearlo y sorprenderlo por detrás, pero no lo consigue. Kader lo intercepta con una velocidad brutal, lo desarma en un movimiento seco y lo golpea con una violencia que hace que incluso yo tenga que apartar la mirada un segundo.

No hay humanidad en ese instante, solo una decisión clara y ejecutada hasta el final.

Uno de los asaltantes se abalanza sobre mí. No lo veo venir hasta que está encima y su mano se cierra sobre mi brazo, tirando de mí hacia atrás, y entonces sí, entonces el miedo regresa, afilado, inmediato, clavándose en el pecho con una fuerza que me deja sin aire.

Lo golpeo para intentar zafarme, pero fallo.

Él levanta el brazo por encima de su cabeza y lanza su puño cerrado contra mi cara. Me muevo a un lado lo justo para evitar el impacto directo, pero aún así, el golpe me sacude la cabeza y un pitido estridente invade mis oídos.

Con la otra mano me agarra por el cuello y me acerca a él. Puedo ver la furia en sus ojos y la saliva reseca en la comisura de sus labios.

Cierra la presa con la otra mano y aprieta con decisión. Le lanzo una patada que esquiva por poco y alarga los brazos para mantenerse a distancia. Me cuesta respirar…

En ese momento, Kader lo coge de los hombros desde atrás y lo arranca de mí.

Literalmente.

Sus manos se cierran sobre él y lo separa con una violencia implacable, lo lanza contra la pared y se agacha sobre él mientras pone sus manos alrededor del cuello del asaltante. El sonido que sigue basta para entender que ya no es una amenaza.

No queda nadie en pie dentro de la enfermería. Los civiles han huido, y los milicianos o están muertos, o se baten en retirada. En el exterior continúa el eco de los disparos, pero allí dentro se ha instalado una especie de paz falsa solo rota por mi respiración y la suya.

—No te muevas —me pide en un susurro.

Me mira un instante y luego sale corriendo de allí.

Poco a poco vuelvo a ser consciente del caos que se ha desatado a mi alrededor. Los hombres de Kader defienden la posición con uñas y dientes, y veo pasar a varios civiles armados que se han unido a la lucha. Me siento en el suelo y miro hacia la puerta esperando el final. No sé qué final, pero sé que esto tiene que terminar. Todas las batallas terminan. Las pequeñas, las grandes… Alguien vence y alguien pierde, y nunca se sabe en qué bando vas a estar hasta que, en efecto, la pelea termina.

Unos minutos después escucho gritos y vítores en el patio central.

Estamos a salvo. Me pongo de pie y me apoyo en la pared. Kader tarda solo unos segundos en volver.

Estoy temblando. No me había dado cuenta hasta ahora.

No sé en qué momento ha pasado, en qué segundo exacto mi cuerpo ha decidido reaccionar a todo lo que acabo de hacer, a todo lo que acabo de ver y de vivir.

Intento dar un paso, pero no puedo.

Y entonces, él está ahí. Más cerca de lo que ha estado nunca.

Siento sus manos en mis brazos primero, firmes, comprobando, buscando, asegurándose de que no estoy herida, de que no hay sangre que no sea de otros, de que sigo entera.

Y luego me acerca a él. Sin brusquedad esta vez. Sin violencia.

Como si ese mismo cuerpo que hace un momento destruía todo lo que tocaba, ahora no supiera muy bien cómo sostener algo sin romperlo.

Apoyo la frente contra su pecho sin darme cuenta de que lo estoy haciendo. De que lo necesito. De que no me aparto cuando lo siento cerca.

Su respiración sigue acelerada. La mía, también.

Siento que hay algo que empieza a cambiar. Muy despacio, sí, y muy dentro.

Es como si se agrietara el hielo, como si una compuerta que lleva mucho tiempo cerrada, por fin cediera.

No debería, lo sé. Después de todo, de quién es. Después de lo que ha hecho.

Pero mientras me sostiene, mientras siento su mano en mi espalda, firme, presente, cálida…

Ya no lo odio.

Y eso, más que el ataque, más que la sangre, más que todo lo demás…

Es lo que de verdad me asusta.

20

Adrien

El desierto es sorprendente. Un segundo estás moviéndote entre las sombras de la noche y, un instante después, el sol se apodera del cielo y las sombras retroceden. Lo malo de este amanecer es que la línea pálida que rompe la oscuridad, deja al descubierto lo que la noche ha intentado ocultar.

Y hoy hay mucho que ocultar.

Nadie ha dormido esta noche. Civiles y soldados (me niego a llamarnos a nosotros mismos mercenarios) nos hemos esforzado por atender a los heridos, recoger a los muertos y reconstruir lo destruido. Dos cabañas del perímetro exterior han ardido hasta los cimientos, y hay varios muros derruidos por efecto de las granadas. Además, hay que eliminar la sangre del suelo arenoso. Las mujeres se afanan en rastrillar las zonas más oscuras mientras los hombres esperan detrás con nuevos sacos de gravilla y arena limpia.

Ella tampoco ha dormido. La capitana Vaillant apenas tardó cinco minutos en reponerse y empezar a atender a los heridos. Es una mujer tan asombrosa como el desierto, más si cabe, y tenerla entre mis brazos, sentirla vulnerable durante unos minutos ha sido…

No soy capaz de definirlo, al menos, no todavía.

Camino entre los restos despacio, repasando cada punto de acceso, cada tramo de valla y, sobre todo cada ángulo muerto para que deje de serlo, porque eso es lo que han utilizado los milicianos para entrar, los dos únicos ángulos muertos del perímetro.

Que conocieran esta debilidad defensiva tuvo lógica cuando entre los heridos apareció Michel Aperon, un tipo violento e insubordinado al que expulsé del campamento hace casi un año. Al parecer, no

tardó en unirse a otro grupo armado, justo al que custodiaba el combustible que nos llevamos. Su intención era recuperarlo y, a la vez, lanzar el mensaje de que no es buena idea meterse con ellos, pero les ha salido el tiro por la culata, literalmente.

Lo que nosotros no podemos permitir es que sigan atacando nuestro campamento, porque quizá un día no seamos capaces de repeler la agresión.

Malik se acerca por detrás sin hacer ruido, como siempre.

—Cinco —dice, sin preámbulos.

Asiento.

Cinco de los nuestros han caído. Más de los que estoy dispuesto a aceptar.

—¿Y ellos?

—Ocho. Puede que alguno de los que salieron corriendo no haya conseguido llegar muy lejos.

Han caído más asaltantes, pero eso no compensa nuestras bajas.

Compruebo una vez más el perímetro, reconstruyendo mentalmente cada segundo del ataque, cada decisión, cada retraso, cada error, porque los ha habido, aunque nadie los señale y nadie más parezca dispuesto a hacerlo.

Yo sí.

Porque es lo único que mantiene esto en pie.

—Refuerza el flanco este —ordeno al fin—. Quiero doble guardia hasta nuevo aviso. Y revisa los turnos. No pueden entrar así otra vez.

Malik asiente sin discutir. Nunca lo hace cuando le hablo en este tono.

—Lo haré.

Se queda un segundo más, como si fuera a añadir algo, pero no lo hace.

No hace falta. Los dos sabemos que esto no ha terminado.

Cuando se aleja, el ruido del campamento empieza a imponerse poco a poco, aunque todo el mundo parece hablar más bajo y moverse con una extraña contención. Supongo que esta será la forma extraña que tiene la gente de volver a la vida después de algo así, porque no es la primera vez que lo veo. Después de una batalla, los supervivientes se mueven despacio, hablan poco y en voz baja y buscan cualquier excusa para refugiarse en su tienda, su cabaña o su barracón. La mente necesita tiempo para entender y aceptar la nueva realidad, no basta con respirar y seguir andando, hay que procesar lo sucedido, llorar a los muertos y luego, seguir adelante.

Cambio de dirección sin pensarlo demasiado, siguiendo un impulso que no tiene nada que ver con la logística ni con la seguridad. Cruzo la zona central hasta que la enfermería aparece al fondo, más llena que nunca, más viva y más frágil al mismo tiempo.

Me quedo unos segundos fuera, observando.

La doctora se mueve entre los heridos con una precisión que no tiene nada de improvisada, como si este caos fuera, de alguna manera retorcida, un terreno conocido para ella. Ha reunido a varias mujeres del campamento y las ha colocado donde hacen falta. Les habla en un tono firme, claro, sin elevar la voz, pero sin dejar espacio a la duda, y ellas, cuando Salma traduce las instrucciones, responden dudando al principio, pero al instante se ponen en marcha, como si en esas indicaciones hubieran encontrado algo a lo que aferrarse.

No debería sorprenderme y, sin embargo, lo hace. Porque no es solo lo que hace, es cómo lo hace.

La veo inclinarse sobre uno de los heridos, limpiar una herida con una delicadeza que contrasta de forma brutal con la violencia que la ha causado, y durante un instante, la imagen de la noche anterior se superpone sin permiso. Su cuerpo contra el mío, su respiración descompasada, el hecho de que no se apartara inmediatamente, como habría hecho en cualquier otra circunstancia, como cualquiera en su lugar habría hecho.

Aprieto la mandíbula y sacudo la mandíbula.

Fue un error, sin duda. Un error fruto del estrés y de la adrenalina, nada más.

Me lo digo con la misma precisión con la que reviso las defensas, con la misma lógica con la que tomo las decisiones que nos mantienen con vida.

La protegí porque era necesario, porque perderla habría sido un problema. Porque es útil. Porque…

Ella levanta la cabeza en ese momento y nuestros ojos se cruzan. Lo que estoy pensando salta por los aires. Un segundo después, ya no me mira, ya está de nuevo concentrada en el herido tumbado sobre la camilla. Lleva la ropa empapada de sangre, la cara tiznada y el pelo revuelto. Ha intentado recogérselo en una coleta, pero mueve la cabeza con tanta energía que la melena escapa a mechones sin que pueda evitarlo.

Cuando me ha mirado, no he sido capaz de ver nada en su expresión que pueda interpretar con claridad, ni reproche, gratitud o miedo, y quizá eso sea peor, porque no me da nada a lo que agarrarme, nada que pueda usar para reconstruir la versión que me conviene.

Sigo caminando y entro en la enfermería. Echo de menos llevar la bandeja de comida en las manos, pero eso me da una idea de cómo empezar a hablar con ella sin parecer un idiota ni un entrometido.

—¿Has comido algo desde ayer? No has parado —digo, sin mirarla directamente, como si hablara con cualquiera.

—No, ya comeré luego —responde ella, sin detenerse ni cambiar el ritmo, como si mi voz fuera una más entre todas las que llenan la estancia.

Asiento, aunque no me esté mirando, y no insisto.

Salgo antes de que el silencio entre nosotros se vuelva más evidente, antes de que alguien más lo note o de que yo mismo tenga que enfrentarme a él sin la excusa de todo lo que ahora mismo nos permite fingir que no ha pasado nada.

Fuera, el aire es el mismo, seco, pesado, familiar. Pero algo ha cambiado. No solo en el campamento o en las defensas, sino en mí.

Y eso es un problema. Porque puedo resolver los fallos en el perímetro, puedo corregir errores, reforzar, anticipar y responder.

Pero esto… Esto no debería estar pasando.

Intento reducirlo a una variable más, a una anomalía controlable, a algo que pueda manejar con la misma frialdad con la que manejo el resto de las situaciones y de las personas. Pienso que esta estúpida atracción es fruto de las circunstancias y de la situación, y me repito a mí mismo que seguramente es lo peor que puedo hacer. Ella es un rehén reclamada por quienes pagaron por tenerla. Pero verla trabajar entre los heridos, sin distinguir quién es un civil y quién un mercenario, hace que la vea con otros ojos. Veo su humanidad, la misma que me falta a mí.

Y eso, me guste o no, cambia las reglas del juego, aunque todavía no esté dispuesto a admitir hasta qué punto.

21

Nora

Hay días en los que el cansancio no se siente como cansancio, sino como una especie de niebla espesa que se te mete dentro y lo amortigua todo, los pensamientos, las emociones, incluso el dolor, y te permite seguir funcionando sin hacerte demasiadas preguntas, sin pararte a pensar en lo que está pasando. En lo que me está pasando.

Por desgracia, hoy no es uno de esos días. Me he levantado después de una noche agitada y llevo todo el día con los nervios a flor de piel. Cualquier mínimo ruido me sobresalta, me cuesta concentrarme en lo que hago, y cada vez que veo una sombra a mi alrededor, pienso que es él.

La enfermería no da más de sí, está llena de enfermos y heridos, igual que la construcción que alberga el hospital, donde varios hombres se recuperan bajo la única supervisión de uno de los hombres de Kader, cuya misión es avisarme si pasa algo.

Así que corro de un lado a otro revisando vendas, cambiando apósitos, dando instrucciones y moviéndome como si llevara aquí toda la vida y no unas semanas robadas a otra existencia que empieza a parecerme irreal, lejana, casi ajena.

Amina, la intérprete, pasa todo el tiempo que puede conmigo. Está demostrando ser una magnífica enfermera. Me trae el material antes incluso de que tenga que pedírselo, y le dedico una mirada breve de agradecimiento que ella devuelve con una sonrisa tímida, cansada pero firme, como si en medio de todo esto hubiéramos conseguido construir algo mejor incluso que la amistad. Confianza.

O algo parecido.

Me inclino sobre el siguiente herido, un hombre con una herida profunda en el costado, mal vendada y peor cuidada, y siento cómo se me tensa la mandíbula antes siquiera de tocarla y confirmar lo que ya sospecho. Está infectada, y no es leve.

No puedo hacer nada por él, la infección se ha apoderado de varios órganos vitales y solo es cuestión de tiempo que todo su cuerpo colapse. Aprieto los dientes mientras le limpio la herida e intento decidir qué hacer. Suministrarle antibióticos sería una pérdida de tiempo y de un medicamente escaso y valioso. No hacerlo sería condenarlo a muerte en pocos, aunque morirá de todas formas. Lo miro a los ojos y veo el miedo reflejado en ellos. Lo sabe, sabe que no hay nada que hacer.

Le cojo la mano y se la aprieto un segundo. No es lo más correcto en esta parte del mundo, pero él no se aparta. Me dedica una leve sonrisa y asiente. Oh, dios, se me forma un nudo enorme en el estómago que me impide incluso respirar. Le devuelvo la sonrisa y le inyecto un potente analgésico. Luego lo conecto a un gotero con un derivado de la morfina y algo que le permitirá respirar sin tanto dolor. Por fin, dos hombres lo trasladan al hospital, donde podrá descansar hasta que…

—Avisadme antes de que el líquido de la bolsa se acabe, ¿entendido?

Amina traduce mis instrucciones a los camilleros, que asienten y salen de la enfermería.

Sigo apretando la mandíbula, y ahora cierro también los puños.

Estoy furiosa. Siento la rabia hervir en mi interior y la necesidad imperiosa de hacer algo.

Me limpio las manos con un gesto rápido, dejo a Amina al cargo con instrucciones claras y salgo de la enfermería con el pulso acelerado. Todo lo que llevo días acumulando dentro de mí está buscando una grieta por la que salir.

Lo encuentro en esa especie de oficina que tiene, un cuchitril sin apenas luz y lleno de papeles, cajas y todo tipo de cachivaches.

Malik y Rafael, que lo acompañan en ese momento, leen de inmediato en mi cara que no es un buen momento para bromas y toman la decisión más sensata: se marchan.

No me detengo a pensar en cómo voy a decirlo, si siquiera pienso en si debería hacerlo.

—Esto no puede seguir así —escupo sin preámbulos, sin saludar y sin pedir permiso para entrar, interrumpirle y prácticamente asaltarlo.

Kader arquea apenas una ceja.

—Así, ¿cómo? —pregunta con esa calma que me resulta insoportable.

Doy un paso más y acorto la distancia mientras siento cómo el enfado me ordena las ideas mejor que cualquier lógica.

—Trato heridas mortales como si fueran cortes superficiales, dejo a la gente al cuidado de personas que no tienen ni idea de lo que están haciendo, tengo que priorizar, decidir quién vive y quién muere como si yo fuera… —Cierro los ojos un momento, me llevo las manos a la cabeza y dejo escapar un gruñido grave que me sirve para liberar parte de la tensión.

Sigue un silencio tenso mientras Kader me mira con el ceño fruncido y los brazos en jarras. Tiene los músculos tan tensos que creo que, en ese instante, ni una bala podría atravesarlos.

—Estamos en medio de un conflicto —responde por fin—, no en un hospital de…

—No —lo interrumpo—. Estamos en un sitio donde la gente se muere por falta de atención básica. Y eso sí lo puedes controlar.

Kader se aparta lo justo para que entienda que esto no va con él. Luego, me mira intensamente y da un paso hacia mí. Solo uno, pero es suficiente.

—Estoy controlando lo que importa —dice. Su voz ya no es tan neutra—. La seguridad. Que no entren. Que no nos maten a todos mientras tú decides qué herida es prioritaria.

—¿Y de qué sirve eso si luego se te mueren dentro? —replico, sin bajar la voz.

—Sirve de todo —contesta, un poco más cerca ahora—. Porque sin eso, no habría nadie a quien curar.

Lo sé, claro que lo sé, pero no es suficiente. No puede serlo.

—Deberías ser tú el que eligieras quién vive y quién muere —digo, bajando el tono—. Tú deberías señalar quién se queda con las medicinas, con las vendas, con los antisépticos, y a quién le inyecto morfina para que muera sin dolor. —Casi puedo sentir en la mano el roce de la piel áspera del hombre al que acabo de atender—. Esto no funciona así, necesitas gente formada, organización, medicamentos. Necesitas…

—Te tengo a ti.

La frase me detiene. No por lo que dice, sino por cómo lo dice. Hay algo en sus palabras fuera de lugar, algo que no es solo práctico.

Aprieto los dientes.

—No soy suficiente —replico.

—Ahora mismo, sí.

—No —niego, dando un paso más, invadiendo su espacio sin darme cuenta—. Y lo sabes.

Nos quedamos demasiado cerca.

Demasiado.

Lo noto en la forma en que tengo que levantar la cabeza para sostenerle la mirada, en cómo su respiración se mezcla con la mía, en ese punto exacto en el que el enfado ya no es solo enfado, sino otra cosa que no debería estar ahí, que no tiene sentido en medio de esto, que no tiene ningún derecho a existir.

—Estás pidiendo recursos que no tenemos —dice él, más bajo ahora, pero no con menos intensidad.

—Estoy pidiendo que dejes de asumir que esto es suficiente —respondo—. Que dejes de tomar tus decisiones basándote solo en lo

que pasa fuera de esas paredes.

—Y tú estás ignorando que si fallo ahí fuera —añade con voz afilada—, todo esto dejará de existir.

Lo miro a los ojos un largo segundo.

—Ya estás fallando —replico—. Dos ataques en poco tiempo. Gente muriendo por infecciones. ¿Qué clase de control es eso?

El golpe da donde tiene que dar. Lo veo cuando se le tensan los hombros y su mirada cambia lo suficiente para que entienda que he cruzado una línea que no debería haber pisado.

Y, sin embargo, no retrocedo. No puedo. La furia me impide pensar con claridad y, además, estoy convencida de que alguien tiene que decirlo. Abro la boca para seguir hablando, pero me detengo cuando él levanta la mano y pone un dedo delante de mis labios. No me toca, pero podría hacerlo si se moviera solo un milímetro.

—Ten cuidado —dice muy despacio.

Sus palabras no son una amenaza abierta, pero tampoco es una advertencia vacía.

—¿O qué? —pregunto, sosteniéndole la mirada, sintiendo cómo el pulso se me acelera, y no solo por la discusión—. ¿Me vas a encerrar? Ya estoy encerrada, ¿recuerdas? —grito en su cara.

—No necesito recordar nada —responde con una calma gélida.

La cercanía se vuelve insoportable.

—Pues hazlo —susurro, sin saber muy bien por qué lo digo. O quizá sí—. Porque parece que tú también lo estás olvidando.

Ahí está lo que no queríamos nombrar. Lo que lleva días creciendo entre nosotros.

No sé cómo ni cuándo, pero su mano se mueve y de pronto la siento en mi brazo, firme, caliente, deteniéndome, anclándome a algo que no es el suelo, ni la lógica, ni nada que pueda justificar.

—No lo estoy olvidando —dice, y su voz ya no tiene nada que ver con la de antes.

La oigo demasiado cerca, grave, profunda…

Sé que debería hacerlo, pero no me aparto. Porque algo dentro de mí, algo que reconocí la otra noche entre el caos y la sangre, algo que se rompió y que no he sido capaz de reparar, tira de mí en dirección contraria a lo que dicta la razón. Tira justo hacia él.

—Entonces, haz algo —murmuro.

Su pulgar se mueve en un gesto mínimo, pero suficiente.

El aire cambia y la distancia desaparece.

No sé quién se acerca primero, si soy yo o si es él. Quizá sea algo que simplemente ocurre porque tiene que ocurrir.

Siento su respiración rozarme la boca.

El calor.

La tensión contenida demasiado tiempo acumulada y que ahora encuentra un punto exacto, peligroso e irreversible por el que escapar.

Un segundo más.

Solo uno.

Y…

Alguien grita su nombre a lo lejos y la realidad vuelve de golpe. La siento como un tirón, como una caída, y me aparto de él. Primero un paso, luego otro.

Siento el corazón desbocado, la respiración desordenada, la piel todavía consciente de cada centímetro de proximidad que acaba de desaparecer.

Él no dice nada.

Yo tampoco.

Porque no hay nada que decir que no lo empeore.

Los dos sabemos exactamente lo que ha estado a punto de pasar, y lo que eso significa.

Me doy la vuelta antes de que el silencio se vuelva insoportable, antes de que cualquiera de los dos haga o diga algo irremediable.

Antes de que ese hilo que todavía nos mantiene en equilibrio termine de romperse.

Y mientras me alejo, con el pulso todavía latiendo desbocado, mi cabeza comienza a ser consciente de una realidad que me retuerce el estómago, porque hay una certeza que se abre paso en mi mente, clara, incómoda, imposible de ignorar.

Esto ya no es solo cuestión de supervivencia.

Y lo peor no es eso. Lo peor es que una parte de mí empieza a aceptar este lugar, a moverse en él con naturalidad, a encontrar sentido incluso dentro de este caos… a mirarle a él sin recordar quién es.

Aprieto los dientes y acelero el paso en dirección al hospital.

No puedo permitírmelo, no puedo quedarme hasta que esto deje de parecerme una cárcel, o hasta que él deje de ser el enemigo.

Respiro hondo.

Y entonces, lo entiendo.

No se trata de salir de aquí. Se trata de no desaparecer.

Respiro hondo y tomo la única decisión viable: tengo que alejarme de él y de este lugar tanto como sea posible. Tengo que salir de aquí cuanto antes.

Tengo que irme.

22

Adrien

Todo el mundo en el campamento está tenso. La capitana Vaillant (no puedo ni quiero pensar en ella utilizando su nombre de pila) tiene razón: dos ataques en pocos días es demasiado. O bien existe una especie de alianza que nos ha convertido en el objetivo, o hay quien piensa que somos un blanco fácil, y aunque hayamos repelido los dos asaltos, hemos tenido demasiadas bajas. Esto no puede volver a suceder.

Recorro el perímetro por tercera vez desde el amanecer, repasando turnos, posiciones, líneas de visión, rutas de acceso y retirada… Todo lo necesario para mantener el control y la seguridad. Pero mientras me esfuerzo por concentrarme, hay una parte de mi atención —pequeña, constante, inaceptable— que se desplaza una y otra vez hacia el mismo punto.

La enfermería.

Ella.

Hay decisiones que no se formulan en voz alta, que ni siquiera llegan a tomar la forma precisa de un pensamiento completo porque nacen en un lugar anterior a todo eso, en una zona donde lo único que importa es la supervivencia del sistema, y se imponen sin negociación, como una corrección automática que entra en funcionamiento antes de que cualquier debilidad tenga tiempo de filtrarse.

Tengo que poner distancia.

No necesito repetirlo para saber que es la única opción viable.

Aprieto la mandíbula y obligo a mi mente a volver a lo inmediato, a lo tangible, a lo que sí puedo medir, ajustar y corregir sin margen

de error. El flanco este ya está reforzado; he duplicado las guardias, reducido los relevos hasta el límite de lo humanamente sostenible y reorganizado los turnos para evitar huecos que puedan convertirse en una grieta por la que llegue el siguiente ataque. Malik ha ejecutado cada orden sin cuestionarla, como siempre, y eso, en cualquier otra situación, sería suficiente.

Debería serlo ahora también, pero no lo es. Porque el problema no está en el perímetro.

Lo sé.

Lo supe en el momento en que la tuve delante, demasiado cerca, diciendo lo que nadie más se atreve a decirme, cruzando líneas que no se cruzan si quieres seguir en pie, si entiendes cómo funciona este lugar, si no has olvidado que todo se sostiene sobre una estructura frágil que no admite grietas.

Y aun así, no retrocedió.

Y yo tampoco.

Exhalo despacio y me detengo junto a una de las torres improvisadas para dejar que la mirada se pierda en el horizonte árido como si ahí fuera a encontrar algo que me permita ordenar todo lo que se mueve en mi interior.

No fue nada, me repito una y otra vez.

Estrés, la tensión acumulada por los dos ataques en tan poco tiempo. El cuerpo reaccionó antes que la cabeza, es lógico.

Lo que no es lógico es lo que vino después, esa fracción de segundo en la que no había ruido, ni órdenes, ni disparos, ni nada que justificara el que estuviéramos tan cerca el uno del otro.

Me paso la mano por la cara. El cansancio acumulado en los últimos días me está pasando factura, pero no me puedo permitir detenerme ahora.

—¿Otra ronda? —pregunta Malik cuando paso a su lado.

—Sí —respondo sin detenerme.

Lo siento caminar detrás de mí en silencio. Malik es un tipo listo, sabe cuándo hablar y, lo que es más importante, cuándo callar.

Sigo caminando, cambiando de dirección de forma deliberada esta vez para alejarme de la zona donde sé que terminaría si me dejo llevar por la inercia.

No voy a ir a la enfermería. Ni siquiera le voy a llevar la cena.

Doy dos pasos en dirección contraria.

Tres.

Mantengo el ritmo, fijo la atención en un grupo de hombres que revisa armamento, en una discusión menor que puedo resolver en segundos, en cualquier cosa que me mantenga concentrado.

Funciona…

Durante un momento.

Luego la veo.

No a ella, solo el edificio.

Veo el movimiento constante de gente entrando y saliendo, la actividad que no se detiene porque no puede hacerlo, porque allí dentro las reglas son otras y eso también forma parte de lo que tengo que proteger.

Estoy a punto de dar un paso en esa dirección cuando una presencia inesperada me detiene.

—Hola, jefe. Cuánto tiempo sin verte.

Rasha se desliza hasta colocarse frente a mí y me obliga a detenerme si quiero evitar chocar contra ella. Lleva una camiseta caqui demasiado ceñida teniendo en cuenta dónde estamos y el pañuelo suelto, mal colocado. Me mira desafiante, con una sonrisa ladeada y las manos en las caderas, justo encima de las dos pistolas que carga.

—He estado ocupado —respondo.

—Siempre lo estás.

Da un paso adelante y se coloca demasiado cerca. Luego, posa en mi pecho su mano abierta, firme. Me muevo hacia atrás para eludir el contacto, pero ella estira el brazo y lo mantiene.

—Deberías descansar —añade, bajando la voz—. O dejar que alguien haga algo por ti.

No hay lugar para la ambigüedad. Rasha es así, directa, sin tapujos ni recovecos.

Durante un segundo, pienso que eso sería lo más fácil, una simple respuesta física sin consecuencias. Bastaría con inclinarme y aceptar. Sería suficiente con no pensar.

Mi mano se cierra sobre su muñeca y la retiro de mi pecho sin brusquedad, pero con firmeza. No quiero dejar espacio a las malas interpretaciones.

—No es el momento.

Ella sonríe apenas, como si la negativa no fuera definitiva y el juego siguiera abierto.

—Nunca lo es contigo —murmura, pero no se aparta.

Mantiene sus ojos clavados en los míos unos segundos más, el tiempo suficiente para que, al levantar la mirada por encima de su hombro, distinga movimiento en la entrada de la enfermería.

Una silueta.

Nora, apoyada en el marco de la puerta con los brazos cruzados.

No sé cuánto ha visto ni cómo lo ha interpretado, pero poco o nada puedo hacer. Lo que me sorprende es lo que ocurre en mí, porque el contacto de Rasha, que debería resultar irrelevante, funcional, incluso útil en su simplicidad, se vuelve de pronto inadecuado, fuera de lugar. Desde que llegó al campamento, Rasha intenta seducirme y yo la rechazo con más o menos tacto, pero nunca ha conseguido lo que quiere.

Le suelto la muñeca y la rodeo para seguir adelante.

—Tengo cosas que hacer.

Me aparto antes de que pueda acercarse de nuevo y continúo caminando sin mirar atrás. Mis pasos han cambiado de rumbo, ya no voy hacia donde debería ir, sino hacia donde ya sé que voy a terminar de todos modos.

Me detengo un instante cuando la veo abandonar el umbral y entrar de nuevo en el edificio. Podría volver a mi ronda. De hecho, debería hacerlo, pero no lo hago, porque en algún punto entre esa decisión que acabo de tomar y el instante en que me quedo quieto frente a la puerta, algo cambia lo suficiente como para que ya no sea una cuestión de lógica. La razón no tiene nada que hacer aquí.

Cuando entro, el cambio es inmediato. El ruido se reorganiza a mi alrededor, las conversaciones bajan un segundo, las miradas se elevan lo justo para registrar mi presencia antes de volver a lo suyo, porque aquí dentro yo no soy el centro, no ocurre fuera, en el resto del campamento.

Aquí, el centro es ella.

Nora (acabo de darme cuenta de que la llamo así en mi cabeza) está de espaldas, inclinada sobre uno de los heridos. Habla en voz baja con una de las mujeres que ha reunido y le indica algo que no alcanzo a oír pero que se ejecuta sin duda, con una precisión sorprendente.

Se mueve como si perteneciera a este lugar, como si siempre hubiera sido así.

Eso es lo que más me incomoda, y lo que hace más difícil apartar la mirada.

Me quedo donde estoy más tiempo del necesario, observando detalles que no tienen ninguna utilidad práctica, como la forma en que aparta un mechón de pelo con el dorso de la mano, la manera en que sostiene la mirada de alguien que está a punto de echarse a llorar hasta que se recompone, o la naturalidad con la que organiza el caos sin necesidad de lanzar órdenes ni imponerse.

Su control allí dentro es absoluto.

En ese momento levanta la cabeza y me ve.

No hay sorpresa, ni rechazo, ni nada que pueda interpretarse como indiferencia, aunque mantiene esa distancia consciente que se produce cuando dos personas saben exactamente lo que ha estado

a punto de ocurrir y deciden, sin necesidad de palabras, que no puede repetirse.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta en un tono neutro mientras se dirige a su espacio privado, un par de metros cuadrados detrás de un biombo en el que ha instalado un catre y una mesa pequeña que tiene llena de papeles. La sigo a un par de metros de distancia.

—Comprobar que todo sigue en pie —respondo detrás de ella con media sonrisa que pretende ser cordial. Reconozco que me falta práctica.

Asiente y me mira fijamente, supongo que intentando averiguar si oculto algo detrás de mis palabras. Luego, busca algo entre los papeles de la mesa.

—Sigue en pie —dice por fin—. De momento —añade. Luego me mira y levanta las cejas un instante. ¿Se está burlando de mí?

—Amina dice que los hombres hablan de tu amiguita —me suelta —, y no bien.

—No es mi amiguita —la corrijo.

—No es de mi incumbencia lo que sea, solo te digo que a unos hombres no les gusta y a otros les gusta demasiado, y eso puede ser un problema. No me gustaría tener que atenderla si un día deciden apedrearla, ya lo vi en Afganistán por menos que esto.

Aprieto los labios pero no digo nada. Sé que tiene razón.

—Además —añade a continuación—, no creo que tenga que esforzarse para llamar tu atención, no tiene demasiada competencia por aquí.

La miro un instante.

—Estás tú —le recuerdo.

—Yo no cuento —protesta—. Yo soy… yo.

No voy a discutir, no merece la pena.

—Hablaré con Rasha —digo después.

—Pídele que sea discreta cuando entre en tu cabaña —suelta.

Me giro hacia ella y la miro curioso y divertido. ¿Está celosa? Eso es nuevo… y prometedor.

Doy un par de pasos hasta el límite del biombo y miro a mi alrededor. Veo a la gente que espera sentada en el suelo, los que hacen fila frente a las mujeres del campamento para las curas sencillas y, al fondo, los enfermos y heridos que esperan ser trasladados al hospital. El trajín es constante, pero siempre ordenado.

Me giro de nuevo y me detengo frente a ella. En ese momento, la distancia ya no existe.

Otra vez.

—No deberías forzarte tanto —digo, y en cuanto las palabras salen de mi boca, sé que no es lo que tenía que decir.

No es mi papel, y menos, aquí.

—No me estoy forzando —responde—. Estoy haciendo mi trabajo. Para eso me trajisteis, ¿no?

Me lanza la respuesta a bocajarro. Y tiene razón, aunque no del todo. El resto del motivo todavía tengo que solucionarlo. Si es que puedo…

La miro un segundo más de lo necesario.

—¿Puedo hacer algo? —pregunto a continuación.

—No —admite—. Y no voy a pedirte más personal, porque no quiero que secuestréis a nadie más. Nos vendrá bien todo el material que consigas, pero no lo admitiré si llega manchado de sangre, ya sabes a qué me refiero.

Frunzo el ceño un momento. Está disparando con balas.

—También compramos cosas, ¿sabes? —me defiendo—. No somo ladrones.

—No siempre —me corrige.

No puedo evitar sonreír, y soy consciente del esfuerzo que Nora está haciendo por mantenerse seria.

—Estoy intentando que no tengas que curar a más gente.

—Algo es algo… —suelta, y mueve con rapidez la cabeza para quitarse un mechón de pelo de la cara.

Doy otro paso, cerrando una distancia que ya no tiene sentido mantener.

—Tienes tendencia a olvidar dónde estás —digo, más bajo.

—Y tú, a justificarlo todo con esa excusa. Pero ese no es mi problema —añade con un bufido—. Tu campamento, tus normas, pero no me pidas explicaciones de lo que hago cuando yo no te las pido a ti.

No se aparta ni retrocede.

Mi mano se mueve casi por inercia e intento detenerla, imponer un límite que vuelva a colocar las cosas en su sitio, pero mis dedos se cierran alrededor de su muñeca con firmeza, sin violencia, con la única intención de sentir su contacto, nada más.

Debería soltarla en ese momento, pero no lo hago.

Siento el pulso bajo su piel.

Rápido.

Sostenido.

El mío no es distinto.

—Esto es un error —digo.

Pero no hablo de la enfermería, ni de las defensas, ni del material sanitario, ni de las horas que pasa allí metida.

Ella lo entiende.

Lo veo en cómo se le corta la respiración apenas un segundo, en cómo sigue ahí, sin apartarse.

—Lo sé —murmura. No hay duda en su voz.

Sigue quieta, mirándome.

No retiro la mano ni aflojo la presión de los dedos, y la distancia deja de tener sentido.

Inclino la cabeza apenas unos centímetros, un gesto mínimo, pero suficiente.

Esta vez no hay interrupciones.

No hay voces.

No hay nada que rompa el momento desde fuera.

Solo, el espacio reducido entre nosotros y la decisión que hemos tomado.

Podría soltarla, apartarme. Podría recuperar el control en el único punto en el que todavía depende de mí, pero no lo hago.

Todo lo demás —si es un error, si es impulso, si es algo que debería detener— deja de importar en el mismo instante en que decido no hacerlo.

23

Nora

Hay recuerdos que no se quedan en la memoria, sino en el cuerpo, como si encontraran la forma de instalarse en la piel y en la respiración, en los gestos más pequeños, en esos movimientos automáticos que repites sin pensar y que, de pronto, dejan de ser naturales porque algo los ha contaminado.

El beso no regresa a mi cabeza como una imagen clara, no es una escena que pueda reconstruir de principio a fin, analizar, diseccionar y archivar con la falsa sensación de control que da entender algo.

Vuelve en forma de calor, como una especie de presión. Recuerdo la sensación que me invadió en ese instante preciso en el que dejé de resistirme.

Kader se ha marchado. De hecho, se fue poco después de separar sus labios de los míos, sin apenas decir una palabra, aunque no se lo puedo recriminar, porque yo tampoco fui capaz de hablar.

Estoy inclinada sobre una de las camillas, limpiando con cuidado la herida abierta del antebrazo de uno de los hombres de Kader, concentrada en retirar el tejido muerto sin profundizar más de lo necesario, midiendo cada movimiento con la precisión que exige no empeorar lo que ya está mal, cuando noto cómo se me tensan los dedos sin motivo aparente y tengo que obligarme a reducir la presión, a respirar más despacio, a recordar dónde estoy y qué estoy haciendo antes de cometer un error.

—Tranquila —murmuro para mí.

Amina está a mi lado. Sujeta el instrumental con esa eficacia silenciosa que ha desarrollado en muy poco tiempo, anticipándose a

cada gesto con una naturalidad que no se aprende en libros, sino en la urgencia, en la repetición, en la necesidad de no fallar, y me pasa la gasa antes siquiera de que tenga que pedírsela.

Asiento apenas, sin apartar la vista de la herida.

Recupero la calma y continúo.

Eso es lo único que importa.

Continuar.

Encadenar un gesto con el siguiente, una decisión con otra, mantener la mente ocupada en una secuencia lógica que no deje espacio para nada más, porque en cuanto aparece una grieta, por pequeña que sea, el recuerdo se cuela con una claridad que resulta casi violenta.

No debería haber pasado.

La idea no llega como una conclusión razonada, sino como una reacción automática, repetida, insistente, como si mi propia cabeza se empeñara en recordarme algo que ya sé, algo que no necesita ser formulado porque es evidente desde cualquier punto de vista mínimamente racional.

No debería haber pasado.

No con él.

No aquí.

No así.

Aprieto la mandíbula mientras termino de vendar la herida y hago un gesto para indicarle que puede irse. El hombre se incorpora con dificultad, murmura algo que interpreto como un agradecimiento y se apoya en otro para salir.

No me entretengo ni un segundo, no puedo permitirme detenerme.

—El siguiente —indico, manteniendo el tono firme y funcional.

Durante un segundo no entra nadie, y ese suspiro de tiempo es suficiente para que la memoria se despliegue sin resistencia, completa esta vez, sin fragmentos, sin cortes.

Siento su mano cerrándose sobre mi muñeca, la presión justa, firme, consciente.

Mi pulso se acelera bajo su piel y decido, sin ser consciente de ello, no apartarme. No quería hacerlo. Siento su aliento sobre mis labios…

Cierro los ojos con fuerza para cortar el avance del recuerdo antes de que termine de ocuparlo todo y vuelvo a abrirlos de inmediato, obligándome a regresar al aquí y ahora con una determinación que roza la brusquedad.

No. No voy a recrearlo, y tampoco voy a analizarlo. No voy a permitir que ocupe más espacio en mi mente del estrictamente inevitable.

—Nora.

La voz de Amina me alcanza desde un punto que no sé exactamente dónde está porque, durante un segundo, no he estado del todo aquí.

—¿Sí? —respondo.

—La niña —dice, señalando hacia el fondo—. Tiene fiebre otra vez.

Asiento y me dirijo hacia allí sin dudarlo, casi agradeciendo la interrupción y la posibilidad de concentrarme en algo que sí tiene sentido.

La niña está tumbada en un catre pegado al suelo. Está demasiado quieta, y noto la piel caliente cuando la toco. Le tomo el pulso, ajusto la dosis del gotero y le acerco un poco de agua a los labios agrietados.

—Tranquila —le digo en voz baja—. Te vas a poner bien.

No sé si entiende mis palabras, pero me mira con atención y sonríe. Con eso me basta.

Mientras preparo la medicación, noto cómo mi mente intenta volver a lo mismo, como si hubiera encontrado una grieta y quisiera insistir, avanzar por ahí, pero esta vez la detengo antes de que gane terreno y pueda tomar forma.

No puedo permitirme sentir nada que no sea útil, y eso incluye lo que ocurrió.

Sobre todo eso.

Porque no fue solo físico, y eso es lo que lo hace peligroso.

Lo físico se gestiona, se ignora, se reduce. Somos química, hormonas, proteínas, conexiones neuronales que necesitan dopamina, serotonina, oxitocina… Eso puede tratarse, sé cómo hacerlo, pero si lo que siento, lo que me sucede, excede lo físico, estoy perdida, y no me lo puedo permitir.

Termino con la niña y me quedo a su lado mientras su respiración se estabiliza poco a poco. Luego, me levanto y sigo.

El tiempo se diluye sin que pueda medirlo con precisión hasta que soy consciente de que está empezando a anochecer, y en algún punto, no sé exactamente cuándo, empiezo a ser consciente de algo que no quiero nombrar, pero que se instala igualmente, como una expectativa silenciosa que no he decidido tener.

Sin darme cuenta, pienso en la bandeja con la cena que cada noche me trae Kader.

Aprieto los labios mientras limpio el instrumental con más fuerza de la necesaria, molesta conmigo misma por haber llegado hasta ahí sin darme cuenta, por haber permitido que algo tan simple como una rutina se convierta en un punto de referencia, en una espera que no debería existir.

No significa nada. Me obligo a pensarlo con claridad, con lógica. No significa nada.

—Deberías sentarte un momento.

La voz de Amina vuelve a interrumpir el hilo de mis pensamientos.

—Estoy bien —respondo aliviada, sin levantar la vista.

No es del todo cierto, pero tampoco es relevante. Aquí nadie está bien y, aun así, seguimos. Ella no insiste, y lo agradezco.

Entonces, algo ocurre a mi alrededor. Los murmullos se detienen y todas las cabezas giran en el mismo sentido. Solo hay una persona

que provoque ese efecto. i

Levanto la cabeza y lo veo. Está en la entrada, sosteniendo la bandeja con los dos cuencos de guiso de cabra, los vasos de agua y el pan, como cada día, como si nada hubiera cambiado, como si lo que ha ocurrido hace solo un rato no hubiera alterado nada en absoluto.

Durante un segundo, ninguno de los dos se mueve.

Me mira con calma desde la puerta, hasta que da un paso adelante y yo trago saliva y bajo la vista antes de que ese silencio y esa mirada se vuelva demasiado evidente y alguien más entienda lo que está pasando.

Pero incluso mientras aparto la mirada y me obligo a centrarme de nuevo en lo que tengo delante, en lo que sí importa, sé que le estaba esperando.

Y que, por mucho que intente negarlo, eso ya ha cambiado algo que no sé cómo deshacer.

24

Adrien

Intento actuar como si nada, con total naturalidad, dentro de lo que en mí eso significa. Entro en la enfermería y me dirijo directamente al espacio privado del fondo. Dejo las bandejas sobre la mesa y retiro los papeles que hay dispersos antes de disponer los cubiertos y el agua. Luego, abro el biombo para aislar el rincón y espero.

Nora tarda unos veinte minutos en llegar. La salsa de la carne se ha espesado al enfriarse y se ha formado una película de gelatina naranja, pero ya nos hemos acostumbrado.

La veo lavarse las manos en una palangana que hay en el suelo. Luego, se suelta la coleta, se ordena el pelo con las manos y lo vuelve a atar con el pasador. Por fin, se sienta frente a mí y coge la cuchara.

—Gracias —dice, como cada noche.

—Encantado —respondo, igual que siempre.

Y de nuevo, un día más, comemos en silencio. Sin embargo, tengo la sensación de que este es el primero que compartimos. La veo relajada, respira despacio y tranquila, y la arruga que suele cruzar su frente de arriba abajo ha desaparecido.

Y una novedad más: no evita mi mirada.

Pero tampoco la busca.

—He visto a la niña cuando he entrado —digo cuando casi he terminado—, pensé que se iría esta mañana.

—Empeoró durante un rato —responde—, le subió la fiebre y he preferido dejarla una noche más en observación. Le hemos instalado

un catre a su madre junto a ella, y me avisará si pasa algo. Espero que aguante… —añade.

Asiento y seguimos comiendo de nuevo en silencio. Cuando termina, deja el cuenco a un lado y se limpia las manos.

—Necesito aire —dice al cabo de unos segundos, levantándose—. Tengo la cabeza embotada.

—Si no te molesta, te acompañaré. Podemos dar un paseo por el perímetro.

Antes de salir, Nora reparte instrucciones entre los pseudo enfermeros que harán guardia esta noche y comprueba el estado de la niña y de su madre.

Cuando cruzamos el umbral, el cambio es inmediato.

La noche ha enfriado el aire, amortigua los sonidos y, por primera vez en días, el campamento parece tranquilo, como si todo se hubiera reducido a un nivel manejable, aunque sé que es una ilusión, una pausa breve entre dos momentos de tensión.

Caminamos sin rumbo claro, bordeando las estructuras y las cabañas, evitando las zonas más transitadas sin necesidad de decirlo, como si ambos entendiéramos que esto —lo que sea que es esto— requiere un espacio aparte.

Durante un rato, no hablamos. No hace falta.

—¿Siempre ha sido así? —pregunta de pronto.

La miro de reojo.

—Así ¿cómo?

—Esto —responde, abarcando con un gesto el campamento, la oscuridad, el perímetro—. ¿Siempre has vivido así?

Niego levemente.

—No.

Podría dejarlo ahí, sería lo lógico, pero ella no aparta la mirada, sino que espera con sus ojos verdes brillando por efecto de los focos y clavados en mí.

Espera paciente, sin presionar, sin pedir, pero sin darme una salida fácil, lo que me obliga a seguir.

—Antes era un militar, igual que tú.

—¿Francés? —pregunta.

Asiento.

—Fuerzas especiales.

No hay orgullo en la afirmación, tampoco arrepentimiento. Simplemente es un dato.

Seguimos caminando unos pasos antes de que vuelva a hablar.

—¿Y qué pasó?

Vaya, no se corta, lanza las preguntas directamente, sin rodeos.

Podría ignorarla y desviar el tema, sería sencillo y seguro que ella no insiste, pero no lo hago.

—Alguien cometió un error —digo, manteniendo la mirada al frente—. Uno grande. Lo bastante como para arrastrarnos a todos por delante si salía a la luz. Así que decidió buscar una cabeza de turco, un chivo expiatorio, y que una sola persona afrontase el delito. Y me tocó.

—¿Un superior?

Asiento.

—Intentó cubrirse las espaldas.

—Y tú estabas en medio —termina por mí.

—Estaba en el sitio equivocado —corrijo—. Y tenía información comprometida para él.

Nora guarda silencio. Supongo que está procesando lo que le he contado, pero no interviene ni me interrumpe, y eso hace que continúe sin sentir que estoy siendo interrogado.

—Vendió material militar en el mercado negro. Armas, fusiles, munición… Luego, manipuló los informes para cambiar los nombres de los registros y escribió el mío. Nunca nos habíamos llevado bien —añado con una sonrisa triste—. Lo hizo también que parecía culpable.

—Te inculpó —afirma de nuevo.

—Así es.

—¿Y no te defendiste? —sigue ella.

La miro entonces.

—¿De verdad crees que habría servido de algo?

Sostiene mi mirada un segundo y luego niega muy despacio.

—No.

—Yo tampoco.

—Me fui antes de que vinieran a detenerme —añado—. Antes de que la versión oficial estuviera cerrada del todo.

—¿Huir fue la única opción?

—Fue la única que garantizaba seguir vivo. El teniente no me habría permitido hablar, se habría asegurado de acabar conmigo cuanto antes, incluso en el traslado a la prisión militar. Si me quedaba, estaba muerto.

No lo digo con dramatismo, son solo hechos.

—Y entonces, viniste aquí.

—No directamente.

Desvío la mirada un instante, buscando unos recuerdos que intento mantener alejados de mi mente desde hace mucho tiempo. No es agradable recordarlo, pero no me siento incómodo haciéndolo y compartiéndolos con ella.

—África es grande —empiezo—. Y hay mucha gente que necesita hombres con experiencia y pocos escrúpulos.

—¿Y tú cumplías ambos requisitos?

—Lo suficiente. —Miro su rostro serio, pero sé que no me está juzgando. Simplemente, escucha—. Empecé como escolta —continúo—. Luego vinieron otros trabajos, otros contactos. —Me encojo levemente de hombros—. El resto… podría decirse que vino solo.

No es una historia heroica ni tiene un final feliz, pero no he intentado maquillar la realidad. Eso es justo lo que pasó, lo que me ha traído hasta aquí.

Caminamos unos pasos más, en silencio. Ella mira de vez en cuando al cielo y la veo seguir las constelaciones, los mares de estrellas, la Vía Láctea sobre nuestras cabezas.

—Está tan cerca… —susurra, no sé si para mí o para ella.

En ese momento oímos un murmullo que pronto se convierte en música. Lejana al principio, pero lo bastante clara como para romper la línea de pensamiento en la que estábamos.

Nos detenemos e intercambiamos una mirada breve, pero suficiente.

Nos acercamos al origen de la música, que nos lleva hacia el campamento civil. De pronto, la noche se repliega ante el resplandor irregular de una hoguera que ilumina un espacio abierto, donde varias decenas de personas se agrupan formando un círculo imperfecto, moviéndose al ritmo de una música alegre y aguda que interpretan tres hombres con unos instrumentos rústicos y ajados. Sus manos golpean, rasgan y marcan el ritmo al mismo tiempo, y la gente ríe, canta, baila.

Amina nos ve casi al instante. Se separa del grupo y se acerca con una sonrisa abierta, diferente a la que muestra en la enfermería, más suelta, más viva.

—Venid —nos anima, haciéndonos un gesto con la mano. Tiene el rostro sonrosado y varios pequeños mechones de pelo han escapado del hiyab que siempre lleva perfectamente colocado—. Tenéis que verlo, es precioso.

Nora duda apenas un segundo y luego asiente.

—¿Qué celebráis? —pregunta mientras nos acercamos.

—Un niño —responde Amina—. Ha nacido hoy. Está sano y es precioso —repite.

Lo dice como si fuera un milagro, y comprendo que, en cierto modo, lo es.

Nos conduce hasta la tienda en la que una mujer descansa sobre un colchón en el suelo, cubierto de mantas coloridas y sábanas limpias. La mujer sonríe mientras sostiene en sus brazos un bebé de piel oscura y pelo negrísimo que duerme plácidamente.

Nora se acerca y, cuando Amina la presenta, la madre le tiende al bebé. Nora lo examina con rapidez y eficacia y se lo devuelve a la madre. Luego le hace unas cuantas preguntas a través de la intérprete y, por fin, sonríe y se despide con las manos juntas y la cabeza inclinada.

—Es precioso y está sano —confirma cuando salimos—, y la madre también está bien. La naturaleza humana es asombrosa —añade con una sonrisa.

Nos acercamos a la fiesta y nos ofrecen té y dulces. Aceptamos y nos sentamos en uno de los extremos del círculo, lo bastante cerca para formar parte, pero lo bastante lejos para no interferir ni molestar, y durante un rato nos limitamos a mirar, a dejarnos arrastrar por la energía que generan la música, las risas y los bailes.

Poco a poco, veo cómo Nora se relaja. Sus hombros pierden tensión y su mirada deja de analizarlo todo, de estar en guardia. Para mi sorpresa, yo también estoy relajado, y me gusta la sensación. No recuerdo la última vez que me sentí así.

Entonces cambia la música, el ritmo se vuelve más marcado, más vivo, y varias mujeres salen al centro, moviéndose con los brazos en alto mientras forman un círculo alrededor de la hoguera.

Amina se vuelve hacia Nora y la agarra la mano.

—Ven.

—¡No! —dice, sorprendida.

Pero a pesare de la respuesta, se deja arrastrar.

La veo dudar un segundo cuando entra en el círculo, desubicada, fuera de ritmo, intentando entender qué hacer con su cuerpo en un espacio donde no entiende las reglas claras y debe actuar por instinto.

Y luego… ríe, pero no la risa contenida que le conozco. No. Lanza una carcajada limpia y sincera, espontánea y casi diría que feliz.

Imita los movimientos con torpeza al principio; observa, corrige, vuelve a intentarlo y poco a poco se adapta, encuentra un ritmo propio, imperfecto, pero suficiente.

Y algo en esa imagen… algo en verla así, sin la tensión constante, sin el control férreo, sin esa necesidad de sostenerlo todo… La vuelve distinta.

Más cercana, más humana.

Y, contra todo lo que debería, más difícil de olvidar, a pesar de mis firmes propósitos.

Me quedo observándola más tiempo del que sería prudente, consciente de que ese momento, esa versión de ella, no pertenece a este lugar, que es una anomalía, una grieta en todo lo demás.

Pero también sé que es real.

Y eso la hace más peligrosa que cualquier otra cosa a la que haya tenido que enfrentarme hasta ahora.

25

Nora

No recuerdo la última vez que vi a tanta gente reír al mismo tiempo, no de esa forma tan abierta y despreocupada que es imposible no contagiarse. En un lugar como este, cada carcajada es casi un desafío, la afirmación de que seguimos aquí, vivos a pesar de todo lo demás.

El fuego ilumina nuestros rostros con destellos irregulares, dibujando sombras que se mueven al ritmo de la música, y esa mezcla de percusión y cuerdas, imperfecta y vibrante, se cuela bajo la piel con una facilidad desconcertante, obligando al cuerpo a responder incluso cuando la cabeza todavía intenta entender qué está pasando.

Al principio me quedo al margen, observando, como hago siempre, analizando sin darme cuenta cada gesto, cada movimiento, cada posible amenaza, pero eso dura muy poco, porque Amina me agarra de la mano y me arrastra al centro del círculo antes de que pueda negarme o pensar en una excusa razonable para quedarme fuera.

Intento seguir el ritmo. Fracaso y vuelvo a intentarlo, pero me equivoco otra vez. Hace tanto tiempo que no bailo…

Y de pronto, en algún punto entre un movimiento torpe y otro, dejo de preocuparme por hacerlo bien, dejo de medir, de controlar, de intentar anticiparme, y simplemente me dejo llevar por lo que ocurre a mi alrededor, por la risa de las otras mujeres, por el calor del fuego y por esa sensación extraña y ligera que se abre paso en mi pecho.

Me río. Me río mucho, a carcajadas, hasta que me quedo sin aire y tengo que parar para cogerlo a bocanadas para poder seguir riéndome.

Es maravilloso…

Cuando la música cambia y el ritmo se ralentiza, vuelvo hacia donde estaba sentada con la respiración acelerada y el pulso aún desordenado.

Kader no se ha movido. Sigue donde estaba, observando, pero hay algo distinto en su mirada que me hace ser consciente de su atención de una forma nueva, más directa, como si me estuviera viendo de verdad y no solo vigilándome.

Acepto el té que me ofrecen y doy un sorbo. El calor desciende lentamente mientras intento ordenar lo que llevo dentro, esa mezcla de ligereza y alerta, de bienestar y conciencia constante de que nada de esto debería estar ocurriendo en un lugar como este.

Cuando nos levantamos para irnos, me sorprende no querer hacerlo, no me apetece abandonar ese pequeño paréntesis en el que todo ha parecido… posible, de alguna manera extraña y provisional.

El camino de vuelta es más silencioso, pero no en el mismo sentido que antes; hay algo más suelto en el aire, como si la tensión habitual se hubiera relajado un poco.

Sigo sonriendo sin darme cuenta, y no me molesto en ocultarlo.

—No ha estado mal —dice él al cabo de unos metros—. El bailecito, digo —añade después.

Me sorprendo al darme cuenta de que no se está burlando ni está siendo irónico. Lo dice en serio.

Lo miro de reojo, todavía con esa inercia ligera recorriéndome el cuerpo.

—¿Qué no ha estado mal?

—Para alguien que claramente no sabía lo que estaba haciendo —matiza. Detecto un matiz en su voz, una sombra de algo que podría ser diversión, que me descoloca y no puedo evitar soltar una pequeña risa.

—He sobrevivido —afirmo.

—Por poco —se burla él.

—Bailo mejor que tú, eso seguro.

—Seguro, porque yo no bailo.

Seguimos caminando mientras el ruido de la fiesta queda atrás y el campamento militar empieza a imponerse de nuevo, más oscuro, más cercano a lo que realmente es este lugar, y aun así, algo de ese ambiente se queda conmigo, en la piel, en la respiración. Soy consciente de que he bajado la guardia durante unos minutos y me he sentido muy bien.

—Me encantaría llevarte a cenar —dice de pronto.

Me detengo, sorprendida. No tanto por las palabras, sino por la naturalidad con la que las pronuncia, como si ese tipo de propuesta perteneciera a una realidad distinta que, por un instante, ha decidido imponerse sobre esta.

—¿Ah, sí?

—A un sitio de verdad —continúa, acercándose apenas un paso, lo suficiente para que tenga que levantar la mirada para sostener la suya—. Sin polvo, sin armas, sin violencia.

Durante un segundo, la imagen se forma en mi cabeza sin que pueda evitarlo, una escena imposible en la que todo esto deja de existir, en la que no hay perímetros, ni amenazas, ni decisiones que implican vida o muerte, solo algo simple, cotidiano, casi banal.

Y es precisamente eso lo que lo vuelve inaceptable.

—Eso nunca va a pasar.

No tengo intención de herirle, pero mis palabras suenan más duras de lo que realmente pretendo. Ya no hay remedio. No es algo que dependa de la voluntad de ninguno de los dos. Simplemente, es imposible.

El cambio en él no es inmediato en forma de reacción visible, no hay un gesto brusco ni una palabra cortante, pero algo se reajusta en su expresión y la tensión que tan bien conozco se instala en sus

hombros, en la mandíbula, en la forma en que sostiene mi mirada un segundo más de lo necesario antes de apartarla.

De pronto, me siento muy incómoda.

No responde. Se limita a girarse y empieza a alejarse con pasos firmes y medidos.

Yo me quedo donde estoy, sin moverme, observándolo mientras se distancia con una sensación extraña abriéndose paso en el pecho, algo que no encaja del todo con la certeza de que he hecho lo correcto, de que era necesario decirlo, de que no podía permitirme alimentar una idea que no tiene ningún recorrido.

Debería dejarlo ir.

Debería darme la vuelta y seguir mi camino, llegar a mi cabaña y cerrar la puerta a todo y a todos.

Debería…

Entonces, se detiene como si algo lo hubiera frenado en seco y se gira.

Hay algo en la forma en que vuelve hacia mí que elimina cualquier posibilidad de interpretar esto como una reacción impulsiva o irreflexiva; no hay prisa, pero tampoco hay calma, solo una determinación tensa que se percibe incluso antes de que elimine la distancia que nos separa.

No tengo tiempo de reaccionar.

Sus manos me encuentran antes de que pueda decidir qué hacer, me sujeta con fuerza y tira de mí hacia él en un gesto que no busca hacer daño, pero que tampoco deja espacio para la duda, y el impacto de nuestros cuerpos elimina de golpe cualquier resto de distancia que hubiera entre nosotros.

Y cuando me besa, lo hace sin darme la oportunidad de prepararme o de apartarme, como si todo lo que hemos contenido hasta ahora encontrara de pronto una vía directa, inevitable, por la que salir.

Debería apartarme, lo sé.

La idea aparece, clara, lógica, perfectamente formulada, pero no se traduce en movimiento, porque en cuanto su boca encuentra la mía, algo en mí responde antes de que la razón pueda imponerse, antes de que pueda reconstruir las barreras que acabo de levantar con palabras y pueda recordarme por qué esto no puede ocurrir.

Mis manos suben por su espalda casi sin darme cuenta, aferrándose a él con una fuerza que no había previsto, como si necesitara anclarme a algo que no entiendo del todo.

Siento cómo las suyas recorren mi cintura, mi espalda, suben despacio hasta mi nuca, sus dedos se cuelan entre mi pelo, sujetándome con una intensidad que me devora.

Me besa con urgencia, con fuerza. Separo los labios y su lengua se cuela en mi boca como el mercenario que es, sin pedir permiso, invasor y exigente. Y yo lo acojo, mis labios y mi lengua responden a su demanda, se rinden.

Mi cuerpo, pegado al suyo, también se rinde. Me aferro a sus brazos, a su espalda, a su cintura. Quisiera colarme en él, desaparecer entre sus manos, deshacerme dentro de su boca.

Pero entonces, todo termina. Sus labios desaparecen y siento el frío de la noche de nuevo en la cara. Su cuerpo se aleja y deja a mi piel huérfana de calor. Mis manos se quedan vacías de pronto.

Pone sus manos sobre mis hombros y me aleja de él todo lo que le dan los brazos. Respira agitado, igual que yo, pero algo en su mirada me dice que no debo intentar acercarme.

Él sostiene mi mirada apenas un segundo.

Solo uno.

—Esto tampoco va a volver a pasar nunca.

Lo dice en un tono bajo, contenido, sin elevar la voz, como si fuera una decisión ya tomada, algo que no necesita defensa ni explicación porque, sencillamente, es así.

Y entonces se aparta definitivamente, se da la vuelta y se va.

No se detiene ni mira atrás.

Y yo me quedo donde estoy, con el pulso todavía acelerado y la respiración desordenada.

26

Adrien

El problema no es lo que pasó. El problema es que no tendría que haber pasado. Y que, aun así, ha ocurrido de un modo que no deja margen para reinterpretarlo, reducirlo a un error puntual, un momento de debilidad o una reacción espontánea que se pueda dejar atrás, como tantas otras cosas que no tienen importancia.

Porque esto sí la tiene, y eso es precisamente lo que lo convierte en un problema.

Aprieto la mandíbula mientras recorro el perímetro por enésima vez desde que ha amanecido, repasando mentalmente cada punto débil, cada turno, cada posible fallo que pueda justificar la inquietud que llevo encima, pero no encuentro nada que explique lo que me está pasando, nada que encaje con la forma en que mi cabeza insiste en desviarse hacia el mismo lugar, hacia la misma imagen, hacia la misma sensación incómoda y angustiosa.

—He dicho que ese flanco no debe quedar descubierto —gruño, deteniéndome frente a uno de los hombres que acaba de dejar su puesto antes de tiempo.

—Tenía que mear —se defiende—, solo han sido dos minutos.

—Dos minutos sobran para que se nos metan hasta la cocina —lo corto tajante—. No muevas el culo de tu puesto, y si hace falta, te meas encima.

Sigo adelante sin esperar respuesta mientras siento cómo la tensión se acumula en mi estómago.

Me detengo frente a otro grupo de hombres que charla despreocupadamente junto a la valla perimetral.

—¡A vuestros puestos! —les grito—. Si os vuelvo a pillar con la guardia baja ordenaré que os arresten.

Me acerco a observar al grupo que entrena a las órdenes de Moha. Uno de los hombres es incapaz de seguir el ritmo que le marcan. Me acerco a él y le hablo en voz baja.

—Si no vales para esto, limpia las letrinas —le digo.

No puedo tolerar los errores, por mínimos que sean. He sido demasiado blando, demasiado magnánimo, y ahora las guardias se han relajado y los hombres no tienen la formación suficiente para el trabajo. Necesito recuperar el control, y hoy es un buen día para empezar a hacerlo.

Sigo adelante con los puños apretados y el estómago ardiendo, pero no me detengo, no puedo hacerlo, porque en cuanto dejo de centrarme en esto… todo vuelve.

La sensación de su cuerpo contra el mío, la forma salvaje en la que ella que respondió…

No.

Aprieto los dientes con fuerza y sigo caminando, pero el movimiento no sirve para calmarme, y eso me irrita aún más.

Si no me concentro, perderé eficacia y control, y no me lo puedo permitir.

Un golpe seco contra una caja de suministros detiene ese hilo de pensamientos antes de que siga avanzando. La miro y, sin pensarlo, lanzo una patada con todas mis fuerzas contra la caja, que se desplaza varios centímetros sobre la tierra, levantando polvo.

—¿Problemas? —pregunta Malik a unos metros de mí.

Lo ignoro. No tengo ganas ni obligación de dar explicaciones.

Salgo del recinto y cojo uno de los jeeps de la entrada. Los hombres de guardia no me preguntan a dónde voy ni para qué necesito el vehículo. Soy el comandante, saben que no pueden ni deben cuestionarme. Además, supongo que mi actitud les deja claro que no estoy para tonterías.

Arranco, hago rugir el motor y me alejo del campamento sin mirar atrás.

Por supuesto, sé que no debería hacerlo, que salir solo es una estupidez, es peligroso y no aporta nada a la seguridad del campamento, más bien al contrario.

Pero no se trata de eso.

Necesito silencio y espacio. Necesito que nadie me mire, me hable ni me pida nada. Necesito estar solo.

El terreno cambia bajo las ruedas a medida que me alejo, la arena se vuelve más irregular y las dunas se elevan y caen como un mar detenido. Acelero y dejo que el cuerpo absorba el impacto de cada desnivel, cada salto y cada vibración que sube por el volante hasta los brazos.

No pienso.

No quiero pensar.

Otro salto sobre la arena, más alto esta vez. Las ruedas pierden contacto un segundo demasiado largo y el jeep cae con violencia, inclinándose lo suficiente como para que, por un instante, la posibilidad de volcar deje de ser teórica.

Corrijo tarde y el vehículo derrapa, se inclina y se estabiliza en el último segundo.

El golpe seco contra el asiento me recorre el costado herido y noto el impacto como una punzada breve, limpia, que podría complicarse si no reduzco.

No reduzco.

Acelero de nuevo.

Pero esto tampoco sirve, ni siquiera esto consigue silenciar lo que llevo dentro.

Cuando regreso al campamento, el motor suena distinto y el polvo se levanta tras de mí en una nube densa que tarda en asentarse.

—Algo le pasa —les digo a los guardias cuando bajo del jeep, ignorando el tirón de mi costado—. Que lo revisen.

Vuelvo a entrar en el recinto, y mientras avanzo soy dolorosamente consciente de que nada ha cambiado, de que todo lo que intentaba dejar atrás sigue exactamente donde estaba.

—¿Qué coño haces? —Malik aparece a mi lado antes de que dé dos pasos—. ¿Te has vuelto idiota?

—Estoy bien.

—No te he preguntado eso.

Lo miro.

—Nadie te ha dado permiso para preguntar —le lanzo.

Nos miramos en silencio un buen rato, sin mover ni un músculo, uno frente a otro.

—Estás perdiendo la perspectiva —dice al final, bajando el tono.

—¿Te parece poco mantener esto en pie? —pregunto con los brazos abiertos para abarcar lo que nos rodea.

—Se irá a la mierda si sigues comportándote así.

No respondo, porque no hay nada que decir que no confirme lo evidente.

Lo dejo ahí y sigo caminando.

Lo malo es que, aunque mi cuerpo se mueva, mi atención vuelve una y otra vez al mismo punto, a la misma zona del campamento, a ese espacio donde sé que está, donde no debería mirar y, aun así, miro.

No me acerco ni entro, pero me esfuerzo por comprobar que sigue ahí, que está trabajando, que nada ha cambiado en apariencia. Eso debería ser suficiente, pero no lo es, porque no se trata de eso, sino de una necesidad que no encaja en ningún esquema lógico, que no responde a nada útil, que no aporta nada más que una distracción constante que no puedo permitirme y un aguijonazo de ansiedad que a duras penas soy capaz de controlar.

Y aun así, no dejo de hacerlo.

Me encierro en mi alojamiento y me esfuerzo en mantenerme alejado de la ventana este; desde allí puede verse la entrada del hospital, y la vería a ella… y no quiero verla.

Me concentro en el trabajo. Suministros, encargos, nuevos objetivos…

Horas después, cuando la noche empieza a asentarse de nuevo sobre el campamento, Malik vuelve a buscarme. Entra, deja la puerta entornada y avanza hasta situarse frente a mí.

—Han insistido —suelta sin rodeos.

Sé a qué se refiere antes de que termine.

—¿Cuándo?

—Mañana —responde.

Aprieto la mandíbula.

—No.

—No es una sugerencia.

—No pueden obligarnos.

Intento zanjar la cuestión, pero Malik me sostiene la mirada y no se rinde

—La secuestramos por algo, ¿recuerdas?

—Ahora es útil aquí, no vamos a entregarla.

—Te lo dije el otro día, buscaremos otro médico. Puede que incluso hay alguno dispuesto a venir voluntariamente por una buena cantidad de dinero.

—He dicho que no.

El silencio se tensa entre los dos.

—No es tu decisión —dice al final.

Lo miro.

—Lo es.

—Estás cruzando una línea.

—Está cruzada, Malik. Déjame en paz.

No hace falta especificar cuál, los dos lo sabemos.

Malik exhala despacio, abre la boca para hablar pero se lo piensa mejor y vuelve a cerrarla.

—Esto no va a acabar bien —suspira poco después.

—Claro que no —respondo irónico—. ¿Acaso creías que lo que hacemos, a lo que nos dedicamos, va a terminar bien? No, amigo; no lo hará.

Se queda unos segundos más. Luego, niega levemente con la cabeza y se gira para marcharse.

Cuando abre la puerta del todo, la veo. Rasha está apoyada contra la pared exterior de la cabaña, medio en sombra. Doy por hecho que lleva ahí el tiempo suficiente como para haber oído nuestra conversación.

Al saberse descubierta, en lugar de alejarse rápidamente, espera a que Malik salga y da un paso adelante, aunque no termina de entrar, sino que se queda en el umbral. No es tan osada como quiere aparentar.

—Interesante conversación —dice con una sonrisa—. No sabía que la doctora fuera tan importante.

—No es algo que te incumba, ni a ti, ni a nadie más, así que procura mantener la boca cerrada —le respondo.

Ella amplía la sonrisa y da un paso adelante.

—Tranquilo, jefe. ¿Sabes cuál es la mejor forma para sellar unos labios? —pregunta mientras se acerca un poco más—. Con otros labios —termina en voz baja.

Doy dos pasos hacia ella, la cojo por los hombros, la obligo a girarse y la empujo hacia la puerta. Ella sale con un traspiés y se vuelve para mirarme con odio, pero yo cierro la puerta y la dejo fuera.

Ojalá fuera tan fácil hacer lo mismo con el resto de mis problemas.

27

Nora

Hay días en los que el cuerpo funciona por pura inercia, como si alguien hubiera desconectado la parte de mí que siente y hubiera dejado encendida solo la que actúa, y entonces todo resulta más fácil, porque no hay espacio para pensar demasiado, para cuestionar ni para recordar.

Hoy no es uno de esos días. Hoy, todo está demasiado presente.

El beso, mi respuesta…

Su despedida

Aprieto los labios mientras termino de vendar el brazo de un hombre y hago un nudo firme antes de apartarme y darle una indicación rápida a Amina para que le indique que no debe quitárselo antes de tiempo. Ella asiente con esa eficacia silenciosa que ha ido desarrollando en las últimas semanas, y durante un segundo me aferro a eso, a lo que sí funciona, a lo que puedo controlar.

Pero no dura demasiado, porque en cuanto tengo un segundo libre, en cuanto dejo de moverme, vuelve el recuerdo y el calor, la certeza incómoda de que no fue unilateral, no fue solo él.

Respiro hondo y me obligo a girarme hacia la siguiente persona que espera en la cola.

—Doctora.

La voz me llega desde atrás, suave, ligeramente forzada.

Me giro y encuentro a Rasha apoyada en la entrada, con el peso cargado sobre una pierna y una mueca de dolor.

—¿Qué te ha pasado? —pregunto, acercándome.

—Nada grave, espero —responde, dejando que su brazo caiga sobre mis hombros con una familiaridad que no me gusta—. He pisado mal y me he torcido el pie.

Asiento y la ayudo a llegar hasta una de las sillas libres. Me agacho frente a ella y le retiro la bota con cuidado, observando la articulación mientras palpo con los dedos.

No hay inflamación ni distensión. No hay nada.

Levanto la vista y la sorprendo mirándome con una sonrisa.

—Eres muy buena en lo que haces —dice, como si eso fuera lo importante.

—No tienes nada —respondo, sin devolverle la sonrisa—. Habrá sido solo un mal apoyo.

—Me lo imaginaba.

Vuelvo a mirarla, esta vez con más atención.

—Entonces, ¿para qué has venido?

Rasha se encoge de hombros con una naturalidad ensayada y se inclina ligeramente hacia mí, apoyando los codos sobre las rodillas.

—Quería verte —dice sin disimulos.

Se toma su tiempo antes de continuar, como si estuviera eligiendo las palabras con cuidado.

—Adrien habla mucho de ti.

—¿Quién? —pregunto innecesariamente.

—Kader —puntualiza—. Se llama Adrien, ¿no lo sabías? Yo lo llamo así.

Siento algo moverse dentro de mí y me esfuerzo en ignorarlo

—No creo que sea cierto —respondo, volviendo a colocarle la bota.

—Más de lo que imaginas.

Hay algo en su tono que no encaja con una simple observación. El tono no es de una persona celosa, y tampoco me está acusando de nada. Entonces, ¿qué quiere?

—Tiene buen ojo —añade—. Siempre lo ha tenido.

Levanto la cabeza.

—¿Siempre? —Intento sonar despreocupada, pero no sé si lo consigo.

—Sí —dice, como si fuera evidente—. Para elegir a quién tener cerca. Tenemos algo especial —continúa ante mi silencio, apoyando la espalda en la silla—. Él y yo.

Bajo la mirada un segundo, lo justo para darme un margen mínimo para componer la cara de póker antes de volver a levantarla.

—Me alegro por vosotros —respondo.

Rasha sonríe.

—Es un hombre extraordinario —continúa—. Difícil, complicado. Pero cuando decide algo, no cambia de opinión.

No estoy entendiendo nada y mi paciencia tiene un límite. Hay mucha gente esperando.

—¿Y eso a qué viene? —pregunto, manteniendo el tono neutro.

Rasha se inclina un poco más hacia mí, como si estuviéramos compartiendo un secreto.

—A que es una pena que no vayas a quedarte más tiempo.

El mundo se detiene un segundo.

—¿Qué quieres decir?

—Nada —responde con una ligereza fingida—. Solo que estás haciendo un trabajo increíble aquí. —Se levanta antes de que pueda insistir, apoyándose con teatralidad en la pierna que supuestamente le dolía—. Pero ya sabes cómo funciona esto —añade—. Para Adrien, lo primero es lo primero. —Se detiene un segundo y me mira—. Y por encima de todo está el trabajo y su palabra.

No dice nada más. No hace falta.

Se da la vuelta y sale de la enfermería con la misma naturalidad con la que ha entrado, dejando tras de sí una sensación incómoda que soy incapaz de procesar.

Durante unos segundos, me quedo inmóvil. Luego, sin decirle nada a Amina ni dar explicaciones, me limpio las manos con un gesto automático y salgo.

No quiero detenerme a pensar, porque si lo hago, puede que me eche atrás, y necesito saber de qué coño está hablando Rasha.

El camino hasta el despacho de Kader se me hace más largo de lo habitual, como si corriera a cámara lenta.

La puerta está entreabierta, pero no hay nadie dentro.

Me detengo en el umbral un segundo y valoro la posibilidad de dar la vuelta y regresar más tarde, pero me quedo y entro.

El espacio es exactamente como lo recuerdo: pequeño, desordenado, funcional. Hay papeles apilados sin orden aparente, cajas abiertas, mapas desplegados, restos de una actividad constante.

Cierro la puerta sin hacer ruido y me acerco a la mesa.

No debería estar haciendo esto, lo sé, pero no me detengo.

Empiezo por lo más visible, los documentos que están encima, y los reviso con rapidez, sin detenerme demasiado en nada que no tenga que ver conmigo, buscando algo que no sé exactamente qué es, pero que sé que reconoceré en cuanto lo vea.

Un mapa, una lista de nombres, cifras…

Nada.

Abro un cajón y luego otro. Hay papeles doblados y notas sueltas.

Hasta que encuentro una carpeta con información sobre mí. Veo mi expediente militar, mi foto, un resumen de mi vida civil y un papel doblado por la mitad.

Lo abro y comienzo a leer. Es una copia de un email recibido hace pocas semanas, cuando yo ya estaba allí.

El plazo ha vencido.

Entregue a la doctora según lo pactado.

No me obligue a interpretar su silencio como una ruptura del acuerdo.

Sabe lo que eso implicaría.

La firma hace que me estremezca. Ibrahim Ag Alhassan, uno de los señores de la guerra más sanguinarios de la zona. Conozco ese nombre, uno de los objetivos del destacamento francés es precisamente localizarlo y detenerlo, o al menos, neutralizar su actividad.

Ag Alhassan me reclama a mí.

Miro la mano en la que sostengo el dosier. No es información que hayan recopilado cuando ya estaba aquí. Vinieron a por mí, el objetivo del asalto a la base era yo. Me secuestraron por encargo, y ahora me van a entregar al comprados.

Recuerdo lo que Rasha me ha dicho: lo más importante para Kader es el trabajo y su palabra. Él dio su palabra, y va a cumplirla. Solo sigo viva porque le soy útil, pero ahora debe entregarme si no quiere tener problemas. Y, desde luego, no los quiere.

Trago saliva.

El papel tiembla ligeramente entre mis dedos antes de que lo deje sobre la mesa exactamente donde estaba, con un cuidado casi absurdo, como si eso pudiera deshacer lo que acabo de ver.

Doy un paso atrás, luego otro. Y entonces me doy cuenta de que el problema no es solo lo que esto significa. Es lo que yo había empezado a creer.

Cierro los ojos un segundo, solo uno, pero es suficiente.

Porque cuando los abro, ya no soy la misma que ha entrado en esta habitación.

28

Nora

Camino por el campamento sin sentir los pies, con la nota todavía ardiéndome en la memoria, cada palabra clavándose con una precisión quirúrgica que no deja espacio para la duda ni para el consuelo, y mientras avanzo entre las tiendas, los hombres, el polvo y el ruido constante, lo único que soy capaz de pensar es en una frase que se repite como un eco sordo, insistente, imposible de ignorar.

Entregue a la doctora según lo pactado.

No hablan de rescate ni de negociación.

Entrega.

Aprieto los dientes hasta que me duele la mandíbula, porque hay una parte de mí que todavía intenta encontrar una explicación alternativa, una interpretación menos brutal, algo que encaje con lo que he visto, con lo que he sentido, con lo que… con lo que creía estar empezando a entender.

Pero no la hay.

Lo encuentro donde esperaba encontrarlo, solo, revisando una de las posiciones cercanas al perímetro con una concentración absoluta.

Durante un segundo me quedo quieta, observándolo, mientras la furia se convierte en un volcán en mi interior. Aprieto los puños y me dirijo hacia él lo más deprisa que puedo.

Él levanta la cabeza poco antes de que llegue, como si hubiera sentido mi presencia mucho antes de verme, y durante un instante nuestras miradas se cruzan sin palabras. Lo que ve en mis ojos hace que se enderece por completo y me espere de frente.

No digo nada cuando me sitúo a medio metro de él. Simplemente, levanto la mano y le lanzo una fortísima bofetada que lo obliga a girar la cara.

Frunce el ceño y me mira, pero no se mueve ni hace ademán de devolverme el golpe, así que lo abofeteo de nuevo con todas mis fuerzas. Cuando me preparo para pegarle de nuevo, mueve por fin la mano y me rodea la muñeca, inmovilizándome, así que le lanzo una patada lo más alta que puedo. Le doy en el muslo.

Me retuerzo para liberarme y seguir luchando cuando Kader decide que es suficiente.

—¡Basta! —grita—. ¡Estate quieta! ¿Qué coño te pasa?

—¿Que qué coño me pasa? —grito yo también mientras sigo intentando soltarme—. ¡Me has vendido! ¡Vas a entregarme a un hombre que me torturará y me matará, y lo sabes! Eres un hijo de puta… —añado entre dientes.

Estoy temblando de pies a cabeza mientras él me mira impasible y sigue reteniéndome con decisión.

—¿Cuándo? —le pregunto.

—Nora… —Su voz suena grave, apagada.

—¿Cuándo? —repito, sin subir la voz, pero sin dejarle margen para esquivarlo—. ¿Cuándo piensas entregarme?

Se le tensa la mandíbula mientras valora si puede soltarme o no. Ojalá lo haga, lo mataré…

—No es tan simple —dice por fin.

Una risa seca, breve, casi sin aire, se me escapa antes de que pueda evitarlo.

—Claro que lo es. Me has vendido.

Doy un paso atrás y, por fin, él me suelta, aunque permanece alerta por si decido atacar de nuevo.

—¿Cuánto valgo? —le pregunto ahora.

En ese momento, algo cambia en su expresión.

—No es una cuestión de…

—Lo es —lo corto—. Siempre lo ha sido, ¿no? Desde el principio. Curo a tus heridos, me ocupo de los enfermos y después, adiós, doctora Vaillant. Ag Alhassan la espera. —Siento el pulso acelerado en el cuello y la imperiosa necesidad de golpearlo otra vez, pero consigo controlarme—. Me secuestrasteis por algo —continúo—. Me trajisteis aquí por algo. Me mantuvisteis viva por algo. —Cada palabra encaja con la siguiente como una pieza más de un mecanismo que no puedo detener—. Y ahora sé por qué.

Él da un paso hacia mí.

—Te mantuve viva porque eras útil aquí —dice simplemente.

—Claro —murmuro, asintiendo despacio—. Útil. Hasta que deje de serlo.

Otra vez, el silencio es su respuesta.

Aprieto los puños y lo miro con furia.

—¿Ibas a decírmelo?

Él me sostiene la mirada sin apartar los ojos.

—No.

No hay excusas ni rodeos. Casi debería darle las gracias, pero lo que hago es romperme por dentro.

Asiento despacio. La pieza final ya está en su sitio.

—Perfecto, ya está todo claro.

Doy un paso atrás, y luego otro.

El espacio entre nosotros se abre, pero el dolor y la furia es el mismo.

—Nora…

—Capitana Vaillant —le corrijo de inmediato. Luego, adopto una pose marcial con los hombros hacia atrás y la barbilla levantada antes de seguir hablando—. Exijo conocer los detalles del trato al que ha llegado, y que se ponga en contacto con mi destacamento para iniciar una negociación por mi liberación. Mientras tanto —continúo—, permaneceré en la cabaña que me han asignado. No vuelva a acercarse a mí, no me traiga comida ni me dé órdenes. No

atenderé a los heridos o enfermos, excepto a los civiles, y lo haré en el interior de la cabaña.

Me doy la vuelta antes de que pueda responder y regreso al campamento.

Cada paso es más rápido que el anterior, más firme, más decidido, mientras todo dentro de mí se reorganiza a una velocidad brutal y comienzo a pensar en la única salida posible.

No puedo quedarme; no, sabiendo lo que él ha decidido hacer conmigo. Si lo hago, estoy muerta.

Paso por delante de las tiendas sin mirar atrás. No veo a la gente ni oigo las voces. Solo pienso, pienso…

Y en algún punto entre un paso y el siguiente, la decisión deja de ser una idea y se convierte en algo sólido, irreversible, que se instala en mi cuerpo como una orden que no admite discusión.

No voy a esperar a que me entregue y tampoco voy a negociar. No voy a dejarle decidir cómo termina esto.

Si soy mercancía, no voy a estar aquí cuando vengan a recogerme.

Aprieto el paso y el pulso se me dispara.

La noche empieza a caer, y por primera vez desde que llegué a este lugar, no pienso en sobrevivir aquí dentro.

Pienso en salir. Cueste lo que cueste.

Especialmente si eso significa no volver a verlo nunca más.

No voy a la cabaña. No podría quedarme allí ni un minuto sin sentir que estoy esperando a que vengan a buscarme, a que todo lo que acabo de descubrir se convierta en algo irreversible, tangible, imposible de esquivar.

Sigo caminando y atravieso el campamento sin un rumbo claro al principio, con el pulso desbocado y la respiración demasiado rápida, como si mi propio cuerpo hubiera entendido antes que yo lo que tengo que hacer y estuviera intentando arrastrarme en esa dirección.

Encuentro a Amina en la enfermería, inclinada sobre uno de los heridos, y durante un segundo siento una punzada extraña, algo parecido a la culpa, como si estuviera a punto de traicionarla.

—Amina —la llamo en voz baja.

Ella levanta la cabeza y, en cuanto me ve, sé por su expresión que ha visto en mi cara que algo no va bien.

—¿Qué ocurre? —pregunta cuando se acerca.

No puedo explicárselo, no hay tiempo, y tampoco sabría por dónde empezar.

—Necesito que me ayudes —respondo.

Duda apenas un segundo y luego asiente.

—¿Qué necesitas?

La miro a los ojos, consciente de que esto es lo único que voy a pedirle, porque no puedo arrastrarla conmigo más allá de este punto. Es una petición sencilla, pero puede comprometerla igualmente.

—Un hiyab.

Su ceño se frunce ligeramente.

—¿Para qué?

No respondo de inmediato.

—Es mejor que no lo sepas, pero nadie sabrá nunca que me lo has dado tú. Por favor…

El silencio que sigue es breve, pero denso.

Amina me observa con una mezcla de preocupación y comprensión que me incomoda más de lo que debería, como si en el fondo ella ya supiera que esto iba a pasar en algún momento.

—Es peligroso —dice al fin.

Asiento. No necesito que me lo explique.

—No puedo quedarme —susurro—. Me matarán.

No dice nada más.

Se gira, rebusca entre unas telas dobladas y saca un hiyab oscuro, discreto, de los que usan la mayoría de las mujeres del campamento, y me lo tiende sin preguntas innecesarias y sin intentar convencerme de nada.

—Gracias.

La palabra se queda corta, pero es lo único que tengo.

Me coloco la prenda con unas manos que tiemblan ligeramente al principio, torpes, poco acostumbradas, hasta que consigo ajustarlo lo suficiente como para que cubra el pelo y parte del rostro y que, en la distancia y en la oscuridad, nadie pueda distinguirme de cualquier otra mujer del campamento.

Amina me observa en silencio antes de darme un fuerte abrazo.

—No vuelvas —me dice al oído.

Nos miramos a los ojos un segundo más y asiento.

Luego me doy la vuelta y me marcho sin decir adiós. Creo que me rompería si lo hiciera y no me puedo permitir ni un momento de debilidad.

El campamento cambia cuando cae la noche. Los sonidos se apagan en parte, las sombras se alargan y el movimiento se vuelve más disperso, menos vigilado en apariencia, aunque sé que es una ilusión, que hay ojos en todas partes, que no puedo permitirme un solo error.

Camino despacio, integrándome en el flujo de gente que se mueve de un lado a otro, manteniendo la cabeza ligeramente inclinada, evitando miradas directas e imitando los gestos que he visto tantas veces en las mujeres que viven aquí, en su forma de ocupar el espacio sin llamar la atención.

El portón está más lejos de lo que me gustaría, y también, más expuesto.

Dos de los comerciantes que llegaron esa mañana se están preparando para marcharse. Reconozco sus vehículos. Están revisando y asegurando la carga antes de marcharse, ajenos a todo lo demás, centrados únicamente en su propio trayecto.

Me acerco lo justo para que mi presencia no resulte extraña, pero sin invadir su espacio y, sobre todo, sin correr. No puedo precipitarme, debo mantener una distancia que me permita formar parte del movimiento sin ser el centro de él.

Nadie me detiene ni me mira dos veces.

Espero el momento, y en el instante exacto en el que la atención de los guardias se dispersa un segundo, cuando uno se gira para decirle algo al otro, que está revisando un documento y el ruido del motor que espera oculta cualquier sonido que yo pueda hacer, me muevo.

Cruzo el portón con el pulso latiéndome en los oídos, consciente de cada centímetro de espacio que dejo atrás, de cada paso que me acerca a la libertad.

Como suponía, los guardias ni siquiera levantan la vista cuando ven pasar a una mujer.

Rodeo la hilera de vehículos hasta llegar al último, medio oculto por una estructura semiderruida y lo suficientemente lejos como para que, cuando lo oigan, no tengan tiempo de alcanzarme.

Perfecto.

Abro la puerta, que no está cerrada, me deslizo dentro y cierro con cuidado, conteniendo la respiración un segundo mientras el silencio se impone a mi alrededor, como si todo dependiera de ese instante, de ese pequeño espacio en el que todavía no ha pasado nada.

Miro el volante y libero los cables que hay bajo el panel.

No es complicado. Mis manos actúan casi sin necesidad de que mi cerebro les dé órdenes. Ya lo he hecho antes, aunque nunca para llevarme efectivamente un vehículo. La formación militar incluye prepararnos para situaciones de emergencia y supervivencia, y esta es una de ellas.

Trago saliva y junto los cables, pero no pasa nada.

—Vamos… —mascullo entre dientes.

El pulso descontrolado interfiere en mis movimientos, tengo que tranquilizarme.

Lo intento de nuevo, y de nuevo, nada.

Mierda.

Respiro hondo y pruebo otra vez.

Esta vez, el motor responde con un rugido seco que me parece ensordecedor en medio de la noche.

No espero. Embrago, meto primera y acelero.

Salgo sin luces, sin mirar atrás, sintiendo cómo el vehículo responde de forma irregular al principio, cómo las ruedas levantan polvo y el campamento empieza a quedar atrás mientras avanzo hacia la oscuridad abierta del desierto.

No freno ni enciendo los faros para dificultar que me localicen. Tampoco pienso, solo conduzco, y durante unos segundos eternos, espero el disparo, los gritos, el alarido de la alarma, cualquier cosa que indique que me han descubierto y vienen a por mí, pero no pasa nada.

Y cuando, por fin, me atrevo a mirar el retrovisor… no veo nada.

Solo oscuridad. La silueta lejana del campamento que empieza a desaparecer poco a poco.

Espero un poco más, hasta que sé que estoy lo bastante lejos y soy invisible para ellos.

Entonces, y solo entonces, enciendo las luces.

El haz ilumina el terreno irregular frente a mí, la inmensidad vacía que se extiende en todas direcciones, y durante un segundo, uno muy breve, la realidad se impone con una claridad brutal.

Estoy sola en mitad de la nada.

No tengo un plan ni recursos. Ni siquiera sé exactamente hacia dónde voy.

Pero soy libre.

Aprieto el volante con fuerza y acelero un poco más, como si pudiera dejar atrás no solo el campamento, sino todo lo que ha

pasado dentro de él.

Como si pudiera dejarlo a él atrás también.

Aunque, incluso ahora… incluso con kilómetros de distancia entre nosotros… sigo sintiendo su presencia como algo adherido a la piel, imposible de ignorar, imposible de arrancar del todo.

Y eso me asusta tanto como que lo que pueda haber ahí fuera.

29

Adrien

Uno de los guardias me avisa por radio de que había pasado algo en la zona de los vehículos. Malik y yo nos dirigimos hacia el puesto y salimos al aparcamiento de arena. En efecto, hay un espacio que debería estar ocupado y no lo está.

—Falta uno —dice Malik a mi espalda, confirmando lo que ya sé antes de que tenga que señalarlo—. El último de la fila.

Asiento despacio, sin apartar la vista del hueco.

No pregunto quién lo ha sacado, no hace falta.

El tipo de error que implicaría que uno de los nuestros se lleve un vehículo sin avisar no es compatible con la forma en que funciona este sitio. Aquí nadie se mueve ni actúa sin que yo lo sepa, nadie cruza el perímetro sin que alguien lo registre y, por supuesto, no se lleva un coche sin pedir antes permiso.

Salvo que no quiera ser visto y sepa cómo robarlo, porque las llaves siguen en poder del guardia.

Me giro sin decir nada y empiezo a caminar en dirección a su cabaña, con Malik siguiéndome a un paso de distancia, en silencio, como si entendiera que este no es un momento para preguntas.

El campamento está tranquilo. Las luces dispersas, el murmullo bajo de las conversaciones, el sonido lejano de un generador… Todo sigue en su sitio, pero yo sé que no es así.

Empujo la puerta de la cabaña sin llamar.

Como suponía, está vacía.

Veo el catre deshecho, una manta mal doblada, el vaso de metal sobre la mesa con un resto de agua. No hay signos de lucha, ni de

prisas, no hay nada roto, nada fuera de lugar.

Se ha ido porque así lo ha decidido.

Cierro la puerta despacio, como si ese gesto pudiera contener algo que ya no está allí.

—¿La doctora se ha largado? —pregunta Malik, aunque sabe la respuesta.

No contesto.

Me quedo quieto un segundo más, dejando que la imagen se fije, que todos los detalles se coloquen en su sitio y que cada pieza encaje donde tiene que encajar sin necesidad de forzarla.

Los guardias me han dicho que han visto salir a dos comerciantes y a una mujer árabe, y juran que Vaillant no ha cruzado la puerta. No, claro que no. Al menos, no como ellos la conocen.

Pienso en el hiyab y en lo útil que resulta cuando se quiere pasar desapercibido en un lugar como este. Y pienso en Amina, pero al instante decido dejarla al margen. La haya ayudado o no, hablar con ella la colocaría en una situación muy difícil con los suyos.

Salgo de la cabaña sin decir nada y vuelvo sobre mis pasos. No necesito correr, ella ya está fuera, y fuera solo está el desierto.

—Podemos alcanzarla —dice Malik cuando se coloca a mi lado—. No puede haber ido muy lejos. Sabemos por dónde ha salido y podemos seguir el rastro, el viento está tranquilo esta noche.

Lo sé, pero también sé que Nora no es simplemente una doctora, es una militar entrenada capaz de mantener la calma en situaciones adversas y de pensar con lógica en cualquier circunstancia.

Lo sé con la misma claridad con la que sé que no ha elegido una dirección al azar.

No se deja llevar por el instinto. Responde al cálculo.

Eso la hace más difícil de encontrar, pero más fácil de entender. Y si la entiendo, daré con ella.

—¿Quieres que avise a los puestos? —pregunta Malik—. Podemos cerrar el perímetro exterior, enviar dos coches…

Niego sin mirarlo.

—No.

El silencio que sigue es breve, pero lo suficientemente denso como para que note cómo Malik gira la cabeza hacia mí.

—Entonces… —empieza.

No termina la frase. No hace falta.

Seguimos caminando hasta mi cabaña y entro sin invitarlo, sabiendo que va a seguirme igualmente. Cierro la puerta y voy directamente a la mesa, donde el mensaje sigue donde lo dejé.

Lo cojo entre los dedos y lo sostengo un instante sin leerlo, porque no necesito hacerlo. Cada palabra está fijada en mi cabeza con total precisión. Exigen la entrega de la rehén sin negociación, y lanza una amenaza en absoluto velada

—La encontramos, la entregamos y se acabó —dice Malik a mi espalda—. Nadie tiene que saber que se ha escapado y, de esa forma, nadie pierde nada.

Nadie pierde nada.

La frase se queda suspendida en el aire con un peso que no es el que él cree.

Durante unos segundos, no digo nada, solo observo el papel.

Es el tipo de acuerdo que he cumplido siempre sin cuestionarlo, porque funciona, porque mantiene el equilibrio, porque es lo que permite que todo esto siga en pie.

Y porque es lo que soy. O lo que he sido hasta ahora.

Doblo la hoja con cuidado, como si fuera a guardarla, pero en

lugar de eso, la rompo.

Los fragmentos no hacen ruido cuando caen sobre la mesa.

Malik no se mueve.

—¿Qué haces? —pregunta al final.

—Ese trato ya no existe —le confirmo—. Escribiré un mensaje inmediatamente comunicándole mi decisión, le devolveré el anticipo

y añadiré una cantidad igual por las molestias. Ag Alhassan solo quiere dinero, se conformará.

—Sabes que no lo hará. Quiere a la militar para presionar al gobierno francés, el dinero le importa una mierda, al menos en este caso. No puedes hacer eso —insiste, dando un paso adelante—. No con ese hombre. Sabes lo que implica.

Sí, soy consciente de lo que puede desencadenar esto.

—Lo sé —le confirmo.

—Entonces, ¿qué estás haciendo? —su tono suena desesperado.

Sostengo su mirada un segundo más, lo suficiente para que entienda que no voy a añadir nada, que esto no es una discusión ni una decisión abierta a negociación.

—No vamos a entregarla —digo para zanjar la discusión.

Malik aprieta la mandíbula, y por primera vez desde que lo conozco, es incapaz de disimular que no está de acuerdo conmigo.

—Esto nos coloca en una posición muy complicada y peligrosa —añade.

Mientras él va de un lado a otro de la estancia, conecto el ordenador a la señal por satélite y le escribo a Ag Alhassan un escueto mensaje que envío de inmediato.

—Está hecho —anuncio.

Malik se tensa y se pasa la mano por la cabeza. Va hasta la ventana, vuelve, rodea la mesa y se detiene frente a mí. Su mirada se ha oscurecido.

—Entonces —dice por fin—, habrá que prepararse.

Asiento.

—Gracias —respondo.

Eso sí es algo que podemos controlar.

Me levanto y cojo el arma de la mesa. Compruebo el cargador por pura inercia mientras mi cabeza ya está en otra parte, en otro punto, en una línea que se extiende más allá del perímetro del campamento.

No miro a Malik cuando hablo, sigo preparando lo que necesito.

—Voy a salir.

—Sabía que dirías eso. ¿Quieres que vaya contigo?

—No.

Camino hacia la puerta y la abro, dejando que el aire de la noche entre de golpe, seco, cargado de polvo.

—Jeje —dice Malik antes de que salga. Me detengo y me giro para mirarlo—, ten cuidado.

—Ocúpate de las defesas, Ibrahim vendrá.

—Lo haré, pierde cuidado.

Salgo de la cabaña y cierro detrás de mí.

El campamento sigue en su sitio, como si no hubiera pasado nada, como si no fuera a pasar algo quizá peor.

Las luces, las sombras, la falsa sensación de estabilidad.

Cruzo el espacio hasta el primer jeep sin mirar a nadie y sin vacilar. Arranco el motor y dejo que el sonido rompa el silencio de la noche. No necesito que me digan por dónde se ha marchado, no necesito rastros visibles.

Sé cómo piensa, sé cómo se mueve, sé lo que yo habría hecho en su lugar.

Y, por primera vez desde que la traje aquí, eso no es una ventaja, es un problema.

Acelero sin encender las luces, dejando que la oscuridad se abra delante de mí mientras el campamento queda atrás y el terreno se vuelve irregular bajo las ruedas, inestable, impredecible, exactamente como todo lo demás ahora.

No sé cuánto tiempo ha pasado.

No sé qué distancia ha podido cubrir.

No sé si voy a encontrarla.

Pero hay una cosa que sí tengo clara.

No voy a dejar que esto termine así.

30

Nora

Durante los primeros minutos, no pienso. Y no porque no tenga nada en lo que pensar, sino porque el propio cuerpo se encarga de aplastarlo todo bajo una sola necesidad: avanzar, alejarme, no reducir la velocidad ni mirar demasiado el retrovisor por miedo a ver unas luces detrás de mí, una silueta conocida al volante de otro vehículo, la confirmación de que me han descubierto y de que todo esto no ha sido más que un simulacro breve de libertad antes de volver a caer en sus redes.

Por eso conduzco con las dos manos crispadas sobre el volante, con los hombros tensos y la vista fija en el haz de luz que rebota sobre la arena y los matorrales secos, sin atreverme todavía a aceptar que he salido, que el portón ha quedado atrás, que el campamento ya no está a mi espalda imponiéndome sus límites, sus rutinas, sus vigilancias constantes y, por supuesto, a su jefe.

Libre.

La palabra aparece sola, pero no llega a asentarse del todo. Se queda flotando unos segundos en mi cabeza, extraña, provisional, demasiado ligera para lo que realmente significa, y enseguida se mezcla con el rugido irregular del motor, con el traqueteo del jeep sobre el terreno y con la adrenalina que no me permite pensar con claridad, pero sí mantener el pie hundido en el acelerador como si la distancia pudiera resolver por sí sola todo lo demás.

La noche me envuelve por completo en cuanto dejo atrás los últimos signos del campamento, porque más allá de ese perímetro artificial no hay nada. Solo está el desierto, abierto e inmenso,

extendiéndose más allá de donde alcanza la vista y haciendo que me sienta realmente pequeña e insignificante.

Sigo avanzando, aunque no sé hacia dónde.

Eso no me detiene al principio.

No debería hacerlo, me digo, porque cualquier dirección es mejor que quedarme, cualquier kilómetro de más entre él y yo es un paso en la buena dirección, porque no voy a dejar que me entregue como si fuera un paquete, una moneda de cambio, una pieza más dentro de una cadena de favores y deudas ajenas.

Aprieto los dientes.

La rabia me mantiene erguida cuando el miedo intenta colarse por debajo.

Porque sigo enfadada. Más que eso, sigo furiosa. Con Kader, por supuesto, pero también conmigo, con la forma en que empecé a bajar la guardia, con la facilidad con la que permití que ciertas cosas dejaran de parecerme impensables. El beso. La cena. La conversación junto al fuego. La forma en que, durante unos minutos, me olvidé de que seguía siendo su rehén y empecé a mirarlo como si fuera algo más que el hombre que había decidido secuestrarme.

Eso es lo que no me perdono.

Que no me engañó con palabras bonitas, ni con promesas, ni con una máscara amable que luego se revelara falsa. Lo hizo peor: me dejó ver lo bastante como para que yo misma construyera algo que no estaba ahí, una posibilidad, una versión de él que quizá existía en parte, pero que no cambiaba lo esencial.

Debía entregarme «según lo pactado».

La frase vuelve una y otra vez, y dejo que me atraviese de nuevo porque la necesito, porque es el único antídoto real contra la parte de mí que todavía intenta buscar explicaciones, matices, excusas que encajen mejor con lo que sentí a su lado.

No las hay.

No puede haberlas.

El jeep da un bandazo al pasar sobre un tramo de arena más blanda y tengo que corregir con rapidez, tensando los brazos hasta notar cómo protestan los músculos de los hombros. El vehículo derrapa apenas un segundo antes de recuperar la trazada, pero ese segundo es suficiente para recordarme que voy demasiado rápido para un terreno que no conozco y que una sola decisión torpe, un volantazo mal dado o una duna peor calculada bastarían para matarme sin necesidad de que nadie me persiga.

Me cuesta levantar el pie del acelerador, pero me obligo a ir un poco más despacio. La cuestión es que reducir la velocidad significa empezar a ver lo que me rodea con más claridad, y lo que me rodea no me gusta en absoluto.

No hay referencias, carretera ni señales, solo franjas de arena oscura, manchas de piedra, arbustos bajos y esa sensación cada vez más incómoda de que podría estar girando en círculos sin saberlo, de que la dirección que he elegido en un impulso de pura necesidad no me conduce a ninguna parte concreta, solo lejos de otra que me resultaba intolerable.

Miro el salpicadero y compruebo los niveles de combustible y de agua, y por primera vez noto una presión fría y limpia en el estómago que no tiene nada que ver con Kader, con la traición o el enfado, sino con algo mucho más simple y peligroso: la aritmética de la supervivencia.

No sé cuánto combustible lleva el coche, y no tengo ni idea de la distancia que he recorrido. No sé a cuántos kilómetros está el asentamiento más cercano, ni si al llegar seré recibida como una mujer en apuros o como una intrusa de la que conviene librarse.

Tampoco sé quién controla esta zona del desierto, ni cuántos hombres de Ag Alhassan, o de cualquier otro señor de la guerra, pueden estar moviéndose por las rutas que yo ni siquiera veo.

Aprieto más el volante, molesta por el modo en que mi propia cabeza empieza a enumerar cada agujero del plan con una lucidez irritante. No porque tenga razón —que la tiene—, sino porque me obliga a enfrentarme a una verdad que preferiría posponer un poco

más: he huido sin un destino claro, sin apoyo, sin agua suficiente y sin ninguna garantía de que lo que me espera fuera del campamento sea mejor que lo que he dejado atrás.

No significa que me haya equivocado, me niego a pensarlo, pero tampoco significa que esto sea sencillo.

Las luces del jeep recortan una elevación de arena más alta que las anteriores y giro demasiado tarde, así que la rueda delantera derecha sube más de la cuenta, el vehículo se inclina con violencia y durante un instante absoluto, breve y monstruoso, siento con total claridad que voy a volcar.

El tiempo se ralentiza.

Suelto un juramento entre dientes, corrijo por instinto, tiro del volante hacia el lado contrario y noto cómo el jeep patina, se desliza, se inclina un poco más y luego, por fin, golpea el suelo con una sacudida brutal que me lanza contra el respaldo y me deja sin aire durante un segundo.

Freno y espero.

El motor sigue encendido, vibrando como si también él necesitara unos segundos para convencerse de que seguimos en pie.

Yo también necesito un momento.

Me quedo inmóvil, con las manos aferradas al volante y la respiración demasiado rápida, mirando al frente sin ver realmente nada, mientras el miedo llega por fin de una forma distinta a la que esperaba. No entro en pánico, no me paralizo. Simplemente, tomo conciencia de la fragilidad de todo esto, de lo absurdo que sería morir sola en mitad de la nada por no haber querido aceptar que un plan desesperado sigue siendo un mal plan aunque la desesperación lo haga parecer inevitable.

Respiro una vez, y otra.

Luego aparto una mano del volante y me obligo a revisar el resto del interior del coche. Encuentro una cantimplora a medio llenar, una manta polvorienta, una cuerda, dos cargadores que no me sirven de

nada porque no llevo arma, y una linterna de mano que quizá tenga batería o quizá no. No es mucho, pero es algo.

Bebo un sorbo mínimo de la cantimplora y vuelvo a cerrar el tapón con cuidado.

Sigue sin haber nada a mi alrededor, ni luces lejanas, ni señales de vida, ni una sola referencia fiable.

Estoy sola, y la libertad se parece cada vez menos a esa palabra limpia y orgullosa que apareció en mi cabeza al principio y cada vez más a algo más sucio, más precario, una extensión vacía en la que cualquier error se cobra rápido y sin testigos.

Apoyo la frente un instante sobre el volante y cierro los ojos.

No pienso en volver, ni siquiera me permito formularlo, pero sí aparece otro pensamiento, más pequeño y traicionero, que intento expulsar nada más nacer y que, aun así, deja su rastro.

En el campamento, al menos, conocía las reglas.

Abro los ojos de golpe y levanto la cabeza, furiosa conmigo misma. Me niego a convertir un cautiverio en un refugio porque el desierto sea peor de lo que esperaba. No voy a darle la razón en nada solo porque el exterior sea hostil, ni voy a permitir que mi miedo confunda las cosas hasta ese punto.

Sigo enfadada y me siento traicionada, y sé que, si me hubiera quedado, tarde o temprano habría acabado en manos de otro hombre dispuesto a convertirme en herramienta o en trofeo, y eso basta.

Cojo el volante con decisión, me pongo en marcha otra vez con más cuidado y dejo que el jeep avance despacio al principio, tanteando el terreno, corrigiendo la dirección con prudencia.

La noche se hace más profunda, y el cansancio empieza a filtrarse por debajo de la adrenalina. Además, a medida que sigo avanzando sin saber muy bien hacia dónde, se instala una verdad que no quiero mirar de frente pero que ya no puedo ignorar: no estoy segura de ser capaz de sobrevivir aquí. Voy desarmada, no

tengo mapas, un teléfono ni más agua que lo que queda en la cantimplora. De hecho, ni siquiera sabría volver si me lo propusiera.

Aprieto el volante, fijo la vista en la línea de luz que se abre delante de mí y sigo conduciendo, porque detenerme aquí sería peor, y todavía prefiero este miedo al otro. De momento, la rabia sigue siendo combustible suficiente.

Lo que he empezado a entender es que huir no era el final de nada.

Era solo el principio.

31

Adrien

El rastro es demasiado evidente como para suponerme un problema. Supongo que no era su intención, pero no ha tenido alternativa, porque la huida que ha emprendido no responde a una estrategia sino a un impulso.

Las marcas en la arena lo dicen todo si sabes leerlas: cambios bruscos de dirección que no obedecen a ningún criterio lógico, aceleraciones mal medidas que se corrigen demasiado tarde, zonas donde el peso del vehículo se ha vencido hacia un lado más de lo que debería porque quien lo conduce no ha sabido anticipar el terreno, y pequeños errores acumulados que, por separado, no significan nada, pero juntos dibujan un patrón claro nada halagüeño para Nora, porque está actuando sin pensar, y eso, aquí, marca la diferencia entre la vida y la muerte.

Reduzco la velocidad lo justo para observar sin perder tiempo, dejando que la mirada recorra el terreno con la atención que da la experiencia, y mientras avanzo reconstruyo no solo por dónde ha pasado, sino por qué lo ha hecho así, en qué momentos ha dudado, cuándo ha forzado el vehículo más allá de lo que sabe controlar y cuánto le queda antes de que ese margen, ya de por sí escaso, se agote por completo.

No va a llegar lejos.

No en estas condiciones, sin agua suficiente y sin una dirección clara.

Aprieto la mandíbula apenas un instante al ser consciente de que conclusión es que, si no la encuentro en un plazo razonable de

tiempo, Nora se enfrentará a problemas muy serios, y ese punto está más cerca de lo que cree.

Amanece cuando acelero de nuevo, manteniendo un ritmo constante que me permita acortar distancia sin forzar el motor ni delatar mi posición antes de tiempo, y es entonces cuando la veo, no a ella, sino la luz de sus faros, una línea inestable en mitad de la oscuridad que sube y baja con el terreno y que confirma lo que ya sospechaba: no tiene ni idea de dónde está ni hacia dónde se dirige, porque en esa dirección va directa a uno de los campamentos de Ibrahim Ag Alhassan.

Apago mis luces y trazo una aproximación oblicua, evitando colocarme directamente detrás y reduciendo el ángulo hasta que la distancia deja de ser una variable relevante y pasa a ser simplemente un trámite, y cuando ya no queda nada que observar ni que ajustar y estoy tan cerca que le será imposible evitarme o esconderse, enciendo los faros.

El efecto es inmediato.

El jeep de Nora da un latigazo seco, como si hubiera recibido un golpe invisible, y durante ese instante en el que pierde el control, acelera.

No duda ni calcula, solo reacciona.

La veo forzar el vehículo más allá de lo razonable, derrapando en una zona donde la arena es más blanda, corrigiendo tarde, demasiado tarde, mientras el jeep pierde tracción y la trayectoria se vuelve errática, inestable, peligrosamente cerca de un vuelco que no sabría corregir si llega a producirse.

Acelero entonces, aunque no pretendo alcanzarla, sino cortarle el paso.

Cierro el ángulo y me coloco en paralelo el tiempo suficiente como para obligarla a decidir entre seguir forzando hasta romper el coche o frenar.

Como suponía, no se detiene. Otro error.

El jeep se hunde ligeramente en una zona irregular, rebota, pierde alineación y durante un segundo el mundo se inclina demasiado hacia un lado.

Ahí está el punto de ruptura.

Clavo el volante, me cruzo delante de su trayectoria y entonces sí… frena en seco.

El coche derrapa hacia un lateral, gira bruscamente y se detiene con un golpe seco que hace vibrar toda la estructura, como si hubiera estado a punto de deshacerse y se hubiera contenido en el último instante.

Me detengo a unos metros, lo suficiente para no invadir su espacio y, al mismo tiempo, para que entienda que huir ya no es una opción. Luego apago el motor y el silencio que queda después es denso, casi físico, roto únicamente por el leve crujido del metal al enfriarse y el viento desplazando la arena en capas finas que apenas se perciben.

La puerta del jeep se abre de golpe y Nora baja con un movimiento rápido, tenso, demasiado cargado de energía como para ser completamente controlado, y en cuanto se gira hacia mí, lo que encuentro en su mirada no deja lugar a interpretaciones.

Es pura rabia.

—¡Quítate de en medio —grita, y da media vuelta para volver a subir al jeep.

—Se acabó —le digo.

En ese momento, Nora se detiene solo un segundo.

—No —me escupe—, no se ha acabado en absoluto.

En ese momento, salta hacia delante e intenta golpearme con el puño. Lo esquivo por poco, y le sujeto del brazo antes de que vuelva a intentarlo.

—Suéltame —me exige rabiosa mientras se revuelve.

Me lanza el otro brazo para intentar zafarse y me empuja con todas sus fuerzas. Tengo claro que no está dispuesta a ceder ni un centímetro.

—¡Suéltame, joder!

—No.

Me limito a observarla mientras ella se mantiene rígida, como si todo en su cuerpo estuviera preparado para reaccionar antes incluso de saber a qué.

—¿Qué vas a hacer? —me grita entonces—. ¿Vas a llevarme de vuelta al campamento y a encerrarme en algún sitio o me vas a entregar directamente?

Comprendo que no espere otra cosa, que no contemple otra posibilidad. En su lugar, yo haría lo mismo.

—Sube al coche —le ordeno sin más.

La risa que se le escapa es breve, seca, casi sin aire.

—Ni de coña. —Da un paso atrás, aumentando una distancia que aquí no significa nada, pero que necesita mantener para sostener algo más importante que el espacio—. No voy a volver contigo —añade, y esta vez hay algo más que rabia en su voz—. No voy a ir a ningún sitio contigo —insiste.

Asiento despacio, sin moverme.

—Entonces, quédate —replico.

Se queda quieta, desconcertada apenas un instante, lo suficiente para que la duda se filtre a su cara antes de que pueda controlarla.

—¿Qué?

—Que te quedes —repito, señalando con un gesto leve la oscuridad que se extiende detrás de ella, esa extensión uniforme que hace unos minutos representaba una salida y que ahora empieza a mostrar su verdadera naturaleza—. Sigue conduciendo. A ver cuánto aguantas. Pronto será de día, el sol te ayudará a orientarte antes de matarte.

No hay amenaza en mis palabras, no hace falta, porque lo que hay ahí fuera no necesita que yo lo explique.

Nora traga saliva en un movimiento apenas perceptible y durante un segundo su mirada se desvía hacia el jeep, hacia el horizonte,

hacia ese espacio abierto que empieza a dejar de ser una idea para convertirse en un problema real.

—No necesito tu ayuda —dice al final, aunque su voz ya no suena igual. Le falta convicción.

—No —respondo con la misma calma—. Necesitas agua. Y combustible —añado—, y un mapa.

El silencio que sigue es más largo, más denso.

Nora no responde, así que doy un paso atrás, rompiendo la línea directa entre nosotros. No es una retirada, solo quiero demostrarle que hablo en serio cuando digo que la decisión es suya y solo suya. Me iré si me lo pide.

—Sigue —añado—. O sube.

No la miro ahora, y tampoco insisto. No voy a imponerle nada, solo quiero que entienda exactamente dónde está y qué implica cada opción, sin adornos, sin dramatismo, sin necesidad de dejar claro lo evidente.

Comprendo que no confíe en mí, tiene motivos, pero veo en su mirada que está empezando a confiar menos en lo que hay ahí fuera, y eso, de momento, es suficiente.

No le explico nada ni desmiento lo que cree. No corrijo la idea de que he venido a por ella para entregarla.

Todavía no es el momento, estoy seguro de que, diga lo que diga, no me creerá.

Y hace bien.

Nora no se mueve durante unos larguísimos segundos. Mantiene la mirada fija en mí, como si intentara leer lo que estoy pensando. Eso sí, la rabia sigue intacta en sus ojos.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —me pregunta cuando por fin se decide a hablar.

Frunzo el ceño.

—Sea lo que sea, no puedes hacer nada para evitarlo, ¿no crees?

—Claro que puedo —responde irónica—. Podría matarte.

Me echo a reír. La carcajada se me escapa sin que pueda controlarla, y en ese momento, Nora se agacha, coge un puñado de arena y me la lanza a la cara. Su puño vuela después en dirección a mi estómago. El golpe es duro y fuerte, me deja sin aliento durante un segundo, pero no es suficiente para noquearme. Antes de que pueda volver a pegarme, me aparto, estiro una pierna y la cruzo por detrás de las suyas.

Nora cae al suelo de culo.

La miro un instante en silencio.

—Sube —le digo después, una vez más—. Me estoy cansando de jueguecitos, sabes que podría reducirte sin esfuerzo y meterte en el coche maniatada, así que será mejor que lo hagas por voluntad propia, ¿no crees?

Se levanta del suelo, se sacude el pantalón y se dirige hacia mi jeep.

—Esto no significa que hayas ganado —dice con la voz baja pero firme. No respondo, y ella se detiene a mi altura—. Si subo —añade —, no es porque confíe en ti.

—No te lo he pedido.

Sus labios se tensan apenas un segundo.

—Tengo una serie de condiciones —añade.

Una nueva carcajada está a punto de escapar de mi boca, pero la contengo a tiempo.

—¿En serio crees que estás en situación de poner condiciones? Sube —repito.

Durante un instante parece que va a decir algo más, pero se contiene.

Aprieta la mandíbula, se gira y abre la puerta.

Antes de subir, se detiene un segundo con la mano apoyada en el marco, como si necesitara asegurarse de que no está cometiendo un error irreversible. Luego, entra, cierra con un golpe seco y clava la vista en el horizonte.

Sé que lo que voy a hacer está mal, muy mal, pero no tengo otra opción.

32

Nora

El golpe de la puerta del jeep resuena dentro de mi pecho como si hubiera cerrado algo más que un espacio físico, como si con ese gesto hubiera sellado una decisión que todavía no termino de procesar del todo, y durante unos segundos me quedo inmóvil, con la mano todavía apoyada en la manilla y el pulso desbocado, intentando convencerme de que no acabo de cometer el mayor error de mi vida.

Pero sé que lo he hecho, que me he equivocado.

En un segundo vuelvo a sentirme prisionera, y todo lo que acabo de intentar dejar atrás, vuelve a rodearme sin que pueda hacer nada por evitarlo.

Aprieto la mandíbula y me obligo a no mirar hacia su lado mientras rodea el vehículo, consciente de cada uno de sus movimientos aunque no los vea, como si mi cuerpo los anticipara por pura inercia, y cuando abre la puerta del conductor y se sienta, el espacio se reduce de golpe.

No me mira ni dice ni una sola palabra; simplemente, arranca y el ruido del motor lo invade todo. Suena distinto al que yo llevaba hace unos minutos, más estable, más contenido, como si el jeep también hubiera entendido que ha cambiado de manos, y durante un instante absurdo me doy cuenta de que incluso eso me irrita, como si hasta la máquina respondiera mejor a él que a mí.

No digo nada. No protesto, no lo insulto ni, por supuesto, le suplico.

No voy a darle ese gusto.

Pero tampoco me relajo. Mantengo el cuerpo tenso, preparado, con la mirada fija en el parabrisas aunque no vea más que oscuridad al principio, y cuando enciende los faros y el terreno aparece ante nosotros, soy plenamente consciente de la dirección que ha tomado. El amanecer está ante nosotros, y debería quedar detrás…

—No vamos hacia el campamento —le digo.

—No.

Su confirmación es seca, sin matices ni intención de explicarse, y eso no me tranquiliza, al contrario, porque si algo he aprendido en estas semanas es que lo más peligroso no es lo que dice, sino lo que decide no decir. Lo que oculta.

Trago saliva y guardo silencio de nuevo mientras intento ordenar las ideas y acallar mi mente. Solo hay un segundo destino posible.

—Vas a entregarme —digo en voz baja y grave.

Él no responde.

Claro que no.

Ni siquiera me mira.

Intento abrir la puerta del jeep para saltar del vehículo. Prefiero morir en el desierto que a manos de quien haya pagado por mí, pero no puedo. Está atrancada. Golpeo la ventanilla con los puños e intento patear el cristal delantero cuando no consigo romperlo, pero todo en ese jeep parece a prueba de balas.

—¡Hijo de puta! —le grito después.

Me vuelvo hacia él y le lanzo un puñetazo a la cara que él esquiva por poco. Cuando lanzo el segundo, su mano se convierte en una zarpa y atrapa mi brazo con fuerza. Intento soltarme, pero es imposible, así que me revuelvo en el asiento para intentar utilizar el otro brazo y él estira el suyo para mantenerme a una distancia segura.

—¡Estate quieta! —grita entonces. Al instante, clava el pie en el freno y el coche clava las ruedas en la arena. Los dos salimos despedidos hacia delante mientras yo sigo intentando golpearlo y salir de allí y él, impedírmelo.

Cuando el coche se detiene por completo, me sujeta la otra mano y me obliga a girarme hacia él con un tirón brusco.

—Estate quieta —repite entre dientes.

Lo miro durante un largo minuto con las mandíbulas apretadas. Me va a estallar la cabeza porque no puedo hacer nada para evitar lo que sea que va a pasar.

—Mátame —le pido—. Hazlo. Tienes un arma. Vamos ahí fuera y dispárame en la cabeza. Sabes lo que me harán si me entregas —continúo—. No lo permitas. He cuidado de tus hombres, de la gente del campamento. Me lo debes. No me entregues…

—¿Vas a estarte quieta mientras conduzco? —Su voz es tan fría como sus ojos.

—Déjame bajar —respondo—. Puedes decir que he escapado, o que me has matado, o que he muerto en una de las incursiones. Déjame aquí.

—No.

Siento que una oleada de miedo empieza a recorrer mi cuerpo, dejándome sin fuerzas. No es morir lo que me asusta, sino el tormento que pueden infligirme hasta que llegue ese instante.

El sudor que me corre por la espalda no tiene nada que ver con el calor. De hecho, la noche es fría en el desierto.

—¿Adónde me llevas? —pregunto en voz baja.

Lo oigo soltar el aire y a continuación afloja la presa con la que mantiene mis brazos apresados. Cuando los dedos dejan de apretar, se convierten en piel que acaricia mi piel.

Me aparto al instante y cruzo los brazos por delante de mi pecho. No quiero que me toque, no quiero sentir su calor, su tacto… No quiero nada.

—Lejos de aquí —responde por fin.

Una risa breve se me escapa antes de que pueda evitarlo.

—Eso no significa nada. Lejos puede ser al campamento de Ag Alhassan.

Kader se encoge de hombros y coge de nuevo el volante con las dos manos.

—Podría —dice sin más.

Aprieto los labios y giro la cabeza lo justo para mirarlo de reojo, sin concederle más de lo necesario, analizando cada gesto, cada mínimo cambio en su expresión, buscando algo que me permita adivinar sus intenciones, pero no lo encuentro.

—Podría es una respuesta muy vaga —protesto—. Creo que me debes una explicación.

—No te debo nada, doctora. Solo hiciste lo que tenías que hacer.

La calma con la que lo dice me saca de quicio mucho más que cualquier amenaza.

Giro el cuerpo un poco más hacia él mientras siento cómo me hierve la sangre.

—Eres un hijo de puta.

—Lo sé —acepta con una sonrisa cínica.

Podría matarlo ahora mismo, con mis propias manos…

Aprieto los brazos sobre mi torso y clavo la mirada en el horizonte. El cielo se está tiñendo de un precioso tono violeta que comienza a dibujar el contorno del desierto, y lo que hasta ahora me parecía terrorífico, de pronto se transforma en un espacio cálido y acogedor. La arena naranja, la franja violácea bajo el cielo todavía oscuro, las estrellas que se empeñan en quedarse un rato más para ver cómo el sol se adueña del cielo. La luna, todavía suspendida a un lado, esperando un minuto más antes de desaparecer.

Todo a mi alrededor es magia y belleza. Todo, excepto el hecho de que estoy prisionera dentro de un jeep del que no puedo escapar, en manos de un hombre en el que durante un instante fugaz creí poder confiar y que conduce directamente hacia el hombre que ha pagado por mí.

—Cuéntame en qué consiste el trato, quizá pueda… —empiezo.

—Ya no hay trato —me corta antes de que termine.

Lo miro fijamente.

—No te creo —replico.

—No es un problema de fe.

Me quedo en silencio un segundo, procesando la respuesta con los dientes apretados, buscando la trampa, el matiz, lo que no me está diciendo.

—Entonces, explícame qué coño estás haciendo.

—Conduciendo —responde sin más.

Lo miro, y soy incapaz de distinguir si está jugando conmigo o si esa es, de verdad, la única respuesta que está dispuesto a darme.

—No pienso quedarme contigo —digo—. En cuanto tenga una oportunidad, me largaré.

—No te he pedido que te quedes —contesta lacónico, con la vista fija en el desierto.

—No confío en ti, y no lo haré nunca —continúo.

—Me parece razonable.

Parpadeo.

No es la respuesta que esperaba, porque no es útil.

—Y en cuanto pueda, voy a largarme —insisto, más firme.

—También es razonable.

¿Por qué me está dando la razón? Ya sé que es un idiota, pero esto…

—Entonces, ¿qué quieres? —pregunto por fin.

Kader no responde. Sigue conduciendo como si nada, dando pequeños golpecitos de vez en cuando con los dedos en el volante. Como si estuviera…

—¿Estás cantando?

Sonríe y me mira durante una fracción de segundo.

—Sí, ¿quieres oír la canción? Puedo cantar en voz alta. Es mejor que escuchar cómo chirrían tus dientes.

Me quedo quieta un segundo. No sé si está bromeando o si me está provocando.

Me aprieto los costados con fuerza mientras intento comprender qué está pasando. ¿Se ha vuelto loco de verdad?

—Dime adónde vamos —le pido por enésima vez.

Él vuelve a mirarme.

—¿Qué más da? —responde—. No puedes hacer nada por evitarlo, así que cálmate y cállate.

Desde luego, sé que en ese momento sería perfectamente capaz de matarlo y, además, disfrutaría haciéndolo.

33

Adrien

El jeep arde por dentro y por fuera. Ni siquiera es mediodía, pero el aire se vuelve casi irrespirable en el interior del vehículo mucho antes de que el sol alcance su punto más alto, filtrándose primero como una incomodidad leve que se adhiere a la piel y que ha terminado por convertirse en una sensación casi física y muy desagradable. El aire acondicionado funciona a su máxima potencia, pero solo sirve para remover el aire caliente que se nos pega a la piel.

Hace mucho que comprendí que no hay forma de mantener a raya al desierto cuando decide imponerse, pero no digo nada y sigo conduciendo.

Mantengo una velocidad constante, evitando zonas de arena suelta, corrigiendo con precisión cada irregularidad del terreno mientras dejo que las horas pasen en silencio. A mi lado, Nora no se ha relajado en ningún momento, y no necesito mirarla para saberlo, me basta con percibir cómo su cuerpo sigue en estado de alerta. Sé que su silencio no es enfado, y tampoco se trata de que no sepa qué decir. Se está conteniendo, concentra su atención en lo que para ella es importante, está preparada para reaccionar ante cualquier situación.

Y me vigila.

El combustible aguanta, el agua también, y los víveres son suficientes para varios días, pero no voy a forzar la marcha cuando no es necesario, porque el error aquí no suele ser inmediato, sino acumulativo, y cuando aparece, ya no hay margen para corregirlo.

Una irregularidad en el paisaje que rompe la monotonía del terreno me indica que estamos llegando al oasis. Es un pequeño espacio que, aunque apenas cuenta con unas pocas palmeras y una lámina de agua escasa y casi siempre sucia, es suficiente para que podamos detenernos, descansar, reorganizarnos y esperar a que el calor deje de ser un factor crítico.

Reduzco la velocidad hasta que el jeep se detiene bajo la sombra irregular de las palmeras y apago el motor. Durante un instante, ninguno de los dos se mueve, como si el simple hecho de detenernos hubiera alterado el equilibrio precario que manteníamos en movimiento.

—Baja —le pido, aunque sé que ella se lo va a tomar como una orden.

Abro la puerta y salgo sin esperar a ver si me sigue, consciente de que lo hará, y no porque confíe en mí, sino porque quedarse dentro no mejora su situación en nada. El calor en el exterior me golpea y me sacude con una fuerza a la que no he conseguido acostumbrarme.

Oigo la puerta y sé que Nora también ha bajado. Me acerco a la parte trasera, saco una cantimplora y algo de comida de una de las bolsas y rodeo en coche en dirección a la sombra. Me giro y veo que ella ya está fuera, observando el entorno con esa mezcla de cautela y cálculo que no ha desaparecido en ningún momento.

Le tiendo el agua, pero no la coge de inmediato. Primero mira la cantimplora, y sé que lo que está pensando.

—No está envenenada —digo por fin—. Y tampoco te voy a pedir nada a cambio, tranquila.

—Estoy tranquila —gruñe mientras me arranca la cantimplora de la mano. Luego bebe despacio y sin pasarse, lo justo para hidratarse. Es lógico, no sabe cuánta agua he traido ni cuánto tiempo vamos a viajar, así que ha preferido ser conservadora. La militar que lleva dentro la obliga a no actuar por impulso, a pensar y calibrar cada detalle, cada posibilidad. Estoy seguro de que eso le ha servido para salvar la vida más de una vez.

Se apoya en una de las palmeras, sin perderme de vista en ningún momento.

Me devuelve la cantimplora y se da media vuelta, dándome la espalda. La veo caminar despacio hacia las palmeras y el pequeño charco oscuro. Se detiene junto a un tronco grueso y áspero y me mira con el ceño fruncido.

—Dímelo claro —dice a continuación—, ¿vas a entregarme?

—Vaya —respondo—, no te andas con rodeos.

—Quiero saber lo que me espera. Prefiero decidir mi propio final. ¿Vas a entregarme? —repite.

La observo un instante antes de responder, y no porque dude, sino porque sé que la respuesta, por sí sola, no va a resolver nada.

—No —digo por fin.

Me mira en silencio, pero sé que mi respuesta no la ha aliviado. De hecho, estoy convencido de que sigue dudando, y no le falta razón. Veo sus hombros en tensión, el cuello rígido, los puños apretados a los lados de su cuerpo. Ha flexionado ligeramente las rodillas, lista para atacar o salir corriendo. Luego, se relaja mínimamente. Es lista, sabe que no puede ganar en ninguno de los dos escenarios.

—¿Seguro? —insiste—. No entiendo…

No termina la frase, pero no hace falta.

Podría responder de muchas formas. Elijo la más simple.

—Ya no hay trato.

Su mirada no cambia, pero algo se endurece en ella, como si esa afirmación no fuera suficiente.

—Eso ya lo has dicho antes, cuando me cazaste, y aún así, me has metido en un jeep y me llevas en dirección contraria a la base francesa.

Asiento apenas.

—Lo que dije antes es igual de cierto que lo que te he dicho ahora.

El aire entre nosotros se vuelve más denso. Me sostiene la mirada sin pestañear, con el ceño todavía fruncido. Casi puedo oír cómo su cerebro funciona a toda velocidad.

—¿Por qué has cambiado de opinión? —me pregunta después.

En lugar de responder, doy un paso hacia ella despacio, sin brusquedad, pero en cuanto lo hago, percibo cómo su cuerpo reacciona antes que su mente, tensándose, evaluando, conteniendo, hasta que retrocede un paso, luego otro, manteniendo la mirada fija en mí.

Al parecer, no es suficiente, porque sigue retrocediendo hasta que su espalda encuentra el tronco de la palmera, y cuando ya no tiene más margen, yo doy un paso más hasta que me detengo a escasos centímetros, lo bastante cerca como para sentir su respiración, lo bastante lejos como para que la distancia siga siendo segura para ella.

Un solo movimiento eliminaría la distancia.

La idea me tienta, pero…

—¿De verdad quieres saberlo? —pregunto en voz baja, pero sin apartar la mirada.

—Sí —responde sin dudar.

La observo mientras pienso qué decir, consciente de que cualquier respuesta directa alteraría algo que todavía no estoy dispuesto a definir.

—No te serviría de nada —digo finalmente.

El cambio en su expresión es mínimo, pero suficiente.

—Eso no es una respuesta —protesta.

—Es la única que vas a tener, así que relájate. Debería bastarte con eso —añado—. No voy a entregarte.

—No puedes obligarme a… —Sus palabras se pierden en el cielo abrasador del desierto. Desde donde estoy puedo ver su piel brillante, sus ojos esmeralda, sus pestañas oscuras, la gota de sudor que se desliza hacia su cuello.

El silencio que sigue se carga de todo lo que no decimos, de lo que evitamos, de lo que todavía no tiene forma, y durante un instante en el que todo parece reducirse a esa distancia mínima entre nosotros, la posibilidad de cerrar el espacio deja de ser abstracta y se convierte en algo tangible, inmediato, algo que podría ocurrir sin esfuerzo si dejo de contenerme.

Pero no lo hago.

Apoyo la mano en el tronco, a su lado, sin tocarla, marcando el espacio sin invadirlo del todo.

—No —digo, sin elevar la voz—, pero tampoco podrías evitarlo.

No es una amenaza, pero tampoco es una frase inocente.

Sé que ella lo entiende, lo veo en cómo se le acelera la respiración apenas un segundo, en cómo mantiene sus ojos en los míos a pesar de todo.

—Entonces, no lo hagas.

La respuesta llega firme, sin temblor, sin retroceso, y aunque no puede moverse, atrapada entre el tronco y mi cuerpo, no se acobarda, no cede ni rompe esa línea que ha decidido mantener.

La miro un instante más y luego doy un paso atrás.

Ma alejo, pero queda claro que no es una retirada. Quiero que quede claro que el límite sigue estando donde yo decida colocarlo. Cuando me alejo del todo, el espacio vuelve a existir, aunque ya no es el mismo.

—Vamos a comer —digo mientras le doy la espalda y regreso hacia el jeep—. Nos iremos cuando baje el sol.

Nora no se mueve, se queda exactamente donde está, con la misma tensión, la misma desconfianza, la misma mirada retadora.

Suspiro y busco la carne seca en la bolsa de lona.

Esta mujer es imposible, pero no puedo hacer nada. De hecho, ni siquiera sé por qué hago lo que estoy haciendo ni por qué me preocupa tan poco la posibilidad de morir por mi decisión.

34

Nora

El calor no desaparece cuando nos detenemos. Solo cambia de forma. Dentro del jeep era una presencia incómoda y constante que se pegaba a la piel y a la ropa hasta volverse insoportable, pero fuera es distinto, más directo, abrasador, casi doloroso, como si el desierto dejara de filtrarse y se impusiera sin intermediarios, obligándome a sentir cada grado, cada ráfaga de aire caliente que se desliza sobre la arena y que, incluso a la sombra de las palmeras, no llega a convertirse en alivio real.

No me muevo del sitio en el que me ha dejado.

Sigo apoyada en el tronco áspero, con la espalda pegada a la corteza rugosa y la mirada fija en un punto indefinido del horizonte, aunque en realidad no estoy viendo nada, porque toda mi atención sigue concentrada en lo que acaba de pasar, en la distancia que ha decidido no cruzar y en la forma en la que eso, lejos de tranquilizarme, ha abierto una grieta incómoda que no sé cómo gestionar.

Aprieto los brazos contra el torso, no porque tenga frío —aquí no existe esa palabra— sino como una forma instintiva de mantener algo bajo control, aunque no tenga claro qué es exactamente lo que intento contener, si el temblor que todavía me recorre o esa sensación extraña, contradictoria, que se ha instalado en algún punto entre el rechazo y algo que no quiero nombrar.

No voy a pensar en eso.

No aquí.

No ahora.

Me separo del tronco y camino hacia el agua, obligándome a centrarme en lo tangible, en lo que sí importa, en lo que puede marcar la diferencia entre seguir adelante o no hacerlo, y cuando me agacho junto a la pequeña lámina oscura que apenas refleja el cielo, lo primero que percibo es el olor, denso, estancado, con ese matiz agrio que deja claro que no es una fuente fiable, y mucho menos sin tratamiento.

Hundo las manos en el agua, igual de tibia que todo lo que me rodea, y me empapo el cuello, el escote y el pelo. Me mojo también los brazos, y luego observo cómo el aire del desierto me seca la piel casi de inmediato.

Me paso la lengua por los labios y me incorporo despacio, consciente de pronto del tremendo cansancio que se está apoderando de mí. ¿Hace cuánto que no duermo, que no descanso siquiera? He perdido la cuenta de las horas que llevo despierta, atendiendo enfermos y heridos primero, conduciendo por el desierto más tarde, luchando por mi vida.

Estoy agotada, nada me gustaría más que poder descansar un rato, pero ese es un lujo que, de momento, no puedo permitirme.

Giro despacio la cabeza hasta que lo localizo. Está junto al jeep, de espaldas a mí, revisando las bolsas con esa precisión metódica que ya le he visto otras veces, y durante un instante muy breve, mi mente se pone en marcha.

Calcula la distancia, el tiempo y mis opciones.

Podría intentar huir ahora.

El terreno no es favorable, el calor juega en mi contra y no tengo agua suficiente, pero aun así, la idea aparece, se instala en mi mente e insiste, como si el simple hecho de estar fuera del campamento hubiera reactivado algo que no pienso dejar morir.

Doy un paso y luego otro, pero no en dirección contraria, sino hacia él. Necesito comprobar su nivel de atención. No reacciona, al menos no de forma evidente.

Sigo avanzando, desviándome ligeramente hacia un lateral, fingiendo que observo el entorno, como si no hubiera nada más detrás de ese movimiento, pero sé que lo hay, y también sé que él lo sabe, aunque no se gire.

Aprieto los dientes y doy un paso más.

El calor aprieta, el sol cae a plomo y tengo la garganta seca.

Y entonces, la idea de seguir avanzando empieza a perder sentido frente a la realidad física que se impone con una claridad brutal y me detengo.

No porque él me lo impida, sino porque soy dolorosamente consciente de que jamás lograría sobrevivir sola en el desierto.

La frustración me golpea con una fuerza inesperada, más por lo que implica que por el intento en sí, que se ha escurrido como la arena entre mis dedos, y durante un segundo cierro los ojos y respiro hondo, obligándome a aceptar algo que no quiero admitir.

No es el momento, y quizá no lo sea nunca.

Estoy en sus manos, a merced de un mercenario que me hace sentir…

No quiero pensar en eso, no, no, no.

Me doy la vuelta con un gesto seco y regreso hacia la sombra sin mirarlo, aunque sé que ha registrado cada uno de mis movimientos sin necesidad de girarse.

Por supuesto que lo ha hecho.

Me siento en la arena y apoyo la espalda contra una de las palmeras, manteniendo la distancia suficiente para que no parezca que dependo de su presencia, aunque la realidad sea más incómoda de lo que me gustaría reconocer.

Él es el dueño del agua, de la comida, del jeep… Y la realidad es que, en este momento, salir de aquí sin él no es una opción real.

Aprieto los dedos contra la tela de mis pantalones, sintiendo cómo la rabia vuelve a abrirse paso con fuerza renovada, alimentada ahora no solo por el secuestro y la traición de Kader, sino por algo que me escuece aún más en este momento: mi dependencia de él.

Levanto la vista cuando se acerca. Me mira con la cabeza agachada y los ojos clavados en mí. Es como un depredador, siempre listo para saltar sobre su presa… Solo que en este momento, la presa soy yo.

Me tiende algo de comida sin decir una sola palabra, como si el gesto no tuviera mayor importancia, como si fuera un trámite más dentro de una rutina que solo él parece dominar.

De acuerdo, jugaremos al mismo juego.

Me pongo de pie, lo cojo y me alejo sin darle las gracias.

Elijo otra palmera, un poco alejada del agua estancada, que despide un olor intenso, ácido y muy molesto, y me siento en el suelo. El cuenco que me ha dado contiene, cómo no, carne de cabra, pero está tan seca y dura que echo de menos el guiso del cocinero del campamento. No tengo tenedor ni cuchillo, así que me froto las manos contra el pantalón para intentar limpiármelas un poco y como con los dedos.

Mastico despacio, obligándome a tragar aunque el estómago esté cerrado, aunque cada bocado me sepa a polvo, porque sé que necesito energía, sé que aquí no hay margen para el orgullo cuando el cuerpo empieza a fallar. Y yo no puedo permitirme fallar.

Kader come de pie a unos metros de mí. Lo sorprendo mirándome un par de veces, así que levanto un poco el culo para girar el cuerpo y no tenerlo de frente. Ahora, ante mí se extiende un mar inmenso de arena ardiente. El infierno.

El silencio se alarga entre nosotros, y durante un rato me concentro en lo básico, en regular la respiración, en no pensar más allá de la siguiente hora, del siguiente movimiento, del siguiente sorbo de agua. En masticar esa carne de cartón…

Pero no dura mucho. El nudo que tengo en el estómago convierte la comida en bilis y siento que me hierve la sangre de nuevo por todo lo que no me ha contado.

—Si no hay trato —digo al fin, sin mirarlo—, entonces, esto no tiene sentido. Podrías haberme dejado allí —añado—. O dispararme.

Habría sido más coherente. —Levanto la vista entonces y lo miro de frente. Encuentro sus ojos de acero, fríos y afilados—. ¿Por qué no lo hiciste?

La pregunta se queda suspendida entre nosotros, más pesada de lo que debería, porque no es solo una cuestión práctica, ni siquiera estratégica, y los dos lo sabemos.

Espero su respuesta mientras me esfuerzo por controlar mi respiración y, de paso, aplacar a mi corazón, que ha decidido cabalgar dentro de mi pecho. Pero no puedo seguir rumiando en mi mente sobre lo que va a pasar, necesito respuestas, certezas, sean las que sean. Tengo que encontrar algo sólido a lo que agarrarme, aunque sea para seguir odiándolo como antes.

Pero lo que encuentro en su silencio no es una respuesta, sino algo muy distinto, algo que no esperaba y que no encaja con nada de lo que ha pasado. O sí… Y eso es peor.

Porque no puedo permitirme dudar. Tengo que recordar quién es, qué es, qué hace… No puedo olvidar el secuestro, la cabaña, los guardias, el beso…

Mierda. El recuerdo se cuela como un intruso y me apresuro a echarlo de mi mente, pero aunque se aleja, deja tras de sí una estela demasiado brillante que intento infructuosamente apagar.

Mierda, mierda.

Y, sin embargo, mientras el sol sigue ascendiendo y el calor vuelve a cerrarse a nuestro alrededor como una trampa lenta y constante, la certeza que tenía hace apenas unas horas empieza a resquebrajarse por los bordes, lo suficiente como para que algo incómodo y persistente empiece a filtrarse por las grietas.

No es confianza, ni de lejos, pero tampoco es lo mismo que antes.

No consigo odiarlo, y un resquicio de algo parecido a la confianza se está instalando en un rincón de mi mente.

Y eso es un problema.

35

Adrien

Entiendo la actitud de Nora, juro que la entiendo, pero no hay nada que yo pueda hacer para que algo de todo lo que está pasando, cambie. Decido al menos respetar su espacio y dejarla comer a solas. Doy media vuelta para regresar junto al jeep y entonces, lo veo.

Polvo.

No es una nube grande, ni una pared levantándose en el horizonte como ocurre cuando el viento decide mover el desierto de sitio, sino una línea baja, irregular, demasiado compacta para ser natural, que avanza desde el este con una persistencia y una velocidad que no pertenece al paisaje. Durante unos segundos mantengo la vista fija en ese punto, sin moverme, dejando que la información llegue completa antes de convertirla en una conclusión, porque aquí una mala lectura puede matarte con más rapidez que una bala.

Suelto el aire que guardo en los pulmones y acepto lo inevitable. La verdad es que no me sorprende en absoluto. Ag Alhassan no podía dejarlo pasar. Un trato incumplido es mucho más que eso cuando quien lo rompe ha firmado su supervivencia sobre una red de acuerdos, amenazas y equilibrios precarios; es una grieta pública, una invitación para que otros se pregunten si pueden exigir, discutir o desafiar. Si no responde, perderá autoridad. Si pierde autoridad, perderá hombres. Y si pierde hombres, alguien terminará enterrándolo en una zanja antes de que acabe la estación seca.

Así funciona este mundo.

Lo sé.

Ag Alhassan viene a exigir que se cumpla el trato o a cobrarse mi vida como castigo. Y la de Nora.

Durante una fracción de segundo, miro hacia ella. Sigue sentada a la sombra de una palmera, con el cuenco entre las manos y la espalda rígida, demasiado lejos de mí para que pueda fingir que esa distancia es casual. No ha dejado de vigilarme desde que nos detuvimos, pero ahora no me mira a mí, sino al agua oscura del oasis. Parece perdida en sus pensamientos, sean los que sean.

—Levántate —digo de pronto.

Ella gira la cabeza despacio, y lo que ve en mi cara basta para que no responda de inmediato con una réplica.

—¿Qué pasa?

Señalo el horizonte y sus ojos siguen la dirección de mi mano, se estrechan contra la luz y tardan unos segundos más que los míos en encontrar la línea de polvo.

Cuando lo hace, se pone en pie.

—¿Quiénes son?

—No puedo estar seguro, pero apostaría a que se trata de Ag Alhassan.

Se gira de nuevo hacia la franja de polvo y luego me mira con el ceño fruncido.

—Son muchos —dice sin más.

—Sí.

No hay gritos ni lamentos, nada de drama ni adornos. Nora no se queda paralizada, y eso me dice algo de ella que ya sabía, pero que en este momento necesito confirmar: puede estar furiosa, traicionada, agotada, pero sigue siendo una militar, y cuando el peligro deja de ser una idea y se convierte en un hecho, su cuerpo recuerda antes que su orgullo y se pone en marcha.

—¿Eres capaz de calcular cuántos? —me pregunta.

Vuelvo a mirar la nube de polvo.

—Tres vehículos —respondo—. Puede que cuatro.

—¿Cuánto tiempo tenemos? Porque se dirigen hacia aquí, ¿no?

Calculo la distancia, el terreno, y la velocidad probable a la que avanzan. Son muchas variables, pero mi experiencia vale tanto como cualquier fórmula matemática.

—Menos de diez minutos si vienen directos. Algo más si rodean el oasis.

Ella aprieta la mandíbula.

—¿Van a rodearlo?

—No, si creen que pueden sorprendernos. Si sospechan que los hemos visto, se dividirán para abarcar el máximo espacio posible y dificultar la defensa y la huida.

La veo procesar la información con rapidez, reconstruyendo la escena antes de que ocurra, y durante un segundo puedo leer el cambio en su expresión, la transición entre la mujer que hace unos minutos me habría apuñalado con cualquier objeto a mano y la capitana que entiende que estar de pie discutiendo bajo una palmera no sirve de nada cuando se acercan un montón hombres armados.

—¿Cuál es el plan? —pregunta.

No dice «tu plan». Dice «el plan». Esto es una grata sorpresa.

—Vamos a intentar movernos ahora. Utilizaremos el jeep como cobertura, salimos por el lado oeste del oasis y usamos las palmeras para romper la primera línea de tiro. Si conseguimos ganar terreno antes de que entren en un alcance cómodo para las balas, podemos perderlos en las dunas.

—¿Y si no?

Me giro hacia el vehículo.

—Entonces, al menos intentaremos retrasarlos lo suficiente, dividirlos e intentar que no nos rodeen.

No pregunto si sabe conducir en estas condiciones. Ya la he visto hacerlo, y aunque no lo hizo bien, tampoco se mató, que aquí cuenta como una forma aceptable de competencia.

Saco el fusil del compartimento trasero y reviso el cargador. Luego cojo dos más y los dejo sobre el asiento. Ella se acerca al otro lado para ver lo que hago.

—Puedo conducir —dice.

La miro apenas un segundo.

—Lo sé. De acuerdo.

No hay tiempo para decir más, y, por una vez, tampoco parece necesitarlo.

Nos movemos deprisa, con una precisión urgente, condicionada por el calor y, sobre todo, por esa línea de polvo que sigue avanzando al fondo y que siento como una cuenta atrás. Nora se pone al volante, ajusta el asiento con un tirón brusco, coloca la mano sobre la palanca de cambios y me mira cuando está lista.

—Dime por dónde.

Rodeo el capó y subo al lado del acompañante con el fusil apoyado entre las piernas.

—Cuando arranques, no vayas recta hacia el oeste. Ya pueden vernos, así que les haremos creer que dudamos. Luego, gira al sur en cuanto lleguemos a aquella depresión.

Señalo una zona donde la arena cae ligeramente antes de levantarse en una serie de dunas bajas.

Ella sigue mi gesto, asiente y arranca.

El motor responde con un rugido que, en otras circunstancias, habría intentado evitar. Ahora ya no importa. Saben que estamos aquí y vienen a por nosotros.

Nora acelera con decisión y avanza con una destreza que no demostró durante la noche, quizá porque ahora no conduce para huir de mí, sino para seguir con vida. El jeep salta sobre una irregularidad del terreno, cae con violencia y ella corrige sin que tenga que decirle nada.

Bien.

Miro por el retrovisor lateral y compruebo que la nube de polvo se está abriendo.

Son al menos tres vehículos y, como temía, se están separando para intentar rodearnos.

—Más rápido —digo.

—Estoy yendo rápido.

—No lo suficiente.

Aprieta los dientes, pero obedece. El jeep gana velocidad y la sombra del oasis queda atrás, reducida a una mancha absurda en mitad de un paisaje demasiado grande. Durante unos segundos parece que podemos conseguirlo, que la distancia todavía juega a nuestro favor, que la primera ráfaga no llegará hasta que hayamos alcanzado el terreno más irregular que nos favorecerá.

Pero entonces, los disparos empiezan a levantar arena a nuestra derecha.

No nos han alcanzado.

Todavía.

—Agáchate un poco —le ordeno.

—Estoy conduciendo.

—Echa el culo hacia delante y baja el cuerpo —insisto casi en un grito.

Me dedica una mirada furiosa de medio segundo, pero se inclina lo necesario para que yo medio cuerpo por la ventanilla, apoye el fusil contra el marco y dispare hacia el vehículo que viene más adelantado. Sé que es difícil acertar a esa distancia y a esa velocidad, pero quiero obligarlos a mantener la distancia, a corregir la trayectoria y a perder la línea limpia de tiro.

Funciona a medias.

El primer todoterreno se desvía, pero el segundo aprovecha el hueco y acelera.

—A la izquierda —digo—. Ahora.

Nora gira sin preguntar. Demasiado brusco, pero útil. El jeep derrapa, la parte trasera se desplaza y por un instante el mundo parece inclinarse bajo nosotros, pero ella recupera el control con una maldición entre dientes y nos mete en la depresión que le había señalado.

Las balas pasan por encima durante un par de segundos.

Pocos, pero suficientes.

—¿Tienes un arma? —pregunta sin apartar la vista del terreno.

—En la guantera.

La abre con una mano mientras sostiene el volante con la otra, encuentra la pistola y la deja sobre su muslo sin dejar de conducir.

El vehículo perseguidor aparece por encima de la depresión a toda velocidad. Levanto el fusil, apunto al frontal y disparo una ráfaga corta. El parabrisas se agrieta, el conductor pierde la línea y el todoterreno se cruza lo justo para obligar al tercero a frenar.

—Sigue —digo.

—Eso intento.

La voz de Nora suena tensa, pero no rota. Hay miedo, claro que lo hay; cualquiera que diga no sentir miedo bajo el fuego es un mentiroso o un idiota. Pero se aguanta y lo convierte en su aliado, en decisión y acción.

De pronto, un golpe metálico y seco me indica que nos ha alcanzado un impacto. El jeep vibra bajo nosotros como si hubiera recibido un puñetazo.

—¿Nos han dado?

—Sí.

—¿Dónde?

Miro el panel, el retrovisor, el comportamiento del vehículo.

—No lo sé todavía. Sigue.

Otro impacto. Esos hijos de puta tienen buena puntería.

Esta vez, el cristal trasero estalla en una lluvia de fragmentos que se cuela en el interior con un sonido brutal. Nora se encoge por

instinto, pero no suelta el volante. Siento un corte superficial en la mejilla, nada importante. Disparo otra ráfaga hacia la parte trasera, pero el jeep se mueve tanto que es imposible acertar. Al menos, he conseguido que se abran un poco.

—Necesito que conduzcas más estable, no puedo apuntar —le pido.

—Y yo necesito que dejen de dispararme —gruñe con los dientes apretados.

—Haz tu parte y yo haré la mía.

—Qué tranquilizador.

A pesar de todo, casi sonrío.

El terreno cambia de pronto. La depresión termina y delante aparece una zona de dunas bajas cruzadas por franjas de piedra. Mala para correr. Buena para ganar terreno en una persecución si eres capaz de utilizarla a tu favor. Nora no la conoce, pero aprende rápido.

—No subas por el centro —grito por encima del rugido del motor —. Bordea la cresta. Si subes hasta arriba, nos verán enteros y seremos un blanco fácil.

No responde, pero corrige la trayectoria y hace exactamente lo que le he dicho.

Bien.

Muy bien.

Los perseguidores se separan. Uno intenta flanquearnos por la derecha mientras otro se mantiene detrás. El tercero ha perdido distancia; quizá alguno de los disparos acertó, aunque también es posible que se mantenga detrás por prudencia o por estrategia. En cualquier caso, no importa. Dos vehículos son suficientes para ponernos en serios problemas.

—Cuando te diga, frena.

—¿Qué? —grita ella.

—Frena.

—¿Estás loco?

—Todavía no. —La miro apenas un instante, lo justo para que vea que hablo en serio—. Cuando te diga. ¿Lista?

Nora inspira, exhala y asiente con rigidez mientras sigue conduciendo a toda velocidad.

El todoterreno de la derecha acelera para cerrarnos el paso. Si sigue así, nos obligará a desplazarnos hacia la zona de piedra y reventaremos una rueda antes de poder corregir la trayectoria. Espero un segundo, dos.

El ángulo se cierra. El conductor cree que nos tiene.

—Ahora —grito.

Nora pisa el freno con fuerza.

El jeep se clava en la arena, el cinturón me golpea el pecho y el todoterreno que intentaba cortarnos el paso cruza por delante de nosotros a demasiada velocidad. Ya estoy apuntando antes de que termine de pasar. Disparo a la rueda trasera una ráfaga rápida y veo cómo la goma revienta.

El vehículo pierde estabilidad, derrapa y vuelca sobre el costado con violencia, levantando una nube de arena y metal.

Nora no se queda mirando ni espera nuevas instrucciones, sino que vuelve a acelerar, y esa decisión nos salva la vida, porque el otro vehículo se nos está echando encima.

Los disparos vuelven a golpearnos. Uno atraviesa el lateral del jeep y noto el impacto en el asiento, a centímetros de mi pierna. Nora se mantiene baja, con los hombros tensos y los dientes apretados, pero sigue conduciendo. Con los saltos del jeep, su arma se ha caído al suelo.

—Dame la pistola —me pide con urgencia.

—Conduce.

—Dame la pistola —repite casi gritando.

No hay tiempo para discutir. La cojo del suelo, libero el seguro y se la pongo en la mano libre.

—Dispara solo si tienes una línea clara —le digo—, no nos sobra la munición.

—Ya lo sé.

Y lo sabe.

No como mis hombres, que disparan prácticamente sin apuntar. Ella es una militar y entiende que disparar no es hacer simplemente lanzar balas, sino decidir cuándo merece la pena gastar una.

El vehículo de atrás se acerca demasiado por el lado izquierdo. Nora espera más de lo que pensé que se atrevería a esperar, y cuando lo tiene a la altura, dispara dos veces por la ventanilla abierta.

No le acierta al conductor, pero el copiloto se agacha y la línea de tiro queda lo suficientemente despejada.

—Derecha —digo.

Ella gira.

El jeep entra en una zona de arena más profunda y el motor protesta. Durante un segundo, perdemos velocidad. El perseguidor no. Se nos echa encima y comprendo demasiado tarde que he calculado mal la densidad del terreno.

—Saca el coche de aquí —grito.

—Estoy intentándolo.

El motor ruge, las ruedas patinan y la parte trasera se hunde un poco más. El otro todoterreno abre su trayectoria para colocarse en paralelo, y en ese instante comprendo que, si no hago algo de inmediato, van a colocarse delante y nos obligarán a detenernos.

Me muevo con rapidez y abro la puerta.

—¿Qué haces? —grita Nora.

No respondo.

Salto.

El impacto contra la arena me arranca el aire de los pulmones y ruedo sobre el costado antes de recuperar la posición. El jeep sigue avanzando a duras penas unos metros más, liberado de mi peso.

Nora grita mi nombre, o eso creo, pero el sonido es devorado por el motor y los disparos.

Me levanto con el fusil en las manos.

El todoterreno enemigo corrige la dirección y se dirige hacia mí.

Perfecto.

Eso quería.

Disparo al frontal. La primera bala hace que el cristal estalle en mil pedazos. El segundo obliga al conductor a girar. El tercero alcanza a uno de los hombres que intenta sacar medio cuerpo por la ventanilla para usar su arma. No cae, pero desaparece dentro del vehículo y, lo más importante, no llega a disparar.

El todoterreno viene hacia mí demasiado rápido.

Espero… Espero…

Quiero que sigan creyendo que van a atropellarme hasta que ya no puedan corregir la trayectoria sin exponerse.

Entonces, corro hacia el lateral, me dejo caer detrás de una franja de piedra y disparo a corta distancia contra la rueda delantera, que revienta con un tremendo estruendo.

El vehículo no vuelca, pero se hunde de morro y gira sobre sí mismo, levantando arena y humo. Oigo los gritos de los ocupantes antes de volver a moverme.

Tengo tres segundos, quizá menos.

Me incorporo y busco a Nora.

El jeep se ha detenido a unos treinta metros.

No ha huido.

Durante un instante, ese hecho pesa más que el ruido, más que el calor, más que la sangre que empieza a resbalarme por el brazo sin que sepa exactamente de dónde viene.

No ha huido.

La veo bajar del coche.

—¡No salgas! —grito.

Por supuesto, no me obedece.

Corre hacia la parte trasera, abre el compartimento y saca una de las cantimploras, no sé por qué, hasta que veo que no busca agua, sino la bolsa con los cargadores. La coge, se agacha detrás del jeep y me cubre con disparos imprecisos pero útiles, lo bastante cerca de los enemigos como para obligarlos a protegerse.

Me está dando tiempo.

Cruzo la distancia agachado, con el fusil apretado contra el cuerpo, sintiendo cómo las balas levantan arena a mi alrededor. Cuando llego al jeep, Nora me agarra del chaleco y tira de mí hacia la cobertura con una fuerza que no debería tener después de todo lo que lleva encima.

—¿Estás herido? —pregunta.

—No importa.

—Sí importa. Responde, ¿estás herido?

La miro.

Sé que no hay tiempo para eso, pero, aun así, durante medio segundo, lo hay.

Porque no me está mirando como al hombre que la secuestró y viene a devolverla a una jaula.

Tampoco como a alguien en quien confía, todavía no.

Pero no se ha ido, y eso está revolucionando algo dentro de mí que no tengo tiempo de analizar ahora mismo.

—Conduce —le pido.

—¿Puedes subir? —me pregunta.

—Conduce —repito—. Tenemos que salir pitando de aquí.

No discute.

Sube al asiento del conductor mientras yo entro por el otro lado, dejando un rastro oscuro sobre la puerta. El motor responde al segundo intento. Los hombres de Ag Alhassan siguen vivos, al menos algunos, pero han perdido movilidad, y eso nos da el margen que necesitamos.

Nora acelera antes de que cierre del todo la puerta.

El jeep salta, derrapa, recupera la tracción y se lanza hacia el sur, lejos del oasis, lejos del polvo y de una persecución que no ha terminado, solo se ha interrumpido por el momento.

Detrás de nosotros quedan unos hombres que retomarán la caza en cuanto puedan.

No hemos ganado, solo hemos conseguido un poco de tiempo.

Nora no me mira mientras conduce, pero su respiración sigue agitada y sus manos están firmes sobre el volante.

—Has esperado —le digo.

Ella tarda un segundo en responder.

—No sabía hacia dónde ir —contesta, con la vista fija al frente.

—Claro.

La sangre me resbala por el antebrazo y cae sobre el asiento en gotas lentas, oscuras.

Los dos sabemos que podría haber seguido conduciendo, y los dos somos conscientes de que no lo ha hecho.

Ninguno de los dos está dispuesto a reconocerlo, pero algo ha cambiado en el preciso instante en que ella decidió no dejarme atrás.

36

Nora

El jeep no va a aguantar mucho más.

Lo sé por el sonido que hace, antes incluso de mirar el salpicadero y buscar una alerta iluminada. Esa vibración irregular que se transmite desde el motor hasta el volante y me sube por los brazos es un signo claro de un fallo inminente, además de los pequeños tirones que hace cuando intento mantener una velocidad constante.

Adrien, sentado a mi lado con la espalda recta y la mandíbula apretada, deja de mirar hacia atrás para concentrarse en escuchar el coche.

No dice nada, pero no hace falta.

Está perdiendo sangre. No es una hemorragia intensa, pero sí lo suficiente para que el vendaje improvisado que se ha apretado contra el brazo esté empapado desde hace un buen rato y la sangre haya vuelto a deslizarse por su piel hacia la mano y, desde allí, caiga con un goteo irregular hacia sus piernas.

Lo miro de reojo cada pocos segundos, aunque intento no hacerlo de forma evidente, porque sé que si se da cuenta me dirá que mire al frente, que conduzca, que no pierda tiempo en algo que no importa ahora mismo.

Pero importa, claro que importa.

—Tenemos que parar —digo.

—Todavía no.

—El coche está tocado y tú también —le hago ver.

—Sigue —me ordena tajante—. Este no es un buen lugar para quedarnos.

Su voz suena igual que siempre, baja, firme, insoportablemente controlada, pero ahora hay algo debajo, una aspereza mínima que no estaba antes y que me confirma que el dolor empieza a abrirse paso por encima de su voluntad.

Aprieto los dedos alrededor del volante y sigo conduciendo en la dirección que él me ha señalado, porque discutir con él mientras el terreno se vuelve cada vez más irregular no sirve de nada y porque, por mucho que me irrite admitirlo, en este momento sabe mejor que yo hacia dónde vamos.

El sol empieza a bajar cuando la línea del terreno cambia y aparece, a lo lejos, un pequeño grupo de tiendas y cercados bajos, apenas unas sombras claras sobre la arena y la piedra, con algunas cabras moviéndose alrededor y un humo fino elevándose desde un punto en el centro de lo que parece un poblado de pastores.

—Allí —dice Kader, señalando con la barbilla en dirección a las tiendas.

Frunzo el ceño un momento y lo miro.

—¿Los conoces? —le pregunto.

—Al jefe, sí. Son pastores. Gente sencilla que no busca problemas.

No dice nada más, por supuesto. Me enfurece esa costumbre suya de racionar la información.

Reduzco la velocidad al acercarnos. Antes de entrar en el poblado veo cómo varias personas se giran hacia nosotros, hombres con túnicas claras, niños que han dejado de jugar y mujeres que se apartan hacia las tiendas sin correr, pero con una rapidez que revela costumbre. No hay gritos ni armas levantadas, al menos no a simple vista, aunque percibo el cambio inmediato en el ambiente, esa tensión silenciosa que aparece cuando un vehículo agujereado por las balas llega al final de la tarde con dos desconocidos dentro.

Adrien baja primero del coche.

Lo hace demasiado deprisa para alguien que está herido, y durante un segundo veo cómo se le tensa el rostro antes de recuperar la expresión habitual. Yo apago el motor y salgo después, con el cuerpo entumecido por las horas de conducción y la garganta seca.

Un hombre mayor se acerca desde la sombra de una tienda. Es alto, delgado, con la piel curtida por el sol y una barba blanca que le cae sobre el pecho. Camina despacio, pero todo el mundo se mueve a su alrededor para dejarlo pasar.

Adrien lo espera de pie, y cuando el anciano está frente a él, se inclina levemente y lo saluda en árabe.

No entiendo las palabras, pero sí el tono. Le habla con respeto y reconocimiento. Kader continúa muy serio, despacio, y se gira de vez en cuando para señalarnos al coche y a mí, que espero junto a la puerta del jeep, que arde por el sol y el calor del motor.

El anciano lo escucha sin interrumpirlo, mira después el vehículo, luego a mí, y finalmente vuelve a fijarse en la sangre que mancha el brazo de Kader. Dice algo breve y Kader responde. El anciano asiente una sola vez.

—Ven —me pide por fin.

Como siempre, sin explicaciones ni un simple por favor.

Tampoco yo pierdo tiempo fingiendo que tengo otra opción.

Dos muchachos se acercan al jeep y se montan. Un segundo después, el motor arranca de nuevo y veo que lo conducen hacia la parte de atrás del poblado. Los sigo que con la mirada hasta que se detienen detrás de unas estructuras bajas hechas con ramas, telas y pieles, donde queda oculto entre un cercado y una acumulación de sacos. Dos hombres arrastran con rapidez una lona gruesa y la extienden por encima. En menos de dos minutos, el vehículo desaparece de la vista, como si nunca hubiera llegado hasta allí.

Reconozco que ha sido impresionante, pero no es nuevo para mí. La gente que vive en un territorio en permanente conflicto como El

Sahel piensa deprisa y actúa con más rapidez aún cuando se trata de salvar la vida. Puro instinto de supervivencia.

El jefe, flanqueado por dos hombres y un buen puñado de chiquillos, nos conduce hasta una tienda amplia y baja, sostenida por postes de madera oscura y cubierta por telas gruesas que dejan pasar una luz tenue, dorada, llena de polvo. Dentro huele a lana, a humo, a leche agria y a tierra caliente. Hay alfombras gastadas en el suelo, un par de mantas dobladas y unos recipientes de agua junto a la entrada.

El anciano dice algo más, esta vez mirándome a mí.

Adrien traduce sin mirarlo.

—Dice que aquí nadie nos ha visto llegar hasta aquí, no hay señal de que nos sigan, y que podemos estar tranquilos.

Lo de estar tranquilos parece una broma, pero luego pienso que al menos no tenemos a tres vehículos y una tropa de hombres armados pegados a nuestros talones, disparando e intentando hacernos volcar. De acuerdo, puedo estar tranquila.

Sonrío e inclino la cabeza en señal de agradecimiento. Luego le toco levemente el brazo a Kader para que me escuche.

—Dile que necesito agua limpia, vendas si tienen, una aguja, hilo, alcohol si hay, y luz.

Adrien repite mis palabras en árabe. El anciano me observa un momento y luego da varias órdenes rápidas.

En pocos minutos entran dos mujeres. Una de ellas, de rostro ancho y manos fuertes, deja un cuenco de agua hervida todavía caliente, telas limpias y una pequeña lámpara de aceite. La otra trae una caja de metal con agujas, unas tijeras y un frasco sin etiqueta que huele a alcohol en cuanto lo abro.

No es lo ideal, pero servirá.

—Siéntate —le digo a Adrien. Él se queda de pie y yo lo miro—. No voy a discutir esto contigo. Siéntate y quítate la camisa. Te ayudaré si no puedes.

Durante un segundo creo que va a responder algo, pero el anciano, que sigue en la entrada, dice una frase corta en tono seco. Kader lo mira y parece a punto de replicar, pero finalmente se sienta sobre una de las mantas. El anciano dice algo más y se marcha.

Me dan ganas de reír, pero no lo hago.

Espero hasta que se quita la camisa torpemente (por supuesto, no acepta mi ayuda) y se sienta.

Lo miro un segundo quizá demasiado largo. Su cuerpo es… impresionante. No solo por la perfección de sus hombros, de su pecho, de su espalda, de… todo. También porque su piel y su carne es un mapa de cicatrices. Las hay circulares, alargadas, cortas, sinuosas…

Tengo que contener un suspiro y la necesidad de alargar la mano y seguir las líneas rugosas que resumen su vida con la yema de mis dedos.

Si es consciente de lo que me está pasando, no da muestra de ello. Se mantiene quieto en la silla, esperando.

Por fin, me arrodillo frente a él y le retiro el vendaje improvisado con cuidado. La tela se ha pegado a la sangre seca y tengo que humedecerla antes de despegarla del todo. No es una herida limpia. Una bala le ha rozado el brazo por la parte externa, abriendo la piel en un surco profundo e irregular. Distingo pequeños restos de polvo y fibras adheridas.

—No es grave —dice.

—Cállate.

Sus ojos bajan hasta mí.

—¿Esa es tu valoración médica?

—Es mi valoración personal.

Algo se mueve en su boca, apenas un gesto, demasiado pequeño para llamarlo sonrisa.

Yo no sonrío.

Le limpio la herida despacio, con más cuidado del que me gustaría que notara, aunque sé que lo nota todo. Adrien no se queja, ni siquiera cuando vierto alcohol sobre la zona abierta y la carne se contrae bajo mis dedos. Solo cierra la mano izquierda sobre la manta y respira por la nariz.

—Necesitas puntos —le digo en voz baja, sin mirarlo—, y no tengo anestesia.

—Hazlo.

—Eso pensaba hacer, solo te estaba advirtiendo.

La aguja no es quirúrgica, el hilo tampoco, pero lo esterilizo lo mejor que puedo antes de empezar. Trabajo en silencio, inclinada sobre su brazo, concentrándome en unir los bordes irregulares y en cerrar la herida sin tensar demasiado la piel para evitar desgarros mientras intento no pensar en la proximidad de su cuerpo ni en el modo en que su calor se mezcla con el de la tienda.

Fuera, el poblado sigue funcionando con una normalidad casi ofensiva. Se oyen las cabras, pasos, voces de niños, el sonido metálico de algún recipiente, risas. Dentro, solo existe la lámpara, su brazo bajo mis manos y la respiración contenida de los dos.

—No deberías haber saltado del jeep —murmuro.

—Funcionó, ¿no? Eso es lo que cuenta. Lo tenía todo calculado.

—Esa no es una respuesta —protesto.

—Es la única que importa —se defiende.

Levanto la vista hacia él.

—No. Importa también que podrías haberte matado.

Me arrepiento en cuanto lo digo.

Y no porque sea mentira, sino porque, sin darme cuenta, se me ha escapado algo que llevo pensando desde que Kader saltó del jeep.

Podía haber muerto.

Me mira durante un segundo largo y yo bajo la vista antes de que ese silencio se convierta en algo más incómodo aún.

—Bueno, no he muerto —dice.

—Ya lo veo.

Termino la sutura y cubro la herida con una tela limpia. Luego le reviso el costado, la mejilla y el hombro. Tiene contusiones, cortes pequeños y un golpe feo bajo las costillas, pero nada que parezca grave. Se queja cuando le palpo el costado, y aunque no creo que haya nada roto, decido colocarle una venda de contención.

Aun así, el cuerpo le está pasando factura. Lo veo en la rigidez con la que se mueve, en la palidez bajo el bronceado, en el cansancio que intenta ocultar con una disciplina que conozco demasiado bien.

—Tienes que descansar —le digo.

—Luego —protesta.

—Ahora.

—Nora…

—Capitana Vaillant —lo corrijo, aunque las palabras salen con menos filo del que pretendía.

Él no responde, solo me mira. Y quizá por eso, el silencio pesa más que si hubiera seguido discutiendo.

Me aparto para recoger el material, y en ese instante oímos el rugido de varios motores.

El sonido llega primero como una vibración grave bajo la tierra, y luego como un rumor mecánico que se acerca demasiado deprisa. Me quedo inmóvil, con la venda todavía en la mano.

Kader se levanta al instante, demasiado rápido, y lo paga con un potente latigazo de dolor, a juzgar por su gesto.

—Siéntate —susurro, pero ya tiene el arma en la mano. Yo lo imito al instante y cojo mi arma, que llevo a la espalda, sujeta en los riñones con el cinturón.

El anciano entra en la tienda antes de que lleguemos a la salida. Su expresión ha cambiado. No parece asustado, pero sí está mucho más serio. Habla con Kader en voz baja, con frases cortas y firmes.

—¿Qué dice? —pregunto.

Kader no aparta los ojos de él.

—Que no salgamos. Que no nos movamos. Que ellos se ocupan.

—¿Y vas a hacerle caso?

Me mira apenas un segundo.

—Sí.

El anciano se vuelve hacia mí entonces, me señala el fondo de la tienda y luego la lámpara. Entiendo lo suficiente. Apago la llama con los dedos humedecidos y la tienda queda sumida en una penumbra caliente, atravesada solo por un hilo de luz que entra por una rendija lateral.

Kader me agarra del brazo y me guía hacia el fondo.

—Agáchate.

—No me des órdenes.

—Agáchate, Nora.

Lo hago, pero no porque me lo diga él, sino porque los motores ya están dentro del poblado.

Se detienen cerca, demasiado cerca.

Durante unos segundos no ocurre nada, y ese vacío, esa incertidumbre, es casi peor que el ruido. Luego oigo con claridad unas voces masculinas, puertas metálicas que se cierran y pasos de botas sobre la arena. Me acerco con cuidado a la rendija entre dos telas y Kader me tira hacia atrás antes de que pueda asomarme del todo.

—Desde ahí no —susurra.

Me señala otro punto, más bajo, donde la tela se separa apenas lo suficiente para ver sin que nos vean.

Me inclino.

Fuera, bajo la luz moribunda del atardecer, hay dos todoterrenos cubiertos de polvo y varios hombres armados. No sé si son los mismos de antes, no puedo distinguirlo con seguridad. El jefe del poblado está frente a ellos, tranquilo, con las manos visibles y la

cabeza ligeramente inclinada, pero no en señal de sumisión, sino como una forma de cortesía antigua que combina la dignidad y el respeto.

Uno de los hombres habla en tono alto. No entiendo las palabras, pero sí la intención.

Está exigiendo algo.

El anciano responde despacio, sin moverse.

No mira hacia nuestra tienda ni una sola vez.

Adrien está detrás de mí, muy cerca, inmóvil. Puedo sentir su respiración junto a mi oído, controlada, casi imperceptible. Tiene el arma en la mano, igual que yo, pero no la levanta. Podríamos disparar desde nuestro escondrijo, pero el riesgo de que mueran inocentes es demasiado grande.

Si esto sale mal, moriremos aquí.

El hombre armado avanza un paso hacia el anciano. Otro registra con la mirada las tiendas mientras un tercero se acerca a la zona donde han escondido el jeep.

Se me detiene el corazón.

Kader también lo ve. Noto cómo cambia su respiración y su cuerpo se tensa, preparado para actuar aunque sepa que eso sería condenarnos, y no solo a nosotros, porque buen seguro muchos de los habitantes del poblado caerían en el fuego cruzado.

El hombre se detiene junto al cercado y mira a su alrededor. Durante un segundo larguísimo no hace nada. Luego, escupe al suelo y vuelve junto a los demás.

No lo ha visto.

La conversación continúa. El tono del mercenario sube, pero el del anciano, no. Se mantiene exactamente igual, como una piedra en mitad de una corriente. Finalmente, una de las mujeres aparece con una bandeja baja. Distingo una tetera, varios vasitos y un paquete envuelto en tela. Quizá carne seca, o tabaco, aunque quizá sea algo de más valor.

En cualquier caso, un regalo.

El hombre armado lo acepta sin dejar de mirar al anciano. Luego dice algo más, ahora con un tono que suena a advertencia, y levanta una mano con el dedo índice extendido para enfatizar sus palabras. El jefe responde con la misma serenidad que mantiene desde el principio. Un niño empieza a llorar en algún lugar y alguien lo hace callar enseguida.

Nosotros seguimos sin movernos dentro de nuestra tienda, casi sin respirar, atentos a lo que sucede a solo unos metros de donde estamos.

Por fin, los hombres retroceden.

Uno a uno y sin prisa, suben a los vehículos y los motores vuelven a rugir. No se marchan de inmediato, y esos segundos, con los coches encendidos y las ruedas quietas, son casi insoportables. Luego, uno de ellos se mueve y el otro lo sigue, y el sonido empieza a alejarse poco a poco hasta convertirse en un rumor lejano.

No puedo moverme. Tardo varios segundos en darme cuenta de que sigo agarrando la tela de la tienda con tanta fuerza que me duelen los dedos.

Kader tampoco se mueve.

Cuando por fin lo hace, no se aparta del todo. Solo baja el arma y suelta el aire despacio.

—Parece que se han ido —susurro.

—Por ahora.

Soy consciente de que el peligro no ha pasado, que solo hemos conseguido una tregua, un poco más de tiempo robado a un destino que parece inevitable. Después de la adrenalina y la tensión, me empiezan a temblar las piernas, pero no de miedo exactamente, sino por ese golpe retardado que llega cuando el cuerpo entiende que ha estado a punto de morir.

Me aparto de la rendija y me dejo caer sobre la manta.

Kader sigue de pie, observando la entrada. Yo lo miro a él.

—Tu brazo está sangrando otra vez —digo.

Él baja la vista, como si el detalle no tuviera importancia.

Me levanto, cojo una venda limpia y vuelvo a acercarme. Esta vez no le pido permiso. Le sujeto el brazo, reviso el vendaje y decido retirarlo. La herida se ha abierto por culpa de la tensión y de los movimientos bruscos.

—Si sigues así, no voy a poder cerrar bien la herida, puede infectarse y, además, te quedará una cicatriz horrible.

—Lo tendré en cuenta —responde con sorna.

—No, no lo harás.

La frase suena demasiado íntima.

Él me mira mientras yo finjo estar concentrada en la herida.

Fuera, el anciano dice algo en voz baja y alguien responde. La vida del poblado empieza a recomponerse con una lentitud cautelosa, como si todos supieran que el peligro se ha marchado solo lo suficiente para permitirles respirar, pero no para olvidarlo.

Busco una nueva venda y le cojo el brazo.

—Nos han protegido —digo después.

—Sí.

—Podrían haberlos matado.

—Así es, y ellos lo saben.

Levanto la vista entonces.

—¿Por qué lo han hecho?

Kader no responde enseguida. Cuando lo hace, su voz suena más baja de lo habitual.

—Porque una vez, yo hice lo mismo por ellos.

Lo miro durante un segundo.

No sé qué esperaba pero, desde luego, no eso.

Y lo peor es que encaja.

Encaja con lo que he visto de él y con lo que no quiero aceptar, con el hombre capaz de ejecutar a alguien a sangre fría y el mismo hombre por quien un poblado entero acaba de arriesgarse sin pedir explicaciones ni esperar nada a cambio.

No digo nada, no puedo.

Solo termino de vendarle el brazo despacio, más de lo necesario, mientras afuera la noche cae sobre el desierto y dentro de la tienda el silencio deja de ser una pausa entre enemigos para convertirse en algo mucho más difícil de comprender y justificar.

Porque no sé qué somos ahora.

Y empiezo a temer que él tampoco.

37

Adrien

La noche llega al poblado con una lentitud que no existe en el campamento del que vengo. Aquí, el cielo ha cambiado de color paulatinamente y las estrellas han ido ocupando su sitio con orden. En el campamento, con la caída del sol comenzaban las guardias arrancaban los generadores y se oía por todos los rincones el sonido de las armas al cargarse. Allí olía a humo y a gasolina. En el poblado el aire es fresco, huele a tierra, a animales y a los guisos de las mujeres.

El jefe de la aldea nos ha invitado a cenar con su familia. Por muy cansados que estemos y por mucho que me duela el brazo, no podemos negarnos, así que los dos sonreímos y aceptamos.

Cenamos fuera, frente a la tienda del jefe, que no se diferencia en nada del resto, sentados sobre alfombras gastadas alrededor de una bandeja común, bajo un cielo tan limpio que las estrellas parecen suspendidas a una altura imposible. El jefe se sienta a mi derecha, su hijo mayor enfrente, dos mujeres junto a Nora y varios niños alrededor, demasiado curiosos para mantenerse lejos y demasiado bien educados para acercarse más de la cuenta sin pedir permiso antes. Sus madres los mantienen a raya con una sola mirada o un movimiento rápido de la mano.

Nora apenas habla, y no porque no quiera, sino porque el idioma la excluye de la conversación.

La veo escuchar, observar, seguir los gestos de las manos, las risas contenidas, los silencios respetuosos, intentando recomponer una conversación de la que apenas entiende fragmentos sueltos. Está agotada, se le nota en los hombros y en la forma en que

sostiene el cuenco con las dos manos, pero no pierde detalle. Nunca lo hace.

El anciano me pregunta por los hombres de Ag Alhassan, por la dirección desde la que llegaron cuando nos atacaron, y si creo que volverán antes. Le respondo con sinceridad, no puedo insultar su inteligencia, pero omito algunos detalles que no tienen relevancia para el caso. Por ejemplo, el motivo del ataque.

Nora me mira de reojo cuando se lo traduzco, pero dice nada.

Estaba a punto de decirme algo cuando una de las mujeres, la más joven, la que ha traído agua hervida antes, la mira directamente y le dedica una amplia sonrisa. Lleva un rato observándola con una mezcla de timidez y decisión. Tiene una niña sentada sobre las rodillas, una criatura delgada, de ojos enormes, que aprieta entre las manos un trozo de pan plano como si fuera un tesoro.

Al final, la mujer se inclina hacia Nora y dice en un francés torpe, aprendido a medias:

—¿Usted… doctora de verdad?

Nora levanta la vista, sorprendida, y durante un segundo parece no comprender que la pregunta va dirigida a ella. Es la primera vez que alguien le habla a ella directamente desde que hemos llegado.

—Sí —responde despacio, con una suavidad que no recordaba—. Soy médica.

La mujer sonríe, mira a la niña y le aparta un mechón de la frente.

—Yo quiero… ella también. Doctora. —Busca las palabras con esfuerzo, frunciendo el ceño—. Para que gente no muera por cosas pequeñas.

Nora alarga la mano y acaricia la cabeza de la niña, que se ríe contenta.

—Ojalá lo consiga —dice al fin, y esta vez su voz sale más baja—. De verdad que lo espero.

La mujer no lo entiende todo, pero sí lo importante, y asiente con una sonrisa tímida antes de ofrecerle un poco más de comida que

Nora acepta.

Yo aparto la mirada, porque hay cosas que no conviene mirar demasiado si uno pretende seguir siendo quien era.

Cuando regresamos a la tienda, el cansancio parece haberse instalado entre nosotros como un tercer cuerpo. No hablamos mientras entramos. Fuera quedan las voces, el humo, las cabras, los niños y la vida sencilla de una gente que acaba de jugarse la vida por nosotros con una naturalidad que no tiene nada de simple. Dentro, en cambio, solo hay penumbra, olor a lana y una cama que ni siquiera merece del todo ese nombre: un colchón bajo, cubierto con pieles de cabra sorprendentemente suaves y una tela blanca extendida encima a modo de sábana.

Nora lo mira y luego me mira a mí. Y por primera vez en horas, casi parece a punto de reírse.

Me doy media vuelta, me quito el cinturón con la pistola y lo dejo junto a la entrada. Después miro el suelo, las alfombras y una manta doblada en un rincón.

—Dormiré ahí, me colocaré junto a la entrada.

Nora suelta aire por la nariz, cansada, impaciente, y se pasa una mano por la cara antes de responder.

—No seas ridículo. Estás herido, has perdido sangre y mañana probablemente tendremos que volver a correr, disparar o hacer alguna otra estupidez suicida de las tuyas. Somos adultos, Kader. Podemos compartir un colchón sin convertirlo en un drama.

La miro.

—Habla por ti.

Ella alza una ceja.

—¿Perdona?

Me siento con cuidado en el borde del colchón, procurando que el brazo no proteste más de la cuenta.

—Solo digo que espero que sepas respetar ciertos límites —le digo muy serio.

Durante un segundo se queda mirándome como si no pudiera creer que haya dicho eso. Luego, coge una de las pieles dobladas y me la lanza a la cara.

—Eres insoportable —bufa, pero noto la diversión debajo de sus palabras.

—Y tú tienes tendencia a la violencia.

—Solo contigo.

—Eso no sirve como defensa.

Espero hasta que se tumba de espaldas a mí, rígida como una tabla, dejando entre nosotros la máxima distancia posible teniendo en cuenta las escasas dimensiones del colchón. Su esfuerzo resulta casi cómico, pero me cuido de decir nada. Me tumbo después, con cuidado, controlando el gesto para evitar que se me abran más puntos. No lo consigo del todo y se me escapa un gruñido.

Nora no se gira, pero lo oye.

—¿Te duele?

—No.

—Mientes fatal.

—Miento bien. Tú tienes el oído demasiado fino.

—Soy médica.

—Eso explica muchas cosas, pero no todas.

Nora se mueve apenas sobre el colchón.

—La niña de antes… —dice al cabo de un rato.

—Samira.

—¿La conoces?

—Conozco a su abuelo. A su madre la vi nacer.

Se gira entonces, despacio, hasta quedar de lado, mirándome en la oscuridad.

—Eso suena extraño viniendo de ti.

—¿Que conozca niños?

—Que hables como si tuvieras una vida anterior.

No respondo enseguida. La tienda está casi a oscuras, pero entra una línea de luz azulada por una abertura mal cerrada que alcanza parte de su rostro. Tiene polvo en la sien, el pelo revuelto, los ojos cansados. Parece menos furiosa que hace unas horas, aunque no menos alerta.

—Todo el mundo tiene una vida anterior —digo al fin.

—No todo el mundo actúa como si hubiera enterrado la suya y luego se hubiera sentado encima para que nadie la encontrara.

Eso sí me arranca una sonrisa breve.

—Bonita imagen.

—Soy muy gráfica cuando estoy agotada.

—También cuando estás furiosa.

—Entonces debo de ser brillantísima contigo.

Esta vez se me escapa una carcajada breve, y siento cómo parte de la tensión se desvanece como por arte de magia.

Durante un rato hablamos de cosas que no importan precisamente porque no importan. Ella me cuenta que una vez, durante unas maniobras en Estados Unidos, se perdió con una compañera durante tres horas porque ninguna de las dos quiso admitir que había interpretado mal el mapa, y que cuando por fin regresaron al campamento fingieron haber hecho una ruta de reconocimiento no autorizada. Yo le cuento que Rafael casi provocó una estampida de cabras en un mercado porque creyó que una de ellas estaba robándole comida de la mochila, y que desde entonces los hombres del campamento lo llaman «el terror del rebaño» cuando quieren hacerlo enfadar.

Nora se ríe, y el sonido de su risa, en la oscuridad de la tienda, después del polvo, la sangre, los disparos y las mentiras, tiene algo tan inesperado y gratificante que durante un instante me quedo en silencio.

—¿Qué? —dice cuando se da cuenta de que me he callado.

—Nada.

—¿Cómo que nada? —replica, como siempre

—Pues eso, nada. Es sencillo.

—No me mientas —dice después.

Me giro apenas para mirarla mejor y el brazo me da un latigazo de dolor que no consigo contener. Se me escapa un quejido breve, más irritado que fuerte, pero suficiente para que Nora se incorpore al instante.

—Lo sabía.

—No es nada.

—Ya estamos —bufa—. Cállate.

Se arrodilla a mi lado antes de que pueda impedírselo, inclina la cabeza y busca el borde del vendaje con los dedos, moviéndose con la seguridad de quien sabe exactamente lo que hace.

—Te he dicho que no te movieras tanto —me reprende en voz baja.

—No me he movido tanto.

—Respirar demasiado fuerte también cuenta, en tu caso.

Subo la mirada hacia su cara. Está concentrada en el vendaje, el pelo le cae sobre un lado de la cara y aprieta la boca por la preocupación que no quiere reconocer. Podría dejarla hacer. Debería dejarla hacer, estarme quieto.

Pero no lo hago.

Estiro el brazo sano y le rodeo la cintura con la fuerza justa para detenerla.

Nora se queda inmóvil. Sus dedos siguen apoyados sobre el vendaje, pero ya no se mueven.

—Adrien…

Mi nombre sale bajo, casi una advertencia. Es la primera vez que me llama por mi nombre.

No la suelto.

La atraigo hacia mí despacio, dándole tiempo de apartarse, de empujarme, de romper el contacto con cualquiera de esas formas tajantes que conoce tan bien.

No lo hace, y su respiración cambia.

La mía también.

La distancia entre nosotros se reduce hasta que ya no queda espacio para fingir que esto es otra cosa, y cuando levanta la mirada, veo en sus ojos todo lo que no quiere decir, la rabia que sigue ahí, la desconfianza, el cansancio, el miedo, y debajo de todo eso, algo que no debería estar y que, aun así, ha sobrevivido al día entero.

—No deberíamos —susurra.

Tiene razón.

Por supuesto que la tiene.

Pero hay veces en que tener razón no sirve de nada.

La beso, pero no como en el campamento, no con esa violencia de choque que tuvo el otro beso, ni con la necesidad furiosa de demostrar algo que los dos negábamos al mismo tiempo. Esta vez, el contacto empieza más despacio, más contenido, como si incluso mi cuerpo entendiera que cualquier brusquedad rompería algo que no sé si podríamos recomponer después.

Nora no responde durante el primer segundo.

Luego, sus dedos dejan mi vendaje y suben hasta mi hombro, pero no para empujarme, sino para sujetarse, y ese gesto mínimo me atraviesa con más fuerza que cualquier rendición abierta.

La acerco un poco más.

Ella deja escapar un suspiro contra mi boca, una exhalación breve, temblorosa, y entonces me devuelve el beso.

Siento el cansancio, el deseo, la rabia acumulada, el miedo al día siguiente y una necesidad que ninguno de los dos sabe dónde colocar. La siento inclinarse hacia mí, todavía con cuidado por mi brazo, todavía midiendo incluso cuando se permite perder un poco el control, y esa mezcla imposible de entrega y resistencia me obliga a contenerme más de lo que me creía capaz.

Porque la quiero.

No en el sentido limpio de la palabra, no de la manera fácil.

La quiero cerca, viva, enfadada, respirando contra mí, mirándome como si pudiera destrozarme y salvarme en la misma fracción de segundo.

Y eso, en mi mundo, es una forma de peligro para la que no tengo defensa.

Cuando nos separamos, no la suelto del todo.

Ella tampoco se aparta.

Se queda ahí, inclinada sobre mí, con la frente casi rozando la mía y la respiración desordenada, como si ambos supiéramos que hablar sería un error y callar, también.

—Esto no arregla nada —dice al fin.

Su voz suena ronca, rota.

—Lo sé.

—Sigo sin confiar en ti —continúa.

—Lo sé.

—Y sigo queriendo irme.

La miro.

—También lo sé.

Sus ojos se cierran un instante, como si mi falta de resistencia la agotara más que cualquier discusión.

—Entonces, ¿qué estamos haciendo?

No respondo enseguida, porque cualquier respuesta completa sería demasiado cierta y demasiado peligrosa para decirla en voz alta dentro de una tienda que quizá tengamos que abandonar antes del amanecer.

Así que hago lo único que puedo hacer.

Le acaricio la cintura con el pulgar, apenas un movimiento, y sostengo su mirada.

—Sobrevivir esta noche.

Durante un largo instante, Nora no dice nada.

Luego, baja la cabeza, apoya la frente contra mi hombro sano y se queda ahí, inmóvil, respirando despacio, como si esa fuera la única tregua que está dispuesta a concedernos.

Yo cierro los ojos y me concentro en su presencia a mi lado, porque sé que mañana volverá todo lo demás: Ag Alhassan, el contrato roto, el campamento, la huida, las decisiones que pueden matarnos.

Pero esta noche, al menos durante unos minutos, no hay nada que resolver.

Solo el peso de Nora contra mí, el sonido lejano del poblado mientras sus habitantes se preparan para dormir y la certeza incómoda, imposible de esquivar, de que he cruzado demasiadas líneas para fingir que todavía sé cómo volver atrás.

38

Nora

Los sonidos del exterior se filtran a través de la tela de la tienda —una cabra que bala, el murmullo lejano de una voz, el crepitar de algún fuego que se resiste a apagarse— y, por encima de todo, el susurro constante del aire que se cuela por las rendijas, fresco por primera vez en todo el día, que me roza la piel como una caricia.

Sigo inclinada sobre él cuando nos separamos. No me he apartado del todo. No podría, aunque quisiera.

Siento su respiración todavía irregular contra mi cuello, el calor de su cuerpo junto al mío, el latido firme que retumba en su pecho. Durante un instante, no pasa nada.

Y, sin embargo, todo ha cambiado.

No pienso, no quiero pensar. Porque si lo hago, recordaré quién es, qué ha hecho, lo que ha estado a punto de hacer conmigo… y entonces no podré seguir. Y quiero seguir.

Así que no pienso.

Solo lo miro.

La luz tenue que se cuela desde el exterior dibuja líneas suaves sobre su rostro, sobre la sombra de su mandíbula, sobre la línea de sus pómulos poderosos. Su mano sigue en mi cintura, abierta, firme, como si temiera que en cualquier momento fuera a apartarme.

No lo hago.

Al contrario, me inclino de nuevo sobre él, totalmente decidida, con la mente clara, y lo beso despacio, dejándome llevar por la forma en la que responde, por la manera en que su cuerpo, incluso

herido, incluso agotado, se adapta al mío con una naturalidad increíble.

No hablamos, no hace falta.

Mis manos suben por su pecho, recorren las cicatrices que había visto antes sin atreverme a tocar, sigo las líneas irregulares con una curiosidad que ya no intento ocultar. Él se tensa apenas bajo mis dedos, pero no se mueve ni me detiene.

Siento su respiración cambiar.

Su mano se desliza un poco más arriba por mi espalda, más firme ahora, más segura, y ese pequeño gesto es suficiente para que todo lo demás pierda peso.

No hay campamento ni mercenarios.

No hay guerra.

No hay mañana.

Solo esto.

El roce de su piel contra la mía, el aire fresco entrando a ráfagas suaves, enfriando lo justo para hacer más intenso el calor que se acumula entre los dos.

Mis dedos encuentran el borde de su ropa, dudan apenas un segundo, y luego tiran de ella despacio. Él me ayuda y en un momento la camiseta está en el suelo, junto al colchón. Lo libero despacio de los pantalones, que arrastro por sus piernas junto con la ropa interior.

Después, me arrodillo a su lado y me desnudo despacio, sin dejar de mirarlo, sintiendo su mirada sobre mi piel.

Todo ocurre con una lentitud extraña, deliberada, como si el mundo entero se hubiera reducido al espacio mínimo que ocupamos sobre ese colchón improvisado.

Me acomodo sobre él con cuidado, midiendo el peso, evitando su brazo herido, las contusiones de su costado, sintiendo cómo su mano buena se apoya en mi cintura para guiarme.

Se me escapa el aire y cierro los ojos un instante. Mis manos siguen sobre su pecho, y siento su erección entre las piernas. Estoy empapada…

Abro los ojos, y él sigue mirándome.

Y en ese momento entiendo que no está en ningún otro sitio, que no está pensando en mañana, ni en el trato, ni en nada más.

Solo en esto.

En mí.

Me inclino hacia él, apoyo las manos a ambos lados de su cuerpo y lo beso de nuevo, más profundo esta vez, sin contenerme, sin buscar excusas ni límites que no existen ya.

El movimiento se vuelve más firme, más seguro.

El aire de la noche vuelve a colarse entre las telas y recorre mi espalda, erizándome la piel, mezclándose con el calor que nace dentro de mi cuerpo y que ya no intento controlar.

No hay palabras.

No las necesitamos.

Solo respiraciones entrecortadas, manos que se buscan, que aprenden, que recorren con una urgencia contenida que crece poco a poco hasta hacerse imposible de ignorar.

Siento cómo su mano se tensa en mi cintura, cómo me acerca más, cómo el control que mantiene en todo lo demás se disuelve aquí, en este espacio mínimo donde no hay estrategia ni cálculo posible.

Soy consciente del momento exacto en el que él deja de contenerse.

Cambia la posición con cuidado y me guía con suavidad hasta que mi espalda encuentra el colchón, las pieles, la tela áspera bajo mis manos.

Se inclina sobre mí y se detiene un segundo.

Sé lo que está haciendo, me está dando la oportunidad de cambiar de opinión, de levantarme y salir de ahí. Me está dejando

elegir.

Pero no me aparto. Al contrario, lo atraigo de nuevo hacia mí y entonces, desaparece la distancia.

El mundo.

Todo.

Solo queda el movimiento compartido, la respiración acelerada, la sensación de su cuerpo contra el mío y esa certeza, tan incómoda como inevitable, de que esto ya no tiene vuelta atrás.

Cuando me mira, no queda ni rastro de la fiereza que he visto tantas veces en sus ojos. Al contrario, me mira con ternura, con una dulzura infinita y desbordante. Siento sus manos deslizarse por mi cuerpo poco a poco, como si estuviera pidiéndome permiso.

Respiro hondo y llevo mi mano hasta su rostro. Acaricio su pómulo con la punta de los dedos, después la ceja oscura y la sien. Luego, acerco mi cara a la suya hasta que nuestros labios están a punto de tocarse y respiro su aliento.

—Bésame —le pido en un susurro.

Adrien sonríe brevemente y se lanza contra mi boca. La pasión y la urgencia de este beso enciende una chispa de calor en mi bajo vientre que poco a poco se extiende al resto de mi cuerpo.

Con su rodilla me separa las piernas y se coloca entre ellas. Gimo en su boca cuando siento su sexo contra el mío. Adrien abandona mi boca, respira profundamente y me muerde despacio el labio inferior mientras me muevo de adelante hacia atrás con sus manos en mi cintura. Siento cómo me arde la piel. La necesidad pronto se convierte en una urgencia desesperante. Rodeo su cuello con los brazos y hundo mis dedos en su pelo. Él me mira un largo instante.

—Si quieres arrepentirte —me dice con sus ojos grises clavados en los míos—, ahora es el momento.

Lo pienso durante una fracción de segundo. ¿Quiero detenerme?, ¿eso es lo que deseo?

—Sin arrepentimientos —respondo—. Pase lo que pase después.

Él sonríe de nuevo y nos besamos de nuevo.

Después, se incorpora sobre las manos y estira los brazos.

—Te vas a hacer daño —le digo, preocupada por la herida.

—No me duele nada —me dice antes de besarme brevemente—. Solo quiero verte.

Me recorre la cara con la mirada, el pelo, el cuello, el pecho. Se incorpora un poco más y lo veo fijarse en mi vientre, en las caderas. Ahora se pone de rodillas entre mis piernas y me mira… Un pudor inesperado hace que intente cerrar las piernas, pero su cuerpo me lo impide. Y entonces, yo también lo miro a él. Está desnudo frente a mí, con sus hombros anchos, los brazos musculosos, el pecho cubierto de cicatrices, el vientre plano, fuerte, las caderas estrechas… Es como si lo estuviera viendo por primera vez, y comprendo que eso es exactamente lo que él está pensando, que esta es la primera vez que me ve de verdad.

No hay uniformes ni armas, no hay máscaras ni roles. No hay vallas ni contratos. Solo estamos él y yo, Adrien y Nora, y solo somos nosotros, nada más, nadie más.

Vuelve a acercarse a mí y me besa profundamente mientras me acaricia uno de mis pechos, después el otro, y luego va descendiendo por mi abdomen hasta llegar a la unión de mis muslos. Abro las piernas para que pueda acceder a mi sexo y gimo muy bajo cuando siento su lengua sobre mi clítoris. Se mueve despacio, con cuidado, jugando a volverme loca.

Y gana, por supuesto

El primer latigazo de placer recorre mi espalda y me arqueo sobre las pieles de cabra. Adrien acelera sus lametones y succiona con fuerza hasta que no puedo más y el orgasmo me recorre de pies a cabeza.

Por fin, regresa a mi boca y me acaricia la cara con los dedos.

—Nora —susurra antes de volver a besarme, esta vez sin contener la pasión.

Mi nombre en su boca, su voz grave cuando me llama, hace que el deseo, todavía latente en mí, se acrecentare con cada roce de su

lengua sobre la mía. Me muerde los labios antes de bajar a mi cuello. Sus manos se aferran a mis pechos, los acarician y luego, me pellizca los pezones. Tengo que taparme la boca con la mano para no gemir y que nadie se entere de lo que está pasando aquí dentro.

Adrien se acomoda entre mis piernas, coloca su miembro en mi entrada y se incorpora un poco. Apoya su mano en mi cadera y, tras respirar profundamente y sin dejar de mirarme, se impulsa hacia mi interior, llenándome por completo.

Un pequeño grito se escapa de mi garganta, pero Adrien lo amortigua con un beso. Luego sale despacio y vuelve a embestirme. En ese momento, solo soy capaz de pensar en lo mucho que deseo correrme de nuevo.

Adrien se inclina sobre mí otra vez y empieza a entrar y salir de mi interior con golpes de cadera certeros y más rápidos a cada segundo. Nuestras respiraciones se aceleran. Le acaricio la espalda, sus músculos, la piel cubierta por las cicatrices. De pronto, se retira un momento, levanta una de mis piernas y la coloca sobre su hombro antes de volver a hundirse en mi interior. El cambio de postura resulta aún más placentero y soy incapaz de contenerme por más tiempo. Me llevo el puño a la boca para acallarme a mí misma y levanto las caderas para favorecer su entrada. Adrien, consciente de mi situación, acelera sus embestidas.

—Voy a…

No puedo terminar la frase. Comienzo a temblar cuando uno de los orgasmos más placenteros y duraderos que he sentido nunca me recorre de pies a cabeza.

Luego, abro los ojos y lo miro. Veo cómo su rostro se contrae de placer. Baja mi pierna sin salir de mi interior y pone las manos a ambos lados de mis hombros para dar rienda suelta a su propio placer. Gruñe entre dientes sin dejar de mirarme hasta que cae sobre mí. Me sujeta la cara antes de besarme con tanta intensidad que pienso que nuestros labios podrían fundirse. Oh, dios, y no me habría importado.

Cuando finalmente nos detenemos, no me suelta. Yo tampoco me aparto.

Sigo con los ojos cerrados, respirando despacio, intentando entender en qué momento todo se ha torcido tanto como para que esto tenga sentido.

Y, aun así, no quiero moverme. Porque por primera vez desde que empezó todo, no tengo miedo. Y eso, más que nada de lo que ha pasado esta noche, es lo que debería preocuparme.

39

Adrien

Me despierto antes de que el primer rastro de luz alcance el horizonte, en ese punto exacto en el que la noche empieza a retirarse pero el día todavía no ha tomado forma, y durante unos segundos permanezco inmóvil, sin abrir del todo los ojos, dejando que el silencio del poblado y los sonidos lejanos terminen de asentarse a mi alrededor.

Entonces la noto.

Nora sigue entre mis brazos.

No se ha separado en ningún momento. Al contrario, durante la noche se ha acomodado contra mí con una naturalidad que no encaja con nada de lo que somos cuando estamos despiertos, como si el cansancio hubiera desactivado todas las barreras que levanta de día y la hubiera dejado simplemente… estar.

Tiene la cabeza apoyada en mi hombro y el cuerpo encaja contra mi pecho, cálida, relajada. Una de sus manos descansa sobre mi abdomen, abierta, sin tensión, como si incluso dormida necesitara asegurarse de que sigo ahí.

No llevamos nada.

Ni uniforme, ni armas, ni nada que oculte lo que somos fuera de todo lo demás.

La observo en silencio, dejando que la penumbra me devuelva poco a poco los detalles: el pelo desordenado sobre la tela blanca, la respiración profunda, la suavidad con la que su cuerpo se abandona al descanso. No hay dureza en su rostro, ni esa vigilancia constante que la define; solo una calma extraña que la hace parecer distinta, más cercana a lo que podría haber sido en otro lugar, en otra vida.

Más real.

Hay algo en esa imagen que me desconcierta, pero no puedo dejar de mirarla. No quiero arriesgarme a apartar la mirada y que, al volver, haya desaparecido.

Con cuidado, deslizo la sábana sobre su cuerpo y la cubro despacio para protegerla del aire frío que empieza a colarse por las rendijas de la tienda. El gesto es automático, casi instintivo, pero en el momento en que mis dedos rozan su hombro siento cómo su respiración cambia apenas un segundo.

No se despierta, pero se acerca un poco más.

Ese movimiento mínimo, inconsciente, me obliga a detenerme un instante, como si algo dentro de mí no quisiera romper ese equilibrio frágil en el que, por unas horas, todo ha dejado de ser una amenaza.

Me inclino y dejo un beso leve en su sien.

Cuando me aparto, la sensación permanece un segundo en el aire, incómoda, difícil de clasificar, pero no le doy tiempo a crecer.

Tengo que ponerme en marcha; por mucho que quiera, no puedo olvidar que seguimos en peligro.

Me levanto despacio, controlando el peso para intentar evitar que el movimiento del colchón la despierte, y dejo que la distancia vuelva a colocarse entre nosotros.

Me visto en silencio, recuperando pieza a pieza lo que soy fuera de esta tienda, hasta que no queda rastro de la noche.

Cuando salgo, el aire de la mañana me recibe con una frescura inesperada. El cielo empieza a aclararse, una línea tenue en el horizonte que anuncia el día, El poblado despierta poco a poco, sin apenas ruido. La gente se mueve de un lado a otro todavía somnolienta, estirándose la ropa y mirando al horizonte para intentar adivinar lo que les deparará el nuevo día.

Encuentro al jefe sentado junto a un pequeño fuego, con una taza de té entre las manos.

No parece sorprendido de verme.

Levanta la vista, asiente apenas y señala el lugar frente a él.

Le agradezco la invitación con un gesto de la cabeza, me acerco y me siento.

Una mujer deja otra taza y un cuenco con fruta a mi lado.

—Gracias —digo en árabe.

El anciano responde con un leve gesto de cabeza y durante unos segundos compartimos el silencio, observando cómo el día empieza a imponerse sobre la noche con una lentitud engañosa.

Bebo un sorbo, y el calor del té me devuelve al presente de golpe, como si necesitara recordar dónde estoy antes de pensar en lo que viene después.

—Volverán —dice el jefe cuando decide romper el silencio.

No es una pregunta ni una duda, ni siquiera una advertencia.

Es un hecho.

—Sí —respondo sin rodeos. Dejo que la mirada se pierda un instante en el horizonte mientras añado, con la misma calma—: Quizá no hoy, pero no tardarán. No lo van a dejar así, y cuando comprueben que no estamos en el resto de los lugares lógicos, volverán.

El anciano deja la taza a un lado y se inclina ligeramente hacia delante, apoyando los codos en las rodillas con una serenidad que no tiene nada de pasiva.

—Entonces, debes marcharte antes.

Asiento despacio.

No hay nada que discutir.

Luego, se levanta sin prisa, entra en una de las tiendas cercanas y regresa con un trozo de tela doblada que despliega sobre la arena entre nosotros. Es un mapa sencillo, bastante rudimentario, pero contiene los datos imprescindibles para sobrevivir en el desierto.

Sigo el recorrido con la mirada mientras su dedo señala varios puntos concretos y se detiene en las zonas clave, marcando

referencias que no aparecen dibujadas pero que él conoce de memoria.

—Aquí —dice—, encontrarás agua. Poca, pero suficiente. —Sigue moviendo su dedo oscuro y calloso sobre la tela—. Aquí el terreno es muy duro. Malo para los coches. —Otra pausa—. Y aquí… están los franceses.

Levanto la vista.

—¿Estás seguro?

El anciano asiente sin dudar.

—Sí.

Miro de nuevo el mapa, reconstruyendo mentalmente la ruta, calculando las distancias entre los puntos, el combustible que necesitaremos, el tiempo, los márgenes de error… No es un camino fácil, pero es viable, y en este momento, eso es todo lo que importa.

Suelto el aire y hablo sin apartar la vista del mapa.

—Tengo que llevarla hasta allí.

Los dos sabemos que esa es la única decisión lógica que puedo tomar en este momento.

El anciano me observa con el ceño fruncido. Las profundas arrugas de su rostro hablan por él de la dureza de la vida en el desierto.

—Tienes que hacer —corrobora—. Cuanto antes. Los dos estáis en peligro. Todos lo estamos —añade.

No hace falta que diga nada más, porque los dos sabemos que está en lo cierto.

Sigo el trazado una vez más, fijando cada referencia en la memoria.

—¿Qué harás después? —me pregunta ahora.

—Volver —respondo sin levantar la mirada.

No necesito ver su reacción para saber que lo entiende.

—¿A tu campamento?

—Sí.

Sigue un silencio incómodo, pesado, mientras el jefe analiza mis palabras.

—Te estarán esperando —me advierte. Como si no lo supiera…

—Lo sé. Y si no me están esperando ya, no tardarán en venir, y lo harán con todo lo que tienen. No puedo abandonar a los míos a su suerte —añado—. Lo que pase será solo culpa mía.

No hay nada heroico en esa respuesta. Es, simplemente, la consecuencia de todo lo demás.

El anciano asiente, como si con eso bastara para cerrar la conversación.

—Entonces, come —dice—. Y vete pronto.

Obedezco sin discutir, aunque el estómago no me pide nada. Como despacio, sin prisa, aunque siento la urgencia en las tripas. Pero no puedo precipitarme. En mi mundo, eso es sinónimo de fracaso y de muerte. Necesito actuar con calma, y para eso necesito tener la mente clara.

Cuando levanto la vista, el sol ya ha empezado a dibujar sombras largas sobre la arena.

Miro hacia la tienda.

Sé que Nora sigue dentro, dormida, ajena a lo que acabo de decidir por los dos.

Tengo que llevarla hasta ese punto y dejarla con los suyos. Es la única forma de sacarla de esto y ponerla a salvo.

Aprieto la taza un instante antes de dejarla en el suelo y mis dedos se quedan huérfanos de calor.

El día ha empezado, y esta vez, no hay margen para dudar.

40

Nora

Me despierto con la sensación de que algo no encaja, una ausencia concreta que no consigo identificar durante los primeros segundos, mientras la mente se abre paso lentamente desde el sueño hacia la vigilia y el cuerpo sigue anclado en el calor residual de la noche.

No es un sonido lo que me alerta, ni un movimiento brusco, ni siquiera la luz que empieza a filtrarse por las rendijas de la tienda. Lo que pasa es que falta algo.

Abro los ojos del todo y tardo apenas un instante en entenderlo.

Él no está.

El espacio a mi lado conserva todavía el calor de su cuerpo, una huella clara sobre las pieles que se enfría con rapidez, como si el tiempo hubiera empezado a correr en el momento exacto en el que se ha levantado. Paso la mano por la tela, sin pensar, y el gesto me resulta absurdo en cuanto lo hago.

No hay rastro de él dentro de la tienda.

Me incorporo despacio, dejando que la sábana resbale por mi cuerpo, y durante un segundo permanezco sentada, escuchando. Afuera, el poblado ya está despierto. Se oyen pasos, voces bajas, el sonido seco de algún recipiente golpeando contra otro, el balido de las cabras. Todo sigue su curso con una normalidad que resulta casi ofensiva después de lo que hemos dejado atrás.

Me visto sin prisa, aunque el pulso empieza a acelerarse por debajo de la calma aparente que intento mantener. No hay motivo para inquietarse. Podría haber salido a hablar con el jefe, a revisar el jeep, a…

A cualquier cosa.

Aun así, la sensación no desaparece. ¿Se ha ido?

Salgo de la tienda y la luz de la mañana me obliga a entrecerrar los ojos un segundo. El aire es fresco todavía, pero ya se percibe el cambio, esa promesa de calor que terminará por imponerse en unas pocas horas.

Lo encuentro enseguida, y siento como si un enorme peso que no sabía que cargaba, desapareciera.

Está junto una pequeña hoguera, hablando con el anciano. Los dos están inclinados sobre algo que no alcanzo a ver desde donde estoy. No se giran cuando aparezco, pero sé que ha notado mi presencia en el mismo instante en que he salido, igual que yo noto la suya incluso cuando no lo veo.

Camino hacia ellos sin apresurarme.

Cuando estoy lo bastante cerca, distingo el trozo de tela extendido sobre la arena. Es un mapa rudimentario, trazado con líneas simples y referencias que me cuesta entender.

Adrien levanta la cabeza entonces y nuestras miradas se cruzan durante un segundo. Como suponía, no hay sorpresa en la suya, pero siento de pronto la sensación incómoda de que algo ha cambiado… de nuevo.

—Ya estás despierta —dice sin más.

Asiento sin responder y bajo la mirada al mapa. Sigo el recorrido con los ojos, deteniéndome en los puntos que el anciano ha señalado con trazos más marcados, y no necesito que nadie me explique demasiado para entender lo esencial.

Ruta. Distancia. Puntos de agua.

El dedo del jefe señala un punto y me mira. Doy por hecho que es nuestro destino.

Levanto la vista despacio.

—¿Nos vamos? —pregunto.

Adrien asiente una sola vez.

—Sí, en cuanto estemos listos.

No hay más información, ni hay contexto, así que no me queda más remedio que seguir preguntando. Veo que Kader ha vuelto, el hombre de acción, pragmático y, sobre todo, parco en palabras

—¿Adónde? —insisto.

Su mirada no se aparta de la mía cuando responde.

—A un destacamento francés.

Sus palabras luchan por colarse en mi cerebro e instalarse en el lugar correcto. Comprendo lo que eso significa, o al menos creo entenderlo, pero quedan muchos interrogantes en el aire.

Asiento despacio.

—Claro —digo sin más. No es el momento de preguntar nada más.

El anciano recoge el mapa con movimientos tranquilos, como si la conversación hubiera terminado para él en el mismo instante en que la ruta ha quedado clara. Dice algo en árabe que no entiendo, pero a lo que Adrien responde con un gesto breve de cabeza.

Los preparativos son rápidos. En pocos minutos, el jeep vuelve a estar listo, como si nunca hubiera sido escondido, como si todo lo ocurrido desde que llegamos no hubiera dejado rastro.

Un hombre llena el depósito de combustible y le entrega a Adrien un bidón que él coloca en la parte de atrás. Una mujer cubierta de pies a cabeza deja en el suelo frente a nosotros una bolsa con alimentos, y la que viene detrás acarrea un par de garrafas de agua. Sé que en un lugar como ese, lo que acaban de entregarnos equivale a una fortuna, así que se lo agradezco con una sonrisa sincera mientras me llevo la mano al corazón.

No espero a que Adrien me diga lo que tengo que hacer para ponerme en marcha. Reviso las bolsas, aseguro el agua y ajusto el equipo con movimientos automáticos. Es más fácil centrarme en eso que en lo que implica realmente lo que estamos haciendo y lo que va a pasar después.

Espero junto al jeep mientras Adrien se despide del jefe y de su familia. Los veo darse un fuerte apretón de manos que sostienen durante varios segundos, hasta que por fin los dos se llevan una mano al pecho y se inclinan levemente ante el otro.

Subo al asiento del copiloto antes de que llegue y no digo nada cuando él se coloca al volante.

Tarda unos segundos en arrancar. El motor permanece en silencio, igual que nosotros, mientras a nuestro alrededor, el poblado continúa con su rutina. El jefe permanece de pie a unos metros, observándonos con esa calma que parece ajena a todo lo demás. Inclino la cabeza hacia él en señal de reconocimiento y gratitud y él responde con un asentimiento profundo.

Por fin, Adrien arranca.

El sonido del motor rompe el equilibrio y, con él, cualquier posibilidad de alargar ese momento más de lo necesario. El jeep avanza despacio al principio, sorteando las tiendas, los cercados, las figuras que se apartan para dejarnos pasar.

No me giro, no quiero ver cómo desaparece el lugar que, durante unas horas, ha sido lo más parecido a un refugio desde que todo empezó.

Adrien conduce sin hablar, así que yo tampoco lo hago.

El jeep sigue avanzando, y mientras el desierto se despliega ante nosotros con esa extensión interminable que ya no resulta nueva, pero tampoco menos hostil, la sensación que se instala en mi interior no tiene nada que ver con el alivio que debería acompañar a la idea de llegar a un lugar seguro, sino con una incomodidad persistente que se abre paso poco a poco, como si algo dentro de mí se negara a aceptar que esto, tal y como él lo ha planteado, es el final lógico de todo.

—Así que esto es todo —digo al fin, sin apartar la vista del horizonte.

Adrien no responde de inmediato. Mantiene las manos firmes sobre el volante, atento al terreno, como si la respuesta fuera tan

complicada que necesitara escoger con cuidado las palabras.

—Es lo que hay que hacer —dice finalmente.

Y lo dice así, sin más, con total naturalidad, unas pocas palabras que encierran una decisión que, en realidad, no le corresponde solo a él.

—Claro —murmuro, y dejo que pasen unos segundos antes de girar la cabeza lo justo para mirarlo de perfil—. Tú decides, ¿no? Como siempre. —No elevo la voz, pero tampoco suavizo el tono—. Me llevas, me dejas allí… y ya está.

Él asiente apenas, sin apartar la vista del frente.

—Sí.

Suelto una risa breve, sin humor, y vuelvo a mirar hacia delante, aunque ya no consigo quedarme callada.

—¿En qué momento has pensado que puedes tomar esa decisión por mí?

No reduce la velocidad, no cambia de dirección ni da ninguna señal de que la conversación esté alterando en lo más mínimo su forma de actuar, y, sin embargo, sé que me está escuchando con la misma atención con la que analiza el terreno.

—No se trata de decidir por ti —responde al cabo de unos segundos—. Se trata de sacarte de aquí.

—Y eso también lo decides tú —replico, girándome un poco más hacia él, sintiendo cómo la tensión se acumula bajo la superficie de cada palabra—. Otra vez.

El silencio que sigue es breve, pero denso, cargado de todo lo que no estamos diciendo.

—Si no quieres ir —añade entonces—, no te llevaré, no hay problema, pero no me hago responsable de lo que te pase.

Termino de volverme hacia él en el asiento y lo miro buscando en su expresión el matiz que convierta esa frase en algo menos simple de lo que parece, pero no lo encuentro, y esa ausencia de matices me desconcierta tanto como me enfada.

—Sabes perfectamente que no es eso —replico—, porque en realidad no tengo muchas opciones.

—Siempre hay opciones.

—No me vengas con eso.

La respuesta sale más rápida de lo que pretendía, impulsada por una frustración que no tiene que ver solo con la situación, sino con la forma en la que él la plantea, como si todo pudiera reducirse a una línea recta que no admite desvíos.

Respiro hondo antes de continuar, obligándome a ordenar lo que quiero decir.

—Podrías haber hablado conmigo —añado, esta vez con un tono más contenido—. Podrías haberme dicho lo que pensabas hacer antes de decidirlo todo sin consultarme.

Adrien tarda un momento en responder, el tiempo justo para esquivar una irregularidad del terreno antes de volver a estabilizar el vehículo.

—No había nada que negociar.

—Claro que lo había —replico, sin apartar la mirada—. Era mi decisión también.

El jeep sigue avanzando, imperturbable, como si el mundo fuera tan simple como él pretende.

—Tu decisión debería ser seguir viva —dice finalmente—. Cualquier otra cosa sería un suicidio. ¿Quieres suicidarte? —me pregunta, mirándome de reojo.

Durante un segundo, no sé qué responder, y no porque no tenga argumentos, sino porque la seguridad con la que lo dice deja muy poco margen para discutirlo sin entrar en un terreno que no quiero pisar.

—¿Y qué vas a hacer tú? —pregunto al cabo de un momento.

Esta vez sí tarda más en responder.

—Volver a mi campamento.

Abro mucho los ojos y la boca.

—¡Claro! Eres tú el que quiere suicidarse, no yo.

—No puedo abandonar a mis hombres —replica con total naturalidad.

Aprieto los dedos contra la tela de mis pantalones mientras siento cómo algo se tensa dentro de mí.

—Van a ir a por ti —insisto—. Lo sabes.

—Sí.

—¿Y aun así vas a volver?

—Sí —repite.

Me sacan de quicio sus monosílabos y lo expreso con un largo bufido que no parece afectarle lo más mínimo.

—Es una estupidez —digo, sin poder evitarlo.

—Puede.

—No —niego con la cabeza—. Lo es. —El jeep sigue avanzando sobre la arena, inclinándose de vez en cuando a un lado y a otro, pero firme y seguro—. No tienes por qué hacerlo —añado, esta vez más bajo, sin la dureza de antes—. Podrías no volver.

Lo oigo respirar profundamente.

—Tengo que hacerlo —responde sin mirarme.

No lo dice como una obligación impuesta. Es, simplemente, una decisión.

Cierro los ojos un segundo antes de volver a abrirlos y fijar la vista en el horizonte, que vibra bajo el calor.

Todo parece igual, pero no lo es. Nada lo es.

—No me gusta —digo al final—. Es un suicidio —añado, utilizando sus propias palabras

Adrien no responde, pero tampoco hace falta, porque el jeep no cambia de dirección, sigue avanzando hacia ese punto que para mí significa salir de todo esto… y para él, volver a entrar.

Soy consciente de pronto de que lo que realmente me incomoda no es la decisión que ha tomado por mí, sino la que ha tomado para

sí mismo.

Y el hecho de que, en esa, no haya dejado espacio para nadie más.

41

Adrien

El desierto cambia cuando el sol termina de levantarse. No es un cambio inmediato, ni violento, ni siquiera perceptible durante los primeros minutos, pero hay un punto en el que la luz se convierte en una presencia que lo ocupa todo, que aplana las sombras, endurece las formas y elimina cualquier referencia.

Conduzco sin hablar, y no porque no tenga nada que decir, sino porque estoy seguro de que cualquier cosa que diga servirá como detonante para una discusión, y no tengo ganas de discutir sobre algo que no va a cambiar. He tomado la única decisión posible y es lo que voy a hacer.

A mi lado, Nora tampoco dice nada.

No hace falta mirarla para saber que sigue en tensión, que su silencio solo es una forma de mantener el control en un entorno que le es ajeno y hostil, aunque haya aprendido a moverse en él con más soltura de la que esperaba.

El jeep responde bien. A pesar de los impactos y del desgaste, el motor mantiene un ritmo estable, y eso me permite centrar la atención en el terreno, en la línea que vamos trazando y en la distancia que nos separa de nuestro destino.

No es el camino más corto, pero sí el más seguro. O, al menos, el que ofrece más margen de maniobra si algo se tuerce.

Porque siempre hay algo que se tuerce.

—¿Cuánto falta? —pregunta entonces.

Miro el horizonte, calculo mentalmente la ruta y ajusto el tiempo en función del ritmo que llevamos.

—Si no paramos —digo finalmente—, unas cinco horas.

Nora asiente, aunque no parece del todo satisfecha con la respuesta.

—¿Y si paramos? —pregunta a continuación.

—Tardaremos más.

Sé que no ha sonado amigable ni educado, pero es lo que hay. El desierto no es una autopista en la que es sencillo calcular el tiempo y anticiparse a los acontecimiento. Este mar de arena es una constante incógnita.

Durante unos minutos volvemos al silencio, aunque noto su mirada sin necesidad de girarme.

—¿Siempre haces esto? —pregunta al cabo de un rato.

—¿Qué?

—Decidir por los demás.

Sonrío de medio lado.

—No siempre.

—¿Y cuándo decides que sí?

—Cuando no hay tiempo para discutir.

La oigo bufar y protestar, y cuando estoy a punto de añadir algo, el motor comienza a vibrar con tanta fuerza que me sacude las manos sobre el volante. Bajo un poco la velocidad y busco la senda más llana.

—¿Qué pasa? —pregunta Nora cuando lo nota.

No hay alarma en su voz, pero sí atención.

—Se está calentando —respondo sin rodeos—. Mierda…

Miro el indicador, aunque no me hace falta. Es evidente lo que pasa.

El calor exterior, el esfuerzo que llevo días exigiéndole al motos, los impactos… El margen que tenía el vehículo empieza a agotarse.

—¿Aguantará?

—Un rato —digo, y no añado nada más—, pero…

Ni siquiera tengo opción de terminar la frase. En ese momento, el jeep da un tirón leve, y luego otro.

Reduzco más la velocidad y empiezo a buscar una zona donde detenernos sin quedar completamente expuestos, aunque la palabra «cobertura» tiene poco sentido cuando el terreno es una extensión abierta que no ofrece nada más que variaciones mínimas en la altura.

Por suerte, el sol empieza a caer, lo que significa que el calor pronto nos dará un respiro.

Poco a poco, la luz cambia lo suficiente como para que el relieve vuelva a aparecer, para que las sombras regresen y con ellas una sensación engañosa de refugio.

Detengo el jeep y apago el motor, que lanza un último temblor que confirma lo que ya sabía: no vamos a poder seguir, al menos de momento. Con suerte, cuando se enfríe, podremos avanzar hasta nuestro destino. La opción mala es caminar, pero prefiero no pensar en eso de momento.

Durante unos segundos, ninguno de los dos se mueve.

Por fin, respiro hondo y salgo.

El aire es más fresco de lo que esperaba, pero sigue cargado, denso.

Abro el capó y dejo que el calor acumulado se libere en una bocanada casi visible. No intento arreglar nada. No hay nada que arreglar aquí, no sin herramientas ni tiempo. Además, me abrasaría la piel solo con intentar tocar el metal y el plástico recalentado.

—Vamos a tener que esperar —digo al cabo de un momento.

Nora ya está fuera. Mira el horizonte, luego el jeep, luego a mí.

—¿Cuánto tiempo?

—No tengo ni idea. El motor reventará si lo forzamos. Tenemos que esperar a que se enfríe y rezar para que vuelva a arrancar después.

—Nunca habría dicho que eres de los que rezas —responde.

La miro un momento y doy un paso hacia ella.

—Eso es porque, en realidad, no sabes nada de mí.

Levanta las cejas una fracción de segundo y luego se gira hacia el coche. Abre la parte trasera y comienza a moverse con la misma eficacia que le he visto otras veces, revisando las bolsas, sacando lo imprescindible, organizando el espacio como si esa acción, por sí sola, bastara para recuperar cierto control sobre la situación.

No tenemos leña ni ramas, ni nada que arda de forma convencional, pero dentro de poco vamos a necesitar un fuego. En el desierto, todo es extremo, sobre todo la velocidad a la que suceden las cosas. La noche cae como el telón de un teatro al terminar la función, silenciosa, rápida e inexorable.

Saco una de las mantas viejas que llevo al fondo del maletero, rasgo un trozo y lo empapo con un poco de combustible. Luego coloco la tela entre dos piedras planas, protegiéndolo del viento, y prendo una llama mínima que no ilumina más allá de un círculo reducido, pero que es suficiente.

Cuando la noche ya es un hecho, el cielo se abre, y con él, el desierto deja de ser una extensión hostil para convertirse en algo más amplio, más difícil de abarcar, donde nuestras escalas dejan de tener sentido. Nada está cerca ni lejos, porque lo que antes veíamos, ahora es invisible, y lo que estaba oculto aparece ante nuestros ojos con una fuerza abrumadora.

Extiendo otra manta y me tumbo. La arena todavía conserva el calor del día, una calidez residual que se filtra a través de la tela y se pega a la espalda.

Nora permanece sentada al principio, con las rodillas recogidas y el cuerpo todavía en tensión, como si no terminara de permitirse ese descanso que el entorno, por primera vez en mucho tiempo, no le niega.

Levanto una mano y señalo al cielo con el dedo índice extendido.

—¿Ves esa línea? —digo—. No es una constelación como tal, pero aquí la usan para orientarse. Marca el eje este-oeste con bastante

precisión si sabes leerla bien. —Nora levanta la mirada hacia el cielo y busca el punto que estoy señalando, pero no dice nada—. Más arriba —continúo, desplazando ligeramente el dedo—, ¿lo ves? Eso sí es una constelación. No la ves igual desde Europa. Aquí aparece más baja, más abierta.

Sigo hablando sin pensar demasiado en lo que estoy diciendo. Simplemente, dejo que las palabras ocupen el espacio que antes estaba lleno de tensión, como si el cielo ofreciera una salida más sencilla que cualquier otra conversación.

Al cabo de unos minutos, Nora se mueve.

No se acerca de golpe, ni rompe la distancia de forma evidente. Lo hace poco a poco, ajustando la posición, primero apoyando una mano en la manta, luego estirando las piernas, hasta que finalmente se tumba a mi lado, paralela, sin tocarme.

Sigue la dirección de mi mano cuando señalo otra estrella.

—Esa no es una estrella —digo—. Es un planeta.

—¿Cómo lo sabes?

—No parpadea.

La noto girar ligeramente la cabeza para comprobarlo.

—No lo había pensado.

—Casi nadie lo hace.

El silencio que sigue es distinto a todos los anteriores. No es pesado ni incómodo, porque los dos tenemos la mente perdida en el firmamento. Siento cómo mis músculos se relajan y la tensión disminuye poco a poco. Sigo hablando de las estrellas. Señalo las constelaciones zodiacales y la Vía Láctea, que ilumina la noche como una autopista celeste.

Casi sin darme cuenta, Nora se acerca un poco más, y luego, un poco más. Hasta que su cabeza termina apoyándose en mi hombro con naturalidad, como si todo lo que ha pasado hoy, lo que nos hemos dicho, los reproches, las acusaciones, no tuvieran importancia. Es como si la noche permitiera cosas que la luz no admite.

Sin una palabra, muy despacio, paso el brazo por su espalda y la acerco lo justo para que el contacto deje de ser accidental y se convierta en algo sostenido y real.

Siento su respiración cambiar y cómo se acomoda contra mi cuerpo. De pronto, su mano está sobre mi pecho y ahora soy yo el que contiene la respiración un segundo.

—Esa —digo en cuanto puedo seguir hablando, señalando de nuevo al cielo—. Esa es vital para sobrevivir en el desierto. Si la pierdes de vista, puedes desorientarte, y eso aquí es la muerte.

No sé si me escucha o si simplemente sigue el movimiento de mi mano, pero no importa, porque durante un instante que no intento medir, el desierto deja de ser una amenaza, el tiempo deja de ser una cuenta atrás, y todo lo que existe a mi alrededor se reduce a ese espacio mínimo entre nosotros y a la luz lejana de algo que no podemos alcanzar.

Y, por primera vez desde que todo empezó, no hay nada que necesite cambiar.

Me giro hacia ella, me coloco de costado y la miro a los ojos. Los suyos brillan. Tiene los labios separados y veo cómo su pecho sube y baja acelerado. Tengo un brazo por debajo de sus hombros, paso el otro por encima de su cintura y la acerco a mí.

Solo quiero una cosa en este momento: su boca. Nada más. Mi universo ahora mismo se reduce a sus labios, su lengua, su saliva, el calor de sus besos. Así que me acerco despacio, suplicante, y la beso.

Y entonces, ella me devora.

42

Nora

Ni siquiera lo pienso. Siento su cuerpo pegado al mío, su calor, tan diferente al del desierto. Es un calor agradable, como el de los rayos del sol a través de la ventana una mañana de invierno; un calor al que deseas acercarte, y eso hago sin poder evitarlo.

Mi mano sobre su pecho percibe los latidos de su corazón y su respiración profunda, serena, pero que se contiene al subir y al bajar, una muestra más del absoluto control que Adrien intenta mantener en todo momento.

Se gira hacia mí y no único que puedo ver son sus labios. Carnosos, grandes, abiertos para mí.

Mantiene un brazo por detrás de mis hombros, y alarga el otro para cogerme por la cintura y acercarme a él. No me opongo. Al contrario.

Hay un instante mínimo en el que él se detiene antes de tocarme, como si necesitara asegurarse de que no está cruzando una línea que hasta ahora solo ha bordeado, y esa duda, esa contención que no encaja con nada de lo que sé de él, es lo que termina de desarmarme.

Y en ese momento, por primera vez desde que empezó todo, no soy yo la que reacciona.

Soy la que decide.

No dejo que termine ese movimiento contenido, no espero. Básicamente, porque no puedo. No sé si es efecto de la proximidad de su cuerpo, del recuerdo de lo que pasó la noche pasada o efecto del universo. Lo único que sé es que necesito tocarlo de verdad, besarle.

Comérmelo.

Me incorporo lo justo para acortar la distancia que él todavía respeta y soy yo quien busca su boca, quien elimina ese margen absurdo que ha dejado entre los dos como si fuera necesario.

No lo es. No aquí ni ahora.

Mis labios encuentran los suyos y lo beso decidida. Capturo su labio inferior con los míos y tiro de él. Cuando abre un poco la boca, me lanzo hambrienta en busca de su lengua. Durante un segundo se queda completamente inmóvil, sorprendido por un gesto que no esperaba, por un movimiento que no ha provocado él.

Pero no retrocede, aunque tampoco toma la iniciativa. Simplemente responde sin guiar.

Deslizo una mano por su pecho y siento el calor de su piel bajo la tela, la tensión contenida en cada músculo, la respiración que se descompasa en el mismo instante en que mi boca se abre contra la suya y dejo de pensar en cualquier otra cosa que no sea esto.

El desierto, el jeep, el peligro, el destino… todo desaparece.

Solo quedamos él y yo, su boca y la mía.

Siento su aliento, sus labios, su lengua. Ocupo su boca, le muerdo los labios, respiro dentro de él, y tengo la certeza de que, en este momento, nada más tiene sentido, nada más importa.

En ese momento, la camiseta se convierte en un obstáculo. Mi piel exige el contacto de la suya. Primero, cuelo la mano por debajo de la tela y le acaricio el abdomen, pero no es suficiente, así que me incorporo un poco, la cojo por el bajo y tiro de ella hasta que la saco por la cabeza de Adrien, que sonríe divertido.

Vuelvo a sus labios deprisa y llevo una de mis manos a su cuello. Le acaricio con fuerza, meto los dedos entre su pelo y luego bajo de nuevo para aferrarme a sus hombros.

Casi sin darme cuenta, me he colocado sobre él. Separo las piernas, las sitúo a ambos lados de sus caderas y me enderezo sobre las rodillas. Desde arriba es magnífico. Veo sus ojos de acero, su pelo oscuro, la piel del rostro oscurecida por el sol y la barba, su

cuello poderoso y unos hombros sobre los que podría cargar el mundo.

Le acaricio el pecho con la palma de las manos y bajo hasta su ombligo.

Mantiene las manos pegadas a su cuerpo, a la espera. Se las cojo y las coloco en mis caderas. Él se aferra a mi culo con rapidez y esta vez soy yo la que sonríe. Saco mi camiseta de la cinturilla del pantalón y la subo hasta sacarla por la cabeza. Adrien me acaricia la espalda, los costados, la cintura, me rodea el ombligo y pasa la punta de los dedos por el límite que marca el sujetador.

Jadeo y me inclino sobre él.

—Te comería —susurro sobre su boca.

—No te cortes —responde él, que me agarra el culo con fuerza y levanta las caderas para rozarse contra mi entrepierna.

La pequeña fogata que ha encendido tiñe nuestra piel de naranja y dibuja sombras sinuosas en nuestros cuerpos. Me muevo hacia atrás y libero con rapidez el cinturón, el botón y la cremallera de sus pantalones. Luego, levanto las caderas lo suficiente para poder quitárselos. Él mueve las piernas para terminar de deshacerse de la ropa.

El bóxer no puede ocultar su enorme erección, que no hace más que aumentar mi propia excitación. Saber lo que puedo tener, lo que voy a tener, me pone a cien.

Adrien me suelta los pantalones y me pongo de pie sobre él para quitármelos. Bajo al instante, me siento sobre su pubis y me lanzo de nuevo a por su boca. No quiero estar en otro sitio, no quiero comer ni beber nada más, solo quiero que mis labios toquen los suyos, es suficiente con eso.

Sigue sin tomar la iniciativa, pero participa con entusiasmo del juego. Siento sus manos en mi espalda, suben despacio desde mis nalgas, dibujando un camino que termina en el cierre del sujetador. Se entretiene lo justo para soltarlo y luego sigue hasta los hombros,

donde desliza las tiras por los brazos hasta tener mis pechos a su alcance.

—Yo también quiero comer —jadea.

—Adelante —lo invito.

No tarda ni un segundo en incorporarse lo justo para que su boca alcance uno de mis pezones. El placer me sacude como un latigazo eléctrico. Echo la cabeza hacia atrás y gimo con fuerza. Hoy no necesito contenerme, no hay nadie en cientos de kilómetros a la redonda, así que jadeo y gruño cuando siento su lengua en mi pecho, sus dientes, los labios. Luego pasa al otro pecho y repite la operación.

Me va a volver loca… Y me encanta.

Busco la goma de los bóxer, la cojo con fuerza y tiro de ellos hacia abajo todo lo que puedo sin separarme de su boca. Es suficiente. Su erección se pega a mi piel, la siento en el muslo, entre las piernas…

—No puedo… —gimo.

—Yo tampoco —responde él.

Coje la braguita con una mano, enrolla la tela entre los dedos y tira con fuerza. La prenda cae junto a la hoguera, destrozada, pero lo único que me importa es que por fin voy a conseguir lo que quiero. Me levanto un poco sobre las piernas y me coloco justo sobre su pene. Luego bajo despacio, sin dejar de mirarlo, dibujando pequeños círculos con las caderas para sentirlo por completo. Es maravilloso.

Cuando vuelvo a sentarme sobre su pubis, con su pene dentro de mí, un escalofrío me recorre de pies a cabeza.

Subo y bajo despacio, con mis manos apoyadas en sus hombros, las suyas en mi trasero para ayudarme en el movimiento. Me muevo hacia delante para sentirlo a fondo, vuelvo a subir y bajo una vez más mientras el placer aumenta cada segundo que pasa.

Adrien estira la mano hasta mi nuca y me empuja despacio hacia su boca. Acudo a la cita gustosa, feliz, y encuentro de nuevo su

lengua mientras me sigo moviendo.

Cuando el placer es verdaderamente intenso, enderezo el torso y me concentro en mi sexo y en el suyo.

—Ya estoy…

Adrien, atento, empieza a moverse deprisa debajo de mí. Echo la espalda hacia atrás y apoyo las manos en sus muslos para sentirlo al fondo de mí.

Esto es…

No puedo más. Grito, gimo y jadeo mientras me corro con fuerza. El universo se traslada a mi interior, las estrellas brillan y estallan dentro de mi cuerpo, y el aire cálido del desierto es una caricia más, millones de manos recorriendo cada centímetro de mi piel.

Siento que él también se estremece dentro de mí, me acompaña en el orgasmo, me sujeta con fuerza por la cintura, me clava los dedos en la carne y me mira con los ojos brillantes. No aparto la mirada, me pierdo en su mar gris y nado en su mar.

Cuando todo termina, con él todavía en mi interior, me inclino sobre Adrien y termino donde habíamos empezado, con su boca y la mía fundidas en un beso sin fin.

En este instante, en medio de la nada, bajo un cielo inabarcable, ya no hay peligro ni huida, no hay decisiones impuestas.

Solo estamos él y yo.

Y me asusta reconocer que, en realidad, no quiero estar en ningún otro sitio, porque eso lo cambia todo.

43

Adrien

Por segunda vez en dos días, me despierto con Nora entre mis brazos. Podría acostumbrarme a esto. En realidad, creo que ya lo he hecho. Cuando abro los ojos todavía no ha amanecido, y me resulta tan natural encontrarla pegada a mi cuerpo, con la cabeza en mi hombro, la mano sobre el vientre y su pierna sobre mi hombro, que tengo la sensación de que llevo años despertándome del mismo modo.

Me gusta la sensación, y aunque sé que es peligroso, me permito vivir la fantasía unos minutos más.

Hace horas que la hoguera se extinguió. Sus bragas fueron un pobre combustible, y la temperatura no bajó tanto como para necesitar alimentar las llamas. Saqué la última manta del coche y nos cubrí con ella. Hacía tiempo que no dormía tan bien, tranquilo, casi en paz.

Pero esta tregua, como todas las treguas, está a punto de terminar.

La atraigo hacia mí hasta pegarla por completo a mi cuerpo y la beso en la cabeza. Nora gruñe por lo bajo y yo sonrío. Me da la sensación de que es de las que tiene mal despertar.

Sin embargo, cuando abre los ojos y me mira, sonríe y levanta la cara para que la bese en los labios.

—Buenos días —susurro.

—Mmmmmm —responde ella antes de acurrucarse de nuevo.

—Tenemos que seguir —le digo—. Haré café.

Me separo de ella a regañadientes y, por fin, me pongo de pie. Estiro los músculos mientras contemplo el amanecer, apenas una franja anaranjada en el horizonte.

Cuando la miro de nuevo, está sonriendo. Y no mira el amanecer.

—Gracias por el espectáculo —me dice.

No puedo evitar que se me escape una carcajada.

Me agacho, la beso rápidamente y me dirijo al jeep en busca de ropa limpia. La que llevábamos ayer está llena de arena, alguna prenda incluso semi enterrada por efecto del viento nocturno.

Saco el hornillo, preparo la cafetera y la pongo al fuego. Le ofrezco un poco de agua, que ella acepta, y cojo la bolsa con los alimentos que nos dieron en la aldea. Hay dátiles, carne seca, pan plano y un queso muy graso envuelto en una tela de saco.

Lo pongo todo con cuidado sobre la manta y voy a buscar la cafetera, que ya burbujea.

Nora se ha vestido e intenta peinarse, pero el viento le ha revuelto el pelo, que rodea su cara en ondas alborotadas y rebeldes. Está preciosa.

—Déjatelo así —le digo.

Ella sonríe, pero no ceja hasta que no consigue reunir la melena corta en la nuca y anudarla con una goma. Así también está preciosa, pero tampoco se lo digo.

Comemos en un silencio cómodo. Luego, apuramos el café, lo recogemos todo y vamos juntos al jeep. Es la hora de la verdad.

—¿Arrancará? —me pregunta.

—No tengo ni idea —respondo con sinceridad.

Abro el capó y reviso el interior. Una vez frío, no veo nada rajado, roto o fuera de su sitio. Al menos en apariencia, todo está bien. Por último, lleno el depósito con uno de los bidones de combustible. Según mis cálculos, podré regresar a mi campamento por los pelos con lo que me queda, así que tendré que ser conservador en la conducción para no gastar más de lo necesario si no quiero quedarme tirado en mitad del desierto.

Subimos al jeep y giro la llave.

Cuando el motor arranca, los dos dejamos escapar el aire que estábamos conteniendo sin darnos cuenta y nos miramos un segundo.

Pero ya no hay sonrisas. Somos, de nuevo, Kader y la capitana Vaillant.

En efecto, las treguas siempre duran muy poco.

Apenas hablamos durante el trayecto. Aunque hemos salido cuando el sol estaba muy bajo, el calor pronto convierte el jeep en un horno. Las rendijas del aire acondicionado escupen aire tibio que solo sirve para recalentar más el interior, así que pronto los dos tenemos la piel brillante por el sudor y la ropa empapada.

Los dos nos mantenemos alerta, Nora a la presencia de otros vehículos y yo, al camino. Estoy siguiendo una senda de comerciantes poco transitada, pero que aparece en los mapas y, de vez en cuando, nos cruzamos con pequeñas caravanas de dromedarios y con furgonetas que traquetean sobre la arena y las piedras del desierto. Aunque sea un poco más arriesgado que cruzar el desierto, al menos por esta vía encontramos un par de lugares en los que detenernos y descansar a la sombra.

Las personas con las que nos cruzamos apenas nos prestan atención. Los jeeps militares con demasiado comunes en esta zona del mundo, y lo que los civiles quieren siempre es pasar lo más desapercibidos posible, así que apenas nos miran y, por supuesto, en ningún momento nos hablan. Eso me tranquiliza, porque sé que tampoco hablarán con los hombres de Ag Alhassan en caso de que se encuentren con ellos.

Nora cada vez habla menos. De hecho, llega un momento en el que apenas me mira y a duras penas responde a mis comentarios. El navegador del salpicadero es muy claro. Apenas nos separan cien kilómetros del destacamento francés. A la velocidad que llevamos, no más de una hora y media.

—Deberías estar contenta —le digo después de veinte kilómetros de silencio.

—Lo estoy —responde ella un buen rato después.

Podría bromear, intentar quitarle hierro al asunto, pero lo cierto es que yo me siento igual. Hace ya un buen rato que se me ha abierto un agujero en el pecho que se agranda conforme avanzamos. Sin embargo, no hay nada que ella o yo podamos hacer, no queda más remedio que seguir y decirnos adiós.

Sé que estamos llegando al destacamento mucho antes de que la base sea visible. La línea del terreno cambia de forma casi imperceptible, una interrupción mínima en la continuidad del desierto.

—Allí —le digo.

Nora entrecierra los ojos y apoya una mano en el salpicadero para inclinarse hacia delante. Sigue la dirección de mi dedo, pero solo es capaz de distinguir la vibración del aire caliente sobre la arena.

—No hay nada —dice.

—Estamos llegando —insisto.

Unos minutos más tarde, las primeras formas empiezan a tomar consistencia: estructuras bajas, líneas rectas que no pertenecen al paisaje, una antena, la sombra de un perímetro vallado. No es un gran despliegue, pero es suficiente. Aunque pueda parecer lo contrario, esta parte del Sahel no es la más conflictiva.

Nora no dice nada cuando por fin lo ve. Se queda quieta, con la mirada fija en ese punto que crece lentamente a medida que nos acercamos. Hay algo en la forma en que su cuerpo se tensa que no tiene nada que ver con el peligro.

Reduzco la velocidad de forma progresiva. No quiero que nos identifiquen como una amenaza. Levanto una mano fuera de la ventanilla cuando sé que ya estamos dentro de su radio de observación para dejar claro que no hay intención de ataque.

No han pasado ni cinco minutos cuando el primer vehículo sale de detrás de una estructura camuflada y se coloca a nuestra izquierda. Se mueve con rapidez, pero sin brusquedad, situándose

en paralelo pero a una distancia de seguridad. Veo las armas y las miradas de los soldados. Nos están evaluando.

Todo en orden.

Todo controlado.

Nora respira más hondo de lo que lo ha hecho en las últimas horas, pero no se relaja. Ni siquiera cuando uno de los soldados levanta la mano para darnos el alto y nos ordena que nos detengamos.

Freno y a apago el motor delante de la garita.

Durante un instante, ninguno de los dos se mueve.

—Ya está —le digo sin mirarla. No estoy constatando nada, ni siquiera lo evidente. Simplemente, es el anuncio del punto final—. Siento todo lo que ha pasado. Todo lo malo —añado deprisa.

Nora no responde.

Antes de que se mueva, saco un teléfono pequeño y negro del bolsillo interior de la chaqueta. No es un móvil normal, lleva una antena plegada.

Ella lo coge y me mira.

—Por si vuelves a perderte en el desierto —le digo—. Solo tiene un número grabado.

Ella asiente, guarda el teléfono y abre la puerta antes de que nadie se acerque y baja del jeep con un movimiento firme, controlado. Los soldados se aproximan enseguida, con las armas bajas pero listas, y uno de ellos se dirige a ella en francés.

Nora responde con la misma precisión con la que lo ha hecho todo desde el principio. Su voz es clara, segura, sin rastro del caos que hemos dejado atrás. Da su nombre y su rango, lo justo para encajar de nuevo en el mundo al que pertenece.

O al que debería pertenecer.

Yo me quedo dentro del jeep observando lo que ocurre. Quizá debería bajar, pero no hay lugar para mí ahí fuera. Sin embargo, sé que debo hacerlo.

Salgo despacio, sin movimientos bruscos, y cierro la puerta con suavidad. No avanzo hacia ellos, me quedo donde estoy, dejando que la distancia marque la diferencia entre su mundo y el mío.

Uno de los soldados me mira, y luego otro.

La tensión cambia de dirección, como una corriente que encuentra un nuevo punto de referencia.

No dicen nada, pero no hace falta.

Nora se gira entonces y nuestras miradas se cruzan a unos metros de distancia que, en realidad, son mucho más que eso. No hay nadie entre nosotros, pero el espacio se ha llenado de todo lo que no encaja, de todo lo que no puede decirse aquí, en este lugar, delante de estas personas.

—Estoy bien —dice.

No sé si me lo dice a mí o a ellos.

Asiento.

—Lo sé.

El silencio vuelve a instalarse entre nosotros.

Podría acercarme y decir algo más, pero no lo hago, porque cualquier paso en esa dirección podría provocar que el precario castillo de naipes que hemos construido se viniera abajo.

—Gracias —añade ella al cabo de unos segundos.

La palabra es sencilla, demasiado, y no responde a nada de lo que ha pasado. Y, sin embargo, es lo único que puede decir aquí.

—No me debes nada —contesto, porque es verdad.

Uno de los soldados interviene entonces y se dirige a Nora con algo más de urgencia. Le hacen preguntas y le señalan el interior del perímetro. Le están pidiendo que entre.

Ella asiente, pero no se mueve.

Me mira una vez más, como si esperara algo.

No sé el qué, no tengo nada que darle.

—Entra —la insto—. Es lo que querías.

No es una acusación, es simplemente la realidad.

Nora me sostiene la mirada un segundo y luego asiente despacio, como si aceptara algo que no tiene del todo claro.

Por fin, se gira y da un paso. Luego otro.

Los soldados la rodean, y esa imagen me hace ser consciente de que ella pertenece a este mundo, uno que funciona con normas distintas, con unos límites claros, con una lógica que no admite ambigüedades.

Sin embargo, antes de cruzar el perímetro, se detiene.

—No vuelvas —me dice—. Prométemelo

No sé si es una orden, una advertencia o si simplemente intenta protegerme.

En cualquier caso, no importa.

La miro y, durante un instante, todo lo demás desaparece. Luego, le doy la única respuesta posible:

—No puedo prometerte eso —respondo—. Sabes que no puedo, y sabes porqué

Nora asiente, pero no sé si lo hace porque lo entiende o porque no quiere seguir hablando.

Esta vez, sí se marcha. Cruza el límite del destacamento y desaparece.

El movimiento a mi alrededor cambia de inmediato. Los soldados ya no me miran igual. Uno de ellos da un paso hacia mí, con la intención clara de cerrar la situación.

Levanto las manos con las palmas hacia delante para que comprendan que no soy una amenaza y abro despacio la puerta del jeep.

—No hay problema —digo en francés—. Solo la he traido.

El soldado me observa, me evalúa y luego asiente.

—Márchese —me ordena.

Asiento en silencio y subo al jeep.

Arranco, giro y acelero en dirección contraria al destacamento.

No miro atrás, no es necesario. Sé exactamente lo que veré en el retrovisor.

Y lo que he dejado allí.

El motor responde con un sonido limpio, estable, como si nada de lo ocurrido en los últimos días hubiera dejado marca en él.

Pero yo sí la llevo.

Mientras la base francesa se reduce en el retrovisor hasta desaparecer por completo, me esfuerzo por hacer que mi mente vuelva a lo inmediato, a lo que viene ahora, a lo que sé que va a ocurrir inevitablemente.

Ag Alhassan no ha terminado.

Ni conmigo, ni con mis hombres. Quiere todo lo que tengo, y no tendrá piedad.

Aprieto el volante y el desierto vuelve a abrirse ante mí, inmenso, indiferente.

Pero sé que no puedo detenerme.

Ni volver atrás.

44

Nora

El cambio no es inmediato. No ocurre en el momento en que cruzo el perímetro, ni cuando los soldados bajan las armas y alguien me coloca una mano firme en el brazo para guiarme hacia el interior; ni siquiera cuando oigo mi nombre pronunciado con ese tono preciso, reglamentario, que reconoce antes el rango que a la persona.

El cambio llega después, poco a poco.

Es como si el cuerpo avanzara y la mente se quedara atrás, retenida en algún punto del desierto que todavía no he terminado de abandonar. O que no quiero abandonar.

Camino entre las estructuras metálicas, las lonas tensadas y las cajas apiladas con un orden que me resulta familiar. Todo está en su sitio. Todo tiene una función clara. Las rutas están definidas; las jerarquías, visibles; las decisiones, encajadas en un sistema que no deja espacio para la improvisación.

Y, sin embargo, nada termina de encajar.

—Capitana Vaillant.

Me detengo cuando oigo mi nombre. Un oficial se acerca con paso rápido, acompañado de otro hombre que lee con atención lo que sea que hay en la pantalla de su móvil. Tras saludarme, me observan con una atención absolutamente profesional.

—Necesitamos confirmar su identidad y evaluar su estado —dice el primero.

Asiento, lo esperaba.

Primero me conducen a un barracón prefabricado en el que un grupo de soldados trabaja con la cara pegada a un ordenador. Hay mapas, papeles y metros de cables que serpentean por el suelo.

Me siento a un lado de una mesa, uno de los oficiales al otro y el segundo, el del móvil, se queda de pie a mi lado. Respondo a sus preguntas con la misma precisión con la que he respondido siempre. Nombre, rango, unidad, fechas aproximadas de todo lo que ha sucedido. El secuestro, la estancia en el campamento, la liberación.

Las palabras salen solas, ordenadas, limpias, como si no hubieran pasado semanas desde la última vez que formaron parte de algo real.

Les cuento que durante mi cautiverio me he dedicado a atender a mercenarios heridos y a civiles enfermos, que me han tratado relativamente bien, que no he sido torturada ni maltratada, ni siquiera interrogada, y les recuerdo que, de todos modos, como oficial médico yo no conozco los planes del ejército francés.

Cuando se dan por satisfechos «por el momento», como recalcan dos veces, me avisan de que más tarde me reuniré con el alto mando de la base y, por fin, me conducen a una tienda médica.

El interior está limpio, organizado y brillante. Hay mesas plegables, instrumental esterilizado y luces blancas. El contraste con la penumbra cálida de la cabaña del poblado reconvertida en enfermería y hospital es tan brusco que durante un segundo me obliga a entrecerrar los ojos.

Una mujer se acerca a mí. Lleva una bata blanca sobre el uniforme, guantes y una sonrisa cálida que agradezco.

—Soy la teniente Roche —se presenta—. Encantada de tenerla de vuelta, capitana Vaillant. Si le parece bien, tengo que examinarla. Ya sabe, el protocolo —añade.

Asiento y la sigo hasta detrás de unas cortinas verdes. Los oficiales que me han acompañado se quedan fuera, a una distancia prudencial y discreta.

Una enfermera me ayuda a quitarme la ropa y a ponerme después una bata hospitalaria. Sonríe todo el tiempo mientras espera, y luego se queda a un lado, lista para recibir las indicaciones de la doctora.

Me tumbo en la camilla y dejo que revise mis constantes, que observe los cortes superficiales, la deshidratación leve, la fatiga acumulada. Habla mientras lo hace, comenta los datos en voz alta para que la enfermera los registre.

—Todo es correcto y normal —me dice por fin—. Su estado de salud y sus niveles generales son aceptables, aunque esperaremos a los resultados de los análisis para descartar cualquier infección encubierta. Relájese un poco mientras espera, he pedido que le traigan ropa limpia.

La doctora se despide con una nueva sonrisa y me deja sola tras la cortina. Me acomodo sobre la camilla, que es más cómoda que el camastro en el que llevo semanas durmiendo, e intento relajarme.

Entonces, el ruido empieza a molestarme.

No es especialmente alto. Lo que me molesta es más bien el conjunto de sonidos: voces que se cruzan, pasos rápidos sobre el suelo compactado, órdenes que se dan y se repiten, radios que crepitan con información constante. Un flujo continuo que no se detiene y que, de pronto, me resulta excesivo.

Cierro los ojos un segundo e intento derivar mis pensamientos hacia otro sitio, ignorar los ruidos que me enervan, pero cuando los abro, todo sigue igual. Me siento en la camilla, consciente de que me será imposible descansar ni un segundo, y espero a que me traigan la ropa prometida.

Por fin, una soldado se cuadra marcial ante mí y me entrega un pulcro paquete con un uniforme de campaña, ropa interior nueva y unas botas impecables.

Espera de espaldas mientras me visto y cuando estoy lista, corre la cortina y me encuentro de frente con los oficiales que me habían acompañado. Ya están de pie, listos para moverse.

—Me alegro de que se encuentre bien, capitana Vaillant. Ahora, si es tan amable, necesitamos que redacte un informe preliminar —dice el oficial mientras salimos del hospital de campaña—. Y después, hablaremos con Inteligencia.

Asiento.

Un informe, claro. Un informe en el que tengo que contar todo lo que ha pasado.

Me llevan a otra estructura y entramos en un cubículo cerrado amueblado solo con una mesa, una silla y un ordenador portátil que ya está encendido, esperando. Me siento frente a la pantalla y durante unos segundos me quedo quieta, observando el cursor que parpadea sobre un documento en blanco.

Luego, respiro hondo un par de veces y empiezo a escribir.

Las palabras salen solas, correctas, precisas, estructuradas. No me detengo en explicaciones largas ni en descripciones innecesarias, sino que me limito a consignar lo estrictamente necesario, porque sé que es lo que quieren.

«La captura se produce en una zona rural. Soy trasladada a un campamento irregular. Presencia de civiles. Atención médica a múltiples heridos…»

Detengo el movimiento de mis dedos sobre el teclado. La pantalla no refleja nada de lo que ha sido aquello. Es imposible transmitir el calor, el olor, la sangre, el dolor, las decisiones extremas en situaciones desesperadas. No puedo expresar la mirada de los heridos, de los enfermos, el miedo en los ojos de las mujeres, la ayuda de Amira.

Respiro hondo y continúo.

Es lo que se espera de mí, lo que sé hacer, así que alejo todo de mi mente y sigo escribiendo.

Cuando termino, alguien recoge el informe, lo mete en un sobre y se lo lleva sin decir ni una palabra. Uno de los oficiales que me acompañan desde el principio me recibe sonriente cuando salgo de

la diminuta habitación y lo sigo pasillo adelante hasta otra sala. Esta vez no hay ordenador, solo una mesa y dos sillas.

El oficial se queda fuera, y yo me siento en una de las sillas. Un rato después, veo que el oficial se lleva la mano a la gorra y se coloca en posición de firme junto a la puerta.

—Comandante —saluda. Yo también me levanto y me pongo firme mientras espero.

—Descanse, teniente —ordena la recién llegada. Luego, entra en la sala y cierra la puerta a su espalda. Se detiene frente a mí, sonríe y me tiende la mano, que yo estrecho después del saludo protocolario.

—Bienvenida, capitana —me dice, todavía con mi mano en la suya—. Soy la comandante Alice Weber, agregada de la OTAN en esta base. Llevamos semanas buscándola por tierra y aire. Me alegro de que se encuentre bien.

—Gracias, comandante.

Por fin, me suelta la mano y se sienta, pero en lugar de hacerlo al otro lado de la mesa, coge la silla y la coloca a mi lado, de modo que, colocadas de frente como estamos, nuestras rodillas casi se tocan.

—Supongo que no ha sido fácil ni agradable —empieza, mirándome a los ojos.

—No —respondo de inmediato—, no lo ha sido en absoluto.

—He leído su informe preliminar. Sé que lo ha hecho deprisa, pero ya habrá tiempo para entrar en detalle. De momento, capitana, lo que me intriga de verdad es cómo ha logrado salir.

Asiento despacio y apoyo las manos sobre mis muslos mientras dejo que piense que estoy ordenando los recuerdos antes de verbalizarlos, aunque en realidad lo que hago es algo mucho más preciso: seleccionar los recuerdos, encajar los datos y construir una versión que pueda sostenerse sin resquebrajarse bajo el peso de lo que no voy a contar.

—Conté con ayuda de dentro —empiezo—. De otra forma, habría sido imposible. Una persona me consiguió un vestido de mujer árabe, me lo puse y salí por la puerta principal a la vez que unos comerciantes que habían llegado unas horas antes al campamento. Nadie me miró ni me habló —añado.

—Tuvo suerte —reflexiona la comandante.

—Mucha suerte, sí —reconozco.

—¿Y después?

—Después, me separé de los hombres y me dirigí hacia los coches. Había varios jeeps junto a uno de los muros que quedaban fuera del ángulo de vigilancia de los mercenarios que controlaban las garitas elevadas. El tercero estaba abierto. Me escondí dentro un rato, hasta que estuve segura de que no había nadie cerca. Entonces, saqué los cables del salpicadero, conecté los del encendido y el jeep arrancó.

—¡Bravo, capitana! —aplaudió la comandante Weber—. Continúe, por favor.

—Simplemente, aceleré y me alejé lo más deprisa que pude. No encendí las luces hasta que calculé que ya no podían verme.

—¿Tenía mapas o un GPS? —me pregunta.

—No, nada.

—¿Alguna referencia o indicación?

—No.

—Entonces, ¿cómo sabía hacia dónde ir?

—No lo sabía —reconozco—. Lo único que quería era alejarme de allí. Vi la oportunidad y la aproveché.

—Ajá, entiendo. —La cara de la comandante ya no es tan risueña —. Siga, capitana.

Le hablo de las dificultades del camino, de los bancos de arena, de las rocas…

—Ya, ya —me interrumpe. Cambia de postura en la silla e inclina el cuerpo hacia mí. Su mirada me taladra—. Disculpe, pero me

gustaría que pasara directamente al momento en el que se encuentra con la persona que la traido. ¿Quién es?

Respiro hondo y pienso a toda velocidad. Puedo decir la verdad. De hecho, es lo que debería hacer, pero no soy capaz.

—Uno de los hombres del campamento —digo por fin.

—¿Uno de los mercenarios? —insiste ella.

—No me consta —miento de nuevo.

—¿Lo conocía? —sigue.

—He conocido a mucha gente durante estas semanas, comandante, mercenarios, civiles y comerciantes. Es un campamento pequeño y he tratado a heridos y enfermos desde que llegué. De hecho —añado—, ese era su objetivo cuando me secuestraron, necesitaban un médico.

—¿Quién la retenía? —pregunta de pronto.

Levanto la mirada y sostengo la suya apenas un segundo más de lo cortés entre militares.

—Un grupo armado local —respondo.

No es mentira, pero tampoco es toda la verdad.

Es una forma de contenerla.

—¿No hizo una identificación concreta?

Niego despacio, manteniendo la voz estable.

—No, comandante. Lo siento.

Alice Weber no aparta los ojos de mí, y durante un instante tengo la sensación de que busca algo más que información, como si tratara de medir la consistencia de lo que digo más allá de las palabras, pero no encuentra nada que la obligue a insistir.

O decide no hacerlo de momento.

—¿Había un líder?

La pregunta llega con la misma neutralidad que las anteriores, pero en ese momento soy plenamente consciente de que lo que diga ahora no es solo un dato, sino una decisión.

Podría dar su nombre.

Podría describirlo con precisión, incluso facilitarles el camino.

Y, sin embargo, lo único que hago es dejar que pase el tiempo antes de responder.

—No lo sé.

La frase sale sin esfuerzo, me concentro en controlar la tensión para resultar creíble.

Asiente y sonríe. No ha tomado ni una sola nota desde que ha llegado, así que supongo que en la sala hay un dispositivo de grabación que lo está recogiendo todo.

El interrogatorio continúa durante varios minutos más, centrado ahora en aspectos que puedo detallar sin reservas: número aproximado de hombres, armamento, disposición del campamento, rutas posibles. Respondo con precisión, sin omitir nada relevante, porque ahí no hay nada que proteger ni que distorsionar.

Cuando termino, la comandante Weber apoya la espalda en el respaldo de la silla y me mira en silencio durante un largo rato. Tiene una sonrisilla en la boca que no sé si debe tranquilizarme o inquietarme, porque aunque su aspecto general es sosegado, no olvido en ningún momento que es un alto mando del servicio de Inteligencia de la OTAN.

Por fin, se palmea los muslos y se pone de pie. Yo la imito al instante y me cuadro ante ella.

—Relájese, capitana. Descanse y deje que la cuidemos, se lo ha ganado —me dice sin dejar de sonreír—. Estaremos en contacto. Ha hecho un buen trabajo —añade antes de salir.

Asiento, aunque no respondo, porque no tengo claro a qué se refiere exactamente.

Salgo de la sala y el aire del exterior me envuelve de nuevo, cargado de actividad, de voces que se cruzan, de órdenes que se repiten con una cadencia constante que debería resultarme familiar y, sin embargo, empieza a resultarme excesiva, como si mi percepción de la realidad y de mi propia vida se hubiera reajustado a

otra escala y ahora todo sonara demasiado alto, demasiado inmediato, demasiado estructurado.

El oficial que me ha escoltado hasta el barracón ya no está en la puerta cuando salgo, así que camino sin rumbo definido durante unos minutos, atravesando espacios que reconozco perfectamente en su función, aunque no en la forma en que me afectan. Paso junto a un grupo de soldados que revisan sus equipos con una meticulosidad que no deja espacio para el error, veo un vehículo con el motor al aire mientras un mecánico lo revisa, paracaidistas charlando ociosos alrededor de una radio que escupe música pop a todo volumen.

Todo está en su sitio.

Todo funciona.

Y, sin embargo, mientras avanzo empiezo a notar una distancia difícil de explicar, no con el entorno, sino conmigo misma dentro de él, como si hubiera una ligera desalineación entre lo que soy aquí y lo que acabo de dejar atrás.

Me detengo, pero me doy cuenta de que no soy consciente de haberlo hecho. Apoyo una mano en una de las estructuras metálicas cercanas y dejo que el frío del material contraste con el calor que todavía llevo en la piel, mientras observo el movimiento a mi alrededor y comprendo que no me siento parte de todo esto.

No es rechazo ni incomodidad. Es… No sé cómo explicarlo. Es como si todo lo que soy en mi interior, todas mis certezas y seguridades, se hubieran desplazado dentro de mí y no terminaran de encontrar su lugar.

Es… Es la sensación incómoda de que no encajo en este lugar.

Pateo el suelo y golpeo la estructura metálica con la palma de la mano.

¿Qué me ha pasado? ¿Qué me ha hecho ese puto Kader?

Tengo que sacármelo de la cabeza.

«Recuerda que te secuestró», me digo a mí misma. «No olvides que es un asesino, un mercenario», insisto.

Pero nada es capaz de convencer a lo que sea que tengo dentro.

Mierda.

Cierro los ojos un segundo para intentar contener lo que está empezando a moverse debajo de mi piel y en ese instante, sin que lo busque, aparece una imagen concreta, definida y absurdamente nítida.

Él.

Pero no en una forma que pueda explicarse con facilidad. No como el hombre que me secuestró y me retuvo, ni siquiera como el que me ha traído hasta aquí.

Lo que veo, lo que siento, no se deja reducir a una categoría que pueda nombrarse, y eso es precisamente lo que lo vuelve tan incómodo, porque no sé cómo llamarlo exactamente.

Abro los ojos y los sonidos regresan con la misma intensidad que antes, pero ya no los percibo igual. Es como si algo en mí hubiera cambiado lo suficiente como para que ese entorno, que debería significar seguridad, orden y control, deje de ser un punto de llegada y se convierta en otra forma de incertidumbre.

Me aparto de la estructura y continúo caminando, esta vez con un destino más claro, aunque no tenga que ver con un lugar concreto, sino con la necesidad de seguir moviéndome.

Escapar, salir de allí, no ha sido un final.

Por más que me empeñe en negarlo, ha sido un comienzo.

Y sé exactamente lo que tengo que hacer ahora.

Doy media vuelta y corro al encuentro de la comandante Weber.

45

Adrien

Me sorprendo cuando distingo el campamento a lo lejos, porque apenas he sido consciente del viaje de vuelta. Tengo la sensación de que el tiempo ha cambiado de ritmo desde que la dejé en la base francesa, como si cada kilómetro se hubiera comprimido sobre sí mismo hasta convertirse en una sucesión más densa y corta, donde lo único importante es seguir avanzando sin concederle demasiado espacio a todo lo demás.

Reconozco la silueta irregular de las torres de vigilancia y la disposición desordenada de las tiendas. Giro a la izquierda en busca de la entrada principal y durante un momento puedo ver el otro lado del campamento.

Algo me alerta al instante, una alteración mínima en el paisaje que alguien sin experiencia probablemente no percibiría jamás. El desierto tiene una forma concreta de respirar, una cadencia silenciosa que aprendes a reconocer después de suficiente tiempo sobreviviendo en él, y ahora mismo, esa cadencia está rota.

Reduzco ligeramente la velocidad hasta casi detenerme y observo con atención.

El jeep vibra bajo mis manos con esa irregularidad constante que lleva acompañándome desde hace horas, y aprovecho esos segundos para dejar que la mirada recorra el terreno.

Mierda…

Lo que me había parecido una nube de arena es, en realidad, humo.

Son hombres, un ejército. Dentro del campamento.

Aprieto la mandíbula mientras dejo que la conclusión termine de asentarse por completo.

Han llegado.

Siempre he sabido que lo harían, desde luego. Ag Alhassan no podía dejar pasar algo así. Lo que para cualquiera sería una decisión personal, aquí equivale a una declaración de guerra, una fractura visible dentro de un equilibrio construido sobre el miedo y la obediencia. Si no respondiera, otros empezarían a preguntarse cuánto margen tenían para desafiarlo también.

Y Ag Alhassan jamás permitiría algo así.

Piso el acelerador a fondo. No tiene sentido quedarme aquí, intentando evaluar la situación como si todavía existiera margen para planificar nada. Si ya han entrado en el campamento, lo último que necesitan mis hombres es que yo permanezca aquí fuera, observando cómo consolidan posiciones.

El jeep salta sobre una irregularidad del terreno y cae con violencia. El golpe me sacude los hombros y hace protestar al motor, pero no reduzco la velocidad. Sigo avanzando mientras las primeras estructuras empiezan a definirse con claridad.

Y entonces llega el sonido.

No es el estruendo caótico de una batalla descontrolada, ni una lluvia constante de disparos sin dirección. Lo que escucho son ráfagas cortas, disparos aislados, respuestas medidas que se cruzan unas con otras sin superponerse del todo.

Eso significa que todavía resisten.

También significa que los hombres de Ag Alhassan no han venido únicamente a arrasar. Pretenden tomar el control del campamento.

Freno de golpe a pocos metros del perímetro exterior y dejo que el jeep derrape ligeramente antes de detenerse por completo. Durante un instante, el silencio relativo del interior del coche contrasta de forma brutal con el combate que se desarrolla fuera, y aprovecho esos segundos mínimos para orientarme, identificar direcciones y calcular distancias.

Cojo el fusil, los cargadores y la pistola y salgo del vehículo. El calor me golpea con fuerza, aunque apenas lo percibo. Mi atención ya está en otra parte.

La torre del flanco este está parcialmente destruida.

Una de las tiendas ha colapsado y ahora sirve como cobertura improvisada.

En el centro del campamento, donde normalmente habría un tránsito constante, solo queda un vacío extraño.

Avanzo agachado, utilizando las estructuras que conozco de memoria para moverme entre ellas sin necesidad de pensar demasiado. A mi derecha, dos de mis hombres responden al fuego desde una posición que no podrán sostener mucho más tiempo. Más allá, alguien grita una orden que se interrumpe bruscamente bajo una ráfaga.

No hay tiempo para reorganizar nada.

Solo para entrar.

Uno de los todoterrenos de Ag Alhassan está atravesado junto a una tienda derrumbada, con el motor todavía en marcha y una puerta abierta de par en par. Eso significa que el asalto sigue activo, que todavía no han conseguido penetrar por completo.

Aprieto el paso y veo los rostros de mis hombres cuando me reconocen. Alivio, esperanza, incluso alegría.

No doy órdenes, no hace falta. Cada uno aquí sabe exactamente lo que tiene que hacer o está demasiado ocupado intentando seguir vivo como para escucharme.

Cuando alcanzo el primer punto de contacto, no me detengo a evaluar la situación.

Simplemente, disparo.

El hombre al que apunto cae hacia atrás sin ser siquiera consciente de dónde ha llegado el disparo.

No pierdo el tiempo comprobando si está muerto, lo importante es que no volverá a disparar contra nosotros.

Sigo avanzando, y otro aparece por mi izquierda, emergiendo de detrás de una de las cabañas con el arma todavía levantándose hacia mí.

Apunto hacia él y efectúo dos disparos secos que atraviesan el espacio entre nosotros. El cuerpo se desploma sobre la arena, golpeando el suelo con un sonido húmedo que apenas registro antes de moverme otra vez.

Un disparo impacta contra el poste de madera junto a mí y levanta una lluvia de astillas que me roza la cara. Giro sobre mí mismo, localizo el origen del fuego y respondo casi sin ajustar la postura. El retroceso del arma me sacude el brazo herido con violencia, pero no aflojo la presión.

El hombre se cubre y disparo otra vez.

No espero a ver si cae.

Me desplazo hacia un lateral en busca de un ángulo más limpio, y veo los cuerpos sin vida de dos de mis hombres.

Todo lo que está ocurriendo, y lo que ocurra a partir de ahora, es una consecuencia directa de mi decisión de no entregar la Nora. Incumplir la palabra está costando vidas, y no sé si podré vivir con eso. Pero tampoco podría vivir si la hubiera entregado.

Si lo pienso fríamente, desde el momento en el que la traje al campamento y ella comenzó a ocuparse de los heridos con una dignidad asombrosa, se coló dentro de mí. Cuando me desafiaba, me insultaba e intentaba matarme, yo me acercaba más a ella sin saberlo ni poder evitarlo. Y cuando escapó, lo único que pensaba era que podía morir ahí fuera.

Cada disparo que devuelvo, cada cuerpo que cae, cada metro que avanzo dentro del campamento es la consecuencia directa de haberla sacado de aquí. Ya no existe separación entre la decisión y lo que implica, pero volvería a hacerlo otra vez.

Oigo un grito desde la zona central.

Me giro al instante y veo a Malik.

Está cubierto tras una estructura baja, con el arma apoyada sobre el borde y la mirada fija hacia la parte central del campamento.

Me muevo hacia él, y cuando llego a su posición, se gira lo justo para reconocerme y no dispararme.

—Llegas tarde —dice con una media sonrisa agotada que no tiene nada de humor.

—Ya estoy aquí —respondo mientras me coloco a su lado.

Asiente apenas.

—Estamos jodidos —dice. Luego señala con la barbilla hacia el interior—. Han entrado por el este, y han dejado claro desde el principio que no han venido a negociar.

No necesito que lo diga, lo veo perfectamente.

—¿Cuántos?

Malik suelta una respiración breve antes de responder.

—Ni idea, pero suficientes para complicarnos bastante la vida.

Asomo lo justo para evaluar la situación y distingo a dos hombres avanzando entre las tiendas, utilizando los restos de una estructura caída como cobertura móvil.

Están intentando abrir una brecha para llegar al centro.

Disparo antes incluso de que Malik termine de ajustar la mira.

El primero cae inmediatamente, pero el segundo se repliega detrás de una lona derrumbada.

Durante un instante breve, el espacio que queda entre ráfagas me permite escuchar mi propia respiración. Me concentro, aprieto el fusil con fuerza y vuelvo a incorporarme.

No hay tiempo para detenerse, ni para analizar qué demonios ha cambiado dentro de mí.

Solo para seguir avanzando.

Y, aun así, mientras vuelvo a moverme hacia el siguiente punto de contacto, soy plenamente consciente de algo que ya no puedo ignorar por mucho que lo intente.

No soy el mismo, no peleo igual. Nunca he escuchado mi respiración durante un combate, solo los disparos y los movimientos del enemigo para adelantarme a ellos.

Y en un lugar como este, eso es probablemente lo más peligroso que puede pasarle a un hombre.

46

Nora

No puedo creer lo que estoy haciendo, pero aquí estoy, al volante de un jeep, en mitad del desierto, pisando el acelerador a fondo en dirección al campamento de Kader. No voy sola, me acompañan otros tres vehículos con diez soldados de élite armados hasta los dientes. Somos un convoy que, oficialmente, no existe. No llevamos insignias visibles, banderas ni nada que permita identificar quiénes somos. Ni siquiera llevamos nuestros uniformes reglamentarios, sino ropa de campaña muy parecida a la que usan los mercenarios.

Los soldados han sido escogidos personalmente por Weber, hombres silenciosos que no hacen preguntas y que se mueven con la eficacia contenida de quienes entienden que las operaciones más delicadas son precisamente aquellas de las que nadie hablará después.

No ha sido fácil.

Abordé a la comandante Weber en su despacho poco después de terminar nuestra conversación, si es que puede llamarse así al interrogatorio encubierto al que me sometió. No pudo disimular su sorpresa, sobre todo cuando cerré la puerta a mi espalda y me senté frente a ella.

Le hablé de Adrien Kader y de su grupo mercenarios, del contrato que habían firmado por mí y de cómo decidió incumplir su palabra y traerme de vuelta a la base.

Weber me escuchó en silencio, con suma atención y sin desviar la mirada de mis ojos, atenta a cualquier cambio en mi gesto.

Cuando terminé, permaneció callada un buen rato mientras mi nerviosismo iba en aumento.

—Lo que no entiendo —dijo después—, son los motivos que pudo tener Kader para liberarla en lugar de entregarla a Ag Alhassan.

Agaché la cabeza y, por primera vez, dudé sobre qué responder.

—Los motivos son… personales —respondí en voz baja.

—Personales… ¿también para usted, o solo para él? —siguió Weber.

¿Qué podía decir?

—Sinceramente, señora, no lo sé.

—Sí lo sabe, capitana. Esa duda es una respuesta. Y eso me lleva a mi siguiente pregunta: ¿cómo puedo estar segura de que no es una agente doble?

—Con todo mi respeto, comandante, pero ¿de verdad cree que le estaría contando todo esto si estuviera aquí para pasar información a un grupo de mercenarios?

Ella sonrió un segundo.

—No, no lo haría. Y bien —continuó—, ¿qué es lo que quiere?

—Van a matarlos —le dije sin más.

La comandante tardó un momento en responder, como si estuviera ordenando las piezas antes de decidir cuál merece ser movida.

—Son mercenarios, capitana.

—Lo sé.

—Y usted misma ha declarado que ese campamento alberga hombres armados vinculados a operaciones ilegales en la región.

—También hay civiles —repliqué—. Heridos y enfermos. Gente que no tiene nada que ver con Ag Alhassan.

Weber me observó entonces con una atención distinta a la de antes, más silenciosa, más analítica.

—No ha respondido a mi pregunta —dijo después—. ¿Qué quiere?, ¿qué propone?

—Sé que llevan mucho tiempo detrás de Ag Alhassan, pero nunca han conseguido dar con él. Yo le estoy diciendo dónde está ahora mismo, o dónde estará muy pronto. Es una oportunidad única de atraparlo, y de paso, salvar la vida de un grupo de civiles.

El silencio que siguió se me hizo eterno, hasta que la comandante suspiró muy despacio y se lleva una mano al bolsillo de la chaqueta.

—Si hacemos esto —dijo al fin—, no habrá registro oficial. No existirá informe, ni autorización, ni un despliegue reconocido. Será una intervención limitada y no autorizada cuya existencia desaparecerá en el momento en que termine.

—Gracias —acerté a decir.

—Ag Alhassan lleva demasiado tiempo siendo un problema para demasiada gente —añadió al instante—. Y además, a veces conviene dejar vivas a determinadas piezas del tablero.

No añadió nada más, pero entendí perfectamente lo que implicaba.

No irían allí únicamente para salvar a Adrien y a sus hombres. Lo harán porque un grupo de mercenarios acorralados puede convertirse en una fuente de información mucho más útil que un montón de cadáveres desperdigados sobre la arena.

Y aun así, cuando Weber volvió a hablar, su voz había perdido parte de su frialdad.

—Además —añadió—, sospecho que si le digo que no, acabará robándome un vehículo igualmente.

Eso consiguió arrancarme una sonrisa mínima, breve, que desapareció casi en el mismo instante en que apareció.

Ahora, el desierto se abre frente a nosotros oscuro y denso.

El motor vibra bajo mis manos mientras avanzo siguiendo las coordenadas, aunque ya no necesito consultaras constantemente. Reconozco el terreno, las formas, las irregularidades mínimas de las dunas.

Y odio darme cuenta de hasta qué punto he aprendido a leer este lugar gracias a él.

Uno de los soldados aparece en el retrovisor durante un instante y hace un gesto corto con la mano.

Contacto visual.

Asiento y seguimos avanzando.

Oímos los disparos mucho antes de que podamos ver el campamento. No son continuos, pero sí lo bastante frecuentes como para confirmar que el combate sigue activo.

Aprieto las manos sobre el volante y acelero.

La tensión cambia dentro de los vehículos de forma inmediata. La radio enmudece, las siluetas que se enderezan y los soldados empiezan a preparar sus armas sin necesidad de recibir órdenes explícitas.

Ya estamos dentro.

Cuando alcanzamos la última elevación antes del campamento, reduzco la velocidad lo justo para asomarme por encima de la línea de arena. Apagamos las luces de los vehículos y nos acercamos muy despacio para que las revoluciones del motor no nos delate.

Se me encoge el estómago cuando distingo el campamento. El lugar está parcialmente destruido. Hay fuego en varias estructuras, el humo se eleva hacia el cielo oscuro y distingo movimientos dispersos entre las tiendas derrumbadas. Las ráfagas cruzan el espacio de un lado a otro con una violencia fragmentada, irregular, como si el combate se hubiera roto en múltiples enfrentamientos simultáneos.

Está claro que los hombres de Ag Alhassan han penetrado en el campamento, pero todavía no lo controlan.

—Entraremos por el flanco oeste —ordena uno de los soldados por la radio interna—. Cobertura escalonada. Nada de fuego largo.

Todos damos el ok sin apartar la vista del frente.

—Dadme un segundo —pido. Acto seguido, saco el teléfono satélite que Kader me entregó y marco el número guardado.

—¿Nora? —pregunta cuando descuelga. Oigo disparos a su alrededor.

—Llega la caballería —digo sin más—. No disparéis, entramos.

Cuelgo y hago una señal con la mano fuera de la ventanilla.

El convoy acelera y nuestra irrupción altera el equilibrio de inmediato.

Las primeras ráfagas salen desde nuestros vehículos antes incluso de atravesar el perímetro exterior, obligando a varios hombres de Ag Alhassan a abandonar sus posiciones para buscar cobertura. Uno de los todoterrenos enemigos gira demasiado tarde hacia nosotros y recibe una descarga corta que atraviesa el parabrisas.

El vehículo derrapa y se estrella contra una estructura baja.

Todo cambia de ritmo a partir de ahí.

Los hombres de Kader reaccionan casi al instante al comprender que cuentan con unos refuerzos inesperados y que no identifican, pero en ese momento, eso es lo de menos. Veo figuras desplazándose entre las coberturas improvisadas para aprovechar el nuevo ángulo de presión mientras los soldados franceses avanzan con una coordinación brutal, limpia, quirúrgica.

Disparo desde la ventanilla abierta mientras el jeep atraviesa el borde exterior del campamento. El retroceso del arma me golpea el hombro y el olor a pólvora se mezcla con el humo y la arena caliente que entra en el vehículo.

Un hombre cae a pocos metros, otro desaparece detrás de una tienda medio derrumbada.

Y entonces, lo veo.

Adrien está en el centro del campamento, moviéndose entre las estructuras con una velocidad que resulta casi imposible de seguir a ratos. No sé cuánto tiempo lleva peleando, pero no debe de ser poco, a juzgar por el hecho de que la rabia está apoderándose del control y eso hace que se exponga más al fuego enemigo.

Dispara, avanza y vuelve a moverse antes de que los cuerpos terminen de caer, como si cada segundo perdido aumentara el riesgo de que todo se derrumbe definitivamente.

Durante un instante absurdo, en mitad del caos, me siento aliviada.

Está vivo.

Uno de los hombres de Ag Alhassan intenta alcanzarlo por el lateral aprovechando un ángulo muerto entre dos estructuras caídas.

Levanto el arma sin pensar y disparo.

El impacto lo lanza hacia atrás antes de que consiga apuntar.

Adrien se gira inmediatamente hacia el origen del disparo y nuestras miradas se encuentran a través del humo, del ruido y de la distancia fragmentada del combate.

No hay sorpresa en sus ojos, como si una parte de él hubiera sabido desde el principio que yo terminaría apareciendo aquí.

El jeep frena bruscamente detrás de una cobertura improvisada y salto al suelo con rapidez.

Las balas siguen cruzando el campamento en ráfagas cortas mientras los franceses consolidan posiciones y obligan a los hombres de Ag Alhassan a retroceder hacia el perímetro exterior.

La presión cambia, se rompe, y los mercenarios lo entienden enseguida.

Los asaltantes empiezan a retirarse de forma fragmentada bajo el fuego cruzado hasta que el combate deja de parecer un asalto y empieza a convertirse en una huida.

Durante un instante, no hay disparos ni necesitamos cambiar de cobertura, y entonces, sin necesidad de hablar, de forma tácita, nos acercamos.

Se detiene frente a mí, cubierto de arena y sangre, con la respiración acelerada y el fusil todavía sujeto entre las manos.

—Te dije que no volvieras —dice, con sus ojos grises clavados en los míos.

Lo observo un instante antes de responder.

—Y yo te dije que no me gusta que decidan por mí.

Durante un segundo parece a punto de decir algo más, pero no lo hace, porque a nuestro alrededor hay heridos, fuego y cuerpos sobre la arena, y porque los dos entendemos que esto tampoco es un final.

Solo otra consecuencia más de todo lo que ya no podemos deshacer.

Adrien

Ni siquiera tengo tiempo de guardar el teléfono cuando la llamada se corta. Lanzo una ráfaga rápida con mi fusil de derecha a izquierda mientras intento comprender, en medio del ruido y del caos, que Nora está aquí, y no ha venido sola.

Uno de los hombres cae en un ángulo que no estaba cubierto. Lo miro en el suelo, y cuando levanto la vista, la veo.

Lo más curioso es que su presencia no me parece una interrupción que rompa el ritmo del combate, sino como algo que se integra en él con una naturalidad que resulta casi violenta, como si siempre hubiera estado ahí, como si ese fuera exactamente el lugar en el que debía aparecer.

Nora.

Se mueve entre las coberturas con una precisión militar mil veces ensayada, y durante un par de segundos, lo único que hago es mirarla.

No debería estar aquí, o al menos no así, no ahora. Pero aquí está.

El hombre al que acaba de abatir cae a pocos metros de mi posición, y no tengo tiempo de procesar lo que significa su presencia antes de tener que reaccionar al siguiente movimiento. Giro, disparo y avanzo un paso más.

—¡A tu derecha! —grita Nora.

No necesito comprobarlo.

Me desplazo en la dirección que indica sin cuestionarlo, ajusto el ángulo y encuentro al hombre que intenta cerrarme el paso por ese flanco. Disparo antes de que termine de levantar el arma, y el impacto lo obliga a retroceder lo suficiente como para que el siguiente tiro sea definitivo.

Cada vez que cambio de posición, cada vez que busco una nueva cobertura, soy consciente de dónde está ella sin necesidad de mirarla directamente, como si su presencia se hubiera convertido en un punto fijo dentro de un entorno que no deja de moverse.

Un disparo cercano me obliga a agacharme más de lo previsto, y cuando vuelvo a asomarme, la veo salir de su cobertura con un movimiento que no debería hacer, exponiéndose lo justo para tener una línea limpia de tiro sobre uno de los hombres que se me había escapado por el ángulo muerto.

El impacto es inmediato y letal.

Aprovecho ese segundo y termino el movimiento.

Cuando el cuerpo cae, el espacio se abre de nuevo, y durante un instante breve, apenas perceptible, el ruido del combate parece reducirse a un nivel que me permite mirarla sin interrupciones.

Está aquí.

Ha vuelto.

Y no porque no tenga otra opción, sino porque ha decidido hacerlo.

¿Cómo debo interpretar eso?

Avanzo hacia ella, reduciendo la distancia sin dejar de cubrir los flancos.

—Te dije que no volvieras —digo cuando estoy a su lado.

—Y yo te dije que no me gusta que decidan por mí —responde.

Hay algo en su voz que no estaba antes.

No me está desafiando, pero tampoco está enfadada. Su voz es firme, segura.

Asiento apenas, sin apartar la mirada del entorno. No hay tiempo para más.

Un nuevo disparo rompe el instante y nos obliga a separarnos de nuevo, cada uno hacia su cobertura, retomando su papel dentro de un combate que no se ha detenido en ningún momento.

Pero ya no es el mismo, porque ahora, cada movimiento tiene en cuenta al otro. No como una carga o una distracción, sino como una presencia que altera la forma en que tomo cada decisión, la velocidad a la que actúo, el margen de riesgo que estoy dispuesto a asumir.

Y eso… Eso es exactamente lo que no debería permitirme aquí.

Aun así, cuando avanzo de nuevo hacia el interior del campamento, no hago nada para impedir lo que siento. No intento recuperar la distancia que me separaba de Nora, porque sé, con una claridad que no deja espacio para el autoengaño, que ya no existe.

Y que, pase lo que pase a partir de ahora, voy a pelear de una forma que no se parece en nada a la de antes.

47

Adrien

La presencia de los soldados franceses no hace que el combate se detenga, pero sirve para cambiar ostensiblemente el reparto de fuerzas.

Lo que hasta hace unos minutos era un intercambio constante de disparos en un entorno táctico, se ha convertido en algo más irregular y espaciado, más fragmentado. El polvo lo invade todo, levantándose en capas finas con cada impacto, con cada desplazamiento, mezclándose con el humo de las telas quemadas y con ese olor metálico que deja la sangre cuando empieza a secarse bajo el sol.

Avanzo entre las estructuras que aún se mantienen en pie, aunque ya no cumplen su función original, y las utilizo como cobertura sin detenerme a pensar en lo que eran antes de convertirse en esto. A mi izquierda, uno de mis hombres cae sin emitir un sonido, y durante una fracción de segundo mi mente intenta reconocerlo, asociar un nombre a ese cuerpo que deja de moverse, pero descarto la idea antes de que llegue a completarse.

No es el momento. No lo será hasta que todo esto termine, si es que llega a hacerlo.

Nora se mueve a mi derecha.

No necesito verla de forma constante para saber dónde está; su presencia se ha integrado en el entorno de una forma que no debería ser posible, como si llevara más tiempo aquí del que realmente ha pasado y hubiera encontrado el ritmo del combate sin necesidad de adaptarse a él.

Un disparo impacta contra la estructura que hay frente a nosotros y levanta una nube de polvo que me obliga a cerrar los ojos un instante. Cuando vuelvo a abrirlos, uno de los hombres de Ag Alhassan está avanzando por el lateral, aprovechando un ángulo muerto que no debería existir, un espacio que hace unos minutos estaba cubierto.

Nora lo ve antes.

El disparo lo detiene a medio paso, lo suficiente para romper su impulso y obligarlo a perder ese segundo que necesitaba para colocarse en una posición ventajosa. Yo termino el movimiento sin tener que desplazarme apenas, y cuando el cuerpo cae, el espacio vuelve a cerrarse como si nunca hubiera existido esa apertura.

No nos miramos ni decimos nada. Simplemente, seguimos.

El sonido de un motor irrumpe entonces con fuerza entre los disparos dispersos. Giro hacia el origen y veo a un todoterreno atravesar una de las estructuras caídas. Avanza a gran velocidad, con dos hombres en la parte trasera intentando mantener una línea de fuego mientras el vehículo reduce distancia y se acerca a nosotros.

No están buscando una posición de ataque, están intentando romper la nuestra.

—Atrás —digo.

Nora ya se está moviendo antes de que termine de hablar.

Nos replegamos unos metros, lo justo para obligarlos a avanzar un poco más y pierdan la ventaja de la velocidad en cuanto el terreno deje de estar despejado y empiece a jugar en su contra. El vehículo se acerca demasiado rápido, levantando arena a su paso, y durante unos segundos, el ángulo no me permite un disparo claro.

Ajusto y espero.

El momento llega cuando el conductor se ve obligado a corregir la trayectoria para evitar un obstáculo metálico de buen tamaño. Disparo, y aunque el impacto no consigue reventar la rueda, al menos altera la estabilidad del vehículo lo suficiente.

Nora no necesita más.

Dispara en el instante exacto en el que uno de los hombres pierde el equilibrio en la parte trasera. El cuerpo cae fuera. El segundo intenta reaccionar, pero ya está expuesto, no tiene tiempo.

El siguiente disparo lo lanza hacia atrás, muerto, antes de que pueda responder.

Vuelvo a disparar, y esta vez la rueda sí cede.

El todoterreno pierde el control, gira sobre sí mismo y termina por detenerse contra una de las torres de vigilancia con un golpe seco que resuena como un trueno.

El motor sigue en marcha, pero los hombres no.

Durante un instante, el combate parece contenerse y yo aprovecho para respirar. Y mientras, compruebo cómo está todo a mi alrededor. Sobre todo, ella.

—¿Estás bien? —pregunto sin girarme.

—Sí —responde sin más.

Es suficiente.

Pero la calma dura poco.

Un disparo más lejano nos sobresalta y hace que nos agachemos por instinto.

Levanto la vista y lo veo.

No necesito reconocer los detalles de su rostro. Lo identifico por la forma en que los demás se posicionan a su alrededor, por la manera en que el espacio se organiza en función de su presencia.

Ag Alhassan.

Permanece de pie junto a una estructura parcialmente intacta, con dos hombres cubriéndolo sin invadir su espacio, observando el campo con una calma que no tiene nada de pasiva. No parece apresurado, ni especialmente preocupado por el resultado inmediato del combate.

Está evaluando la situación, midiendo nuestras fuerzas, confirmando las suyas.

Nuestros ojos no llegan a cruzarse, pero no hace falta.

Sé por qué está aquí. Y él sabe lo que significa que yo siga en pie.

Avanzo un paso con decisión, y esta vez, Nora no me sigue. Se mantiene en su posición, cubriendo el flanco.

Es lo correcto.

Los hombres que rodean a Ag Alhassan reaccionan antes de que pueda reducir la distancia de forma efectiva, abriendo fuego con una coordinación que me obliga a replantearme el avance. Me cubro y respondo, pero el intercambio no es favorable desde este ángulo, y forzar la posición solo nos dejaría expuestos sin una ganancia real.

Una bala impacta cerca y el rebote me alcanza en el brazo, lo que me hace perder el ángulo durante un segundo.

Y ese segundo es suficiente. Cuando vuelvo a asomarme, él ya no está en el mismo punto. Se ha retirado.

Disparo hacia la posición que ocupaba, más para marcar mi presencia que con una intención real de alcanzarlo, pero no hay una respuesta directa.

Solo el sonido de los motores. Primero uno. Luego otro.

La retirada se organiza con la misma eficacia con la que habían atacado, sin precipitación, sin caos, como si lo que necesitaban ya hubiera ocurrido y no hubiera motivo para prolongar el enfrentamiento más de lo necesario.

El combate se disuelve poco a poco. No ha habido un final claro, ha sido más bien una pérdida progresiva de intensidad que deja tras de sí un silencio incompleto, roto por algún disparo aislado, por el sonido de las estructuras que terminan de ceder y los gritos de los supervivientes.

Me incorporo despacio y, ahora sí, el cuerpo empieza a pasarme factura.

Cada impacto, cada movimiento forzado, cada decisión tomada al límite se acumula de golpe en una sensación pesada y dolorosa que ya no puedo ignorar.

A mi alrededor, los hombres se mueven entre el caos, los muertos y los heridos. Los que pueden, ayudan a los otros. Algunos son incapaces de moverse y, simplemente, esperan inmóviles, con la mirada perdida, cubiertos de polvo y de sangre.

Miro hacia el punto por el que se han retirado. Sé que esto no ha terminado.

El ataque de Ag Alhassan es su respuesta a mi afrenta, pero estoy seguro de que no se va a dar por satisfecho. No puedo estar seguro de si ha visto a Nora, pero si lo ha hecho, si piensa que todavía sigue aquí, volverá.

Bueno, sé que volverá aunque no la haya visto, porque él no es de los que deja las cosas a medias.

Estoy convencido de que, sin la oportuna presencia de los franceses, Ag Alhassan habría ordenado seguir disparando hasta que no quedara ni uno de mis hombres de pie y se asegurara de que yo también estaba muerto.

Bajo la vista hacia la arena marcada por las huellas, la sangre y restos que ya no tienen forma ni función.

El campamento no volverá a ser lo que era, y yo tampoco.

Lo que ha ocurrido es culpa mía, y sé que la confianza de mis hombres se tambalea, si es que todavía les queda algo.

Y mientras el silencio termina de imponerse sobre lo que queda del campamento, lo único que tengo claro es que esto no se ha resuelto ni ha terminado.

Nora se acerca y se detiene a mi lado. No dice nada al principio y yo tampoco, porque durante unos segundos, el espacio entre nosotros queda suspendido en una especie de silencio extraño, cargado de humo, de polvo y de todo lo que todavía no hemos tenido tiempo de procesar.

A nuestro alrededor, el campamento intenta recomponerse. Hay hombres arrastrando cuerpos fuera de las zonas de paso, otros improvisando torniquetes y vendajes con jirones de tela empapados de sangre, vehículos destrozados que siguen soltando humo. El

combate ha terminado, pero el lugar sigue vibrando con la inercia de la violencia, como si aún no hubiera entendido que puede detenerse.

Nora gira ligeramente la cabeza y observa el campamento destruido antes de volver a mirarme.

—Tienes mala cara —me dice por fin.

Suelto una respiración breve que podría parecerse a una risa si todavía me quedaran fuerzas para eso.

—Tú también.

Ella baja la vista hacia mi brazo y entonces noto la sangre deslizándose otra vez bajo el vendaje. El rebote de la bala ha vuelto a abrir parte de la herida y la manga empieza a pegarse a la piel.

—Déjame ver eso —me ordena.

No se me ocurre replicar. Me apoyo un momento contra uno de los postes medio derrumbados mientras ella se acerca un poco más y aparta con cuidado la tela manchada. Sus dedos se mueven con rapidez, precisos incluso ahora, incluso aquí, y durante un instante mi atención deja de estar en el campamento y se concentra únicamente en el contacto de sus manos.

—No parece grave —murmura—, pero si no lo curamos bien, terminará siéndolo.

—Queda mucho por hacer —replico—. No tengo tiempo ahora para…

Levanta la vista hacia mí y durante una fracción de segundo aparece algo muy parecido al cansancio detrás de su mirada que pretende parecer enfadada.

—Bueno —dice, dando un paso atrás—, ya tendrás tiempo cuando te mueras por una infección estúpida.

La frase debería sonar irónica, pero no lo hace.

Detrás de nosotros, uno de los soldados franceses pasa corriendo y grita una orden en dirección al perímetro este. Nora gira apenas la cabeza por reflejo, siguiendo el movimiento, y entonces parece recordar de golpe dónde estamos realmente.

—Supongo que te preguntarás por qué he vuelto acompañada por diez soldados de élite —dice.

—La verdad es que sí, pero no he tenido tiempo de preguntártelo —reconozco con una ironía que no parece hacerle demasiada gracia.

Lo que me cuenta a continuación me deja atónito. Nora me habla de una comandante del servicio de Inteligencia que ha accedido a organizar esta incursión secreta para ayudar a un grupo de mercenarios a cambio de… ¿De qué?

Eso es lo único que no me queda claro

—Weber querrá hablar contigo —termina en voz más baja.

Tardo apenas un segundo en comprender lo que realmente significa todo lo que me ha contado.

Los franceses no han llegado por casualidad. Han venido porque ella lo ha decidido.

La observo en silencio, intentando encajar esa idea con todo lo demás, y algo cambia dentro de mí al comprender hasta dónde ha estado dispuesta a llegar.

—Has convencido a la OTAN para ayudar a un grupo de mercenarios —digo al final.

Nora sostiene mi mirada sin apartarse.

—No exactamente.

—Entonces, explícamelo —le pido.

Una ráfaga de viento atraviesa el campamento y levanta arena entre nosotros. Ella se incorpora despacio, todavía demasiado cerca.

—Ahora no.

La respuesta debería irritarme, pero no lo hace, porque reconozco perfectamente ese tono. Es el mismo que utilizo yo cuando una decisión ya está tomada y no pienso discutirla en mitad del caos.

Durante unos segundos, ninguno de los dos habla. Solo permanecemos ahí, rodeados de destrucción, de humo y de hombres que intentan sobrevivir a lo que queda del día.

Entonces, Nora levanta una mano y me limpia con el pulgar una línea de sangre seca que tengo junto a la mandíbula.

El gesto es pequeño, casi invisible, pero consigue atravesar todas las defensas que todavía me quedaban.

—Sigues aquí —dice muy bajo.

La miro un instante.

—Tú también.

Y, por primera vez desde que empezó todo esto, tengo la sensación incómoda y definitiva de que el problema ya no es únicamente la guerra que Ag Alhassan acaba de declarar.

El verdadero problema es que Nora ha vuelto, y no estoy seguro de querer que vuelva a marcharse nunca más.

48

Nora

Antes de que el campamento empiece a llenarse otra vez de órdenes, motores y voces, acompaño a Adrien hacia lo que queda de su cabaña. Han pasado casi cinco horas desde que Ag Alhassan se marchó, y hasta ahora no ha parado de ir de un lado a otro y de ocuparse de los suyos.

Parte de la estructura sigue en pie, sostenida de forma casi milagrosa por dos postes torcidos y un lateral de tela ennegrecida por el humo. El resto es una mezcla caótica de madera rota, mantas cubiertas de arena y restos dispersos que el combate ha dejado atrás sin ningún cuidado.

Adrien aparta con el pie una tabla caída y entra primero.

Yo lo sigo en silencio.

Dentro hace más calor del que esperaba. El aire está cargado de humo y polvo, aunque todavía permanece algo reconocible bajo toda la destrucción: el rincón donde dormía, una caja metálica abollada junto a la pared y parte del colchón cubierto por arena.

—He visto sitios peores —dice él mientras observa a su alrededor.

Lo miro de reojo.

—Mientes fatal.

La comisura de su boca se mueve apenas un instante. No llega a ser una sonrisa, pero se le parece mucho.

Dejo en el suelo la mochila médica improvisada que he conseguido montar recuperando material de la enfermería. Algunas vendas, alcohol, gasas y un par de botellas de agua. También tengo

puntos de sutura, un antiséptico y unos cuantos blíster de antibióticos.

No es mucho, pero bastará.

—Siéntate —le digo.

Adrien permanece inmóvil unos segundos, observándome con esa expresión suya que nunca termina de revelar del todo lo que piensa. Luego, sin discutir, se deja caer sobre el colchón medio destrozado y apoya la espalda contra uno de los postes.

El simple hecho de que no proteste ya resulta extraño.

Me arrodillo frente a él y empiezo a revisarle el brazo. La sangre ha atravesado la tela durante el combate y la herida presenta un aspecto terrible. Nada irreversible todavía, pero sí lo bastante grave como para que piense que lleva muchas horas ignorando el dolor.

—Te dije que necesitabas descansar —le digo.

—Y yo te dije que no era el mejor momento.

—Eres agotador —protesto.

—Me lo dicen mucho.

Respiro hondo mientras retiro con cuidado las vendas adheridas a la piel. Adrien contiene una mueca cuando le limpio la herida, aunque sigue sin apartar el brazo ni intenta detenerme.

Trabajo en silencio durante unos minutos. Afuera se oyen voces lejanas y los motores de los jeeps franceses reorganizando el perímetro del campamento. La comandante Weber ha decidido mantener a sus hombres fuera de las estructuras principales durante la noche por si Ag Alhassan regresa antes del amanecer.

No creo que lo haga, pero después de todo lo vivido, empiezo a entender que en este lugar nadie puede permitirse confiar demasiado en sus propias certezas.

Termino de vendarle el brazo y después me ocupo del resto.

Le limpio un corte junto a las costillas, desinfecto las heridas superficiales de las manos y paso una tela húmeda por la sangre seca que todavía le mancha el cuello y parte del pecho.

Adrien permanece quieto todo el tiempo.

Solo cuando deslizo la tela húmeda sobre una contusión especialmente fea bajo las costillas noto cómo el músculo se contrae bajo mi mano.

—Eso duele —murmuro.

—Muy perspicaz —contesta en un susurro.

Levanto la vista hacia él.

—No sé cómo sigues en pie.

—Costumbre —responde, y se encoge de hombros, un gesto que también le duele.

La respuesta me irrita más de lo que debería, porque debajo de esa aparente indiferencia hay algo que empiezo a reconocer muy bien: una forma casi violenta de ignorarse a sí mismo.

Abro la mochila y saco una camisa limpia que he encontrado entre las pocas pertenencias salvables del campamento. La tela está arrugada y huele ligeramente a humo, pero sigue siendo mejor que la ropa ensangrentada que lleva puesta.

—Levanta el brazo.

Adrien obedece despacio mientras le ayudo a colocársela, intentando no tirar demasiado de la herida reciente. Mis dedos rozan su piel varias veces durante el proceso y noto cómo su respiración cambia apenas un instante cada vez que ocurre.

O quizá sea la mía.

Cuando termino, me aparto un poco para observar el resultado.

Sigue teniendo aspecto de haber sobrevivido a una guerra. Porque, literalmente, acaba de hacerlo.

—Mucho mejor —digo.

—Ahora parezco un hombre respetable —bromea.

No puedo evitar una risa breve.

—No te hagas ilusiones, eso no tiene arreglo.

La luz empieza a desaparecer del todo fuera de la cabaña y el cansancio cae sobre mí de golpe, pesado y denso, como si el cuerpo hubiera estado esperando exactamente este momento para recordar todo lo que lleva acumulando durante días.

Recojo el material usado y aprovecho el agua que queda para limpiarme también. Me lavo las manos, la cara, el cuello y parte de los brazos, retirando capas de polvo, sangre seca y arena que parecen haberse quedado pegadas a mi piel para siempre.

Cuando termino, el silencio dentro de la cabaña es absoluto.

Levanto la cabeza y lo miro. Adrien se ha tumbado sobre el colchón. Tiene un brazo bajo la cabeza y el otro descansa sobre el abdomen vendado. La respiración es profunda y regular, tranquila por primera vez desde que lo conozco.

Se ha quedado dormido.

La imagen atrae irremediablemente. Nunca lo había visto así, sin tensión, sin esa rigidez constante que parece sostenerlo incluso cuando está quieto.

Ahora, solo es un hombre agotado, y parece… humano.

Me acerco despacio y me tumbo a su lado sobre el colchón estrecho, procurando no moverlo demasiado.

Ni siquiera abre los ojos, pero en cuanto mi cuerpo toca el suyo, reacciona de forma instintiva. Su brazo rodea mi cintura con una naturalidad que me desarma y tira suavemente de mí hasta pegarme contra su pecho.

El movimiento es lento, torpe por el cansancio, y completamente inconsciente.

Siento el calor de su cuerpo envolviéndome mientras deja escapar un suspiro profundo junto a mi pelo, como si algo dentro de él se relajara por fin al comprobar que sigo ahí.

No dice nada, y yo tampoco.

Afuera, el campamento continúa respirando entre ruinas, humo y hombres armados, pero dentro de esa cabaña medio destruida, durante unos minutos, el mundo deja de exigirnos nada.

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando me despierto. Adrien se ha movido durante la noche, pero su mano continúa sobre mi cadera como si fuera un ancla. La siento cálida y relajada. Sin abrir los ojos, paso mi mano por sus dedos largos, fuertes, ásperos, y los acaricio despacio. Él reacciona casi al instante, desliza la mano desde mi cadera hasta mi cintura y, de ahí, a mi pecho. Cubre mi seno con la palma y la aprieta con cuidado. Ese pequeño gesto funciona como un interruptor en mi interior, y algo se enciende y empieza a funcionar a toda máquina.

Siento un pellizco en la boca del estómago y una urgencia inesperada entre las piernas. ¿Qué me está pasando? ¿Qué hace conmigo este hombre?

Doy media vuelta entre sus brazos y me coloco de frente a él. Ha abierto los ojos y me mira con una mezcla inexplicable de ternura y pasión. No hablamos, no con palabras, pero nuestras manos comienzan a comunicarse en el cuerpo del otro. Me cuelo por debajo de sus camisetas y le acaricio la espalda. No evito las cicatrices, al contrario; las recorro despacio para memorizarlas, para identificarlas y reconocerlas incluso sin verlas.

Sus manos también se pasean por mi cuerpo. Las siento en la espalda, en el pelo, en la cara, apretándome las nalgas. Me acerca a él y me besa despacio, con una suavidad que contrasta tanto con lo que sé de él que me desconcierta durante un instante.

Sin embargo, el beso que comienza siendo delicado, casi contenido, poco a poco se transforma en algo más profundo, más intenso, hasta hacerme olvidar el ruido del mundo y dejarme atrapada únicamente en el calor de su boca y en la presión creciente que nace bajo mi piel.

Siento el cuerpo tenso, despierto, lleno de una necesidad nueva que me recorre y me deja vulnerable de una forma que jamás había experimentado. Lo deseo. No solo sus manos o sus besos, sino todo él. Quiero esa sensación completa de pertenecer a algo durante unos minutos, de dejar de estar sola dentro de mí misma.

Adrien desciende lentamente por mi cuello y mi pecho, demorándose en cada roce como si tuviera todo el tiempo del mundo. Sus labios recorren mi piel mientras me quita la poca ropa que llevo, solo una camiseta y mis bragas. Alterna besos suaves con pequeños mordiscos que me hacen estremecer. Cierro los ojos y dejo escapar un suspiro cuando siento cómo sus manos se deslizan por mi cintura y mis caderas.

El aire de la mañana se cuela por las rendijas de la tienda y enfría mi piel justo antes de que él vuelva a besarla, creando un contraste delicioso que me hace arquearme hacia él para evitar que se aleje.

—Adrien… —murmuro, incapaz de contener el temblor de mi voz.

Él levanta apenas la cabeza y me mira de esa forma suya, intensa y silenciosa, como si estuviera pendiente de cada respiración.

—Dime si quieres que pare.

Niego enseguida.

No quiero que se detenga.

Ni ahora, ni nunca.

Vuelve a besarme, con más intensidad ahora, y siento cómo el deseo sigue creciendo entre nosotros hasta convertirse en algo casi insoportable. Mis manos se pierden en su espalda, en la tensión de sus músculos, en el calor de una piel marcada.

Cuando nuestras bocas vuelven a encontrarse, soy yo quien toma el control.

Lo empujo suavemente hasta hacerlo recostarse sobre el colchón y me acomodo sobre él, sintiendo su respiración acelerarse bajo mi cuerpo. Adrien me observa en silencio, sin apartar los ojos de mí, y esa quietud suya, esa forma de dejarme decidir, me excita todavía más.

Me inclino para besarlo de nuevo mientras mis dedos recorren lentamente su pecho y su abdomen. Siento cómo el cuerpo de Adrien reacciona bajo mis caricias, cómo la tensión va acumulándose en él a medida que descubro cada rincón de su piel con una mezcla de curiosidad y deseo que no intento ocultar.

—No sabes lo mucho que te deseo —susurra contra mi boca.

Sonrío antes de volver a besarlo, lenta, profundamente, disfrutando de la forma en que sus manos se aferran a mi cintura.

Después, todo ocurre despacio, sin prisas, sin necesidad de palabras.

Nos movemos juntos bajo la luz tenue del amanecer que se filtra a través de las rendijas de la cabaña y de los agujeros de bala de las puertas y ventanas, envueltos por el sonido del viento y por el calor compartido de nuestros cuerpos. Siento cómo Adrien me abraza con una mezcla extraña de fuerza y cuidado, como si incluso en medio del deseo siguiera preocupado por no romper algo que considera valioso.

Y quizá lo hace.

Quizá los dos somos plenamente conscientes de que esto va mucho más allá del deseo. Ese pensamiento me espolea y hace que me mueva más deprisa sobre él. Lo siento tan adentro que parece formar parte de mí, como si en este momento solo fuéramos uno. Adrien me acaricia los pechos, me pellizca los pezones y por fin se aferra de nuevo a mis caderas para acompañarme en el clímax.

Cuando por fin me estremezco entre sus brazos, incapaz de contener el placer que me atraviesa, Adrien entierra el rostro en mi cuello y deja escapar un gemido ronco que me hace temblar todavía más.

Durante unos segundos, no existe nada fuera de nosotros.

Ni el desierto, ni la guerra, ni el miedo.

Solo el calor de su cuerpo, el latido desbocado de su corazón contra el mío y esa sensación peligrosa y absoluta de haber encontrado algo que no quiero perder.

Me dejo caer sobre su cuerpo y él, sin salir de mi interior, me gira para colocarme sobre el colchón. Luego, apoya la frente contra la mía mientras recuperamos el aliento poco a poco.

Sus dedos me apartan un mechón de pelo húmedo de la cara y recorren mi mejilla con suavidad.

—Estás preciosa —murmura.

Siento una sonrisa feliz curvándome los labios antes de atraerlo de nuevo hacia mí para besarlo otra vez, lentamente, mientras mis dedos se pierden en su pelo y el campamento comienza a despertar a nuestro alrededor.

Los dos sabemos que no podemos quedarnos eternamente en la cama, desnudos y abrazados. La vida sigue ahí fuera, y hay gente que nos espera. Además, tengo hambre, y a juzgar por el gruñido de sus tripas, él también.

Nos vestimos despacio, sin apenas hablar, mirándonos de vez en cuando y sonriendo cada vez con menos naturalidad. Es como si la ropa nos convirtiera a cada uno en lo que somos, él, un mercenario, y yo, una oficial del ejército francés.

Cuando por fin salimos de la cabaña, el escenario que nos rodea es aún más desolador que cuando nos acostamos. La luz del sol nos muestra con total crudeza las consecuencias de lo que sucedió ayer. Lo que me sacude no es únicamente el humo que todavía asciende desde algunas estructuras medio consumidas, ni el olor metálico de la sangre seca mezclándose con la arena y el polvo, sino algo más difícil de definir, una sensación densa que parece haberse quedado suspendida sobre todo lo que nos rodea, como si todos los que se mueven por el campamento supieran que nada volverá a ser lo mismo.

La actividad ha regresado, pero lo hace de una manera extraña, contenida, cautelosa. Los hombres avanzan entre los restos con pasos más lentos de lo habitual, hablan en voz baja y evitan mirar demasiado tiempo hacia ciertos puntos del campamento, como si todos compartieran el mismo acuerdo silencioso de no detenerse en lo que ocurrió durante la noche.

Caminamos juntos entre las estructuras dañadas sin dirigirnos a ningún lugar concreto. Pasamos junto a cajas abiertas, armas abandonadas sobre mantas cubiertas de arena y vehículos que

todavía conservan las marcas recientes de los disparos. Más allá, varios hombres improvisan una zona para los heridos utilizando telas tensadas entre postes medio quemados.

No aparto la mirada porque quiera ignorarlo, sino porque sé perfectamente lo que ocurre cuando permites que ciertas imágenes entren demasiado dentro de ti, y ahora mismo necesito mantener cierta distancia, aunque empiezo a sospechar que ya no sé muy bien cómo hacerlo.

Tres soldados franceses avanzan hacia mí desde la zona vallada. Han pasado la noche en el exterior, de guardia permanente. Los observo avanzar entre las estructuras derruidas mientras escucho los motores de los vehículos junto al perímetro exterior.

Es curioso pero, mientras los miro, no siento el alivio que debería sentir. No hay esa sensación de regreso y pertenencia que imaginaba encontrar al ver los uniformes franceses, escuchar voces conocidas o volver a seguir los procedimientos familiares.

Lo que noto es otra cosa, una especie de desajuste silencioso que se instala entre el entorno y mi forma de habitarlo, como si todo siguiera estando en su sitio y, aun así, yo ya no encajara del todo dentro.

—Capitana Vaillant.

Los tres soldados se cuadran frente a mí. Yo les devuelvo el saludo mientras observo a Adrien con el rabillo del ojo. Se ha quedado a un lado y me observa en silencio. Luego, mueve levemente la cabeza, la media vuelta y se aleja en dirección al campamento civil.

El oficial parado frente a mí tiene arena pegada a las botas y parece cansado, pero aun así mantiene intacta esa rigidez profesional que nos caracteriza a todos los militares.

—Buenos días, sargento —lo saludo

—Tengo órdenes de sacarla de aquí cuanto antes, capitana.

No lo plantea como una sugerencia, sino como una decisión ya tomada. Doy por hecho que la comandante Weber está detrás.

—Hay heridos que necesitan atención urgente —replico.

Los soldados echan un vistazo rápido a su alrededor antes de volver a centrarse en mí.

—La base está avisada y hay un equipo médico de camino —responde al instante. Eso debería alegrarme, pero no lo hace, porque significa que yo no soy necesaria allí.

El oficial se gira levemente y señala con el brazo hacia el portón del campamento. Veo los vehículos estacionados junto al perímetro, listos para partir. Debería echar a andar ahora mismo, sería lo lógico, lo correcto, lo esperado, pero no me muevo, porque antes de hacerlo, necesito comprobar algo.

O quizá, despedirme, no estoy segura.

Giro ligeramente la cabeza y busco a Adrien. No tardo mucho en localizarlo, sé dónde está incluso antes de verlo. Permanece a unos metros, apartado del flujo constante de soldados y mercenarios que empiezan a reorganizar el campamento.

Durante unos segundos, ninguno de los dos se mueve.

El ruido del campamento se incrementa a nuestro alrededor, pero entre nosotros se abre una pausa extraña, un espacio suspendido que no termina de obedecer al resto del mundo.

Podría acercarme y decir muchas cosas. Podría preguntarle si estará bien, insistir en que deje que alguien le revise ese brazo antes de que termine por infectarse. Podría incluso darle las gracias, pero cuando intento ordenar cualquiera de esas frases dentro de mi cabeza, todas me parecen insuficientes, porque ninguna explica realmente lo que ha pasado entre nosotros.

Ni lo que sigue pasando.

Doy un paso hacia él, solo uno. Lo suficiente para reducir una distancia que hace tiempo que dejó de ser física.

Adrien levanta la vista y nuestras miradas se encuentran con una claridad que resulta casi incómoda después de todo lo demás.

Como si lo hubiéramos acordado, los dos comenzamos a andar el uno hacia el otro hasta detenernos a apenas un metro de distancia.

Lo suficiente para sentirnos; bastante para mantener las apariencias.

—Tienes que irte —dice por fin.

La frase no suena como una orden, ni siquiera como una petición. Es, simplemente, algo que los dos hemos sabido desde el principio que ocurriría.

Asiento despacio, y no porque quiera hacerlo, sino porque sé que tiene razón.

El ruido del campamento vuelve a filtrarse entre nosotros poco a poco.

Podría decirle que venga conmigo. Podría intentarlo, pero sé perfectamente que sería inútil. Adrien no pertenece a ese mundo ordenado que acaba de desplegarse detrás de mí.

Y quizá yo tampoco tanto como creía.

—Cuídate —murmuro al final.

La frase me parece ridícula en cuanto sale de mi boca, demasiado pequeña y simple para contener todo lo que realmente quiero decir.

Adrien tarda unos segundos en responder. Me observa como si estuviera valorando decir algo que no termina de decidirse a verbalizar.

Luego asiente brevemente.

—Tú también.

Nada más.

No hay promesas ni explicaciones y, sin embargo, tampoco existe una sensación real de final.

Retrocedo un paso y luego otro.

La distancia entre nosotros vuelve a crecer lentamente, aunque ya no la siento como antes. No es simplemente una separación física, sino algo más complejo, más profundo, como si parte de mí siguiera quieta en el mismo lugar en el que él permanece inmóvil bajo la luz dura de la mañana.

Por fin, me doy la vuelta y camino hacia los vehículos franceses.

Mi cuerpo vuelve a moverse solo, obedece a procedimientos conocidos mientras recupera automatismos que durante semanas parecían haber desaparecido. Un soldado me abre la puerta de uno de los todoterrenos y subo sin mirar atrás.

La puerta se cierra con un golpe seco que suena a definitivo.

El motor arranca, el jeep se pone en marcha y el campamento empieza a quedarse atrás poco a poco mientras las ruedas levantan una nueva nube de arena.

Entonces sí. Me giro y veo que Adrien sigue exactamente donde estaba, no se ha movido ni un centímetro. Simplemente permanece allí, quieto entre las estructuras destruidas y el polvo suspendido en el aire, observando cómo me marcho sin hacer nada para impedirlo.

La distancia aumenta y el desierto vuelve a abrirse entre nosotros. Y mientras el campamento desaparece lentamente a mi espalda, comprendo algo que ya no puedo seguir negándome.

Esto no ha terminado. Y esta vez, no porque haya algo pendiente entre nosotros, sino porque lo que ha ocurrido jamás podría encajar dentro de un final sencillo.

49

Adrien

Los días posteriores al ataque transcurren con una lentitud engañosa. Todo parece en calma a simple vista, cuando en realidad, solo se está acumulando tensión bajo la superficie.

El campamento sigue en pie, pero apenas se parece ya al lugar que era antes. Hemos tenido que desmontar algunas estructuras para reutilizar los materiales; otras continúan en pie, aunque medio derruidas, abiertas al viento y al polvo. Hay hombres trabajando desde el amanecer hasta bien entrada la noche para reforzar los perímetros, levantar nuevas lonas, reparar los vehículos y organizar los suministros con una disciplina silenciosa que nace menos de la obediencia que de la necesidad de seguir adelante. Porque aquí, si no te mueves, estás muerto. Y en mi caso, además, estar quieto equivale a empezar a pensar, y pensar demasiado puede resultar peligroso.

Camino entre ellos revisando los daños, escuchando informes y tomando decisiones que hace apenas unas semanas me habrían resultado rutinarias. Sin embargo, ahora noto algo distinto en la forma en que todos me miran. No es desconfianza exactamente, pero sí una cautela nueva, una conciencia incómoda de que las consecuencias de mis decisiones ya no son algo abstracto.

Han enterrado a siete hombres, y cuatro más siguen heridos. Y todos saben perfectamente por qué Ag Alhassan decidió atacar.

No necesito que nadie lo diga en voz alta.

Malik aparece junto a mí mientras observo cómo dos hombres intentan enderezar uno de los postes de vigilancia destruidos durante el combate. Lleva una carpeta de mapas bajo el brazo y

tiene el aspecto cansado de alguien que apenas ha dormido desde el ataque.

—Hemos perdido dos rutas de suministro —me dice sin rodeos—. Los comerciantes empiezan a ponerse nerviosos.

Asiento despacio.

Era previsible.

El ataque no solo buscaba debilitarnos físicamente. También pretendía aislar el campamento, convertirnos en una posición demasiado peligrosa para cualquiera que quisiera hacer negocios con nosotros.

Y en esta parte del mundo, quedarse sin combustible, medicamentos o munición significa empezar una cuenta atrás.

Cojo uno de los mapas que Malik me tiende y lo despliego sobre una mesa improvisada hecha con tablones recuperados de las ruinas.

—¿Y el corredor del norte?

Malik niega con la cabeza.

—Cerrado. Un grupo vinculado a Alhassan está controlando los pasos. —Hace una pausa antes de añadir—: Si intentamos mover convoyes ahora mismo, los perderemos.

Aprieto ligeramente la mandíbula mientras sigo observando el mapa.

Hace unos meses habría respondido de inmediato, habría trazado nuevas rutas, presionado a otros contactos o encontrado alguna solución agresiva para recuperar el terreno.

Ahora, sin embargo, noto una resistencia extraña antes de cada decisión, una conciencia demasiado clara del precio que puede tener cualquier movimiento.

Y eso me irrita más de lo que debería.

—Necesitamos encontrar una nueva fuente de financiación —continúa Malik, observándome con atención—. Y rápido.

Levanto la vista hacia él.

—Lo sé.

El silencio que sigue se llena con el ruido metálico de un generador arrancando al otro lado del campamento. Más allá, varios hombres descargan cajas de munición mientras otros revisan el estado de varios vehículos dañados.

Todo sigue funcionando, pero más despacio, con más esfuerzo, como si el campamento entero hubiera envejecido varios años en una sola noche.

Malik me observa unos segundos más antes de hablar otra vez.

—Los hombres siguen contigo.

La frase llega sin un contexto aparente, pero entiendo perfectamente lo que significa.

—¿Eso crees?

—Creo que sobreviviste cuando otros no lo habrían hecho —responde—. Y que Alhassan esperaba encontrarte muerto aquí cuando amaneciera. Y conseguiste que la mayoría de nosotros sigamos vivos —añade—. Volviste.

Bajo la mirada hacia el mapa otra vez.

No me interesa convertirme en ningún símbolo para ellos, nunca lo he querido, pero sé que Malik tampoco está hablando de lealtad ciega.

A lo que se refiere es a la diferencia entre seguir a alguien por miedo, o hacerlo porque todavía crees que sabe hacia dónde avanzar. Y en este momento, no estoy seguro de seguir sabiendo la respuesta.

El teléfono satélite empieza a vibrar sobre la mesa.

El sonido rompe el ritmo del campamento de una forma extraña, casi ajena a todo lo demás. Durante un segundo, nadie habla. Malik mira el aparato y luego me mira a mí.

Muy poca gente tiene este número.

Cojo el teléfono y observo la pantalla.

Es un número oculto.

Contesto sin apartarme de la mesa.

—¿Sí?

Durante unos segundos solo escucho interferencias leves y el rumor metálico de una conexión distante.

Luego, una voz femenina responde al otro lado.

—Buenos días, señor Kader. Aquí la comandante Weber, supongo que ha oído hablar de mí.

Me aparto unos pasos de Malik antes de responder.

—Así es —respondo simplemente.

—Me alegro de que siga vivo —dice ella.

—Depende del criterio que utilice para definirlo.

Escucho una exhalación breve que podría ser una risa contenida.

—La capitana Vaillant tenía razón con usted —dice después.

Ese nombre produce un efecto inmediato dentro de mí, una tensión breve y precisa que me recorre el cuerpo antes de desaparecer bajo el control automático al que llevo años acostumbrado.

No respondo enseguida.

—¿Qué quiere, comandante?

—Hablar —responde con calma—. Y quizá hacer negocios.

La palabra queda suspendida unos segundos entre nosotros.

Habla de negocios, no de cooperación o ayuda.

Eso ya me dice bastante sobre ella.

Camino despacio hacia una zona más apartada del campamento mientras oigo cómo los hombres continúan trabajando detrás de mí.

—La escucho.

—Ag Alhassan se está moviendo —continúa—. Hemos interceptado información sobre nuevas rutas, nuevos apoyos y posibles acuerdos con otras facciones.

No me sorprende. Después del ataque, lo lógico era desaparecer durante un tiempo, reorganizarse y preparar el siguiente

movimiento.

—¿Y?

—Y usted conoce esta zona mejor que cualquiera de mis hombres —continúa—. Conoce a las tribus, las rutas y a los intermediarios. Sabe cómo se mueve Alhassan.

Me detengo.

Ahora entiendo la llamada. No busca solo información.

Es una propuesta.

—No trabajo para la OTAN —respondo.

—No le estoy ofreciendo un uniforme —dice ella con tranquilidad —, sino recursos.

El viento levanta arena alrededor de mis botas mientras permanezco en silencio.

Recursos significa combustible, medicinas, quizá protección indirecta.

Todo lo que necesito ahora mismo para mantener este lugar en pie y seguir adelante.

Y ella lo sabe perfectamente.

—¿Y qué gana usted? —pregunto al fin.

La respuesta tarda apenas un segundo.

—La posibilidad de acabar con Ag Alhassan antes de que esta región termine de incendiarse del todo.

Cierro los ojos un instante y dejo escapar un suspiro. Lo peor es que tiene razón.

Y, aunque no quiera admitirlo, sé exactamente quién está detrás de esta llamada.

Y no es Weber.

50

Nora

El hospital funciona como una máquina perfecta. Aquí todo está controlado, medido, ordenado hasta el último detalle: los pasillos despejados, las luces blancas que no parpadean, los pasos amortiguados sobre el suelo pulido y ese murmullo constante de voces que nunca llega a convertirse en ruido. Es un hospital de campaña, pero muy mejorado respecto al de mi anterior destino.

Todo está exactamente donde debería estar y, aun así, tengo la sensación constante de moverme dentro de un lugar al que ya no pertenezco del todo.

Camino entre las camas con la bata impecable, el uniforme limpio debajo, los guantes ajustados y el pelo recogido en una coleta tirante mientras el hospital continúa funcionando con la precisión habitual. Las puertas batientes se abren y se cierran sin descanso, los monitores emiten señales constantes y el personal sanitario se desplaza de un lado a otro entre camas y biombos, con esa eficacia casi mecánica que nace de la costumbre y de los protocolos aprendidos hasta convertirlos en reflejos.

Yo también funciono así.

Reviso constantes, consulto historiales clínicos y doy instrucciones breves a los enfermeros que trabajan conmigo mientras avanzo de un paciente a otro sin detenerme más de lo necesario. Desde fuera, todo parece normal. Mi voz suena firme, mis movimientos son precisos y cada decisión encaja dentro de lo esperable.

Soy eficiente y rigurosa. Soy exactamente la oficial médica que esperan encontrar aquí.

Y, sin embargo, hay algo que no termina de asentarse dentro de mí.

Lo noto en pequeños detalles que antes jamás me habrían llamado la atención, en esa forma extraña en la que mi concentración se desplaza hacia cosas distintas, en la sensación persistente de estar actuando dentro de un sistema que conozco a la perfección, pero que ya no siento completamente mío.

Un paciente se queja en voz baja mientras le reviso un corte superficial en el antebrazo. La herida está limpia, sin signos de infección, controlada desde hace horas. No reviste gravedad alguna y, objetivamente, apenas requiere más que una cura sencilla y unas instrucciones básicas.

No es nada urgente ni complejo, nada que pueda convertirse en un problema real dentro de un hospital como este.

Y, aun así, mientras limpio la zona con movimientos automáticos, mi mente reconstruye otra escena distinta sobre la que tengo delante, como si ambas realidades se superpusieran durante un instante.

La luz deja de ser blanca y estable. Se vuelve cálida, irregular, amarillenta, filtrada a través de una lámpara de aceite que oscila suavemente con el viento.

El olor cambia también.

Desaparece el antiséptico y en su lugar regresan el polvo, la sangre seca y el calor espeso de una habitación sin ventilación en mitad del desierto.

Parpadeo una vez.

La imagen se desvanece enseguida, pero deja algo detrás, una especie de eco físico difícil de ignorar.

—Capitana —dice el enfermero que trabaja conmigo—, ¿cerramos con puntos o dejamos que cicatrice sola?

Levanto la vista hacia él. Tiene el material preparado en las manos y espera una respuesta rápida.

La herida no requiere sutura, lo sé sin necesidad de mirarla otra vez. Sin embargo, durante un segundo demasiado largo para alguien como yo, dudo.

No porque ignore cuál sería la opción estándar, sino porque la respuesta que me surge de forma instintiva ya no coincide exactamente con ella.

—Sutura —digo por fin.

El enfermero asiente y comienza a preparar el instrumental sin cuestionarme, aunque percibo un cambio mínimo en su expresión, apenas una vacilación silenciosa que no llega a convertirse en pregunta.

No es la decisión habitual para algo así. Aquí hay antibióticos, revisiones, seguimiento y recursos suficientes para corregir cualquier complicación antes de que llegue a ser grave. Aquí siempre existe margen, pero mi cuerpo ya no reacciona como si pudiera confiar plenamente en ese margen.

Mientras me coloco frente al paciente y observo cómo el enfermero comienza a cerrar la herida, recuerdo otras mucho peores, abiertas bajo una luz insuficiente, piel desgarrada que empezaba a retraerse antes siquiera de poder limpiarla, infecciones avanzando demasiado deprisa en lugares donde no existía una segunda oportunidad si te equivocabas en la primera decisión.

Allí, esperar podía costar una vida, y hay algo dentro de mí que todavía sigue funcionando con esa lógica.

El enfermero termina el procedimiento con precisión y el paciente me da las gracias. Yo asiento automáticamente antes de pasar a la siguiente cama, luego a otra, y otra más.

La mañana avanza sin interrupciones aparentes. El hospital continúa respirando con normalidad a mi alrededor y, desde fuera, todo parece exactamente igual que antes de mi secuestro.

Pero no lo es.

Lo noto en cómo evalúo cada caso, en la velocidad con la que mi mente anticipa complicaciones improbables, en esa necesidad casi

física de actuar antes de que las cosas empeoren aunque aquí, objetivamente, rara vez llegan a hacerlo.

Ahora todo me parece más inmediato, más definitivo. Como si el margen de error se hubiera reducido incluso en un entorno diseñado precisamente para minimizarlo.

A media mañana hago una pausa breve y entro en la sala de descanso. Me apoyo contra la encimera con un vaso de agua entre las manos mientras observo la claridad excesiva que entra por los ventanales y rebota sobre las superficies blancas del hospital.

Cierro los ojos apenas un instante y el hospital desaparece, o más bien se fragmenta en imágenes mucho más intensas que llegan sin orden ni permiso: el sonido del viento golpeando la tela de una tienda durante la noche, la arena pegándose a la piel sudada, el calor atrapado dentro de una habitación demasiado pequeña, el silencio denso del desierto extendiéndose como algo casi físico.

Pero no es solo el desierto.

Es él.

Adrien inclinado sobre un mapa improvisado bajo la luz tenue de una lámpara.

Adrien limpiándose la sangre de los nudillos sin siquiera mirarse las heridas.

Adrien señalando constelaciones en mitad de la noche mientras el mundo entero parecía reducirse a un círculo de fuego y arena.

Abro los ojos de golpe.

El hospital vuelve inmediatamente a ocupar todo el espacio, sólido, ordenado y perfectamente reconocible, pero no consigue borrar del todo lo anterior.

Un médico entra en la sala y se sirve café mientras me dedica una sonrisa cansada.

—¿Cómo llevas la adaptación? —pregunta con naturalidad.

La pregunta es sencilla y, sin embargo, la respuesta se queda atrapada dentro de mí.

Podría decir que bien, afirmar que todo ha vuelto a la normalidad, que estoy otra vez en mi sitio, haciendo exactamente aquello para lo que me formaron, y en parte sería verdad, pero no del todo.

—Bien —respondo finalmente.

El médico asiente, satisfecho con la respuesta, y no insiste.

Nadie lo hace nunca, porque desde fuera sigo siendo la misma persona. La misma oficial, la misma médica, la misma mujer.

Solo yo sé que no es cierto.

Dejo el vaso vacío sobre la encimera y regreso al pasillo mientras el hospital continúa funcionando a mi alrededor con una perfección casi impersonal. Atiendo a otro paciente, reviso otra analítica y doy nuevas instrucciones sin cometer un solo error.

Todo continúa.

Y, aun así, en algún punto indefinible entre una decisión médica y la siguiente, entre un gesto aprendido y una reacción que ya no nace únicamente del entrenamiento, comprendo algo que ya no puedo seguir ignorando.

El cambio no está en este lugar, está en mí.

Y por mucho que el mundo al que he regresado siga siendo correcto, seguro y reconocible, ya no basta para contener todo lo que me traje de vuelta del desierto.

Cuando termino la ronda, me quito la bata y salgo del hospital. Necesito comer algo y descansar un rato. El sol me ciega durante unos segundos. Cuando mis ojos se adaptan a la claridad brutal, una figura comienza a tomar forma a unos metros de mí. Un hombre con uniforme de campaña que avanza hacia mí.

Reconozco esos hombros, los brazos, la piel curtida por el sol.

Luego, reconozco la voz.

—Buenos días, capitana Vaillant. ¿Todo bien?

Sonrío.

—Todo bien, señor Kader. Todo bien.

51

Adrien

No nos quedamos frente al hospital. Durante unos segundos, después de ese saludo que los dos utilizamos como si fuera una barrera mínima contra todo lo que no podemos permitirnos mostrar en mitad de la base, permanecemos uno frente al otro bajo un sol abrasador, rodeados de soldados que entran y salen, de enfermeros que empujan camillas vacías y de oficiales que cruzan el patio a toda prisa.

Nora me sostiene la mirada lo suficiente para que yo sepa que también lo ha notado, que también entiende hasta qué punto este lugar nos obliga a medir gestos que en el desierto habrían ocurrido sin testigos, sin consecuencias y sin necesidad de explicación.

Luego aparta la vista hacia un lateral de la base.

—Ven —me dice.

Caminamos juntos hacia la zona menos transitada del perímetro, bordeando los barracones y dejando atrás el flujo principal de la base. A nuestra izquierda queda el hospital; a la derecha, una línea de contenedores, generadores y depósitos de agua rompe la regularidad del terreno. El ruido no desaparece, pero se vuelve más bajo, más distante, amortiguado por la distancia y por el zumbido grave de las máquinas.

Nora camina a mi lado sin acercarse demasiado.

La separación entre nuestros brazos es mínima, apenas unos centímetros, pero en este lugar, esos centímetros importan más de lo que deberían. En el desierto, la distancia se medía de otra manera: por el alcance de un arma, por la sombra disponible, por los litros de agua que quedaban en una garrafa. Aquí se mide también

por las miradas, los informes, las interpretaciones y las preguntas que nadie formula en voz alta hasta que ya han hecho daño.

Llegamos a una zona algo más apartada, junto a una valla metálica desde la que se ve el terreno exterior que se extiende más allá de los focos y los puestos de vigilancia. Ella se detiene allí, apoyando una mano en la alambrada sin mirarme todavía.

—Weber te ha llamado —dice.

—Sí —le confirmo. Luego, apoyo mi mano en la valla, cerca de la suya, pero sin tocarla.

—Y has venido.

—Eso parece.

Nora gira la cabeza lo justo para mirarme de perfil.

—No estás aquí solo por mí.

No es una pregunta.

Y precisamente por eso no intento convertirla en una respuesta sencilla.

—No —reconozco—. Weber me ofrece algo que necesito.

Ella asiente despacio, como si esa confirmación no la sorprendiera, aunque tampoco parezca dejarla tranquila.

—Recursos.

—Combustible, medicamentos, munición, acceso a rutas que ahora mismo están cerradas y cierta protección indirecta frente a Ag Alhassan —digo, mirando hacia el exterior de la base—. No es poco.

—No lo es.

—Pero tampoco es gratis.

Nora baja la vista hacia su mano, todavía apoyada en la valla.

—Quiere que la ayudes a encontrarlo.

—Quiere que la ayude a entender cómo se mueve. Encontrarlo será la parte fácil si consigue reunir las piezas adecuadas. Lo difícil será acercarse a él sin incendiar media región.

El silencio que sigue se instala entre nosotros con una densidad tranquila. No hay sorpresa en ella. Lo sabe.

—Fui yo quien le habló Weber de ti —dice al fin.

La miro y sonrío un momento.

—Lo sé.

Sus ojos se encuentran con los míos.

—¿Lo sabes?

—Ella no me conoce. Tú sí. Algunas de las cosas que dijo durante la llamada no aparecen en un informe militar.

Nora sostiene mi mirada durante unos segundos, y por primera vez desde que hemos empezado a caminar, parece dudar; no de lo que ha hecho, sino de cómo explicarlo sin que parezca otra cosa.

—Es cierto, le dije que conocías el terreno mejor que nadie, que sabías cómo moverte entre facciones, jefes locales, rutas de suministro y acuerdos que ellos ni siquiera saben que existen. Le dije que si quería acercarse a Ag Alhassan sin provocar un desastre mayor, necesitaba a alguien que entendiera este lugar desde dentro.

—Alguien como yo.

—Sí.

La respuesta es limpia, no se disculpa ni trata de adornarlo.

—También le dije que eres peligroso —añade—, que no trabajas por lealtad institucional, que no vas a aceptar órdenes como si fueras uno de sus hombres, y que intentar tratarte como un subordinado sería la forma más rápida de perder cualquier posibilidad de colaboración.

No puedo evitar que la sonrisa se ensanche.

—Eso suena bastante exacto.

—Lo es.

—¿Le dijiste algo más?

Nora tarda un poco en responder.

—Le dije que, si aceptabas, no sería a cambio del perdón de tus delitos, entre los que se incluye mi secuestro.

La miro con más atención.

—¿Y por qué sería?

—Por utilidad —responde—. Porque Ag Alhassan te ha colocado en una posición que amenaza a tus hombres, a tus suministros y a la estructura que todavía intentas mantener en pie. Porque Weber puede darte algo que necesitas y tú puedes darle algo que ella no tiene. Y porque, aunque no quieras admitirlo, sabes que si Ag Alhassan sigue incrementando su influencia en la zona y su poder, esto no va a terminar nunca.

—Has pensado mucho en esto —digo después de unos segundos.

—Sí.

—¿Por mí?

Su mirada cambia apenas un instante. No se suaviza exactamente, pero algo en ella deja de estar protegido del todo.

—Por muchas razones.

—Eso no contesta a mi pregunta.

—Es la respuesta que vas a tener.

Casi sonrío.

—Empiezas a hablar como yo.

—No me insultes.

Esta vez sí sonríe un poco, apenas una curva breve en la boca que desaparece enseguida cuando el ruido de unos pasos cercanos nos recuerda dónde estamos. Dos soldados pasan a cierta distancia, nos miran menos de un segundo y siguen caminando hacia los vehículos estacionados junto al perímetro.

Nora retira la mano de la valla y la distancia entre nosotros vuelve a hacerse visible.

—No puedo permitirme… —dice en voz baja.

No necesito que explique a qué se refiere.

—Lo sé.

—No, no sé si lo sabes de verdad. En el desierto podíamos fingir que solo existía lo inmediato, sobrevivir, movernos, decidir sobre la marcha. Aquí no. Aquí hay rangos, rumores, superiores que observan, compañeros que interpretan lo que les da la gana, gente que necesita reducirlo todo a algo que pueda entender. Y si alguien nos ve aquí y decide contarlo de la forma equivocada, no serás tú quien tenga que responder dentro de la cadena de mando.

La frase no suena acusatoria, pero eso no la hace menos cierta. Nora no está dramatizando.

—Si trasciende que tú y yo… —Se interrumpe, como si incluso escoger el verbo adecuado fuera una trampa—. Si se convierte en algo visible, puedo tener problemas.

—Lo entiendo.

—Y no quiero tener que justificarme.

La miro.

—No deberías tener que hacerlo.

—Pero me vería obligada.

La respuesta queda entre nosotros con una fuerza que ninguno de los dos intenta rebajar.

El viento mueve algunos mechones que se han soltado de su coleta, y tengo que contener el impulso absurdo de apartárselos de la cara. En otro lugar lo habría hecho. Aquí no. Aquí incluso eso sería demasiado.

—No quiero ser una mancha en tu expediente —digo al fin.

Nora baja la mirada hacia nuestras manos, que han quedado demasiado cerca sin que ninguno de los dos se haya movido de forma consciente.

—No eres eso —protesta.

—Podría serlo. A no ser que me convierta en alguien respetable —añado.

Nora levanta la vista con una lentitud deliberada, y durante un segundo la tensión cambia de forma, como si por fin encontrara un espacio donde respirar sin perder gravedad.

—Eso sí que sería una operación de alto riesgo.

—Weber parece experta en operaciones complicadas.

—Weber no hace milagros.

—No necesito milagros. Solo combustible, suministros y una razón aceptable para entrar en esta base sin que la mitad de tus compañeros piense que deberían esposarme.

Nora me mira durante unos segundos y esta vez la sonrisa que aparece en su boca es pequeña, cansada, pero real.

—Eso último quizá sea demasiado pedir.

—Estoy dispuesto a empezar por lo demás.

El silencio vuelve, aunque ya no pesa igual.

No nos tocamos, no podemos, pero la mano de Nora sigue a escasos centímetros de la mía, apoyada de nuevo sobre la valla, y cuando muevo los dedos lo suficiente para rozar los suyos, el contacto resulta tan leve que cualquiera que nos viera desde lejos podría pensar que ha sido accidental.

No lo es.

Nora no se aparta, pero tampoco me mira. Solo deja que ese roce mínimo permanezca un segundo más antes de retirar despacio la mano.

—Tienes que hablar con Weber —dice.

—Lo sé, por eso he venido. Me está esperando.

—No hables como un mercenario.

—Entonces, ¿como qué?

Nora mira hacia el desierto, hacia la línea por la que empieza a ponerse el sol, como si allí pudiera encontrar una respuesta.

—Como alguien necesario —dice finalmente—. Alguien útil. Alguien que puede ayudar a cerrar esto.

—Eso no suena respetable.

—Es un comienzo.

La observo de perfil mientras vuelve a cruzarse de brazos, recuperando poco a poco la compostura, la distancia, esa forma de colocarse dentro del mundo que tanto le ha costado sostener desde que regresó.

Podría acercarme. Podría romper esta distancia ridícula, pero no lo hago.

No porque no quiera, sino porque por una vez comprendo que no todas las decisiones pueden tomarse como si el mundo fuera a desaparecer en los próximos cinco minutos.

—Entonces, empezaré por ahí —digo.

Nora asiente despacio.

Detrás de nosotros, la base continúa funcionando con su precisión habitual, indiferente a lo que acaba de suceder entre los dos. Se oyen motores, pasos sobre la grava, voces lejanas y una radio que crepita antes de apagarse.

Ella inspira hondo y se separa de la valla.

—Tengo que volver al hospital.

—Y yo a fingir que sé comportarme en una instalación militar.

—No hagas promesas imposibles. Weber detesta a los mentirosos.

—De acuerdo —respondo—, e intentaré no disparar a nadie antes de cenar.

—Eso sería un gran avance.

Nos miramos, y esta vez su sonrisa dura un poco más. Luego empezamos a caminar de regreso hacia la zona más concurrida de la base, uno junto al otro, manteniendo esa distancia prudente que ahora los dos entendemos.

Mientras caminamos bajo las luces blancas del perímetro, entre el ruido ordenado de un mundo que intenta absorbernos sin saber

exactamente qué hacer con nosotros, entiendo que lo que acaba de ocurrir no ha sido una renuncia ni una despedida.

Ha sido una forma de quedarse, sin decirlo todavía.

52

Adrien

El lugar no aparece en ningún mapa oficial. No porque no exista, sino porque quienes necesitan encontrarlo ya conocen las rutas, las señales y las referencias necesarias para llegar hasta allí sin necesidad de coordenadas escritas en ninguna parte. Y quienes no forman parte de ese circuito jamás deberían tener la posibilidad de localizarlo.

La construcción emerge del terreno con una discreción calculada, casi mimetizada con el paisaje pedregoso que la rodea. Desde lejos podría confundirse con un almacén olvidado o un pequeño puesto logístico sin importancia. Los muros bajos, el color apagado de los materiales y la ausencia deliberada de movimiento visible forman parte de la misma estrategia: no llamar la atención.

Nada en este sitio es improvisado.

Reduzco la velocidad del vehículo mientras me acerco al perímetro y estudio el entorno con calma. No busco amenazas inmediatas; eso sería demasiado simple. Lo que observo son patrones: las líneas de visión, los puntos desde los que alguien podría vigilar sin ser visto, las zonas aparentemente vacías pero que en realidad están demasiado limpias como para no haber sido revisadas hace poco.

No hay hombres patrullando. No hace falta.

La seguridad aquí funciona de otra manera, más silenciosa y menos visible, basada en la certeza de que cualquiera que llegue hasta este lugar ya ha sido observado mucho antes de acercarse lo suficiente como para distinguir la entrada.

Detengo el motor y permanezco sentado unos segundos, mientras el silencio del desierto se mezcla con el leve chasquido metálico del vehículo enfriándose bajo el sol.

Luego salgo.

El calor golpea con fuerza, seco y constante, aunque ya casi no lo percibo. Camino hacia la entrada mientras siento el peso de la pistola en la cintura y el roce áspero de la arena pegada a las botas.

No llevo uniforme, nunca lo haré.

Aun así, resulta extraño acercarme a un lugar como este sabiendo exactamente para quién trabajo ahora, aunque nadie haya pronunciado esa palabra de forma explícita ni exista un contrato firmado. Mi reunión con la comandante Weber se zanjó con un rápido apretón de manos. Eso, aquí tiene valor de ley.

La puerta se abre antes de que tenga que llamar.

Un hombre me observa desde el interior y se aparta lo justo para dejarme pasar sin decir nada. Lo reconozco vagamente; uno de esos rostros que aparecen y desaparecen en distintos escenarios operativos sin llegar a pertenecer nunca del todo a ninguno.

El cambio de temperatura es inmediato en cuanto entro.

El aire acondicionado funciona a máxima potencia, creando esa sensación artificial y neutra típica de las instalaciones donde la gente pasa demasiadas horas encerrada frente a pantallas y mapas. Huele a café recalentado, a plástico y a sudor.

El contraste con el exterior resulta casi violento.

Mis ojos tardan un instante en adaptarse a la luz fría del interior. Frente a mí se despliega una sala amplia y funcional, sin nada decorativo ni superfluo. Hay varias mesas llenas de documentos, ordenadores encendidos y pantallas donde parpadean imágenes satelitales, coordenadas y comunicaciones cifradas.

Todo está organizado con precisión, todo parece temporal y permanente al mismo tiempo.

Un hombre levanta la vista desde el fondo de la sala cuando me acerco. Lo conozco desde hace años, aunque nunca hemos

coincidido en circunstancias que permitan hablar de confianza. Entre gente como nosotros, la confianza es un concepto demasiado caro y demasiado poco útil.

—Has tardado mucho —dice a modo de saludo.

Pero su tono no contiene un reproche, es solo una observación.

Me detengo frente a la mesa y dejo sobre ella la carpeta impermeable que he traído conmigo.

—He tenido trabajo.

Él asiente sin interés aparente por los detalles. Aquí nadie pregunta demasiado mientras obtenga lo que necesita.

Abre la carpeta y empieza a revisar el contenido con movimientos tranquilos. Revisa las coordenadas escritas a mano, repasa las rutas secundarias utilizadas por los convoyes de Ag Alhassan durante las últimas semanas, lee los nombres de los intermediarios y las referencias cruzadas sobre tribus que han comenzado a cambiar de posición después del ataque al campamento.

Información suficiente para alterar el equilibrio de media región si cae en las manos adecuadas.

O en las equivocadas.

Permanezco en silencio mientras él pasa las páginas una a una. A mi alrededor, varias personas trabajan sin prestar atención aparente a nuestra conversación, aunque sé perfectamente que todos están escuchando mucho más de lo que parecen.

Siempre ocurre igual en este tipo de lugares.

—Confirmamos movimiento cerca del corredor oriental hace dos noches —dice finalmente, señalando uno de los mapas extendidos sobre la mesa—. Coincide con lo que nos enviaste.

Me inclino ligeramente sobre el mapa.

Las marcas rojas dibujan una línea irregular entre varios puntos del desierto que conozco muy bien. Pueblos pequeños, zonas de paso utilizadas por traficantes y antiguos caminos comerciales que dejaron de aparecer en los mapas oficiales hace décadas pero que

continúan siendo fundamentales para cualquiera que quiera mover hombres o mercancías sin llamar la atención.

—Está desplazando recursos hacia el norte —digo—. No es una retirada. Está consolidando sus posiciones.

El hombre levanta la vista hacia mí.

—¿Crees que prepara otro ataque?

Niego despacio.

—No de inmediato. Ag Alhassan no repite sus movimientos cuando sabe que el enemigo ya los espera. Primero intentará asegurar combustible, armas y apoyos nuevos. Después, decidirá dónde golpear.

Él me observa unos segundos antes de volver la vista al mapa.

—La comandante cree que intentará cruzar hacia la frontera antes de un mes.

No respondo enseguida.

Weber no improvisa hipótesis al azar. Si lo cree, probablemente tenga información complementaria que yo todavía no conozco.

—Es posible —admito al fin—. Pero no lo hará con un grupo grande. Se moverá fragmentado, utilizando rutas distintas para evitar satélites y vigilancia aérea.

—Como tú.

La frase queda suspendida entre nosotros.

Levanto la mirada hacia él.

No hay acusación en su voz, pero tampoco una neutralidad completa. Es más bien curiosidad profesional, esa necesidad constante de clasificar a la gente dentro de categorías comprensibles.

Y quizá ahí esté el problema.

Hace tiempo que yo tampoco sé exactamente en cuál encajo.

—Llevo muchos años sobreviviendo aquí —respondo simplemente.

El hombre deja la carpeta sobre la mesa y se reclina ligeramente en la silla.

—La diferencia es que antes sabíamos perfectamente qué hacías. Ahora, ya no.

La observación debería irritarme. Sin embargo, mientras observo las pantallas llenas de información cruzada y escucho el zumbido constante de los equipos electrónicos, comprendo que tiene razón.

Antes todo era más sencillo. No moralmente. Nunca lo ha sido, pero sí estratégicamente. Había objetivos claros, acuerdos temporales y una línea perfectamente definida entre utilidad y amenaza. Yo sabía exactamente qué lugar ocupaba dentro de ese equilibrio, y los demás también.

Ahora, esa línea se ha desplazado. No porque me haya convertido en otra persona, sino porque he empezado a dejar espacio a variables que antes eliminaba sin pensarlo dos veces. Y una de esas variables tiene los ojos verdes y la costumbre peligrosa de mirarme como si todavía hubiera algo salvable dentro de mí.

Aparto la idea antes de que tome demasiada forma. No es el momento.

—Eso puede jugar a nuestro favor —dice él finalmente.

Nuestro.

La palabra me resulta interesante.

No porque me incluya, sino porque confirma algo que ninguno de los dos ha verbalizado todavía: ya no soy solo una fuente ocasional de información. He cruzado una línea distinta, una más difícil de deshacer.

Y ambos lo sabemos.

—Necesitamos confirmar varias rutas más —continúa mientras despliega otro mapa—. También queremos identificar quién está facilitándole vehículos y combustible desde el este.

Sigo las marcas con la mirada, reconstruyendo mentalmente las distancias y los puntos de paso obligatorios.

Conozco esas rutas porque las he recorrido.

Conozco a esa gente porque he negociado con ellos.

Y conozco a Ag Alhassan lo suficiente como para entender cómo piensa incluso cuando todavía no se ha movido.

—Puedo conseguirlo —digo.

El hombre asiente lentamente y cierra la carpeta.

—No trabajas para nosotros, Kader —dice entonces, sosteniéndome la mirada—. Y nosotros no trabajamos para ti.

Casi sonrío.

—Claro.

Los dos sabemos que esa frontera existe solo mientras siga siendo útil mantenerla.

En lugares como este, la lealtad nunca es absoluta. Lo único absoluto son los intereses y el equilibrio temporal que se construye alrededor de ellos.

Me aparto de la mesa y doy un paso atrás, marcando el final de la conversación sin necesidad de formalizarlo.

—Te enviaremos instrucciones en cuanto tengamos nuevas imágenes satelitales —añade él.

Asiento. No necesito nada más.

Cuando abandono el edificio, el calor del exterior vuelve a envolverme de inmediato. El sol empieza a descender lentamente sobre el horizonte y tiñe el desierto de un tono cobrizo que hace que todo parezca más inmóvil de lo que realmente está.

Camino hacia el vehículo sin prisa.

El mundo sigue siendo exactamente el mismo que hace unas semanas: brutal, ambiguo y construido sobre alianzas que duran lo que tarda alguien en necesitar algo distinto.

Las reglas tampoco han cambiado.

Lo que ha cambiado soy yo.

No de una forma limpia ni fácil de explicar. No me he convertido en un hombre mejor, ni mucho menos en alguien inocente.

Sigo moviéndome entre violencia, acuerdos oscuros e información que puede condenar a gente antes incluso de que sepan que están siendo observados.

La diferencia es otra.

Ahora, por primera vez en muchos años, empiezo a preguntarme qué ocurre después.

Y eso, en un hombre como yo, probablemente sea mucho más peligroso que cualquier bala.

53

Nora

La rutina tiene una forma peligrosa de parecer invulnerable. No ocurre de golpe ni nace de una decisión consciente. Es algo mucho más sutil, una acumulación progresiva de días que transcurren sin incidentes graves, de procedimientos que funcionan exactamente como deberían y de órdenes ejecutadas con precisión hasta que el cuerpo deja de mantenerse permanentemente en tensión y empieza, poco a poco, a aceptar la idea de que quizá el peligro inmediato ha quedado atrás.

No desaparece del todo, nunca desaparece del todo, pero se desplaza, se vuelve manejable.

La base lleva días funcionando bajo un nivel de alerta superior al habitual desde que Adrien empezó a colaborar con Weber. Oficialmente, muy poca gente conoce el alcance real de esa colaboración. Extraoficialmente, los cambios son evidentes para cualquiera acostumbrado a observar el comportamiento de una instalación militar antes de un posible ataque.

Los perímetros se han reforzado, las patrullas son más frecuentes, los vehículos permanecen preparados para movilizarse incluso de noche, y los puestos de vigilancia se relevan con menos margen entre turnos.

Nadie lo explica abiertamente, pero todos saben que algo se está preparando.

O que alguien se está acercando.

Estoy terminando de revisar el historial de un paciente cuando noto el primer cambio en el ambiente.

No es un sonido concreto ni una alarma inmediata, sino una modificación casi imperceptible en el ritmo del hospital. Los movimientos se aceleran un poco. Las conversaciones se acortan. Un enfermero cruza el pasillo con más prisa de la necesaria y dos soldados aparecen en la entrada principal con el equipo completo, algo poco habitual dentro de la zona médica salvo cuando se espera un problema serio.

Levanto la vista del informe y en ese instante, una radio crepita cerca del control de acceso y escucho varias palabras sueltas.

Movimiento.

Perímetro este.

Confirmado.

Mi cuerpo reacciona antes que mi cabeza.

Dejo el historial sobre la mesa y me acerco a la puerta del hospital justo cuando una voz firme atraviesa el pasillo principal.

—Todo el personal médico, preparados para la recepción de heridos. Prioridad uno en trauma. ¡Ahora!

No hay pánico ni caos. Todo el mundo se mueve con rapidez y coordinación. Los soldados ya saben dónde colocarse; el personal sanitario comienza a reorganizar espacios antes de que lleguen los primeros heridos y varias camillas aparecen alineadas junto a la entrada principal como si llevaran allí esperando desde hace horas.

Porque probablemente sea así.

Weber lo sabía. O, al menos, sabía que podía ocurrir.

Y yo también.

Aunque otra cosa muy distinta sea enfrentarte de verdad al momento exacto en el que el peligro deja de ser una posibilidad abstracta y se convierte en algo real.

Salgo al exterior por la puerta lateral del hospital y avanzo hasta una zona desde la que puedo ver parte del perímetro.

El sol cae con violencia sobre la arena, y durante un instante, la claridad me obliga a entrecerrar los ojos.

Entonces veo el polvo levantándose a lo lejos.

Vehículos.

Varios.

No avanzan de forma caótica ni improvisada. Se despliegan en abanico, utilizando la amplitud del terreno para dificultar una respuesta concentrada desde las defensas de la base.

Están organizados.

Demasiado.

Un soldado corre hacia una posición defensiva a pocos metros de mí mientras se ajusta el fusil contra el pecho.

—¿Cuántos? —pregunto.

—Más de los que nos gustaría —responde sin detenerse.

Los primeros disparos, secos y precisos, llegan antes de que los vehículos alcancen el perímetro.

El sonido atraviesa el aire con esa violencia abrupta que mi cuerpo reconoce de inmediato, antes incluso de que mi mente termine de procesarlo. Después llega la respuesta de la base. Las torres de vigilancia abren fuego, varias ráfagas cruzan el espacio exterior y uno de los vehículos enemigos derrapa violentamente antes de perder el control y girar sobre sí mismo levantando una muralla de arena.

El combate empieza de verdad.

Regreso al hospital sin esperar ninguna orden. Aquí es donde tengo que estar, no en el exterior ni con un arma entre las manos.

Mi guerra está aquí dentro.

En cuanto atravieso las puertas, el hospital ya se ha transformado. Las zonas de tránsito desaparecen y todo se reorganiza alrededor de una única prioridad: absorber el impacto de lo que está ocurriendo fuera.

Los minutos pasan con una cadencia tensa, hasta que la primera camilla cruza la puerta.

Un soldado con una herida abierta en el abdomen.

Casi al instante llega otro inconsciente, cubierto de polvo y sangre.

Todos nos ponemos en marcha al mismo tiempo en una coreografía perfectamente sincronizada.

Una enfermera intenta contener una hemorragia arterial mientras varios médicos despejan el espacio alrededor de la mesa de trauma principal.

No hay tiempo para pensar demasiado.

Las manos se mueven solas, ejecutando procedimientos que conozco desde hace años, aunque ahora hay algo distinto en mí. Lo noto en la rapidez con la que priorizo, en la forma casi automática en la que anticipo complicaciones antes siquiera de que aparezcan.

Ya no trabajo como alguien que confía plenamente en tener tiempo suficiente para corregir los errores después. Trabajo como en el desierto. Como si cada decisión fuera definitiva.

—Presión estabilizada.

—Necesito otra vía aquí.

—Preparad transfusión.

Las órdenes salen de mi boca con firmeza mientras me desplazo de una camilla a otra sin detenerme más de lo imprescindible. A mi alrededor todo funciona con una precisión brutal mientras el sonido del combate continúa filtrándose desde el exterior: disparos, explosiones aisladas, motores acelerando demasiado cerca del perímetro.

Y entonces algo cambia en el exterior.

Lo noto antes de entenderlo del todo.

El patrón de los disparos se altera de repente, desplazándose hacia otro punto de la base. Las ráfagas dejan de concentrarse únicamente en el acceso principal y empiezan a cruzarse desde varios ángulos distintos, como si alguien hubiera roto la formación de los atacantes desde atrás.

Levanto la cabeza apenas un segundo y veo que los soldados que protegen el hospital intercambian miradas rápidas.

Uno de ellos habla por radio con voz tensa.

—¿Quién coño está disparando desde el flanco sur? —pregunta muy alterado.

No obtiene respuesta, pero yo sé qué está pasando. La siento.

Es una intuición absurda y precisa que me atraviesa el cuerpo entero con una claridad imposible de justificar racionalmente.

Adrien y sus hombres.

El pensamiento aparece de golpe y se instala dentro de mí con la misma fuerza con la que el sonido del combate empieza a desplazarse hacia el interior de la base.

Los disparos ya no suenan igual.

Hay desorden fuera, confusión.

Los atacantes están perdiendo la cohesión inicial.

Una nueva explosión hace temblar las paredes del hospital y durante unos segundos el generador eléctrico parpadea antes de estabilizarse otra vez.

—¡Capitana!

Me giro de inmediato hacia el enfermero que intenta contener la hemorragia de un soldado herido en la pierna. Corro hacia él y vuelvo a concentrarme en lo urgente, obligándome a apartar todo lo demás.

No puedo pensar en Adrien ahora, no puedo permitírmelo.

Trabajo durante varios minutos más sin levantar apenas la vista. El tiempo se vuelve extraño otra vez, fragmentado en decisiones rápidas, sangre, órdenes y respiraciones contenidas.

Hasta que escucho disparos demasiado cerca. No en el perímetro exterior, sino dentro.

Varias voces gritan órdenes al otro lado del edificio y luego llegan pasos acelerados por el pasillo exterior. Un soldado aparece en la puerta principal del hospital, cubierto de arena y sudor.

—¡Han entrado en la base! —grita—. ¡Equipo de seguridad al ala oeste ahora mismo!

El corazón me golpea con fuerza contra las costillas.

Por primera vez desde que empezó el ataque, siento miedo de verdad.

Intento seguir trabajando, pero mi atención ya no consigue mantenerse completamente fija en las heridas que tengo delante. Cada disparo cercano me atraviesa como una descarga.

Los atacantes están entrando en el hospital.

Entonces escucho algo más.

No es un disparo, sino una voz. Lejana todavía, ronca y furiosa.

Y completamente reconocible.

Levanto la cabeza de golpe.

Durante unos segundos solo veo movimiento caótico al final del pasillo: soldados desplazándose, humo entrando desde una puerta lateral abierta y sombras cruzándose demasiado deprisa.

Después, lo distingo.

Adrien aparece entre el humo acompañado de dos de sus hombres. Avanza por el interior de la base con el fusil pegado al hombro.

Dispara hacia un lateral sin detenerse apenas y uno de los asaltantes cae detrás de unas cajas médicas volcadas.

Otro hombre llega desde el extremo contrario del pasillo y Adrien reacciona antes incluso de que yo termine de procesarlo. Lo derriba con dos disparos secos y continúa avanzando.

Hasta que me encuentra.

Nuestros ojos se cruzan en mitad del caos.

Y durante un instante, exactamente igual que ocurrió aquella noche en el campamento mientras el mundo se venía abajo a nuestro alrededor, todo lo demás parece apartarse.

No hay hospital.

No hay soldados.

No hay guerra.

Solo esa mirada fija en la mía mientras el ruido del combate continúa explotando a nuestro alrededor.

Adrien reduce la distancia entre nosotros sin dejar de vigilar el entorno.

—Te dije que esto acabaría siendo complicado —dice.

Y, pese al humo, los disparos y la sangre que cubre parte de su camisa, noto una sonrisa cansada abriéndose paso en mi boca.

—Tienes una forma horrible de presentarte en los sitios.

54

Adrien

El combate no termina de golpe. Se va apagando poco a poco, como una tormenta que pierde fuerza después de descargar toda su violencia de una sola vez. Primero desaparecen las ráfagas constantes; luego, los disparos aislados empiezan a espaciarse hasta convertirse en ecos dispersos que llegan desde distintos puntos de la base. Después solo quedan órdenes breves, motores lejanos y el movimiento acelerado de los equipos de seguridad asegurando el perímetro.

El ataque está controlado.

No hace falta que nadie lo anuncie oficialmente para saberlo. Se percibe en la forma en que los soldados dejan de disparar para empezar a desplazarse entre posiciones, revisando accesos y comprobando la situación de los heridos. También en la respiración de los hombres que me acompañan desde el exterior, agotados y cubiertos de polvo después de abrirse paso por el flanco sur, exactamente como lo habíamos planeado.

Ha funcionado.

La información que le entregué a Weber era correcta. Los atacantes utilizaron las rutas previstas y concentraron la presión principal sobre el acceso este de la base, convencidos de que toda la respuesta defensiva estaría focalizada allí.

No contaban con nosotros.

No contaban conmigo.

Y quizá eso sea lo único que ha evitado una masacre mucho mayor.

Bajo lentamente el fusil mientras observo el interior del hospital. Varias enfermeras continúan moviéndose entre las camillas, ignorando el caos exterior con esa concentración feroz que solo he visto en gente acostumbrada a trabajar mientras el mundo se desmorona a su alrededor.

Nora sigue frente a mí.

Tiene restos de sangre en los guantes, mechones sueltos que escapan de la coleta y esa expresión tensa que adopta cuando intenta mantener el control incluso después de que el peligro inmediato haya pasado.

Durante unos segundos, no hablamos. No hace falta.

La sola certeza de que está viva y a salvo ocupa demasiado espacio dentro de mí como para permitir cualquier otra cosa.

Ella es la primera en romper el silencio.

—Tienes una forma horrible de presentarte en los sitios.

Su voz conserva un rastro de tensión, aunque debajo aparece una calma extraña que no estaba ahí hace unos minutos.

Apoyo el fusil contra el pecho y dejo escapar el aire lentamente.

—Entramos por detrás mientras concentraban el ataque principal aquí —explico—. Tal y como estaba previsto.

Nora asiente despacio.

—Weber sabía que vendrían.

—Sabía que podían venir. No es exactamente lo mismo.

La diferencia importa. En este trabajo, siempre importa.

Ella me observa unos segundos más y luego señala una mancha de sangre en mi muslo.

—Estás herido.

—No es mía —respondo—. Esta vez he conseguido salir ileso.

—¿En serio? No te lo crees ni tú —replica con una ceja levantada sobre sus ojos verdes—. Deja que lo compruebe.

No puedo evitar una sonrisa breve.

—Me tranquiliza comprobar que sigues siendo insoportablemente mandona.

Nora resopla una risa cansada, se acerca solo un paso y se agacha para estudiar mi pierna. Luego, alarga la mano enguantada y me aprieta el muslo. El contacto dura apenas un instante, pero mi cuerpo reacciona igual que cuando la tenía entre mis brazo.

Los dos lo notamos.

Su mirada se eleva lentamente hasta encontrar la mía otra vez.

A nuestro alrededor, el hospital sigue funcionando con una urgencia contenida. Hay soldados entrando y saliendo, médicos moviéndose deprisa y radios sonando constantemente. Nadie parece prestarnos demasiada atención, pero los dos somos plenamente conscientes de dónde estamos y de quiénes somos aquí.

Nora retira la mano y se pone de pie antes de que el gesto pueda convertirse en algo más visible.

—Como sigas así —dice, intentando recuperar un tono normal—, la colaboración con Weber va a terminar con una condecoración oficial por tus servicios.

Lo imagino apenas un segundo.

Yo, recibiendo una medalla bajo una bandera de la OTAN.

La idea resulta tan absurda que termino soltando una risa breve, seca y completamente real.

—Eso sí que sería un problema diplomático.

—Quizá hasta te hagan ciudadano ejemplar.

—No exageremos. Hay límites incluso para la inteligencia militar.

La sonrisa de Nora dura apenas unos segundos más antes de desaparecer cuando una nueva voz irrumpe detrás de nosotros.

—Sabía que lo encontraría aquí.

Los dos nos giramos al mismo tiempo.

La comandante Weber avanza hacia nosotros acompañada por dos oficiales. Lleva el uniforme manchado de arena y lo que parece

aceite de motor, pero mantiene esa calma fría y perfectamente controlada que parece formar parte natural de ella.

Sus ojos se detienen primero en Nora y luego en mí. Nos está evaluando, como hace con todo y con todos.

—Capitana Vaillant —saluda con una inclinación mínima de cabeza—. Buen trabajo.

—Gracias, comandante.

Weber vuelve la vista hacia mí.

—Señor Kader.

—Comandante.

Durante unos segundos, el silencio queda suspendido entre los dos. No es hostil, pero tampoco cómodo.

—Tenemos que hablar —dice finalmente.

Miro un instante a Nora antes de responder.

Ella mantiene la compostura perfecta, aunque percibo algo distinto en su expresión. Una tensión mínima. Contenida.

Quizá preocupación, o quizá sea expectativa.

—Claro —respondo.

Weber me hace un gesto para que la siga y comienza a caminar hacia el exterior del hospital sin necesidad de comprobar si voy detrás. Lo hago unos segundos después, aunque antes de salir vuelvo la cabeza un instante.

Nora sigue observándome.

No sonríe, pero tampoco aparta la mirada.

El despacho de Weber está en la zona más protegida de la base. No es especialmente grande ni ostentoso, pero todo en él transmite la misma sensación de control preciso que ella proyecta constantemente. Hay mapas en las paredes, varias carpetas abiertas sobre la mesa y una pantalla encendida mostrando imágenes satelitales congeladas sobre distintos puntos del desierto.

Cuando entro, Weber cierra la puerta detrás de nosotros.

Esta vez estamos solos.

Ella se mueve despacio alrededor de la mesa antes de apoyarse ligeramente contra el borde.

—El ataque habría sido mucho peor sin la información que proporcionó —dice sin rodeos. Permanezco en silencio. No necesito reconocimiento, y ella no parece el tipo de persona que ofrece cumplidos gratuitos—. Sus rutas eran correctas. Sus tiempos, también —continúa—. Y el movimiento de distracción por el flanco sur evitó que entraran hasta el núcleo principal de la base.

—Ag Alhassan lleva años utilizando los mismos patrones cuando cree tener ventaja suficiente —respondo—. Cambia los hombres, cambia los vehículos, pero no la lógica.

Weber asiente lentamente.

—Precisamente por eso estamos hablando usted y yo ahora mismo.

La observo sin responder.

Ella entrelaza las manos delante del cuerpo antes de continuar.

—He leído todo lo que existe sobre usted, señor Kader. Sus antecedentes militares, las operaciones extraoficiales, los informes incompletos, los rumores y también los vacíos. Sobre todo, los vacíos.

No cambia el tono mientras habla.

Podría estar comentando el tiempo.

—Y he llegado a una conclusión bastante simple —añade—. Usted lleva años sobreviviendo en un entorno imposible utilizando habilidades que la mayoría de mis hombres jamás aprenderían a desarrollar.

—Eso no suele considerarse una virtud en los informes oficiales.

—Depende de quién escriba el informe.

La frase queda flotando unos segundos entre nosotros.

Weber se aparta de la mesa y camina despacio hacia la pantalla donde siguen apareciendo varias rutas marcadas sobre el mapa satelital.

—Podría seguir trabajando como hasta ahora —dice—. Moviéndose entre acuerdos temporales, campamentos aislados y guerras interminables. O podría trabajar para nosotros.

La miro directamente.

—Ya trabajo para usted.

Weber niega suavemente con la cabeza.

—No. Ahora mismo colabora conmigo porque nuestras necesidades coinciden. Lo que le estoy ofreciendo es otra cosa. —Se hace un silencio breve. Luego, continúa—. Le ofrezco ser un agente civil externo al servicio de la OTAN. Sin uniforme ni una cadena de mando convencional. Operaciones limitadas y acceso directo a inteligencia, recursos y protección institucional.

Tardo unos segundos en responder.

—¿Protección institucional?

—Su expediente desaparecerá —dice con absoluta tranquilidad—. Oficialmente, dejaría de existir como mercenario vinculado a operaciones ilegales en esta región. Tendría una identidad limpia, una documentación nueva y capacidad para moverse legalmente por territorio europeo si así lo desea.

La observo en silencio.

Durante años he vivido aceptando que ciertas puertas estaban cerradas para mí. No como un castigo concreto, sino como la consecuencia natural de las decisiones tomadas y de las líneas cruzadas demasiado tiempo atrás.

Y, aun así, escuchar esa posibilidad en voz alta produce un efecto extraño.

Muy extraño.

Weber sigue observándome con una atención clínica.

—No es una redención, señor Kader. No estoy interesada en convertirlo en un héroe.

—Eso me tranquiliza bastante.

La comisura de su boca se mueve apenas.

—Lo que me interesa es su utilidad a largo plazo. Usted conoce esta región mejor que cualquiera de mis agentes y tiene algo todavía más valioso: entiende cómo piensan hombres como Ag Alhassan y los de otros señores de la guerra porque durante mucho tiempo fue uno de ellos.

No hay juicio en la frase, solo hechos.

—¿Y a cambio? —pregunto.

—Las misiones conllevarán riesgo en ocasiones, y trabajo sucio cuando sea necesario. Exactamente el tipo de vida que ya lleva años viviendo, solo que esta vez con respaldo oficial y un objetivo distinto. Y cobertura legal, un salario, una vivienda donde usted elija, libertad de movimientos…

Camino lentamente hacia la ventana estrecha del despacho y observo el exterior de la base. Varias ambulancias siguen entrando y saliendo mientras equipos de seguridad revisan el perímetro después del ataque.

Todo continúa moviéndose, todo sigue adelante.

Y, sin embargo, siento con claridad que algo acaba de cambiar de forma irreversible. No por la oferta en sí, sino por lo que implica.

Porque por primera vez desde hace muchos años, alguien me está ofreciendo una salida que no consiste únicamente en sobrevivir un día más o morir sobre la arena.

Se trata de una salida donde quizá todavía exista espacio para algo parecido a una vida.

Pienso en Nora antes siquiera de darme cuenta. En cómo me mira dentro de esta base, midiendo cada gesto porque sabe perfectamente lo que significaría que ciertas cosas trascendieran.

Pienso en lo que dijo junto a la valla.

«Como alguien necesario».

Cierro los ojos un instante, y luego, vuelvo a mirar a Weber.

—Acepto.

Ella no sonríe. Simplemente asiente, como si hubiera esperado exactamente esa respuesta desde el principio.

—Bienvenido a bordo, señor Kader.

La frase debería sonarme ridícula. En cambio, lo único que siento es una calma extraña y peligrosa extendiéndose lentamente dentro de mí.

Weber coge una carpeta de la mesa y me la entrega.

—Su nueva documentación estará lista en unos días. Y le recomiendo una cosa más.

—¿Sí?

Esta vez sí sonríe.

—No haga que tenga que arrepentirme de esto.

Cojo la carpeta.

—Intentaré no empezar hoy.

Cuando abandono el despacho, la base continúa funcionando bajo la luz dura del atardecer. El ataque ha dejado daños visibles y el humo se eleva todavía desde una zona del perímetro mientras soldados agotados se mueven entre vehículos y camillas.

Pero ya no veo este lugar exactamente igual que hace unas horas.

Camino sin prisa entre los edificios, dejando que la carpeta golpee suavemente contra mi pierna a cada paso.

Y mientras avanzo entre el ruido de motores y radios militares, solo tengo una idea clara en la cabeza.

Necesito encontrar a Nora.

55

Final

Nora

El hospital vuelve a respirar poco a poco. No lo hace con la normalidad inmediata ni la eficiencia impecable que caracteriza a los lugares donde nunca ha entrado el miedo, sino de una forma más lenta y desigual, como si cada sala necesitara recordar primero para qué sirve antes de recuperar el ritmo habitual. Todavía quedan huellas del ataque repartidas por todas partes: material desplazado en los pasillos, manchas oscuras que algunos soldados limpian con insistencia obsesiva y conversaciones que se interrumpen en cuanto alguien se acerca.

Pero funciona.

Siempre termina funcionando.

Camino despacio por el corredor principal con la bata todavía manchada de sangre seca y restos de polvo adheridos a las mangas. Hace apenas unos minutos que he terminado el turno, aunque aquí el concepto de descanso nunca es del todo real. Siempre queda alguien que necesita algo, una camilla entrando por una puerta, una llamada por radio o una nueva urgencia capaz de reorganizarlo todo otra vez.

Sin embargo, esta vez sigo avanzando sin detenerme.

El cansancio pesa dentro de mí de una manera distinta, menos física que otras veces, pero más profunda. Como si toda la tensión

acumulada durante los últimos días empezara por fin a soltarse ahora que el peligro inmediato se ha alejado lo suficiente.

Me detengo junto a una de las ventanas abiertas que dan al exterior.

La tarde cae lentamente sobre la base francesa y el aire cálido entra arrastrando olor a arena, combustible y humo reciente. A lo lejos todavía se ven vehículos desplazándose cerca del perímetro mientras varios soldados revisan los daños y reorganizan posiciones defensivas.

Nada urgente ya. No hay nada que esté a punto de explotar.

Apoyo las manos sobre el marco metálico y cierro los ojos un instante.

No necesito pensar en lo ocurrido durante el ataque ni en las imágenes que todavía siguen apareciendo cada vez que me detengo más de un segundo. Tampoco quiero pensar en lo que vendrá después.

Por primera vez en semanas, no siento la necesidad constante de anticiparme a todo.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, la base continúa moviéndose al otro lado de la ventana con una actividad más tranquila, contenida, casi normal.

Y entonces, pienso en él. No se trata de un recuerdo aislado ni de una imagen fragmentada entre todas las demás; lo veo en mi mente con una claridad absoluta.

Adrien entrando en la base entre disparos y humo.

Adrien buscándome entre el caos con una determinación feroz.

Adrien aceptando algo que hace apenas unos meses habría considerado imposible siquiera contemplar.

«Un hombre libre y respetable».

La frase regresa a mi cabeza y noto una sonrisa leve, involuntaria, curvándome los labios. Todavía me cuesta imaginarlo. Y, sin embargo, también me cuesta imaginar ya cualquier futuro en el que él no exista de alguna manera.

Me separo lentamente de la ventana y continúo caminando hacia la zona más tranquila del edificio. A medida que avanzo, el ruido del hospital empieza a diluirse detrás de mí hasta convertirse en un murmullo lejano.

Mi habitación está al final del pasillo.

La misma puerta sencilla de siempre. La misma luz tenue filtrándose por debajo.

Saco la tarjeta magnética, la deslizo por el lector y la puerta se abre con un sonido suave.

El interior conserva esa austeridad funcional típica de las instalaciones militares: una cama perfectamente hecha, una mesa pequeña cubierta de informes médicos y una lámpara encendida que proyecta una luz cálida que contrasta con la frialdad blanca del hospital.

Cierro la puerta detrás de mí y durante unos segundos permanezco inmóvil.

Dejo que el silencio se asiente a mi alrededor, que el cuerpo termine de comprender que ya no tiene que correr hacia ninguna urgencia inmediata, que la respiración recupere poco a poco un ritmo normal.

Entonces, lo noto.

No es un sonido ni un movimiento concreto.

No. Es una presencia que llena el espacio sin imponerse, tranquila, perfectamente integrada en él.

Levanto la vista y veo a Adrien junto a la pared, apoyado con calma, observándome en silencio. Ya no lleva el uniforme del combate; se ha cambiado la camisa y tiene el pelo todavía húmedo, como si acabara de ducharse hace poco.

Pero sigue teniendo el aspecto de alguien que pertenece más al desierto que a cualquier edificio construido por otros hombres.

Nuestros ojos se encuentran y el mundo parece reducirse durante un instante a ese único punto.

No hablamos, no hace falta.

Dejo lentamente la bata sobre la silla y camino hacia él sin prisa, consciente de cada paso, de cada respiración, del modo en que su mirada permanece fija en mí mientras reduzco la distancia que nos separa.

Cuando me detengo frente a él, apenas queda espacio entre nuestros cuerpos. Siento el calor que desprende incluso sin tocarlo todavía, y noto cómo una parte de mí se relaja simplemente por tenerlo delante, vivo, entero, aquí.

Adrien baja ligeramente la mirada hacia mis labios antes de volver a sostenerme los ojos.

—Tienes ante ti a un hombre respetable —me dice con sus ojos grises clavados en los míos.

—Weber siembre habla en serio —murmuro con una sonrisa.

Él exhala una respiración breve.

—Eso he notado.

—¿Y tú?

La pregunta queda suspendida entre nosotros unos segundos.

Luego, Adrien inclina la cabeza.

—Yo también.

No necesito pedir más explicaciones. Lo conozco lo suficiente para entender lo que significa que alguien como él admita algo así.

Su mano se mueve despacio y roza apenas mis dedos.

Solo eso, un contacto mínimo, pero siento el efecto recorriéndome entera como si hubiera sido mucho más.

—Agente civil de la OTAN —añade en voz baja. Ahora sí sonríe de verdad, aunque apenas dure un instante—. Tú dijiste que podía intentarlo.

—No pensé que fueras a tomártelo tan en serio.

Sus dedos ascienden lentamente hasta mi muñeca y permanecen allí, rodeándola sin apretar.

Un gesto sencillo, íntimo.

—¿Y ahora qué? —pregunto.

Adrien me observa unos segundos antes de responder.

—Ahora, supongo que debo intento no decepcionar a la comandante Weber para no volver a convertirme en un soldado de fortuna.

La respuesta debería sonar ligera, casi irónica, pero hay algo más debajo. Algo real.

Lo miro en silencio y, por primera vez desde que todo empezó, comprendo que ya no estamos sobreviviendo únicamente al desastre.

Estamos intentando construir algo después de él.

La idea resulta tan nueva que casi asusta.

Adrien da un paso más hacia mí, lo justo para que nuestras respiraciones se mezclen.

—Aunque sospecho que la parte difícil no será esa.

—¿No?

Niega despacio sin apartar la vista de mí.

—No. Creo que la parte difícil eres tú, capitana Vaillant.

La calidez que me atraviesa al escucharlo me obliga a bajar la mirada apenas un instante antes de volver a sostenerle los ojos.

—Eso suena peligrosamente parecido a un cumplido.

—No te acostumbres.

Esta vez soy yo quien sonríe.

El silencio vuelve a instalarse entre nosotros, pero ya no pesa.

Adrien desliza lentamente los dedos por mi brazo desnudo hasta detenerse en mi mano. Entrelaza los dedos con los míos con cuidado, como si incluso ahora quisiera asegurarse de que sigo ahí y que sigo bien.

Pero en medio de todo esto, de un sentimiento que se parece mucho a la felicidad, hay algo que sé con una claridad absoluta.

El desierto sigue existiendo, y la guerra también.

Ag Alhassan continúa ahí fuera, y todavía quedan cosas por terminar.

Pero, por primera vez desde hace mucho tiempo, el futuro deja de parecer únicamente una amenaza.

Y mientras Adrien permanece frente a mí bajo la luz cálida de la habitación, sosteniendo mi mano como si ese gesto sencillo fuera suficiente para mantener el mundo en equilibrio, descubro que quizá eso sea exactamente lo que hemos encontrado al final de todo esto.

No una tregua ni un final perfecto, sino algo mucho más raro.

Una posibilidad.

Adrien

La ciudad nunca duerme del todo. Incluso de madrugada, cuando el calor cede apenas lo suficiente para que las calles recuperen algo parecido a la respiración, sigue habiendo movimiento en algún punto: motores viejos que arrancan con dificultad, voces que cruzan las avenidas polvorientas, radios encendidas detrás de ventanas abiertas y perros que ladran a sombras que nadie más ve.

No es una ciudad grande, al menos no comparada con otras que he conocido, pero tiene la intensidad propia de los lugares levantados sobre una frontera invisible, donde todo parece provisional y, al mismo tiempo, profundamente arraigado.

Hace meses que vivimos aquí.

Todavía me resulta extraño pensarlo así.

Vivimos.

Nora está destinada en el hospital militar internacional. Ha aprendido a moverse por el enorme complejo con naturalidad. Atiende a soldados, civiles, cooperantes, niños deshidratados, hombres que llegan con heridas que nadie explica y mujeres que esperan demasiado antes de pedir ayuda. A veces vuelve agotada,

con el uniforme arrugado y una expresión que reconozco incluso antes de que hable. Otras, entra en el apartamento con esa energía silenciosa que aparece cuando ha conseguido salvar a alguien que no tenía margen para sobrevivir.

Yo también trabajo, o al menos eso dice Weber.

A veces paso días enteros en una oficina sin ventanas, delante de mapas, informes y fotografías de satélite, traduciendo para ellos lo que las imágenes no saben contar: qué ruta es realmente transitable, qué jefe local puede mentir sin pestañear y cual convertirse en un aliado, qué silencio en una zona concreta significa miedo y cuál puede traducirse como preparación. Sin embargo, otras veces desaparezco durante semanas en el desierto con Malik y dos hombres más que aceptaron las mismas condiciones que yo, aunque ninguno de nosotros lo llame nunca así.

Condiciones.

La palabra suena demasiado civilizada para lo que hacemos, pero funciona.

Tenemos documentos, cobertura, combustible, acceso a inteligencia y una clase de libertad que ninguno esperaba recuperar. No somos soldados, pero tampoco mercenarios en el sentido antiguo de la palabra, y quizá por eso Weber sonríe cada vez que intento discutir una orden con el argumento de que técnicamente no estoy bajo su mando.

Tiene razón.

Y yo también.

La diferencia es que ahora esa tensión no nos destruye, sino que nos sirve a los dos.

Malik se adaptó antes de lo que esperaba. Al principio, desconfiaba de todo: de los uniformes, de los sellos oficiales, de los pagos puntuales y de los hombres que sonreían demasiado al estrecharle la mano. Después descubrió que la OTAN podía ser tan pragmática como cualquier señor de la guerra, solo que con mejores

vehículos y formularios más largos, y desde entonces parece casi cómodo en esa contradicción.

No feliz, solo cómodo, lo que, para alguien como él, ya es bastante.

Hoy hemos vuelto después de doce días.

Doce días siguiendo rumores, intermediarios, rutas cortadas y pistas que se deshacían en cuanto intentábamos sujetarlas. Ag Alhassan continúa vivo, aunque cada vez con menos margen de movimiento, menos apoyos y menos hombres dispuestos a perderlo todo por él. No hemos cerrado la operación, no todavía, pero hemos conseguido algo mejor que una victoria rápida: hemos empezado a quitarle espacio.

Eso es lo que Weber quería, y lo que Nora sabía que podía darle.

Y eso es lo que yo he aprendido a hacer sin sentir que cada paso me aleja de mí mismo.

Conduzco las últimas calles en silencio, dejando que la ciudad se deslice a ambos lados del vehículo con su mezcla de luces amarillentas, fachadas desconchadas y balcones llenos de ropa tendida. El cansancio se me ha instalado en los huesos, pero esta vez no viene acompañado de ese vacío que solía aparecer al final de cada misión, cuando solo quedaba limpiar el arma, contar las pérdidas y esperar el siguiente encargo.

Ahora tengo un lugar al que volver.

Esa idea sigue pareciéndome peligrosa pero, aun así, no intento apartarla.

Aparco frente al edificio y permanezco unos segundos dentro del coche, con las manos todavía sobre el volante, observando la ventana iluminada del tercer piso. La de la cocina. La persiana está medio bajada y la luz se filtra en una franja cálida sobre la pared exterior.

Está despierta, aunque eso no debería sorprenderme.

Nunca duerme bien cuando estoy fuera.

Subo las escaleras despacio. Reconozco el olor del edificio antes de llegar a nuestro piso: jabón barato, comida especiada, humedad antigua y el polvo fino del desierto que consigue entrar incluso cuando todas las ventanas están cerradas.

Saco la llave y abro la puerta con un giro suave.

El apartamento está en silencio, salvo por el rumor bajo de la ciudad entrando desde alguna ventana y el sonido del agua hirviendo en la cocina. Dejo la mochila junto a la entrada, cierro despacio y me quedo quieto un instante, permitiendo que el cuerpo entienda que ya no tiene que avanzar, vigilar ni responder a nada.

Entonces, la veo.

Nora está en la cocina, de espaldas a mí, con una camiseta amplia y el pelo recogido de cualquier manera. Hay una taza sobre la encimera, un plato con algo de pan y un cuenco pequeño con fruta cortada. No sé si estaba cenando, desayunando o simplemente intentando mantenerse ocupada hasta que yo apareciera.

Durante unos segundos no digo nada.

Solo la miro.

Y todo lo que ha pasado durante los últimos doce días pierde importancia de golpe.

Ella se queda inmóvil antes de girarse, como si hubiera reconocido mi presencia antes de oírme. Cuando lo hace, no hay sorpresa en su rostro. Lo que estoy viendo es alivio, y esa clase de enfado suave que nace del miedo cuando ya no tiene dónde esconderse.

—Has tardado mucho —me dice.

Su voz sale baja, algo ronca, como si llevara horas sin usarla.

Dejo las llaves sobre la mesa.

—He tenido cosas que hacer.

La frase es pobre, insuficiente, casi ridícula después de doce días de ausencia, pero Nora no me reprocha nada. Solo me observa con los brazos caídos a los lados del cuerpo, como si estuviera decidiendo si acercarse o mantenerse firme un poco más.

No le doy tiempo.

Cruzo la cocina en tres pasos.

Ella inspira y yo elimino la distancia que queda entre nosotros con una necesidad que ya no intento disimular. La tomo por la cintura, la levanto y la siento sobre la mesa. El cuenco de fruta se desplaza unos centímetros, la taza tintinea contra la madera y Nora deja escapar una respiración entrecortada cuando me coloco entre sus piernas.

Sus manos suben a mi cuello antes de que la bese.

Estoy en casa.

La beso con la urgencia de los días acumulados, con el cansancio de la carretera todavía pegado al cuerpo y el alivio brutal de encontrarla aquí, real, cálida, esperándome, aunque nunca use esa palabra. Nora me responde con la misma intensidad, rodeándome con las piernas, cerrando los dedos en mi camisa como si quisiera comprobar que no soy una imagen más de las que deja el desierto cuando uno lleva demasiado tiempo mirando el horizonte.

Me aparto lo justo para respirar.

Ella mantiene la frente pegada de la mía, los ojos abiertos, la boca demasiado próxima.

Durante un instante, no existe la ciudad, ni Weber, ni Ag Alhassan, ni las misiones que seguirán llegando mientras el mundo continúe siendo lo que es.

Solo existe esta cocina pequeña, la luz amarilla sobre su piel y el sonido de su respiración mezclándose con la mía.

Le acaricio la cintura con los pulgares y apoyo la frente contra la suya.

—Te he echado de menos —digo.

Nora cierra los ojos un segundo, y cuando vuelve a abrirlos, sonríe de esa forma que todavía consigue desarmarme más que cualquier arma.

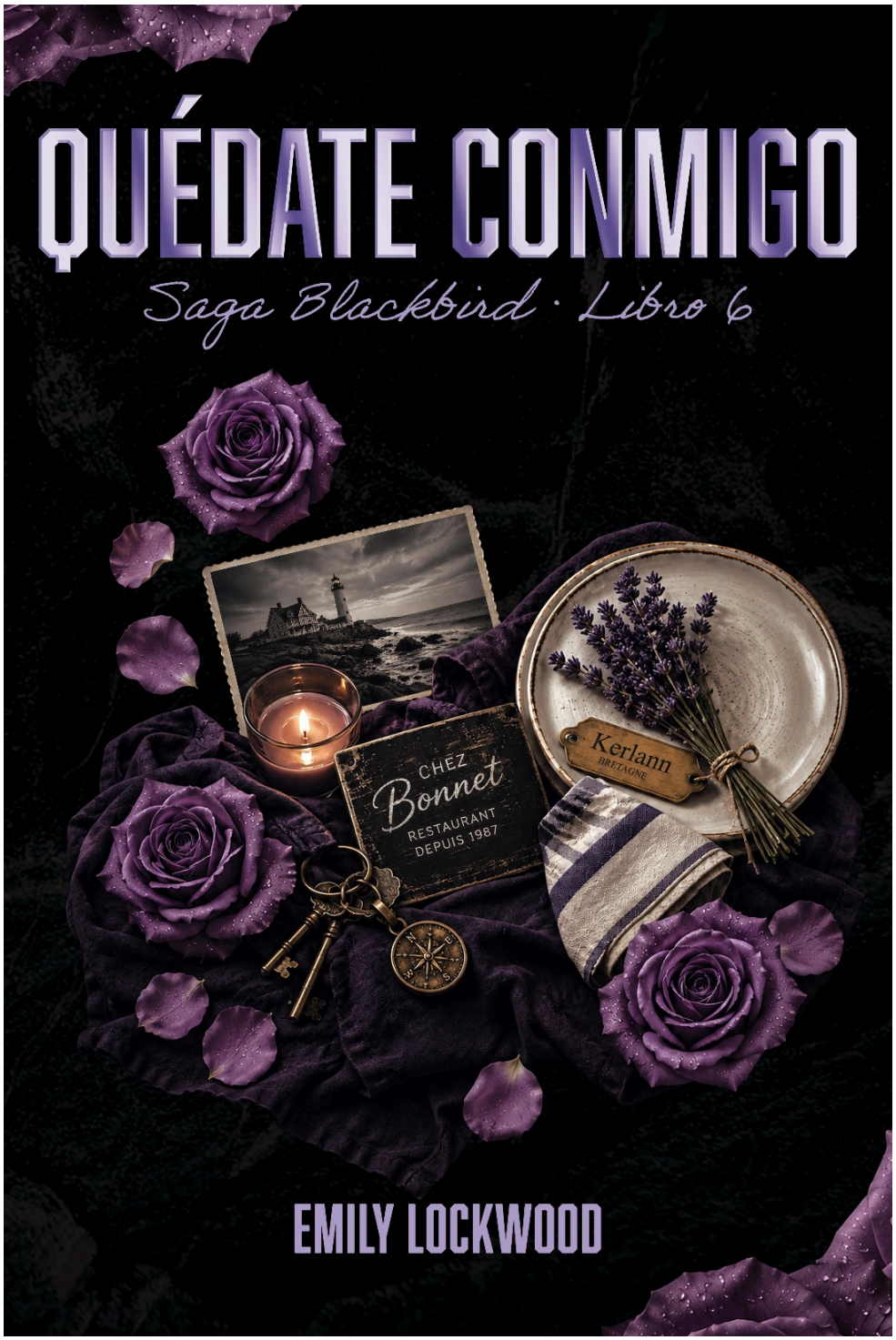
—Yo también —susurra.

Vuelvo a besarla, más despacio esta vez, mientras sus manos se pierden en mi pelo y la ciudad sigue respirando al otro lado de la ventana.

Sí, estoy en casa.

Fin

Si esta historia te ha emocionado…
Espera a descubrir el siguiente libro de la saga:



Tu opinión importa:

Si te ha gustado la novela, te agradecería muchísimo que dejaras una reseña en Amazon.

Tu opinión ayuda a otros lectores a descubrir la historia… y a mí, como autora independiente, me permite seguir escribiendo.

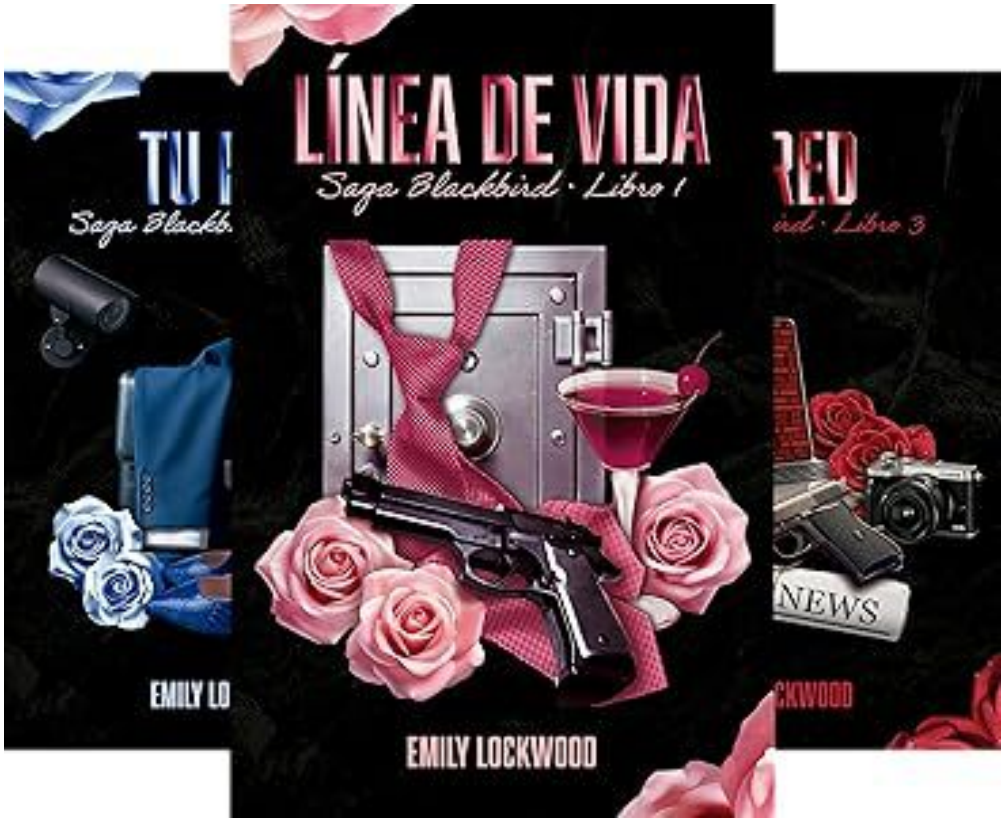
Puedes hacerlo aquí : Escribir mi opinión

Mil gracias,

Emily Lockwood.

Disfruta de otros libros de Emily Lockwood:

Saga Blackbird:



¡Gracias por leer mis libros!

Únete a mi lista de correo para recibir las últimas novedades sobre mis libros:

Lista de Correo:

Puedes encontrarme en:

Amazon

Twitter

Facebook

Instagram

Email: e.lockwoodspain@gmail.com.